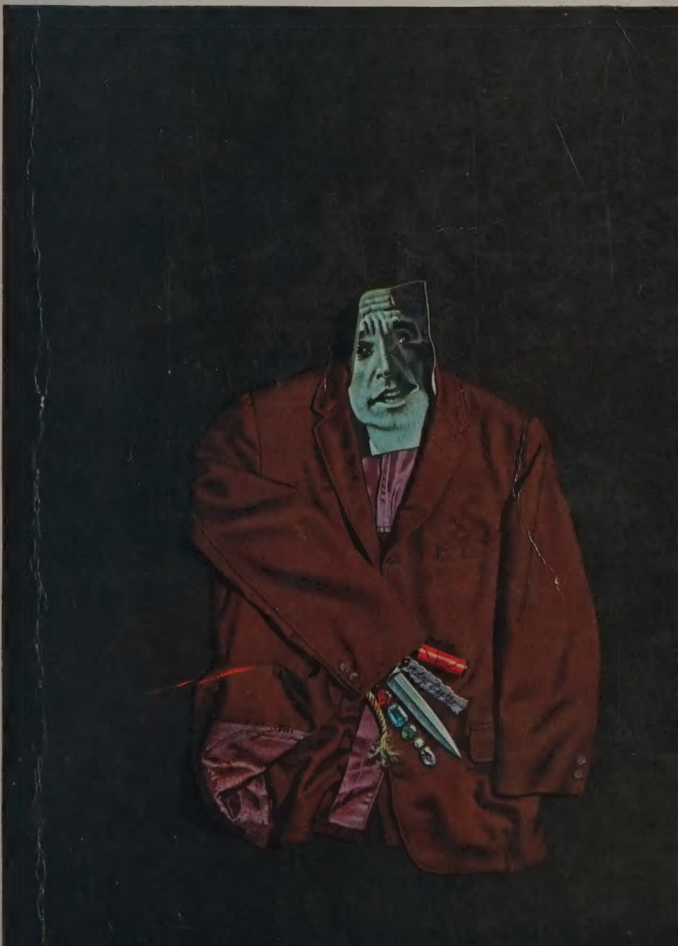
AGATHA CHRISTIE

EL HOMBRE DEL TRAJE COLOR CASTAÑO



Selecciones de Biblioteca Oro

EL HOMBRE DEL TRAJE COLOR CASTAÑO

AGATHA CHRISTIE

Títulos publicados

Asesinato en el Orient Express
El asesinato de Rogelio Ackroyd
Diez negritos
Cianuro espumoso
Cita con la muerte
El misterio del tren azul
Un triste ciprés
Maldad bajo el sol
El enigmático Mr. Quin
Un cadáver en la biblioteca
Cinco cerditos
Matrimonio de sabuesos
La muerte visita al dentista
Intriga en Bagdad
Navidades trágicas
El misterio de Sittaford
Un puñado de centeno
Cartas sobre la mesa
La muerte de Lord Edgware
La señora Mc Ginty ha muerto
Se anuncia un asesinato
Asesinato en Bardsley Mews
Después del funeral
Tres ratones ciegos
Pleamares de la vida
Sangre en la piscina
Asesinato en Mesopotamia
El testigo mudo
El misterio de la guía de Ferrocarriles
El truco de los espejos
Poirot en Egipto
El hombre del traje color castaño
Muerte en las nubes
Destino desconocido
Matar es fácil
La venganza de Nofret
Trayectoria de boomerang
El misterioso Sr. Brown
Peligro inminente
Tragedia en tres actos
El secreto de Chimneys
El misterioso caso de Styles
Muerte en la vicaría
Hacia cero
Poirot investiga
El misterio de las siete esferas
Los trabajos de Hércules
Ocho casos de Poirot
Srta. Marple y trece problemas
Parker Pyne investiga
La casa torcida
Asesinato en la calle Hickory
El pudding de Navidad
El espejo se rajó de parte a parte
Un gato en el palomar
Asesinato en el campo de golf
En el Hotel Bertram
El tren de las 4,50
El misterio de Listerdale
Tercera muchacha
Misterio en el Caribe
Noche eterna
Inocencia trágica
Los relojes
El templete de Nasse-House
Poirot infringe la ley
El misterio de Sans Souci
Los cuatro grandes
Problema en Pollensa
Las manzanas
El cuadro
Los elefantes pueden recordar
Pasajero para Francfort
Primeros casos de Poirot
Némesis
Testigo de cargo
El caso de los anónimos
Telón
El misterio de Pale-Horse
Un crimen «dormido»
La puerta del destino

EL HOMBRE DEL TRAJE COLOR CASTAÑO

AGATHA CHRISTIE

SELECCIONES DE BIBLIOTECA ORO

Título original:
THE MAN IN THE BROWN SUIT
© 1924 by Dodd Mead & Company Inc.

Traducción de
GUILLERMO LÓPEZ HIPKISS

© EDITORIAL MOLINO
Apartado de Correos 25
Calabria, 166 - 08015 Barcelona

Depósito Legal: B. 30.953-1991
ISBN: 84-272-0147-8

Impreso en España Printed in Spain

LIMPERGRAF, S.A. - Calle del Río, 17, nave 3 - Ripollet (Barcelona)

GUIA DEL LECTOR

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra

BEDDINGFELD (Ana): Joven y hermosa muchacha, hija de un eminente y fallecido arqueólogo. Protagonista de esta novela.

BLAIR (Susana): Pasajera del «Castillo de Kilmorden» y colaboradora en la misión detectivesca de Ana.

CAROLINA: Esposa de James, el jardinero y cocinera de sir Pedler.

CARTON: Un hombre muerto en la vía del «Metro».

CASTINA: Una mujer asesinada en la Casa del Molino.

CHICHESTER (Rvdo. Eduardo): Misionero en Africa.

EMERY: Señorita de compañía de la señora Flemming.

FLEMMING (Enrique): Notable antropólogo londinense, amigo y abogado que fue del padre de Ana Beddingfeld.

JAMES (Juan): Jardinero de sir Pedler.

JARVIS: Mayordomo de tipo corriente.

JEANNE: Doncella de Nadina.

MEADOWS: Detective inspector de Scotland Yard.

NADINA: Célebre bailarina rusa.

NASBY (Lord): Millonario, propietario del *Daily Budget* y otros periódicos.

PAGETT (Guy): Eficiente secretario de sir Pedler.

PAULOVITCH (Conde Sergio): Amigo de la bailarina Nadina.

PEDLER (Sir Eustace): Miembro del Parlamento y propietario de la Casa del Molino.

PETTIGREW: Solterona, secretaria interina de Pedler.

RACE: Coronel del Servicio Secreto.

RAFFINI: Holandés, conservador del Museo de El Cabo.

RAYBURN (Enrique): Otro secretario incidental de sir Eustace.

REEVES: Miembro del Partido Sudafricano.

A E. A. B.

En recuerdo de un viaje, unos cuentos de leones y la petición de que escribiera algún día el «Misterio de la Casa del Molino».

PRÓLOGO

Nadina, la bailarina que había tomado París por asalto, mecióse al compás de los aplausos y saludó una y otra vez. Las negras y contraídas pupilas de sus ojos se contrajeron aún más. La línea recta escarlata que era su boca, curvóse hacia arriba.

Entusiasmados franceses continuaron golpeando el suelo para expresar su aprobación al caer el telón y ocultar los rojos, azules y púrpuras del exótico decorado. La bailarina abandonó el escenario en un remolino de ropajes azules y anaranjados. Un caballero barbudo la recibió, con entusiasmo, entre sus brazos. Era el empresario.

—¡Magnífico, pequeña, magnífico! —exclamó—. ¡Esta noche se ha superado!

La besó galantemente en ambas mejillas, con naturalidad.

Madame Nadina aceptó el tributo con la serenidad hija de larga costumbre y pasó a su camarín, donde había ramilletes de flores apilados de cualquier manera y en todas partes; maravillosos vestidos de estilo futurista colgaban de las perchas; y el aire estaba cargado del aroma de las flores y de prfumes y esencias. Jeanne, la doncella, ayudó a su señora, hablando sin cesar y colmándola de alabanzas.

Unos golpecitos dados en la puerta pusieron dique al encomiástico torrente. Jeanne acudió a contestar y volvió con una tarjeta en la mano.

—¿Madame le recibirá?

—Déjeme ver.

La bailarina tendió, con languidez, una mano; pero al ver el nombre inscrito en la cartulina, conde Sergio Paulovitch, un destello de interés brilló, de súbito, en sus ojos.

—Le recibiré. El peinador color maíz, Jeanne, pronto. Y cuando entre el conde, puede usted retirarse.

—Bien, madame.

Jeanne le entregó el peinador, exquisita prenda de gasa trigueña y armiño. Nadina se la puso y se sentó sonriendo, mientras su mano blanca y larga tabaleaba con los dedos sobre la superficie de cristal de la mesa tocador.

El conde aprovechó inmediatamente el privilegio que se le otorgaba. Era un hombre de estatura regular, muy delgado, muy elegante, muy pálido, extraordinariamente cantado. Las facciones, sin gran cosa que las distinguese, hombre difícil de volver a reconocer si se hacía caso omiso de su amaneramiento. Se inclinó sobre la mano de la bailarina con exagerada cortesía.

—Madame, es un placer, en verdad.

Hasta ahí oyó Jeanne antes de salir y cerrar la puerta tras sí. Una vez a solar con su visitante, un sutil cambio se operó en la sonrisa de Nadina.

—Aunque somos compatriotas, no hablaremos en ruso, creo yo —observó ella.

—Puesto que ninguno de los dos sabemos una palabra de ese idioma, creo que valdrá mucho más —asintió el hombre.

De común acuerdo recurrieron al inglés y, nadie, ahora que el conde había dejado su amaneramiento, hubiera podido dudar que el inglés era su idioma natal. En efecto, había empezado su vida como transformista en una sala de espectáculos de Londres.

—Tuviste un gran éxito esta noche —comentó—. Te felicito.

—No obstante —advirtió la mujer—, estoy preocupada. Mi posición no es lo que fue. Las sospechas que se despertaron durante la guerra no se disiparon del todo jamás. Se me vigila y espía continuamente.

—Pero, ¿no es cierto que nunca se presentó una acusación de espionaje contra ti?

—Nuestro jefe prepara demasiado bien sus planes para que eso sea posible.

—Que disfrute de una larga vida el «Coronel» —dijo el conde, sonriendo—. Asombrosa noticia, ¿no te parece?, que

tenga intención de retirarse. ¡Retirarse! Como un médico, o un carnicero cualquiera.

—O cualquier otro hombre de negocios —completó Nadina—. No debiera de sorprendernos. Eso es lo que ha sido siempre el «Coronel»: un excelente hombre de negocios. Ha organizado el crimen como otro hombre hubiera podido organizar una fábrica de zapatos. Sin comprometerse, ha planeado y dirigido una serie de golpes colosales que han abarcado todas las ramas de lo que pudiéramos llamar «su profesión». Robos de joyas, falsificaciones, espionaje (este último, singularmente lucrativo en tiempo de guerra), sabotaje, asesinatos discretos..., apenas hay cosa alguna que no haya tocado. Y lo que aún demuestra más su sabiduría: sabe cuándo parar. ¿Empieza a resultar peligroso el juego? Se retira airosamente... ¡con una fortuna enorme!

—¡Hum! —murmuró dubitativo el conde—. Es algo... desconcertante para todos nosotros. Nos quedamos ociosos, como quien dice.

—Pero se nos paga la despedida... ¡en generosísima escala!

Algo, cierto dejo de burla en su voz, hizo que el hombre la mirara vivamente. Ella sonreía para sí y la cualidad de aquella sonrisa despertó su curiosidad. Pero prosiguió con diplomacia:

—Sí; el «Coronel» siempre ha sido un amo generoso. Yo atribuyo gran parte de su éxito a eso... y a su invariable plan de hallar una cabeza de turco apropiada. Un gran cerebro... ¡un gran cerebro, indudablemente! Y un apóstol de la máxima: «Si quieres que una cosa se haga sin peligro, ¡no la hagas tú en persona!» Henos aquí comprometidos todos hasta las cejas y por completo en su poder, y ni uno solo de nosotros tiene pruebas que puedan comprometerle a él.

Hizo una pausa, como si estuviera esperando que se mostrara ella en desacuerdo con él. Pero Nadina guardó silencio sin dejar de sonreír.

—Ni uno solo de nosotros —musitó el conde—. No obstante, ¿sabes?, es supersticioso el viejo. Tengo entendido que hace años fue a visitar a una de esas adivinas. Ella le

vaticinó toda una vida de éxitos; pero declaró que una mujer sería su ruina.

Había logrado despertar su interés ahora. Nadina alzó la mirada con avidez.

—¡Es curioso! ¡Muy curioso! ¿Una mujer, has dicho?

Él sonrió y se encogió de hombros.

—Sin duda que ahora se ha... retirado, se casará. Con alguna belleza de la buena sociedad que gastará sus millones más aprisa de lo que él los ganó.

Nadina negó con la cabeza.

—No, no; no es así como ocurrirá. Escucha, amigo mío: mañana me voy a Londres.

—Pero, ¿y tu contrato aquí?

—Sólo estaré ausente una noche. Y marcho de incógnito, como una reina. Nadie sabrá jamás que he salido de Francia. Y, ¿por qué crees que marcho?

—Mal puede ser por gusto en esta época del año. Enero, ¡un mes detestable y nebuloso! Será por interés, supongo.

—Justo —se puso en pie ante él, arrogante de orgullo su grácil silueta—. Dijiste, no ha mucho, que ninguno de nosotros tenía cosa alguna que pudiera comprometer al jefe. Te equivocas. Yo tengo algo. Yo, una mujer, he tenido el ingenio, yo, sí, el valor (porque hace falta valor), de traicionarle. ¿Recuerdas los diamantes de De Beer?

—Sí, los recuerdo, en Kimberley, y poco antes de que estallara la guerra, ¿verdad? Yo no tuve nada que ver con todo ello y nunca oí los detalles. Se echó tierra sobre el asunto, Dios sabe por qué razón. ¿No es cierto? Un golpe magnífico, por añadidura.

—Piedras por valor de cien mil libras esterlinas. Dimos el golpe entre dos... bajo las órdenes del «Coronel», claro está. El plan era substituir alguno de los diamantes de De Beer con unos diamantes de muestra traídos de América del Sur por dos jóvenes mineros que acertaban a hallarse en Kimberley por entonces. Así, era seguro que las sospechas recaerían sobre ellos.

—Muy ingenioso —interpeló el conde, con aprobación.

—El «Coronel» es ingenioso siempre. Bueno, pues hice mi parte... pero también hice algo que el «Coronel» no había previsto. Me reservé algunas de las piedras sud-

americanas... algunas de ellas son únicas en su género y podría demostrarse fácilmente que jamás han pasado por las manos de De Beer. Con estos diamantes en mis manos, tengo a mi estimado jefe en mi poder. Una vez demostrada la inocencia de los dos jóvenes, forzosamente ha de sospecharse que tuvo él mano en el asunto. No he dicho nada durante todos estos años. Me he conformado con saber que contaba con esta arma como reserva. Pero ahora la situación ha cambiado. Quiero que se me pague el precio que pida... y será grande. Casi puedo decir que será como para hacer ver visiones a cualquiera.

—Extraordinario —dijo el conde—. Y sin duda llevarás esos diamantes siempre contigo.

Su mirada erró dulcemente por el desordenado camarín.

Nadina rió, con no menos dulzura.

—No supongas nada semejante. No soy imbécil. Los diamantes se hallan en lugar seguro donde a nadie se le ocurriría buscarlos.

—Jamás te creí imbécil, amiga mía; pero, ¿me es lícito insinuar que eres un poco temeraria? El «Coronel» no es de los que se someten mansamente a que se le haga víctima de un chantaje.

—No le tengo miedo —rió ella—. Sólo he temido a un hombre en mi vida... y ése ha muerto.

El hombre la miró con curiosidad.

—Esperemos que no vuelva a la vida, pues —observó.

—¿Qué quieres decir con eso? —inquirió la bailarina, con afilada voz.

El conde pareció levemente sorprendido.

—Sólo quise decir que una resurrección sería un poco engorrosa para ti —explicó—. Una broma estúpida.

Nadina exhaló un suspiro de alivio.

—¡Oh, no! —dijo—. Murió de verdad. Le mataron en la guerra. Era un hombre que en otros mejores tiempos me amó.

—¿En Africa del Sur? —inquirió el conde, sin gran interés al parecer.

—Sí; puesto que me lo preguntas, en Africa del Sur fue.

—Ese es tu país natal, ¿verdad?

Ella afirmó con la cabeza. La visita se puso en pie y tomó el sombrero. El conde Sergio Paulovitch dispúsose a marchar.

—Bueno —murmuró—; tú sabrás lo que te haces. Pero en tu lugar, más temería yo al «coronel» que a ningún amante desilusionado. El «Coronel» es un hombre al que es singularmente fácil apreciar en menos de lo que vale.

Ella se rió con desdén.

—¡Como si no le conociera yo, después de tantos años!

—¿Si le conocerás en verdad? —murmuró él, con dulzura—. Esa es una pregunta a la que me gustaría poder contestar.

—¡Oh, no soy imbécil! Y no me hallo sola en el asunto. El vapor correo de Africa del Sur atraca en Southampton mañana. A bordo de él se encuentra un hombre que viene de Africa obedeciendo a una petición mía y que ha cumplido ciertas órdenes que yo le he dado. El «Coronel» no tendrá que habérselas con una persona sola, sino con dos.

—¿Es eso prudente?

—Es necesario.

—¿Estás segura de ese hombre?

En los labios de la bailarina se dibujó una sonrisa singular.

—Estoy completamente segura de él. Es un inútil, pero de absoluta confianza.

Hizo una pausa y luego agregó con indiferencia:

—Si quieres que te diga la verdad, da la casualidad que ese hombre es mi esposo.

Capítulo primero

Todo el mundo me ha estado acosando para que escriba este relato, desde los más grandes (representados por lord Nasby), hasta los más humildes (representados por Emilia, nuestra ex criada para todo a la que vi la última vez que estuve en Inglaterra). «¡Caramba, señorita, qué libro más bonito podría usted hacer con todo eso...! ¡Igual que en las películas!»

Reconozco que poseo los requisitos necesarios para emprender semejante tarea. Me vi mezclada en el asunto desde el mismísimo principio; estuve metida, en su desenlace. Afortunadamente, por añadidura, las lagunas que yo no puedo llenar por conocimiento propio, quedan cubiertas por el Diario de sir Eustace Pedler, que él me ha suplicado bondadosamente que emplee.

Conque me lanzo. Ana Beddingfeld da principio al relato de sus aventuras.

Siempre había tenido sed de aventuras. ¡Ha sido mi vida de una uniformidad tan monótona y horrible...! Mi padre, el profesor Beddingfeld, fue una de las más grandes autoridades inglesas sobre el Hombre Primitivo. En realidad, era un genio, todo el mundo lo reconoce. Vivía su mente en los tiempos paleolíticos y el inconveniente que para él tenía la vida era que su cuerpo habitaba el mundo moderno. A papá le hacía muy poca gracia el hombre moderno. Hasta despreciaba el hombre neolítico, tildándole de simple pastor. Y su entusiasmo sólo se despertaba al llegar al período musteriense (1).

Por desgracia, no es posible prescindir por completo

(1) Nombre dado a una fase del período paleolítico. En ella, el hombre de la época cuaternaria usaba instrumentos de piedra tallada por una sola cara. Se deriva del francés *mousterien*, de Moustier, lugar de Francia en el departamento de Dordoña, famosa por la caverna en que fue hallado un yacimiento, el más clásico, de la época en cuestión. (*N. del T.*)

del hombre moderno. Algún trato ha de tenerse con carniceros, panaderos, lecheros y verduleros. Por consiguiente, hallándose papá sumergido en el pasado y como mi madre había muerto siendo yo niña, a mí me incumbía cuidarme de la parte práctica de la vida. Con franqueza, odio al hombre paleolítico, ya sea auriñaciense, musteriense, chellense, o cualquier otra cosa. Y aunque escribí a máquina y revisé la mayor parte de la obra de papá titulada: *El hombre de Neanderthal y sus antepasados*, los hombres neanderthalienses en sí me repugnan y siempre me digo que es una suerte que se extinguiera la raza en épocas remotas (1).

Y no sé si papá adivinó mis sentimientos. Es probable que no. Y en cualquier caso, tampoco le interesó poco ni mucho. Yo creo que esto era, en realidad, una prueba de su grandeza. Vivía, de igual manera, completamente alejado de las necesidades de la vida diaria. Comía lo que le ponían delante de un modo ejemplar; pero parecía levemente dolorido cuando surgía la cuestión de tener que pagarlo. Nunca parecíamos tener mucho dinero. Su celebridad no era de las que rinden beneficios económicos. Aun cuando era miembro de casi todas las sociedades importantes y tenía derecho a colocar detrás de su nombre toda una hilera de letras que expresaban sus títulos honoríficos abreviados, el público en general apenas estaba enterado de su existencia. Y sus voluminosos libros, pletóricos de sabiduría, aunque han contribuido muy señaladamente a ensanchar los conocimientos humanos, no tenían atractivo alguno para las masas.

Sólo en una ocasión centróse en él la mirada popular

(1) De Aurignac, pueblo francés del Alto Garona donde se han encontrado numerosos fósiles.

Chellense viene de Chelles, pueblo francés también, del departamento del Sena y Marne, situado a la orilla del último de estos ríos. Se han encontrado en él fósiles de principios de la Edad Cuaternaria.

Neanderthal es un valle de la cuenca del Dussel, afluente del Rhin, donde fue hallado el cráneo fósil llamado *cráneo de Neanderhal*, que tiene cierta analogía con el pitecantropo hallado en Java. *(N. del T.)*

Había leído una monografía, ante no sé qué sociedad, sobre las crías del chimpancé. En la infancia, la raza humana presenta algunas características del antropoide, mientras que el chimpancé joven se parece mucho más al ser humano que el chimpancé adulto. Esto parece demostrar que, así como nuestros antepasados fueron más simios que nosotros, los chimpancés pertenecían a un tipo más elevado que sus descendientes modernos. En otras palabras: el chimpancé ha degenerado.

El emprendedor periódico *Daily Budget*, careciendo de noticia más jugosa, salió con los siguientes titulares: «*Nosotros* no descendemos de los monos, sino que los monos descienden de nosotros. Un eminente profesor asegura que los chimpancés son seres humanos en plena decadencia.» Poco después un periodista se presentó a entrevistarse con papá e intentó persuadirle a que escribiera una serie de artículos populares sobre el tema. Rara vez he visto a papá más furioso. Echó al periodista de la casa sin andarse con cumplidos, con gran sentimiento mío, puesto que andábamos bastante mal de dinero por entonces. Es más, a punto estuve de salir corriendo tras el joven para decirle que mi padre había cambiado de opinión y escribiría los artículos que le eran solicitados. Hubiera podido escribirlos yo sin dificultad y lo más probable era que papá jamás llegara a enterarse, puesto que no era lector del *Daily Budget*. No obstante, rechacé la idea por demasiado arriesgada y me limité a ponerme mi mejor sombrero y salir, desconsolada, en dirección al pueblo, a entrevistarme con el justificadamente iracundo dueño de la tienda de comestibles que nos suministraba provisiones.

El periodista del *Daily Budget* fue el único joven que entró jamás en nuestra casa. Veces hubo en que envidié a Emilia, nuestra criada, que salía de paseo siempre que se le presentaba la ocasión con un gigantesco marinero que era su prometido. Y en los intervalos, «para no desentrenarse», como decía ella, salía con el dependiente de la verdulería y con el mancebo de la botica. Más de una vez pensé, con tristeza, que yo no tenía a nadie «para no desentrenarme». Todos los amigos de papá eran profesores de avanzada edad, casi todos con luengas barbas.

Es cierto que el profesor Paterson me abrazó afectuosamente en cierta ocasión, me dijo que tenía «una cinturita primorosa», e intentó luego besarme. El piropo en sí basta para fijar su edad. Ninguna mujer que en algo se estime, ha tenido «una cinturita primorosa» desde su más tierna infancia.

Ansiaba aventuras, amor, romanticismos, y parecía condenada a una existencia de gris utilidad. El pueblo poseía una biblioteca municipal, repleta de guiñapientas novelas. Gracias a ella conocí los peligros y los amores de segunda mano y me dormí soñando en severos y silentes rhodesianos y en hombres fuertes que siempre «derribaban a su adversario de un solo golpe». No había en todo el pueblo una sola persona que pareciera capaz de «derribar» a un adversario de un golpe... ni de varios siquiera.

Teníamos un «cine» también, en el que todas las semanas proyectaban un episodio de «Los Peligros de Pamela». Pamela era una magnífica joven. Nada la arredraba. Se caía de aeroplanos, corría aventuras en submarinos, escalaba rascacielos y se deslizaba por los bajos fondos sin pestañear siquiera. No era muy inteligente en realidad. La Mente Maestra del Hampa la pillaba cada vez. Pero como parecía reacio a desnucarla de un simple golpe y la condenaba siempre a morir en una cámara llena de gas de alcantarilla, o víctima de alguna combinación tan nueva como maravillosa, el protagonista lograba salvarla invariablemente al principio del episodio siguiente. Solía salir yo del «cine» con la cabeza deliciosamente alborotada. Y cuando llegaba a casa, ¡me encontraba con un aviso de la Compañía de Gas amenazando con cortarme el suministro si no pagábamos, en el plazo improrrogable señalado, la cuenta pendiente!

No obstante, y aunque yo no lo sospechaba, cada hora que transcurría me acercaba más al momento en que estaba destinada a correr las más emocionantes aventuras de verdad.

Es posible que haya mucha gente en el mundo que no se enterara del hallazgo de una calavera antigua en la Mina de Colina Quebrada del norte de Rhodesia. Cierta mañana, al bajar de mi cuarto, encontré a papá excitado hasta el

punto de hallarse próximo a sufrir un ataque de apoplejía. Me contó la historia.

—¿Comprendes, Ana? Tiene indudablemente cierto parecido superficial... superficial nada más. No; aquí tenemos lo que siempre he sostenido: la forma ancestral de la raza Neanderthal. ¿Sabes que el cráneo de Gibraltar es el más primitivo de cuantos cráneos neanderthalienses se han hallado? ¿Por qué? La cuna de la raza estuvo en África. Pasó a Europa...

—Mermelada con arenques, no, papá —dije apresuradamente, conteniendo la mano de mi distraído progenitor—. ¿Qué estabas diciendo?

—Pasó a Europa en...

Le interrumpió un fuerte acceso de tos, provocado por haberse llenado la boca excesivamente de espinas de arenque de su almuerzo.

—Pero hemos de ponernos en marcha inmediatamente —declaró, poniéndose en pie, al terminar la comida—. No hay tiempo que perder. Hay que llegar a ese lugar. Sin duda existen descubrimientos incalculables por hacer en los alrededores. Me interesa mucho saber si los utensilios que se encuentran son típicos de la época musteriense. Habrá restos del buey prehistórico, seguramente, aunque no del rinoceronte lanudo. Sí; no tardará en salir con rumbo a esa colina un pequeño ejército. Es preciso que nos adelantemos a él. ¿Escribirás a la casa Cook hoy, Ana?

—Pero, ¿y el dinero, papá? —insinué con cierta delicadeza.

Me miró con aire de reproche.

—Tu punto de vista siempre me deprime, criatura. No hemos de ser mercenarios. No, no; cuando de la causa de la ciencia se trata, uno no debe ser mercenario.

—Tengo el presentimiento, papá, de que la casa Cook se mostrará mercenaria.

Papá pareció dolorido.

—Mi querida Ana, a esos señores les pagarás con dinero contante y sonante.

—No tengo dinero contante y sonante.

Papá pareció completamente exasperado.

—Hija mía, no puedo preocuparme de detalles tan vul-

gares como el dinero. El Banco... Recibí una comunicación del gerente ayer anunciándome que poseía veintisiete libras esterlinas.

—*No* que las poseías, sino que las debías. Sacaste del Banco veintisiete libras más de las que tenías.

—¡Ah! ¡Ya sé! Escribe a mis editores.

Asentí, bastante dubitativa. Los libros de papá daban más gloria que dinero. Me gustaba enormemente la idea de poder ir a Rhodesia. «Hombres severos y silenciosos», murmuré para mis adentros, en verdadero éxtasis. Luego, algo noté en el aspecto de mi padre que me pareció anormal.

—Llevas puestas botas desaparejadas, papá —le dije—. Quítate la de color y ponte la otra negra. Y no olvides la bufanda. Hace un día muy frío.

Unos minutos más tarde papá se marchó, calzado correctamente y bien envuelto en una bufanda.

Regresó tarde aquella noche, y con gran consternación observé que no llevaba ni la bufanda ni el abrigo.

—¡Caramba, Ana, tienes muchísima razón! Me quité todo eso para entrar en la caverna. ¡Uno se ensucia tanto allí dentro!

Asentí con un movimiento de cabeza, recordando la ocasión en que papá había vuelto cubierto de pies a cabeza de arcilla pleiocena.

El principal motivo de que nos hubiéramos instalado en Little Hampsly era la proximidad de la Caverna de Hampsly, caverna enterrada, rica en depósito de cultura auriñaciense. Teníamos un pequeño museo en el pueblo, y el conservador del mismo y papá se pasaban la mayor parte de sus días metidos bajo tierra y sacando a la luz fragmentos de rinoceronte lanudo y de oso de las cavernas.

Papó tosió mucho toda la noche, y a la mañana siguiente vi que tenía fiebre y mandé llamar al médico.

Pero nada se pudo hacer. Era pulmonía doble. Murió cuatro días más tarde.

Capítulo II

Se mostró todo el mundo muy bondadoso para conmigo. A pesar de lo aturdida que estaba, me di cuenta de eso y lo agradecí. No experimenté un dolor que me abrumara. Papá nunca me había querido, eso lo sabía muy bien. De haberme querido, quizá hubiese yo correspondido a su cariño. No; no había existido amor alguno entre nosotros. Pero nos pertenecíamos el uno al otro, y yo le había cuidado, y había admirado en secreto su sabiduría y su incondicional apego a la ciencia. Me dolía que papá hubiese muerto precisamente en el instante en que mayor interés tenía para él la vida. Me hubiera sentido más feliz de haberle podido enterrar en una caverna, con pinturas rupestres y utensilios de pedernal. Pero la fuerza de la opinión popular obligaba a sepultarle en una fosa (con una lápida de mármol), en nuestro horrible cementerio local. Los consuelos del pastor protestante, aunque bien dichos e intencionados, no me consolaron en absoluto. Tardé algún tiempo en darme cuenta de que la cosa que siempre había ansiado, la libertad, era mía por fin. Era huérfana y apenas poseía un penique; pero gozaba de libertad. Al propio tiempo, me di cuenta de la extraordinaria bondad de toda aquella buena gente. El pastor hizo todo lo que pudo por convencerme de que su esposa necesitaba a toda prisa una señorita de compañía que fuera a la par una ayuda. Nuestra minúscula biblioteca municipal decidió, de repente, emplear una segunda bibliotecaria. Por último, el médico vino a visitarme, y tras una serie de excusas ridículas por no haber mandado una factura en toda regla, carraspeó y vaciló la mar de rato para acabar proponiéndome que me casara con él.

Me quedé asombradísima. El médico andaba más cerca

de los cuarenta que de los treinta, y era un hombrecillo redondo y bajo, como un barril. No se parecía en nada al protagonista de «Los Peligros de Pamela», y mucho menos a un rhodesiano severo y silente. Reflexioné unos instantes y luego le pregunté por qué quería casarse conmigo. La pregunta pareció azorarle bastante y murmuró que, para un doctor en medicina general, una esposa resultaba una gran ayuda. La cosa resultaba aún menos romántica que antes. No obstante, algo interior me impulsaba a que aceptara. Seguridad, eso era lo que me ofrecían. Seguridad y un Hogar Cómodo. Pensándolo ahora, creo que le hice una injusticia al hombrecillo. Estaba sinceramente enamorado de mí; pero su delicadeza le impedía pretenderme por aquel camino. Fuera como fuese, mi amor a lo novelesco se rebeló.

—Es usted muy bondadoso —le repliqué—; pero lo que pide es imposible. Jamás podría casarme con un hombre a menos que le quisiera con locura.

—¿No cree usted...?

—No, señor; no lo creo —respondí con firmeza.

Exhaló un suspiro.

—Pero, criatura, ¿qué piensa usted hacer?

—Correr aventuras y ver mundo —contesté, sin la menor vacilación.

—Señorita Ana, es usted casi una niña aún. No comprende...

—¿Las dificultades prácticas? Ya lo creo que las comprendo, doctor. No soy una colegiala sentimental: ¡soy una arpía perspicaz y mercenaria! ¡Se daría usted cuenta de ello si se casara conmigo!

—Le agradecería que reflexionara...

—No puedo.

Volvió a suspirar.

—Tengo otra cosa que proponerle. Una tía mía que vive en Gales necesita una señorita joven que la ayude. ¿Qué tal le iría eso?

—No, doctor. Me marcho a Londres. Si en alguna parte ocurren cosas, esa parte es Londres. Iré con ojo avizor y ¡ya verá cómo surge algo! Cuando vuelva a tener noticias mías, estaré en China o en Tombuctú.

La siguiente visita que recibí fue la del señor Flemming, abogado londinense de papá. Venía ex profeso de la capital para verme. Siendo él también un ardiente antropólogo, era un gran amirador de las obras de papá. Alto, delgado, carienjuto, entrecano. Se puso en pie cuando entré en la habitación. Me tomó ambas manos en las suyas y me las golpeó cariñosamente.

—Mi pobre niña —dijo—. ¡Mi pobre niña!

Sin consciente hipocresía, adopté el porte de una huérfana acongojada. Fue él quien me hipnotizó hasta el punto de obligarme a hacerlo. Era benigno, bondadoso, paternal... Y, sin duda, me consideraba una imbécil completa, abandonada a la deriva, condenada a hacer frente sola a un mundo cruel. Desde el primer momento comprendí que era inútil intentar convencerle de lo contrario. Según resultó luego, hice muy bien en no intentarlo.

—Mi querida niña, ¿cree usted poder escucharme mientras procuro aclararle algunas cosas?

—Oh, sí.

—Su padre, como ya sabe, fue un gran hombre. La posteridad sabrá reconocer su grandeza. Pero no era un buen hombre de negocios.

Eso lo sabía yo tan bien como el propio señor Flemming, si no mejor; pero me abstuve de decírselo. Él continuó diciéndome:

—No supongo que entienda usted gran cosa de estos asuntos. Procuraré explicárselo lo más claramente que me sea posible.

Me los explicó con un lujo innecesario de detalles. Del resultado pareció que me quedaba una cantidad de ochenta y siete libras esterlinas, diecisiete chelines y cuatro peniques, con que hacer frente a la vida. Se me antojó una suma singularmente poco satisfactoria. Aguardé con cierta trepidación lo que diría después. Temí que el señor Flemming tuviese una hija en Escocia que necesitara una joven señorita de compañía. Al parecer, sin embargo, no la tenía.

—Lo interesante es —prosiguió— el porvenir. Tengo entendido que carece usted de familia.

—Me encuentro sola en el mundo —respondí.

Y me asombró nuevamente mi parecido con la protagonista de una película.

—¿Tiene amistades?

—Todo el mundo se ha mostrado muy bondadoso conmigo —contesté con agradecimiento.

—¿Quién no iba a mostrarse bondadoso para con una muchacha tan joven y encantadora? —inquirió el señor Flemming, galantemente—. Bien, bien, querida..., hemos de ver lo que se puede hacer.

Vaciló un instante y luego dijo:

—Y ¿si...? ¿Y si viniera usted con nosotros una temporada?

No dejé escapar la oportunidad. ¡Londres! El lugar donde ocurren cosas.

—Es usted muy bueno —dije—. ¿Puedo ir de verdad? Nada más que mientras echo una mirada a mi alrededor. He de empezar a ganarme la vida, ¿sabe?

—Sí, sí, hija mía. Comprendo perfectamente. Buscaremos algo... apropiado.

Presentí que lo que el señor Flemming considerara «apropiado» andaría muy lejos de parecérmelo a mí, pero desde luego, no era aquél el momento más adecuado para darle a conocer mi punto de vista sobre el particular.

—Eso queda acordado, pues. ¿Por qué no vuelve hoy mismo a Londres conmigo?

—Oh, gracias, pero la señora Flemming...

—Mi esposa le dará la bienvenida de todo corazón.

¿Sabrán los maridos de sus mujeres tanto como creen saber? Si yo tuviera esposo, me haría muy poca gracia que trajera a casa huérfanas sin haberme debidamente consultado primero.

—Le mandaremos un telegrama desde la estación —continuó el abogado.

Mi escaso equipaje pronto quedó preparado. Contemplé mi sombrero con tristeza antes de ponérmelo. Había sido en otros tiempos lo que yo llamaba un sombrero «Gilda». Con lo cual quería decir que era la clase de sombrero que debe llevar una criada en día de fiesta; pero que no lo lleva. Una prenda fláccida, de paja negra, con ala propiamente caída. Con la inspiración de verdadero genio le había

pegado un puntapié, dado un par de puñetazos, abollado la copa, adornándolo después con la idea que tiene el cubista de una zanahoria *jazz*. El conjunto había resultado decididamente elegante. Había quitado ya la zanahoria, claro está, y ahora me dispuse a deshacer el resto de mi obra. El sombrero «Gilda» recobró su primitivo estado junto con un aspecto maltrecho adicional que le hacía aún más deprimente que antes. Mejor era que me aproximase todo lo posible a la idea que popularmente se tiene de cómo debe parecer una huérfana. Estaba levemente nerviosa por la acogida que pudiera dispensarme la señora Flemming; pero fiaba en que mi aspecto la desarmaría lo bastante.

El señor Flemming estaba nervioso también. Me di cuenta de ello cuando subíamos la escalera de la elevada casa de una tranquila plazoleta de Kensington. La señora Flemming me saludó muy agradablemente. Era una mujer apacible, obesa, del tipo de «buena madre y esposa». Me condujo a una alcoba limpísima, con cortinas estupendas; expresó la esperanza de que tendría todo lo que hacía falta; me informó que el té estaría preparado dentro de un cuarto de hora, y me dejó sola.

Oí su voz, algo elevada, cuando entraba en la sala del piso de abajo.

—Pero, Enrique, ¿cómo se te ha ocurrido?

No oí el resto; pero su tono era acerbo. Y unos minutos más tarde flotó hasta mí otra frase, pronunciada con voz más ácida y malhumorada:

—Estoy de acuerdo contigo. No cabe duda de que es, en efecto, *muy* linda.

Es dura la vida en verdad. Los hombres no la tratan a una bien si no es bonita. Y las mujeres no la tratan a una bien si lo es.

Exhalé un profundo suspiro y empecé a hacerme cosas al cabello. Tengo una cabellera hermosa. Es negra, de un negro auténtico y no de un castaño oscuro. Me arranca desde muy arriba (con lo que quiero decir que mi frente es ancha) y me cae sobre las orejas. Con implacable mano, me arrastré el cabello hacia arriba. Como lindas, mis orejas ya lo son, pero no hay que darle vueltas: las

orejas están pasadas de moda hoy en día. Cuando hube terminado, tenía un parecido, casi increíble, con la clase de huérfana que sale en fila de un asilo, con una toca pequeña y una capa encarnada.

Observé al bajar que la mirada de la señora Flemming se posaba en mis desnudas orejas con cierta satisfacción. El señor Flemming pareció intrigado. No me cupo duda de que se estaría preguntando para sus adentros: «¿Qué se ha hecho esa criatura?»

En conjunto, el resto del día transcurrió bien. Quedó acordado que empezaría en seguida a buscar algo que hacer.

Cuando me fui a acostar, me contemplé atentamente el rostro en el espejo. ¿Era bonita, en efecto? Con franqueza, no puedo decir que lo creyera. No tenía nariz griega, recta, ni boca como un capullo, ni ninguna de las cosas que una ha de tener. Es cierto que un pastor protestante me dijo una vez que mis ojos eran como «el sol encerrado en un bosque oscuro, oscuro»; pero ¡conocen los pastores tantas citas...! Y las disparan al azar. Prefería que mis ojos fueran azules como los de las irlandesas, en lugar de verde oscuro, veteados de amarillo. No obstante, el verde es un buen color para las aventureras.

Me envolví fuertemente en una prenda negra, dejándome desnudos hombros y brazos. Luego me cepillé el pelo y me lo dejé caer de nuevo sobre las orejas. Me cubrí el rostro de polvos, para que pareciera el cutis aún más blanco que de costumbre. Rebusqué hasta encontrar carmín con el que cubrí espesamente los labios. Luego me unté por debajo de los ojos con un corcho quemado. Por último me coloqué una cinta encarnada en el hombro desnudo, me clavé una pluma del mismo color en el cabello y me introduje un cigarrillo en la comisura de los labios. El aspecto total me gustó enormemente.

—Ana, la Aventurera —dije en voz alta, saludando a la imagen reflejada con un movimiento de cabeza—. Ana, la Aventurera. Primera jornada: «La casa de Kensington».

Son locas las muchachas.

Capítulo III

Durante las semanas que siguieron estuve la mar de aburrida. La señora Flemming y sus amistades se me antojaban muy poco o nada interesantes. Hablaban horas y horas de sí mismas, de sus hijos, y de lo que decían a la granjera cuando la leche no era buena. Luego se ponían a hablar de la servidumbre, de las dificultades para encontrar buenas criadas, de lo que le habían dicho a la encargada de la agencia de colocaciones; de lo que la encargada de la agencia de colocaciones les había dicho a ellas. No parecían leer los periódicos nunca, ni preocuparse por lo que sucedía en el mundo a su alrededor. No les gustaba viajar, ¡todo era tan distinto a Inglaterra! De la Riviera no había nada que decir, naturalmente, porque una se encontraba allí con todas sus amistades.

Yo escuchaba y me contenía con dificultad. La mayoría de aquellas mujeres eran ricas. Suyo era el ancho y hermoso mundo para vagar por él a placer. Y, sin embargo, ¡se quedaban voluntariamente en el sucio y aburrido Londres, hablando de lecheros y criadas! Pensándolo ahora, creo que, tal vez, fuera yo una miaja intolerante. Pero sí que eran estúpidas, estúpidas hasta en la labor que ellas mismas habían escogido; la mayoría llevaba las cuentas de su casa de una manera extraordinariamente inadecuada y embrollada.

Mis asuntos no hacían grandes progresos. Se había llevado a cabo la venta de la casa y de los muebles, siendo su producto justamente el necesario para pagar nuestras deudas. Aún no había logrado encontrar empleo. ¡No lo deseaba en realidad! Estaba convencida de que si andaba por ahí buscando aventuras, las aventuras me saldrían al

encuentro. Tengo la teoría de que una encuentra siempre lo que desea.

Y mi teoría estaba a punto de ser confirmada por la experiencia.

Estábamos a primeros de enero, a día ocho, para ser exacta. Regresaba de entrevistarme con una señora que aseguraba necesitar una secretaria señorita de compañía. Pero lo que parecía buscar en realidad era una mujer fuerte para las faenas domésticas, dispuesta a trabajar doce horas diarias por un sueldo de veinticinco libras al año. Después de habernos despedido con velada descortesía por parte de ambas, bajé a Edgware Road (la entreavista había tenido lugar en una casa de Saint John's Wood), y crucé Hyde Park hasta el Hospital de San Jorge. Allí me metí en la estación del «Metro» de Hyde Park Corner y saqué billete para Gloucester Road.

Una vez en el andén, lo recorrí en toda su extensión. Mi curiosidad me impulsó a asegurarme de que había, en efecto, agujas de cambio de abertura entre los dos túneles.

Al pasar junto a él, olfateé con desagrado. Para mí, no hay olor más desagradable que el de la naftalina. Y el grueso gabán de aquel hombre apestaba a la sustancia en cuestión. La mayoría de los hombres suelen ponerse el abrigo antes de enero, y por consiguiente resultaba raro que, a aquellas alturas, el olor no se hubiese desvanecido ya. El hombre se hallaba un poco más allá que yo, en la mismísima entrada del túnel. Parecía absorto en sus pensamientos. Conque pude mirarle detenidamente sin parecer grosera. Era alto y delgado, de tez morena, ojos azules y barba oscura, recortada.

Acababa de llegar del extranjero —deduje—. Por eso le apesta tanto el gabán. Viene de la India. No es oficial del Ejército, porque un oficial no llevaría barba. Tal vez sea propietario de una plantación de té.

En aquel momento el hombre dio media vuelta, como si fuera a retroceder sobre sus pasos. Me miró, y luego dirigió la vista a algo detrás de mí, y su semblante sufrió un cambio. Se contrajo en expresión de miedo, casi de pánico. Dio un paso atrás, como en involuntario movimiento de retroceso ante un peligro, olvidándose que se hallaba

al borde mismo del andén. Perdió el equilibrio y cayó a la vía.

Surgió una llamarada en los rieles y se oyó como un chisporroteo. Solté un chillido. Acudió corriendo la gente. Dos empleados de la estación parecieron salir de la nada y asumieron el mando.

Yo permanecí donde me encontraba, como si hubiera echado raíces, presa de una horrible fascinación. Parecía haberme desdoblado en aquellos instantes en dos personas distintas. Una, que estaba aterrada por la catástrofe; la otra, que observaba con serenidad, interés y desapasionamiento los métodos empleados para alzar al hombre del rail electrificado y subirle nuevamente al andén.

—Tengan la bondad de hacerme paso. Soy médico.

Un hombre alto, de barba parda, pasó junto a mí y se inclinó sobre el cuerpo del otro.

Mientras llevaba a cabo su examen, experimenté una extraña sensación de irrealidad. Aquello no era verdad... no podía serlo. Por fin el médico se alzó y sacudió la cabeza.

—Está muerto —dijo—. No se puede hacer absolutamente nada por él.

Todos nos habíamos agolpado lo más cerca posible. Un mozo de estación alzó la voz:

—¡Vamos! Retírense un poco, ¿quieren? ¿Qué adelantan echándose encima?

Experimenté una repentina sensación de náuseas, di media vuelta y subí corriendo la escalera hacia el ascensor. La cosa era demasiado horrible. Necesitaba que me diera el aire. El médico que había examinado el cadáver iba delante de mí. El ascensor estaba a punto de arrancar. El otro había descendido ya. El médico echó a correr. Al hacerlo, se le cayó un trozo de papel.

Me agaché, lo recogí y salí corriendo tras él. Pero las puertas del ascensor se cerraron en mis narices y me quedé abajo, con el papel en la mano. Para cuando el segundo ascensor llegó al nivel de la calle, no se veía al médico por parte alguna. Confié que no sería nada importante lo que había perdido y lo examiné por primera vez.

Se trataba de media hoja de papel corriente, con unas

cifras y unas palabras escritas en lápiz. Las siguientes:

17.1 22 Kilmorden Castle

No parecía ser cosa de gran importancia, desde luego. No obstante, me resistí a tirarlo. Mientras lo miraba arrugué involuntariamente la nariz con disgusto. ¡Naftalina otra vez! Me acerqué el papel a la nariz con tiento. Sí; olía fuertemente a naftalina. Pero después de todo...

Doblé cuidadosamente el papel y me lo metí en el bolso. Regresé a casa despacio y pensando mucho.

Le expliqué a la señora Flemming que había sido testigo de un accidente desagradable en el «metro», que estaba algo alterada, y que me retiraría a mi cuarto a echarme un rato. La bondadosa mujer insistió en que tomara una taza de té. Después de eso dejaron que me las apañara sola y me puse a poner en práctica un plan que había trazado camino de casa. Quería saber qué era lo que me había producido aquella sensación de irrealidad mientras observaba cómo examinaba el médico el cadáver. Empecé por tenderme en el suelo de la misma manera en que lo había estado el desconocido. Luego coloqué una almohada en mi lugar y me puse a imitar todos los movimientos y gestos del médico que recordaba. Cuando hube terminado, había descubierto ya lo que deseaba. Me senté sobre los talones y me quedé mirando a la pared de enfrente frunciendo el entrecejo.

Los periódicos de la noche publicaron un suelto dando cuenta de la muerte de un hombre en el «metro» y se expresó la duda de si se trataba de un suicidio o de un accidente. Al leerlo, creí ver claro mi deber, y cuando el señor Flemming oyó mi relato, se mostró de acuerdo conmigo.

—No cabe la menor duda de que su presencia será necesaria cuando se lleve a cabo la prueba judicial. ¿Dice usted que no había cerca ninguna otra persona para ver exactamente lo ocurrido?

—Experimenté la sensación de que alguien se acercaba por detrás de mí; pero no puedo tener la seguridad... Y sea como fuere, nadie hubiera podido estar tan cerca como yo lo estaba.

Se celebró la encuesta. El señor Flemming dio todos los pasos necesarios y me llevó consigo. Pareció temer que aquello iba a resultar una prueba demasiado dura para mí, y tuve que ocultarle cuán completamente serena me encontraba.

Habían identificado al interfecto. Se trataba de un tal L. B. Carton. No se le había hallado nada en el bolsillo, salvo una autorización, firmada por un agente de fincas, para que pudiera ver una casa situada a orillas del río cerca de Marlow. Iba extendida a nombre de L. B. Carton, Hotel Russell. El conserje del hotel identificó al muerto, asegurando que había llegado el día anterior y alquilado una habitación. Se había inscrito en el registro con el nombre de L. B. Carton, de Kimberley, África del Sur. Era evidente que acababa de desembarcar.

—Yo era la única que presenció el suceso.

—¿Usted cree que fue un accidente? —me preguntó el juez.

—Estoy completamente segura de ello. Algo le alarmó y retrocedió instintivamente, sin pensar en lo que hacía.

—Pero, ¿qué pudo haberle alarmado?

—Eso no lo sé. Pero hubo algo. Parecía tener un pánico enorme.

Un miembro del jurado insinuó que a algunos hombres les aterraban los gatos. Aquél podría haber visto un gato. A mí me pareció muy ingeniosa su insinuación; pero el jurado en pleno, que evidentemente ardía en deseos de volver a casa cuanto antes y experimentaba una viva satisfacción en poder dictaminar que se trataba de un accidente y no de un suicidio, acogió la insinuación con muestras de contento.

—Encuentro extraordinario —dijo el juez— que el médico que examinó el cadáver no se haya presentado. Debieron haberle pedido el nombre y las señas. El no haberlo hecho constituye una verdadera irregularidad.

Sonreí para mis adentros. Tenía mis teorías en cuanto al doctor se refería. Y basándome en las mías había formado el propósito de hacer una visita a Scotland Yard dentro de muy poco.

Pero a la mañana siguiente recibí una sorpresa. Los

Flemming estaban suscritos al *Daily Budget*, y el *Daily Budget* había encontrado aquella mañana un asunto muy de su agrado.

EXTRAORDINARIA SECUELA AL ACCIDENTE
OCURRIDO EN EL «METRO»
UNA MUJER APUÑALADA EN UNA
CASA SOLITARIA

Leí con avidez:

«Ayer se hizo un descubrimiento sensacional en la Casa del Molino, de Marlow. La Casa del Molino, propiedad de sir Eustace Pedler, miembro del Parlamento, se alquila sin muebles. En el bolsillo del hombre de quien se creyó al principio que se había suicidado dejándose caer sobre el rail electrificado de la estación del «metro» de Hyde Park Corner, se halló una autorización para ver dicha casa. Ayer se descubrió en una de las habitaciones del piso superior de la Casa del Molino el cadáver de una joven muy hermosa, que había muerto estrangulada; pero hasta el momento de entrar en prensa, no ha sido identificada. Se asegura que la policía sigue la pista. Sir Eustace Pedler, propietario de la Casa del Molino, se halla pasando el invierno en la Costa Azul.»

Capítulo IV

Nadie se presentó a identificar a la muerta. En la prueba salieron a relucir los hechos siguientes:

Poco después de la una del día 8 de enero, una mujer bien vestida, que hablaba con un leve acento extranjero, se había presentado en las oficinas de los señores Butler & Park, agentes de fincas, en Knightsbridge. Explicó que deseaba alquilar o comprar una casa a orillas del Támesis y cerca de Londres. Se le dieron detalles de varias, entre ellas la Casa del Molino. Dio el nombre de señora de Castina, y como señas el Hotel Ritz; pero se comprobó que no paraba allí persona alguna de dicho nombre y los empleados del hotel no la reconocieron.

La señora James, esposa del jardinero de sir Eustace, que hacía de guardián de la casa y vivía en el pabelloncito que daba a la carretera real, prestó declaración.

A eso de las tres de aquella tarde se acercó una señora a ver la casa. Enseñó una autorización de los agentes, y de acuerdo con la costumbre establecida, la señora James le dio las llaves de la casa. Ésta se hallaba a cierta distancia del pabellón y la mujer no solía acompañar nunca a los inquilinos en perspectiva. Unos minutos más tarde llegó un joven. Era alto, ancho de espaldas, bronceado y de ojos grises claros. Iba afeitado y llevaba un traje color castaño. Le explicó a la señora James que era amigo de la señora que había ido a ver la casa, pero que se había detenido en Correos a expedir un telegrama. Ella le enseñó el camino de la casa y no volvió a acordarse del asunto.

Cinco minutos más tarde volvió a aparecer, le devolvió las llaves y anunció que temía que la casa no les conviniese. La señora James no vio a la señora, pero supuso que se habría adelantado al otro. Lo que sí observó fue que el joven parecía bastante alterado.

—Tenía el mismo aspecto —aseguró— que si hubiera visto un fantasma. Creí que se había puesto enfermo.

Al día siguiente otra pareja fue a ver la casa y descu-

brió el cadáver en uno de los cuartos de arriba. La señora James reconoció en él a la señora del día anterior. Los agentes también la identificaron, asegurando que se trataba de la «señora de Castina». El médico forense emitió la opinión de que la mujer había muerto unas veinticuatro horas antes. El *Daily Budget* exponía la teoría de que el hombre del «metro» había asesinado a la mujer, suicidándose a continuación. No obstante, como quiera que el hombre del «metro» había muerto a las dos de la tarde y que la mujer estaba viva a las tres, lo lógico era suponer que los dos sucesos no guardaban relación alguna entre sí y que la autorización para visitar la casa de Marlow hallada en el bolsillo del hombre no era más que una de esas coincidencias con las que uno se tropieza a veces en esta vida.

El jurado calificó el hecho de «asesinato deliberado cometido por persona o personas desconocidas», y dejó que la policía (y el *Daily Budget*) se encargaran de buscar «al hombre del traje color castaño». Puesto que la señora James estaba segura de que nadie había en la casa en el momento de entrar en ella la señora, y de que nadie había entrado en ella salvo el joven en cuestión hasta la tarde siguiente, parecía lógico suponer que él era el asesino de la desgraciada señora Castina. La habían estrangulado con un trozo de cordón negro muy fuerte y era evidente que la habían pillado por sorpresa, no dándole tiempo a gritar. El bolso de seda negra que llevaba la mujer contenía una carterita repleta de billetes y unas monedas sueltas, un pañuelo fino, de encaje, sin marca alguna, y la vuelta de un billete de ida y vuelta en primera, desde Londres. No gran cosa para sacar consecuencias.

Tales fueron los detalles publicados por el *Daily Budget* y «¡Hay que encontrar al hombre del traje color castaño!» se convirtió en su grito de guerra diario. Unas quinientas personas escribían diariamente, por término medio, anunciando haber dado con el individuo en cuestión. Y muchos jóvenes altos. de bronceada tez, maldijeron el día en que su sastre les había instado a que se hicieran un traje color castaño. El accidente del «metro», desterrado ya como una simple coincidencia, fue olvidado por el público.

¿Se trataba de una coincidencia? No estaba yo tan segura. Sin duda alguna tenía prejuicios, el incidente del «metro» se había convertido en misterio favorito mío; pero a mí, desde luego, me parecía ver cierta relación entre los dos hechos. En ambos figuraba un hombre de tez bronceada, un inglés que había vivido en el extranjero, evidentemente. Y había otras cosas. Fue el pensamiento de estas otras cosas lo que por fin me empujó a dar el paso decisivo. Me presenté en Scotland Yard y exigí hablar con quienquiera que estuviese encargado del caso sucedido en la llamada Casa del Molino.

Tardaron un buen rato en comprender lo que pedía, puesto que, por equivocación, me había introducido en el departamento donde se almacenan los paraguas perdidos; pero por fin me introdujeron en un cuartito y me presentaron al detective Meadows.

El inspector Meadows era un hombrecillo pelirrojo, de modales que a mí se me antojaron singularmente exasperantes. Un satélite, vestido de paisano, se hallaba sentado en un rincón.

—Buenos días —dije, nerviosa.

—Buenos días. ¿Tiene la amabilidad de sentarse? Creo que sabe usted algo que, en su opinión, puede servirnos de ayuda.

Su tono parecía indicar que semejante cosa era improbable en grado sumo. Y empezó a despertarse mi furia.

—Conocerá usted el caso del hombre que murió en el «metro» indudablemente... El hombre que llevaba en el bolsillo una autorización para visitar la casa de Marlow.

—¡Ah! —murmuró el inspector—. Usted es la señorita Beddingfeld, la que prestó declaración durante la encuesta. En efecto, el hombre llevaba la autorización que usted dice en el bolsillo. Y es posible que muchas otras personas la llevaran también...; sólo que a ellas no las mataron.

Reagrupé mis fuerzas.

—¿No le parece extraño que aquel hombre no llevara su billete en el bolsillo?

—Es la cosa más fácil del mundo perder un billete de ferrocarril. Me ha ocurrido a mí mismo más de una vez

—Ni dinero.

—Llevaba unas monedas sueltas en el bolsillo del pantalón.

—Pero no llevaba cartera.

—Son muchos los hombres que no llevan cartera.

Cambié de táctica.

—¿No le parece raro que el médico no se presentara después?

—Ocurre con frecuencia que el médico tiene mucho trabajo o no lee los periódicos. Es posible que olvidara el incidente por completo.

—En resumen, inspector —dije con dulzura—, usted está decidido a no hallar nada raro en el asunto.

—La verdad es, señorita Beddingfeld, que me inclino a creer que le gusta a usted con exceso la palabra «raro». Ya sé que las jóvenes son románticas... muy amantes de misterios y cosas así. Pero como yo tengo muchas ocupaciones...

Comprendí la indirecta y me puse en pie.

El hombre del rincón dijo con humildad:

—Tal vez querría la señorita darnos a conocer en pocas palabras qué ideas tiene sobre el asunto, ¿no le parece, inspector?

El inspector aceptó la sugerencia sin vacilar.

—Sí —dijo—. Vamos, señorita Beddingfeld, no se ofenda. Ha hecho usted preguntas e insinuado cosas. Diga sin ambages lo que lleva en el pensamiento.

—Dijo usted durante la encuesta —prosiguió el otro— que estaba segura de que no se trataba de un suicidio.

—Sí; estoy completamente segura de ello. El hombre estaba asustado. ¿Qué le asustó? No fui yo. Pero pudo haber estado cruzando alguien el andén en dirección a nosotros... alguien a quien él reconoció.

—¿No vio usted a nadie?

—No —confesé—; no volví la cabeza. Luego, en cuanto fue alzado el cuerpo de la vía, se abrió paso un hombre para examinarlo, diciendo que era médico.

—No hay nada de particular en eso.

—Pero no era médico.

—¿Cómo?

—No era médico —repetí.

—¿Cómo sabe usted eso, señorita Beddingfeld?

—Es difícil explicarlo con exactitud. He trabajado en un hospital durante la guerra y he visto a muchos médicos examinar cadáveres. Lo hacen con una indiferencia, con una falta de sensibilidad, que eché de menos en aquel hombre. Además, un médico no suele buscarle a uno el corazón en el lado derecho.

—¿Hizo él esto?

—Sí. No presté especial atención a lo sucedido por entonces. Sólo me di cuenta que había algo raro. Pero procuré reproducir toda la escena cuando llegué a casa y entonces comprendí por qué me había parecido la cosa algo anormal.

—¡Hum! —murmuró el inspector, alargando lentamente la mano para coger pluma y papel.

—Al pasar las manos por la parte superior del cuerpo del hombre, tendría ocasión de sacar lo que quisiera de los bolsillos.

—No me suena eso a probable —dijo el inspector—. Pero..., bueno, ¿podría usted describirle?

—Era alto, de anchos hombros, gabán negro, botas negras y lentes de marco de oro. Y barba oscura, recortada en pico.

—Si le quitamos gabán, barba y lentes, no queda nada que sirva para reconocerle —gruñó el inspector—. Podía cambiar de aspecto fácilmente en cinco minutos de querer hacerlo..., cosa que haría indudablemente si es el carterista que usted insinúa.

No había tenido yo la intención de insinuar tal cosa. Pero desde aquel momento renuncié a convencer al inspector. Era completamente inútil.

—¿No puede usted decirnos ninguna otra cosa de él? —inquirió al ponerme yo en pie para despedirme.

—Sí —repuse. Y aproveché la ocasión para largarle una andanada de despedida—. Tenía la cabeza marcadamente braquicéfala. No será tan fácil cambiar ese detalle.

Observé con viva satisfacción que la pluma del inspector vacilaba: Era evidente que no sabía escribir braquicéfala.

Capítulo V

En el calor de mi indignación, hallé inesperadamente fácil el paso siguiente. Había ido a Scotland Yard con un plan medio formado, plan que debía desarrollar si mi entrevista con las autoridades resultaba poco satisfactoria (y así había resultado, en efecto). Es decir, si me encontraba con suficiente valor para desarrollarlo.

Cuando uno está enfurecido le resultaba fácil hacer cosas ante las que retrocedería en estado normal. Así, sin tomar tiempo para reflexionar, me fui como un rayo a casa de lord Nasby.

Lord Nasby era el millonario dueño del *Daily Budget*. Era además propietario de otros periódicos, pero el *Daily Budget* era su favorito. En todos los hogares del Reino Unido se le conocía por ser propietario del *Daily Budget* y por ninguna otra cosa más. Como quiera que se acababa de publicar un horario detallado de las ocupaciones del gran hombre, sabía exactamente dónde encontrarle. Aquélla era la hora que dedicaba a dictarle la correspondencia a su secretario en su propia casa.

No supuse, naturalmente, que a cualquier joven que se le ocurriese presentarse y preguntar por él se le admitiría inmediatamente a su augusta presencia. Pero ya me había encargado yo de aquella parte del asunto. En la bandeja colocada para recibir tarjetas en el vestíbulo del hogar de los Flemming había visto la del marqués de Loamsley, el par deportista más famoso de Inglaterra. Me había adueñado de la tarjeta, y tras limpiarla cuidadosamente con migas de pan, escribí en ella, con lápiz, las siguientes palabras: «Le ruego conceda a la señorita Baddingfeld unos instantes de su valioso tiempo.» Las aventureras no deben ser demasiado escrupulosas en sus métodos.

La estratagema surtió efecto. Un lacayo de empolvada peluca recibió la tarjeta y se la llevó. Al poco rato apareció un secretario pálido. Me batí con él con éxito. El hombre se retiró derrotado. Volvió a comparecer y me suplicó que le siguiera. Lo hice. Entré en una habitación espaciosa. Una taquimecanógrafa que parecía asustada pasó por mi lado, huyendo como de un ser de otro mundo.

Luego se cerró la puerta y me vi de cara con lord Nasby.

Un hombrazo. Cabeza grande. Rostro grande. Bigote grande. Estómago grande. Concentré mis fuerzas. No había ido allá a hacer comentarios sobre el estómago de lord Nasby. Me estaba rugiendo ya.

—¿Bien? ¿Qué pasa? ¿Qué quiere Loamsley? ¿Es usted su secretaria? ¿De qué se trata?

—Para empezar —dije, procurando parecer todo lo más serena posible—, no conozco a lord Loamsley y, desde luego, él no tiene la menor noticia de mi existencia. Tomé su tarjeta de visita de la bandeja de la familia con la que me alojo y escribí esas palabras con lápiz yo mismo. Era importante que pudiera verle.

Durante unos instantes, lord Nasby pareció a punto de sufrir un ataque de apoplejía. Luego tragó saliva dos veces y se le pasó el acceso.

—Admiro su tranquilidad, jovencita. ¡Bien! ¡Ya me está viendo! Si logra interesarme, continuará viéndome durante dos minutos más.

—Me bastarán —repliqué—. Y lograré interesarle. Se trata del misterio de la Casa del Molino.

—Si halla usted al hombre del traje color castaño, escríbale al director —me interrumpió apresuradamente.

—Si me interrumpe, estaré más de dos minutos —le dije, con severidad—. No he hallado al hombre del traje color castaño; pero es muy probable que dé con él.

Usando el menor número de palabras posible, le di a conocer los hechos relacionados con el accidente del «Metro» y las conclusiones a que había llegado. Cuando terminé dijo él inesperadamente:

—¿Qué sabe usted de cabezas braquicéfalas?

Mencioné a papá.

—El hombre de los monos, ¿eh? Bueno, parece usted tener una buena cabeza sobre los hombros, jovencita. Pero todo eso resulta un poco vago. No hay gran cosa en que basarse. Y no nos sirve de nada... tal como lo presenta con sus palabras.

—Eso lo comprendo perfectamente.

—¿Qué es lo que desea entonces?

—Empleo en su periódico para investigar este asunto.

—No puede ser. Se cuida ya nuestro redactor especial.

—Yo ya tengo conocimientos especiales en este caso.

—Los que me acaba de contar, ¿verdad?

—¡Oh, no, lord Nasby! Aún me guardo un triunfo.

—Sí, ¿eh? Parece una muchacha muy lista. Bien. ¿De qué se trata?

—Cuando el supuesto médico se metió en el ascensor, dejó caer un papel. Yo lo recogí. Olía a naftalina. Igual que el muerto. Pero el doctor, no. Conque comprendí inmediatamente que el médico se lo había quitado al difunto. Llevaba dos palabras escritas y unos números.

—Enséñemelo.

Lord Nasby tendió una mano con indiferencia.

—No es fácil —le contesté, sonriendo—. El hallazgo es mío, ¿comprende?

—Tiene razón. Usted es una muchacha lista. Hace muy bien en no querer soltarlo. ¿No siente escrúpulo alguno en retenerlo y no entregárselo a la policía?

—Fui a Scotland Yard a entregarlo esta mañana. Se empeñaron en considerar que el asunto no tenía nada que ver con lo sucedido en Marlow. Conque opino que, dadas las circunstancias, estaba justificado que retuviera yo el papel. Además, el inspector me hizo enfadar.

—¡Bien miope es ese hombre! Bueno, muchacha; he aquí lo único que puedo hacer por usted: Siga desarrollando su plan. Si descubre algo... cualquier cosa que sea publicable..., mándelo y tendrá la oportunidad que busca. Siempre hay sitio en el *Daily Budget* para quien tiene talento. Pero ha de demostrar su valer primero. ¿Comprende?

Le di las gracias y me excusé por haber empleado métodos tan poco ortodoxos.

—No se preocupe. Me gusta la frescura..., cuando la fresca es una muchacha bonita. Y a propósito, dijo usted dos minutos y ha estado tres, descontando las interrupciones. Para una mujer eso resulta verdaderamente asombroso. Seguramente se debe a su entrenamiento científico.

Me encontré en la calle nuevamente, jadeando como si hubiese estado corriendo. Lord Nasby me resultaba agotador, pero yo salía satisfecha de mi entrevista con el potentado.

Capítulo VI

Regresé a casa con cierta sensación de triunfo. Mi plan había tenido un éxito mucho mayor del que yo hubiera podido esperar. Lord Nasby se había mostrado hasta jovial. Ahora sólo faltaba que yo demostrara «mi valer», como decía él.

Una vez encerrada en mi cuarto, saqué el precioso pedazo de papel y lo estudié atentamente. Era la clave del misterio.

En primer lugar, ¿qué representaban los números? Eran cinco y había un punto tras los dos primeros.

—Diecisiete..., ciento veintidós —murmuré.

Aquello no parecía conducir a ninguna parte.

A continuación, lo sumé. Es cosa que se hace con frecuencia en las novelas y que conduce a deducciones sorprendentes.

—Uno y siete son ocho; y uno, nueve; y dos, once; y dos, trece.

¡Trece! ¡Fatídico número! ¿Era aquello un aviso para que dejara el asunto en paz? Posiblemente. Fuera como fuese, parecía singularmente inútil salvo como aviso. Me negué a creer que conspirador alguno escribiera trece de esa suerte en la vida real. Si quería decir trece, hubiera escrito «13», así.

Había un espacio entre el uno y el dos. Por consiguiente, resté veintidós de ciento setenta y uno. El resultado fué ciento cincuenta y nuevo. Probé otra vez, y me salió ciento cuarenta y nueve. Esos ejercicios aritméticos serían, sin duda, un entrenamiento excelente, pero desde el punto de vista de hallar la solución del misterio, se me antojaban algo más que ineficaces. Dejé la aritmética en paz, sin intentar divisiones o multiplicaciones caprichosas, y pasé a estudiar las palabras.

Castillo de Kilmorden. Aquello era algo concreto, por lo menos. Un lugar. Probablemente cuna de una familia aristocrática. ¿Heredero desaparecido? ¿Pretendiente al título? O posiblemente una ruina pintoresca. ¡Tesoro escondido!

Sí; bien mirado, me inclinaba a aceptar la teoría de un tesoro oculto. Siempre se usan números cuando se trata de un tesoro. Un paso a la derecha; siete pasos a la izquierda; cávese un pie de profundidad, desciéndase veintidós escalones. Algo así. Podría sacar eso más tarde. La cosa era llegar al Castillo de Kilmorden lo antes posible.

Hice una salida estratégica del cuarto y regresé cargada de obras de referencia. *Quién es quién*, el almanaque de Whitaker, un Nomenclator, una Historia de Casas Solariegas Escocesas y las Islas Británicas de no sé qué autor.

Transcurrió el tiempo. Busqué con diligencia, pero con creciente enfado. Finalmente, cerré el último libro de golpe. No parecía existir el Castillo de Kilmorden.

Inesperado frenazo. *Tenía* que existir. ¿Por qué había de inventar nadie semejante nombre y escribirlo en un trozo de papel? ¡Absurdo!

Se me ocurrió otra idea. Tal vez se tratara de una monstruosidad hecha castillo, de construcción moderna, situada en los suburbios, cuyo nombre altisonante fuera invento de su propietario. Si tal era el caso, iba a ser extraordinariamente difícil dar con ella. Me senté sobre los talones, alicaída (siempre me siento en el suelo cuando he de hacer algo verdaderamente importante), y me pregunté cómo iniciar mi investigación.

¿Había alguna otra pista que pudiera seguir? Reflexioné un buen rato y luego me puse en pie de un brinco, encantada. ¡Naturalmente! Era preciso que visitara el «lugar del crimen». ¡Eso lo hacían siempre los mejores sabuesos! Y por mucho después que se presenten, siempre encuentra algo que se les ha pasado por alto a la policía. Se presentaba bien claro el camino que debía seguir. Tenía que ir a Marlow.

Pero, ¿cómo iba a introducirme en la casa? Descarté varios métodos aventureros y opté por la sencillez. Si habían querido alquilar la casa, era de suponer que seguirían tratando de hacerlo. Yo sería una aspirante a inquilina.

Decidí, por añadidura, dirigirme a los agentes locales, puesto que tendrían menos cosas que ofrecer.

En eso, sin embargo, no había contado con la huésped. Un empleado muy amable me proporcionó detalles de me-

dia docena de fincas altamente satisfactorias. Hube de hacer uso de todo mi ingenio para hallar motivos para rechazarlas. A última hora creí haber perdido el tiempo en balde.

—¿De veras que no tiene ninguna más? —pregunté mirando lastimosamente al empleado—. Alguna que esté a orillas del río... y que tenga bastante jardín... y un pabelloncito.

Había procurado describir en pocas palabras la Casa del Molino, tal como yo la concebía por lo que publicaron los periódicos.

—Verá usted... Sí que hay una... La casa de sir *Eustace Pedler*, naturalmente —dijo el hombre, dubitativo—. La Casa del Molino, ¿sabe?

—No..., no; dónde... —vacilé. (El vacilar empezaba a convertirse en uno de mis fuertes.)

—¡Esa misma! ¡Dónde se cometió el asesinato! Pero quizá no le gustaría...

—Oh, no creo que me importara —le interrumpí, fingiendo recobrar mi aplomo. Me parecía que mi buena fe había quedado demostrada ya—. Y tal vez me la cedan barata..., dadas las circunstancias.

—Sí..., es posible... Es inútil fingir que será fácil alquilarla después de lo ocurrido... la servidumbre y todo eso, ¿sabe? No querrá nadie habitarla. Si le gusta la casa después de verla, le aconsejo que haga una oferta. ¿Quiere que le extienda una autorización para visitarla?

—Si me hace el favor...

Un cuarto de hora más tarde me hallaba ante la portería de la Casa del Molino. En contestación a mi llamada, la puerta se abrió de par en par y una mujer alta, de edad madura, salió botando, tal como suena.

—Nadie puede entrar en la casa. ¿Lo ha oído? ¡Estoy hasta arriba de periodistas! Las órdenes de sir *Eustace*...

—Tenía entendido que se alquilaba la casa —contesté con frialdad, enseñándole la autorización—. Claro que si ya está alquilada...

—¡Oh..., perdóneme usted, señorita! Los periodistas no me dejan a sol ni a sombra. No tengo ni un minuto de tranquilidad. No, la casa no está alquilada... ni es fácil que se alquile ya.

—¿No funcionan las tuberías de desagüe? ¿Está mal hecha la urbanización? —pregunté en un susurro preñado de ansiedad.

—¡Quiá, señorita! Las tuberías de desagüe no podrían funcionar mejor. Pero, ¿es posible que no se haya enterado usted de que mataron a una señora extranjera aquí?

—Sí que creo haber leído algo de eso en los periódicos —dije con indiferencia.

Tal indiferencia hizo que se picara la buena mujer. De haber dado yo muestras de interés, muy probable que hubiera enmudecido. Aquello, sin embargo, tuvo el efecto contrario.

—¡Claro que lo leyó usted! ¡Ha salido en todos los periódicos! El *Daily Budget* sigue haciendo todo lo posible por encontrar al hombre que lo hizo. Parece ser, según el periódico, que nuestra policía no sirve para nada. Bueno, pues ojalá le pesquen... aunque era un joven muy agradable, se lo aseguro. Tenía cierto aspecto marcial. Oh, bueno, supongo que le herirían en la guerra y a veces se vuelven un poco raros después de una cosa así. Eso le ocurrió al hijo de mi hermana, por lo menos. Tal vez le hubiera tratado ella mal... son de cuidado esas extranjeras... aunque era una mujer muy hermosa. Estuvo de pie ahí mismo, donde se encuentra usted ahora. Ahí es donde hablamos breves palabras.

—¿Era rubia o morena? —me atreví a preguntar—. No hay manera de saberlo por esos retratos de periódico.

—De pelo negro y cara muy blanca... demasiado blanca para ser natural, pensé yo... y los labios resaltaban enrojecidos de una manera espantosa. No me gusta verlo... un poco de polvos de vez en cuando es distinto.

Charlábamos como amigas ya. Hice otra pregunta.

—¿Parecía nerviosa o alterada?

—Ni pizca. Sonreía para sí como si algo la divirtiera. Por eso me quedé tan parada al salir aquella gente corriendo a la tarde siguiente, llamando a la policía a voz en grito y diciendo que se había cometido un asesinato. Jamás me reharé del susto. Y en cuanto a poner un pie en esa casa después del anochecer, no lo haría yo por nada del mundo. ¡Si ni siquiera hubiese querido quedarme

en este pabellón de no habérmelo suplicado sir Eustace de rodillas!

—Creí que sir Eustace estaba en Cannes.

—Sí que estaba allí, señorita. Regresó a Inglaterra en cuanto supo la noticia; y en cuanto a lo de arrodillarse, eso no fue más que una forma de hablar. El señor Pagett, su secretario, nos ofreció doble sueldo si nos quedábamos, y como dice mi Juan, el dinero es el dinero en estos tiempos.

Me mostré cordialmente de acuerdo con el poco original contenido de Juan.

—El joven ese... —dijo la señora James, volviendo, de pronto, a ese punto de la conversación—. Ése sí que estaba alterado. Los ojos, unos ojos claros, por cierto, le brillaban una barbaridad. Excitado, pensé yo. Pero jamás se me ocurrió pensar que hubiese sucedido nada anormal. Ni siquiera cuando volvió a salir con una cara muy rara.

—¿Cuánto tiempo estuvo en la casa?

—Oh, no mucho rato. Unos cinco minutos tal vez.

—¿Qué estatura tendría, cree usted? ¿Un metro ochenta?

—Sí, puede que sí.

—¿Afeitado dice usted?

—Sí, señorita. Ni siquiera tenía uno de esos bigotitos que parecen cepillos de dientes.

—¿Tenía así la barbilla brillante por casualidad? —pregunté, obedeciendo a un súbito impulso.

La señora James me miró con cierto respeto.

—Ahora que lo dice usted, señorita, sí que la tenía. ¿Cómo lo adivinó?

—Es una cosa muy curiosa —expliqué al buen tuntún—, pero es frecuente entre asesinos tener la barbilla brillante.

La señora James aceptó la explicación de buena fe.

—¡Caramba, señorita! ¡Nunca había oído decir eso hasta ahora!

—Supongo que no se fijaría usted en la clase de cabeza que tenía, ¿verdad?

—Una cabeza corriente. Le traeré las llaves, ¿quiere usted?

Las acepté y me dirigí a la Casa del Molino. Hasta donde había llegado se me antojaba buena mi reconstruc-

ción de los hechos. Desde el primer momento me había dado cuenta de que la única diferencia que existía entre el hombre descrito por la señora James y el médico del «Metro» era la compuesta por cosas no esenciales. Un gabán, una barba, lentes con marco de oro. El médico había parecido de edad madura, pero recordé que se había agachado sobre el cadáver como un hombre joven. La flexibilidad de sus movimientos denotaba juventud.

La víctima del accidente (el hombre de la naftalina, como le llamaba yo para mis adentros), y la extranjera señora de Castina o como quiera que se llamase en realidad, habían quedado en encontrarse en la Casa del Molino. Tal era mi teoría, por lo menos. Ya fuese porque temieran que se les estaba vigilando o por alguna otra razón, había escogido el ingenioso método de obtener cada uno de ellos una autorización para visitar la misma casa. Así, su encuentro allí parecía obedecer a una simple casualidad.

También me sentía bastante segura de que el hombre de la naftalina había visto, de pronto, al médico y de que el encuentro le había resultado tan inesperado como alarmante. ¿Qué había sucedido después? El doctor se quitaría el disfraz para seguir a la mujer hasta Marlow. Cabía la posibilidad de que, si se lo había quitado precipitadamente, aún conservara en la barbilla rastro de la goma empleada para sujetar la barba postiza. De ahí la pregunta que dirigí a la señora James.

Mientras reflexionaba llegué a la puerta baja, anticuada, de la Casa del Molino. La abrí con la llave que me habían dado y entré. El vestíbulo era oscuro y de techo bajo. La casa olía a moho. A pesar mío, me estremecí. ¿Habría tenido algún presentimiento, habría experimentado algún escalofrío la mujer que entrara sonriendo para sí unos días antes al pisar la casa? ¿Se desvanecería? O... ¿subiría la escalera sonriendo, aun sin presentir la fatalidad que estaba a punto de alcanzarla? Mi corazón palpitó con más violencia. ¿Estaba la casa vacía, en efecto? ¿Me acecharía la fatalidad allí dentro a mí también? Por primera vez comprendí el significado de tan manido vocablo «ambiente». Había ambiente en aquella casa, un ambiente de crueldad, de amenaza, de mal.

Capítulo VII

Desterré los sentimientos que me oprimían y subí apresuradamente la escalera. No me costó trabajo alguno encontrar el cuarto en que había ocurrido la tragedia. Había llovido mucho el día del descubrimiento del cadáver y el suelo sin alfombra estaba cubierto de huellas de barro en todas direcciones. Me pregunté si habría dejado el asesino la huella de alguna pista el día anterior. Lo probable era que la policía se mostrase reservada sobre el particular si alguna había encontrado; pero pensándolo bien, llegué a la conclusión de que no era fácil que hubiese dejado ninguna. Había hecho un día hermoso y seco.

No había nada de interés en la habitación. Era casi cuadrada; tenía dos miradores grandes, paredes blancas, lisas y suelo desnudo. El entarimado del piso estaba manchado por los bordes, señalando así el espacio cubierto en otros tiempos por una alfombra. Lo examiné cuidadosamente; pero no encontré ni un alfiler. No parecía probable que la talentuda detective descubriera pista alguna que la policía hubiese pasado por alto.

Yo iba provista de un lápiz y un librito de notas. No parecía haber gran cosa que anotar; pero hice un plano del cuadro para consolarme un poco del desencanto que mi fracaso me producía. Cuando me disponía a guardarme el lápiz en el bolso otra vez, se me escapó de entre los dedos y rodó por el suelo.

La Casa del Molino era muy vieja y había muchas desigualdades en el piso. El lápiz rodó con creciente velocidad hasta detenerse al pie de una de las ventanas. En el hueco de cada mirador había un ancho asiento debajo del cual se ocultaba una especie de armario. Mi lápiz había ido a detenerse contra la puerta de uno de ellos. El armario estaba cerrado; pero se me ocurrió de repente que de

haber estado abierto, el lápiz hubiera seguido rodando hasta meterse dentro. Abrí la puerta y, en efecto, el lápiz entró y se alojó en el rincón más apartado. Lo recogí, observando al hacerlo que, debido a la falta de luz y a la extraña conformación del amario, no era posible verlo, sino que había que buscarlo a tientas. Fuera de mi lápiz el armario no contenía nada. No obstante, como a mí me gusta hacer bien las cosas, probé el armario del otro mirador.

Al principio pareció como si estuviese vacío también; pero rebusqué por su interior con perseverancia, y mis esfuerzos se vieron premiados por el hallazgo de un cilindro de papel que yacía en una especie de depresión o concavidad del fondo del armario. En cuanto lo tuve en la mano, me di cuenta de lo que era. Un rollo de película. ¡Qué hallazgo más interesante!

Comprendí, naturalmente, que aquel rollo podría ser de sir Eustace Pedler que era fácil que hubiera rodado hasta allí y que no le hubiesen hallado al vaciar el armario. Pero no lo creía. El envoltorio encarnado parecía demasiado nuevo. La capa de polvo que lo cubría no era muy gruesa. No podía llevar allí el rollo más de dos o tres días, es decir, desde el día en que se cometió el asesinato. De haber estado allí mucho más tiempo, hubiera estado recubierta de una capa de polvo mucho más gruesa.

—¿Quién lo había dejado caer? ¿El hombre? ¿La mujer? Recordé que el contenido del bolso de esta última había parecido estar intacto. De haberse abierto durante la lucha y haber caído el rollo, también hubiesen rodado por el suelo algunas monedas. No; no era la mujer quien había dejado caer la película.

Olfateé de pronto y con desconfianza. ¿Estaba convirtiéndose en obsesión mía el olor a naftalina? Hubiera jurado que el rollo de película olía a eso también. Me lo acerqué a la nariz. Tenía el acostumbrado olor fuerte propio de una película fotográfica; pero aparte de eso, me era posible percibir el olor que tanto me disgustaba. No tardé en averiguar la causa. Una minúscula hebra se había enganchado en la madera del carrete y dicha hebra estaba impregnada de olor a naftalina. El hombre muerto en el «Metro» había llevado aquel rollo en el bolsillo del chaleco en

alguna ocasión. ¿Era él quien lo había dejado caer? Difícilmente. Se conocían demasiado bien todos sus pasos.

No. Era el otro hombre, el doctor. Se había llevado la película al llevarse el papel. Era él quien lo había dejado caer allí durante su lucha con la mujer.

—¡Tenía la pista que había andado buscando! Haría revelar el rollo para obtener nuevos elementos para proseguir la investigación.

Salí de la casa estusiasmada; devolví las llaves a la señora James y regresé lo más aprisa posible a la estación. Durante el viaje a Londres saqué el papelito y lo estudié otra vez. De pronto, las cifras adquirieron un significado nuevo. ¿Y si fueran una fecha? 17 1 22. El diecisiete de enero de 1922. ¡Eso debía ser! ¡Qué idiota era por no haber pensado en ello antes! Pero en tal caso necesitaba descubrir dónde se hallaba el Castillo de Kilmorden, porque aquel día era precisamente el catorce. Tres días. Bastante poco, ¡casi imposible cuando uno no tenía la menor idea de dónde buscar!

Era demasiado tarde para dar a revelar el rollo aquel día. Tenía que regresar aprisa a Kensington para no llegar tarde a comer. Se me ocurría que había un método sencillo de comprobar si algunas de mis conclusiones eran exactas. Le pregunté al señor Flemming si se había encontrado una máquina fotográfica en el equipaje del muerto. Sabía que se había interesado mucho por el asunto y que estaba al tanto de todos los detalles.

Con gran sorpresa y no poco desencanto mío, me contestó que no se había hallado máquina fotográfica alguna. Todo el equipaje de Carlton había sido examinado cuidadosamente con la esperanza de hallar algo que derramara alguna luz sobre su estado de ánimo. Estaba completamente seguro de que no se había encontrado cosa alguna que se pareciera a un aparato fotográfico.

Esto resultaba un inconveniente para mi teoría. Si no poseía una máquina fotográfica, ¿por qué había de llevar un carrete de película?

Salí a primera hora de la mañana siguiente a entregar el rollo para que lo revelasen. Fui tan meticulosa, que recorrí toda la distancia que me separaba de Regent Street

nada más que por llevarlo a la propia casa «Kodak». Lo entregué y pedí una prueba de cada fotografía. El hombre acabó de amontonar una serie de películas metidas en cilindros de hojalata para su envío a los trópicos y tomó mi rollo.

Me miró.

—Me parece que se ha equivocado usted —dijo sonriendo.

—¡Oh, no! —repliqué—. Estoy segura de que no me he equivocado.

—Se ha equivocado de rollo. Éste está *sin usar*.

Salí del establecimiento procurando disimular el chasco que acababa de llevarme. Supongo que es bueno que una se dé cuenta de vez en cuando de todo lo idiota que puede llegar a ser. Pero a nadie le gusta verse en semejante trance y quedar en ridículo.

Y entonces, cuando pasaba por delante de las oficinas de una casa de esas grandes Compañías de vapores, me paré en seco. En el escaparate había una maqueta preciosa de uno de los barcos de la Compañía. Y llevaba por nombre: «Castillo de Kenilworth». Se me ocurrió una idea loca. Empujé la puerta y entré. Me acerqué al mostrador y con voz vacilante (vacilación auténtica esta vez, y no fingida), murmuré:

—¿El «Castillo de Kilmorden»?

—Sale el diecisiete de Southampton. ¿Ciudad de El Cabo primera o segunda?

—¿Cuánto vale el pasaje?

—Ochenta y siete libras en primera...

Le interrumpí. La coincidencia era demasiado grande. ¡El importe total de mi herencia, exactamente! Me lo jugaba todo a una carta.

—Un billete de primera —dije.

Capítulo VIII

Extracto del Diario de sir Eustace Pedler

Es verdaderamente extraordinario, pero nunca parezco poder vivir tranquilo. Soy hombre amante de la vida apacible. Me gusta ir a un *club* a jugar allí mi partida de *bridge*, hacer una comida bien guisada y rociarla con buen vino. Me gusta Inglaterra en el verano y la Costa Azul en invierno. No tengo el menor deseo de tomar parte en acontecimientos sensacionales. Y a veces, sentado ante un buen fuego, no me importa leer una reseña de ellos en el periódico. Pero no me gusta pasar de ahí. Mi objeto de esta vida es vivir todo lo más cómodamente posible. He dedicado mucha reflexión y una considerable cantidad de dinero a tal fin. Pero no puedo decir honradamente que tengan siempre buen éxito mis esfuerzos. Si a mí personalmente no me suceden cosas, éstas ocurren a mi alrededor, y con frecuencia y a pesar mío me veo envuelto en ellas. Detesto verme complicado en cosas así.

Y todo ello porque Guy Pagett entró en mi alcoba esta mañana con un telegrama en la mano y la cara más larga que la de un mudo en un entierro.

Guy Pagett es mi secretario; un hombre lleno de celo, meticuloso, trabajador, admirable por todos sus conceptos. No conozco a persona alguna capaz de molestarme tanto. Durante mucho tiempo me he estado devanando los sesos buscando una excusa para deshacerme de él. Pero uno no puede despedir a un secretario simplemente porque prefiere el trabajo al juego, porque le gusta madrugar y porque carece por completo de vicios. La única cosa divertida que tiene es la cara. Su semblante es de un envenenador del siglo XIV, la clase de tipo a quien los Borgia hubieran confiado sus encargos.

No me importaría tanto si no fuese que Pagett me hace trabajar a mí también. Para mí, el trabajo es algo que debiera hacerse a la ligera y sin prisa, algo con qué jugar. Dudo que Pagett haya jugado con nada en su vida. Se lo toma todo en serio. Por eso resulta tan difícil vivir con él.

La semana pasada se me ocurrió la brillante idea de mandarle a Florencia. Hablaba de Florencia y de lo mucho que le gustaría ir allí.

—Amigo mío —exclamé—; marchará usted allí mañana. Le pagaré todos los gastos.

Enero no es el mes más indicado para ir a Florencia; pero a Pagett le daría igual. Me lo imaginaba, guía en mano, recorriendo religiosamente todos los museos. Y para mí, una semana de libertad resultaba barata a ese precio.

Ha sido una semana deliciosa. He hecho todo lo que se me ha antojado y nada de lo que detesto. Pero cuando abrí los ojos y vi a Pagett de pie, quitándome la luz con su cuerpo, y la intempestiva hora de las nueve de la mañana, comprendí que mi libertad cesó.

—Amigo mío —le pregunté—, ¿se ha celebrado ya el entierro o ha de celebrarse más tarde esta mañana?

Pagett no sabía apreciar una broma. Se limitó a mirarme con fijeza.

—¿Conque está usted enterado, sir Eustace?

—Enterado..., ¿de qué? —pregunté con enfado—. De la expresión de su rostro deduje que uno de sus próximos y más queridos parientes iba a recibir sepultura esta mañana.

Pagett hizo caso omiso de mi salida hasta donde le fue posible.

—Ya me parecía a mí que no podía estar enterado de esto. —Golpeó con los dedos el telegrama—. Ya sé que le disgusta que le despierten temprano..., pero son las nueve. —Pagett se empeña en que a las nueve de la mañana ha transcurrido ya casi medio día—, y pensé que, dadas las circunstancias...

Volvió a golpear el telegrama.

—¿Qué es eso? —le pregunté.

—Un telegrama de la policía de Marlow. Ha muerto asesinada una mujer en la casa de usted.

Eso sí que me despejó de verdad.

—¡Qué frescura! —exclamé—. ¿Por qué en *mi* casa? ¿Quién la asesinó?

—No lo dicen. Supongo que regresaremos a Inglaterra inmediatamente, sir Eustace.

—No tiene usted por qué suponer cosa semejante. ¿Por qué hemos de volver?

—La policía...

—¿Qué diablos tengo yo que ver con la policía?

—Verá... La casa es de usted.

—Eso —respondí— más parece mi desdicha que mi culpa.

Guy Pagett sacudió la cabeza con melancolía.

—Causará muy mala impresión a sus electores —observó lúgubremente.

No sé por qué había de ser así y, sin embargo, tengo el presentimiento de que, en esas cosas, a Pagett nunca le engaña el instinto. A simple vista, un diputado no será menos eficiente porque una joven errante vaya a dejarse asesinar a una casa deshabitada propiedad suya, pero cualquiera sabe cómo tomará la cosa el respetable público británico.

—Se trata de una extranjera, lo que aún empeora las cosas —continuó Pagett, tan lúgubre como antes.

Vuelvo a creer que tiene razón. Si resulta deshonroso que asesinen a una mujer en la casa de uno, aún lo resulta más si la referida mujer es extranjera. Se me ocurrió otra idea.

—¡Cielos! —exclamé—. ¡Dios quiera que esto no le disguste a Carolina!

Carolina es la dama que se cuida de hacerme la comida. Da la casualidad, al propio tiempo, que es la esposa del jardinero. Yo no sé si será una buena esposa. Pero desde luego es una excelente cocinera. James, por su parte, no es tan buen jardinero. Le mantengo ocioso, no obstante, y le doy un pabellón como vivienda, nada más que por los guisos de Carolina.

—No supongo que quiera quedarse después de lo sucedido —dijo Pagett.

—¡Usted siempre tan animador! —observé.

Supongo que no tendré más remedio que regresar a

Inglaterra. Es evidente que Pagett tiene la intención de que regrese. Y, además, tengo que tranquilizar a Carolina.

Tres días más tarde

Me resulta increíble que toda persona que pueda marcharse de Inglaterra en invierno no lo haga. El clima es abominable. Todo este asunto es molesto en grado sumo. El procurador dice que resultará poco menos que imposible alquilar la Casa del Molino después de toda la publicidad que está recibiendo el caso. A Carolina he podido apaciguarla doblándole el sueldo. Hubiéramos podido mandarle un telegrama desde Cannes para hacer eso. En resumen, que como he dicho desde el primer momento, nada se adelantaba con que viniera aquí personalmente. Regresaré a Cannes mañana.

Un día más tarde

Han ocurrido varias cosas sorprendentes. Para empezar, me encontré con Augusto Mirlay, y el más perfecto y solemne ejemplar de asno que ha producido el gobierno actual hasta la fecha. Rebosaba diplomacia y sigilo cuando me acorraló en un rincón tranquilo del *club*. Habló una barbaridad. Acerca de África del Sur y de la situación industrial allí. Acerca de los crecientes rumores de una huelga en el Rand. De las causas secretas que motivaban la huelga. Le escuché con toda la paciencia que me fue posible. Por último, bajó la voz hasta hablar en un susurro y explicó que debieran de colocarse en manos del general Smuts ciertos documentos que se habían descubierto.

—No me cabe la menor duda de que tiene usted razón —le contesté, ahogando un bostezo.

—Pero, ¿cómo hacerlos llegar hasta él? Nuestra posición en este asunto es delicada..., muy delicada.

—¿Qué le pasa al correo? —exclamé alegremente—. Pégueles un sello de dos peniques y échelos al buzón más cercano.

Pareció escandalizado.

—¡Mi querido Pedler! ¡A un vulgar buzón!

Siempre ha sido para mí un misterio que los gobiernos se empeñen en hacer uso de Correos Reales. Se me antoja que ésa es la mejor manera de atraer la atención hacia sus documentos confidenciales.

—Si el correo no le gusta, mande a uno de esos jovencitos del Ministerio. Le gustará el viaje.

—¡Imposible! —contestó Milray, sacudiendo la cabeza—. Hay razones, mi querido Pedler..., le aseguro que hay razones.

—Bueno —dije yo, poniéndome en pie—, todo eso es muy interesante, pero tengo que marcharme.

—Un momento, mi querido Pedler, un momento, se lo suplico. Ahora, en confianza, ¿no es cierto que tiene la intención de visitar África del Sur usted mismo dentro de poco? Posee grandes intereses en Rhodesia, me consta, y le interesa vitalmente la posibilidad de que Rhodesia entre a formar parte de la Unión Sudafricana.

—La verdad... sí que había pensado hacer el viaje dentro de un mes o cosa así.

—¿No podría usted adelantar la fecha? ¿Irse este mes? ¿Esta misma semana?

—Podría —le repuse, mirándole con cierto interés—. Pero no tengo el menor deseo de hacerlo.

—Le haría usted un gran favor al gobierno..., ¡un gran favor! No le encontraría usted..., ¡ah...!, desagradecido.

—¿Con lo cual quiere usted decir que desea que sea yo el cartero?

—¡Justo! La posición de usted no es oficial. Su viaje obedece a causas particulares. Todo resultaría eminentemente satisfactorio. Además no se daría nadie cuenta de esa misión.

—Bueno —dije lentamente—, no me importa hacerlo. Mi mayor ambición en estos instantes es salir de Inglaterra otra vez lo más aprisa posible.

—Hallará el clima de África del Sur delicioso... verdaderamente delicioso.

—Amigo mío, conozco el clima a fondo. Estuve allí poco antes de la guerra.

—Le estoy muy agradecido, Pedler. Le enviaré el paquete con un mensaje. Ha de ser entregado al general Smuts en propia mano, ¿comprende? El «Castillo de Kilmorden» zarpa el sábado. Es un buen barco.

Caminamos juntos un rato por Pall Mall antes de separarnos. Me estrechó cordialmente la mano y volvió a darme las gracias efusivamente.

Me dirigí a casa pensando en las curiosas sinuosidades de la política gubernamental.

Al atardecer siguiente, mi mayordomo Jarvis me comunicó que un caballero deseaba verme para asuntos de negocios, pero que se negaba a dar su nombre. Siempre me han inspirado aprensión los agentes de seguros. Conque le dije a Jarvis que dijera que no podía recibirle. Por desgracia, para una vez que Guy Pagett hubiera podido servir de algo verdaderamente útil, se encontraba en el lecho, víctima de un ataque bilioso. Los jóvenes demasiado trabajadores que tienen débil el estómago, son propensos a tal clase de ataques de bilis.

Jarvis regresó.

—El caballero me ha pedido que le diga, sir Eustace, que viene de parte del señor Milray.

Las cosas cambiaban de aspecto entonces. Unos minutos más tarde confrontaba a mi visitante en la biblioteca. Era un hombre joven, corpulento, de atezado rostro. La cicatriz que le cruzaba desde un ojo hasta la mandíbula desfiguraba lo que, de no haber sido por eso, hubiese resultado un rostro bastante bien parecido, aunque temerario.

—¿Bien? —pregunté—. ¿Qué desea?

—El señor Milray me mandó a usted, sir Eustace. He de acompañarle a África del Sur como secretario.

—Amigo mío —dije—, tengo un secretario ya. No necesito otro.

—Creo que sí que lo necesita, sir Eustace. ¿Dónde está su secretario?

—Padece un ataque bilioso.

—¿Está usted seguro de que sólo se trata de un ataque de bilis?

—Claro que sí. Es propenso a ellos.

Mi visitante sonrió.

—Podrá ser un ataque bilioso o no serlo. Con el tiempo se verá. Pero puedo decirle una cosa, sir Eustace: al señor Milray no le sorprendería que se intentara quitar del paso a su secretario. Oh, no es necesario que tema por sí mismo —supongo que una expresión de alarma habría aparecido fugazmente en mi rostro—. Usted no está amenazado. Si su secretario estuviera fuera del paso, sería mucho más fácil llegar hasta usted. Sea como fuere, el señor Milray desea que le acompañe. El dinero del pasaje será cuenta nuestra, naturalmente; pero usted se encargará de dar los pasos necesarios para obtenerme pasaporte, como si hubiera decidido que necesitaba los servicios de un segundo secretario.

Parecía un joven decidido. Nos miramos de hito en hito, y él sostuvo la mirada más tiempo que yo.

—Está bien —respondí débilmente.

—No dirá una palabra a nadie de que voy a acompañarle.

—Está bien —volví a responder.

Después de todo, tal vez fuera mejor llevar a aquel joven conmigo. Pero tuve el presentimiento de que me estaba metiendo en honduras. ¡Precisamente cuando creía haber alcanzado de nuevo la tranquilidad!

Contuve a mi visitante cuando daba media vuelta para marcharse.

—No estaría de más que conociese el nombre de mi nuevo secretario —observé con cierto sarcasmo.

Me miró unos instantes.

—Enrique Rayburn se me antoja un nombre muy apropiado —me contestó.

Era una forma muy rara de responder.

—Está bien —dije por tercera vez.

Capítulo IX

Se reanuda la narración con Anita

Resulta muy poco airoso para una heroína, marearse. En los libros, cuando más cabecea el barco y más se balancea, más le gusta a la protagonista. Cuando todos los demás están indispuestos, ella pasea sola por cubierta, desafiando a los elementos y gozando de la tormenta. Lamento tener que confesar que al primer cabeceo del *Kilmorden* palidecí y me apresuré a retirarme. Me salió al encuentro una camarera muy comprensiva. Me ofreció pan tostado y gaseosa de jengibre.

Permanecí en mi camarote tres días, gimiendo. Olvidé por completo mi empresa. Había perdido todo interés en hallar la clave de aquel misterio. Era una Anita completamente distinta a aquélla que regresara tan llena de júbilo a Kensington después de visitar las oficinas de la Compañía naviera.

Sonrío ahora al recordar mi brusca entrada en la sala. La señora Flemming estaba sola allí. Volvió la cabeza al entrar yo.

—¿Eres tú, Anita, querida? Quiero discutir una cosa contigo.

—¿Qué? —pregunté, frenando mi impaciencia.

—La señorita Emery me abandona —la señorita Emery era la señorita de compañía—. Y puesto que no has logrado encontrar nada, me estaba preguntando si te gustaría..., ¡me alegraría tanto que te quedases con nosotros definitivamente!

Me emocioné. Sabía que no me quería... me hacía el ofrecimiento por simple compasión. Me remordió la conciencia por haberla criticado tanto en secreto. Me puse en pie, crucé impulsivamente el cuarto y le eché los brazos al cuello.

—Es usted muy buena —dije—, ¡muy buena, muy buena, muy buena! Y se lo agradezco una enormidad. Pero no se moleste por mí. Me marcho a África del Sur el sábado.

Mi brusco ataque había sobresaltado a la buena señora. No estaba acostumbrada a súbitas manifestaciones de afecto. Mis palabras la sobresaltaron aún más.

—¿A África del Sur? ¡Mi querida Ana! Tendríamos que investigar un empleo así con mucho cuidado.

Esto era lo que menos deseaba yo que sucediera. Expliqué que había sacado pasaje ya y que, a mi llegada, tenía la intención de desempeñar el cargo de doncella. Fue lo único que se me ocurrió de momento. Había, dije, gran escasez de servidumbre en África del Sur. Le aseguré que sabría cuidarme divinamente y, por último, exhaló un suspiro de alivio ante la perspectiva de verse libre de mí, y aceptó mis proyectos sin hacer más preguntas. Al despedirse, me metió un sobre en la mano. Hallé dentro cinco billetes nuevecitos de cinco libras esterlinas cada uno, junto con una nota que decía: «Espero qne no te ofenderás y que aceptarás esto con todo mi afecto.» Era una mujer muy buena y bondadosa. Hubiese sido incapaz de seguir viviendo en la misma casa que ella; pero sí que reconocía sus buenas cualidades.

Conque heme aquí con veinticinco libras esterlinas en el bolsillo, de cara al mundo y dando principio a mi aventura.

El cuarto día la camarera logró persuadirme de que subiera a cubierta. Convencida de que abajo moriría mucho más aprisa, me había negado con testarudez a abandonar mi litera. Me tentó la mujer ahora con la proximidad de Madeira. La esperanza renació en mi pecho. Podría abandonar el barco, desembarcar y meterme a servir allí. Cualquier cosa por pisar tierra firme.

Me sacaron envuelta en gabanes y mantas, más débil que un gato recién nacido, y me depositaron, cual masa inerte, en una gandula. Permanecí allí con los ojos cerrados y un odio profundo a la vida. El sobrecargo, un joven rubio de cara redonda e infantil aspecto, fue a sentarse a mi lado.

—¡Hola! Está usted muy deprimida, ¿eh?

—Sí —respondí con animadversión.

—¡Ah! Estará desconocida dentro de un par de días. Hemos recibido un vapuleo bastante grande en el Golfo de Vizcaya; pero ahora se nos presenta muy buen tiempo. Le echaré una partida de herrón mañana.

No le contesté.

—Cree que no se pondrá nunca buena, ¿eh? Pero he visto a algunos que se hallaban mucho peor que usted, convertirse dos días más tarde en el alma de todas las diversiones de a bordo. A usted le ocurrirá igual.

No me sentía lo bastante agresiva para decirle sin rodeos que era un embustero. Procuré dárselo a entender con una simple mirada. Él charló agradablemente unos minutos más y luego fue lo bastante compasivo para marcharse y dejarme en paz. La gente pasó y volvió a pasar, parejas activas, haciendo ejercicio; niños juguetones; jóvenes riendo. Unas cuantas víctimas más, como yo, yacían pálidas, en sus gandulas.

El aire era agradable, seco, no demasiado frío, y el sol brillaba alegremente. Casi sin darme cuenta de ello, me sentí algo animada. Empecé a fijarme en la gente. Me atraía especialmente una mujer. Tendría unos treinta años de edad, de estatura regular, muy rubia, con rostro redondo, adornado de hoyuelos, y ojos muy azules. Sus vestidos, aunque sencillos, eran de un corte impecable que hacían recordar a París. Además con sus agradables modales y su aplomo, parecía haberse hecho la dueña del barco.

Mayordomos y camareros de cubierta corrían de un lado a otro obedeciendo sus órdenes. Tenía una gandula especial y una cantidad aparentemente inagotable de cojines. Cambió de opinión tres veces acerca del lugar en que quería que la colocasen. Y en medio de todo, siguió siendo atractiva y encantadora. Parecía ser una de esas personas, de las que tan pocas hay en el mundo, que saben lo que quieren, se encargan de obtenerlo y lo consiguen sin ser ofensivas. Decidí que, si llegaba a reponerme algún día, cosa que no sucedería, claro estaba, me divertiría hablar con ella.

Llegamos a Madeira a eso del mediodía. Seguía sintién-

dome demasiado inerte para moverme; pero gocé viendo a pintorescos vendedores que subieron a bordo y expusieron sus mercancías sobre cubierta. Había flores también. Hundí el rostro en un manojo enorme de húmedas violetas y me sentí muchísimo mejor. Es más, llegué a pensar que tal vez lograra vivir hasta el final del viaje, después de todo. Cuando mi camarera me habló de los atractivos de un poco de caldo de gallina, sólo protesté débilmente. Cuando me lo trajo, lo tomé con gusto.

La mujer atractiva había estado en tierra. Regresó escoltada por un hombre alto, a quien había visto pasearse por cubierta a primera hora del día. Supuse inmediatamente que se trataba de uno de los hombres «fuertes y silenciosos» de Rhodesia. Tendría unos cuarenta años; le blanqueaba el cabello levemente por las sienes; y era, sin duda alguna, el hombre más guapo de todo el buque.

Al subirme la camarera una manta más, le pregunté si sabía quién era la mujer que me había llamado la atención.

—Es una señora muy conocida en la alta sociedad: la excelentísima señora de Clarence Blair. Tiene que haber leído algo de ella en los periódicos.

Moví afirmativamente la cabeza, mirándola con denodado interés. La señora Blair era muy conocida, en efecto, y se la consideraba una de las mujeres más elegantes del día. Observé, con cierto regocijo, que era objeto de numerosas atenciones. Varias personas intentaron hacer amistad con ella, aprovechando la agradable falta de etiqueta que se permite a bordo. Me inspiró admiración la cortesía con que la señora Blair sabía rechazarlas. Parecía haber escogido al hombre fuerte y silencioso como escolta especial suya y el hombre daba la sensación de que se daba cuenta de cuán grande era el privilegio concedido.

A la mañana siguiente, con gran sorpresa mía, la señora Blair se detuvo ante mi asiento después de dar un par de vueltas por cubierta en compañía de su escolta.

—¿Se siente mejor esta mañana?

Le di las gracias y le dije que empezaba a sentirme un poco más parecida a un ser humano de lo que me había sentido hasta entonces.

—Parecía usted verdaderamente enferma ayer. El coronel Race y yo llegamos a la conclusión de que íbamos a gozar del espectáculo y la emoción de un entierro en alta mar. Pero nos ha dado usted un chasco.

Me eché a reír.

—El aire me ha hecho mucho bien.

—No hay nada como el aire fresco —dijo el coronel Race, sonriendo.

—El estar encerrada en esos camarotes bastaría para matar a cualquiera —declaró la señora Blair, dejándose caer en un asiento a mi lado y despidiendo a su compañero con una inclinación de cabeza—. Espero que tendrá un camarote exterior.

Moví negativamente la cabeza.

—¡Mi querida muchacha! ¿Por qué no se cambia? Hay sitio de sobra. Ha desembarcado mucha gente en Madeira y el barco está vacío. Hablé de ello con el sobrecargo. Es un muchacho muy amable... Me pasó a mí a un camarote precioso porque no me gustaba el que tenía. Háblele a la hora de comer, cuando baje.

Me estremecí.

—Sería incapaz de moverme.

—No sea tonta. Venga a dar una vuelta conmigo ahora. Me sonrió, animadora. Me sentí sin fuerzas en las piernas al principio; pero, al pasear aprisa de un lado para otro, me animé una barbaridad.

Al cabo de un par de vueltas, el coronel Race volvió a reunirse con nosotras.

—Se ve el Gran Pico del Teide, cubierto de nieve, desde el otro lado.

—¿Sí? ¿Cree que podré fotografiarlo?

—No; pero eso no impedirá que estropee película intentándolo.

La señora Blair se echó a reír.

—Es usted cruel. Algunas de las fotografías que yo he sacado son muy buenas.

—Un tres por ciento, aproximadamente.

Todos nos dirigimos al otro lado del barco. Por aquel lado se alzaba el rutilante pináculo, blanco, nevado, envuelto en delicada y rosácea neblina. Exhalé un grito de

admiración y deleite. La señora Blair corrió en busca de su máquina fotográfica.

Sin dejarse intimidar por los sardónicos comentarios del coronel Race, tomó varias fotografías, una tras otra, hasta terminar el carrete.

—Vaya, se acabó el rollo de la película. ¡Oh! —su voz adquirió un dejo de desilusión—. ¡Lo tenía puesto para hacer fotografías con exposición!

—Siempre me ha gustado ver a una criatura con un juguete nuevo —murmuró el coronel.

—¡Es usted horrible...! ¡Pero tengo otro carrete sin empezar!

Lo sacó triunfalmente del bolsillo de su chaqueta. El buque se balanceó bruscamente, haciéndole perder el equilibrio. Y, al agarrarse ella a la borda para no caer, el rollo de película salió disparado hacia fuera.

—¡Oh! —exclamó la señora Blair, cómicamente angustiada—. ¿Cree usted que ha ido a parar al agua?

—No; puede haber tenido usted la suerte de abrirle la cabeza con él a algún camarero de la cubierta de abajo.

Un muchacho que, sin ser visto, se había acercado a nosotros por detrás, hizo sonar en aquel instante un trompetazo ensordecedor.

—¡La comida! —declaró la señora Blair encantada—. No he tomado nada desde la hora del desayuno, excepción hecha de dos tazas de extracto de carne. ¿Comerá usted, señorita Beddingfeld?

—La verdad —respondí titubeando—, sí tengo cierto apetito.

—¡Magnífico! Usted se sienta a la mesa del sobrecargo, ya lo sé. Abórdele acerca del asunto del camarote.

Bajé al salón, empecé a comer con miedo y terminé haciéndolo casi con glotonería. Mi amigo del día anterior me felicitó. Todo el mundo cambiaba de camarote aquel día, me dijo, y me prometió que mi camarote sería trasladado a uno exterior sin perder instante.

Sólo había cuatro personas sentadas a nuestra mesa: un par de señoras de edad, yo y un misionero que no hacía más que hablar de «nuestros pobres hermanos negros».

Eché una mirada a las otras mesas. La señora Blair

se hallaba sentada a la mesa del capitán, con el coronel Race a su lado. Al otro lado del capitán había un hombre de cabellos entrecanos y aspecto distinguido. Había visto a muchos de los pasajeros sobre cubierta; pero uno de ellos no había aparecido en público antes. De haberlo hecho, difícilmente hubiese dejado de llamar mi atención. Era alto y moreno y tenía un semblante tan siniestro que me sobresaltó. Le pregunté al sobrecargo, con cierta curiosidad, quién era aquel individuo.

—¿Ése? ¡Ah! Es el secretario de sir Eustace Pedler. Ha estado muy mareado, pobre hombre, y no ha salido hasta ahora. Sir Eustace viaja con dos secretarios y el mar ha podido con los dos. El otro no ha asomado la cabeza aún. Éste se llama Pagett.

Conque sir Eustace Pedler, propietario de la Casa del Molino, iba a bordo. Probablemente no sería más que una coincidencia. Sin embargo...

—Ése es sir Eustace —prosiguió el sobrecargo—; el que está sentado junto al capitán. Pomposo como él solo.

Cuanto más escudriñaba el rostro del secretario, menos me gustaba. Su palidez uniforme, los ojos de pesados párpados y mirada reservada, la singular cabeza aplastada, todo ello me producía una sensación de asco, de aprensión, de malestar.

Salí del salón al mismo tiempo que él y le pisaba los talones cuando subió á cubierta. Estaba hablando con sir Eustace y sorprendí parte de la conversación.

—Atenderé a lo del camarote inmediatamente, ¿no? Es imposible trabajar en el suyo con todos los baúles que lleva.

—Amigo mío —respondió sir Eustace—, mi camarote tiene una misión doble: *a*) servir de sitio en que dormir; *b*) proporcionarme espacio en el que intentar vestirme. Jamás tuve la intención de pedirle que se acomodara en él y se pusiera a teclear con esa maldita máquina de escribir suya.

—Eso es lo que yo digo, sir Eustace; necesitamos un sitio en que trabajar. Para nuestros quehaceres no se precisa espacio.

Al llegar a este punto me separé de ellos y bajé a ver

si se estaba llevando a cabo mi traslado. Encontré a mi camarero muy ocupado y haciéndolo.

—Un camarote muy hermoso, señorita. En la cubierta D. El número trece.

—¡Oh, no! —exclamé—. ¡El trece, no!

Tal vez no tenga más superstición que ésa, la del trece. Y era un camarote muy hermoso, por cierto. Lo inspeccioné, vacilé y acabé venciendo mi estúpida superstición. Me dirigí, casi lacrimosa, al camarero.

—¿No hay otro camarote que me pueda dar?

El camarero reflexionó.

—Hay el diciesiete por el lado de estribor. Estaba vacío esta mañana, pero se me antoja que ha sido otorgado a otro ya. No obstante, puesto que el equipaje de ese caballero no ha sido trasladado aún, y ya que los caballeros no son tan supersticiosos como las damas, supongo que no le importará cambiarlo.

Recibí el ofrecimiento con alegría y gratitud. El camarero se fue a obtener la autorización del sobrecargo. Regresó sonriendo.

—No hay inconveniente, señorita. Podemos trasladarnos inmediatamente a él.

Me condujo al diecisiete. No era tan grande como el número trece; pero lo encontré eminentemente satisfactorio.

—Le traeré el equipaje en seguida, señorita —dijo el hombre.

En aquel instante apareció en la puerta el hombre de la cara siniestra, como le había bautizado yo.

—Perdonen —dijo—, pero este camarote queda reservado para uso de sir Eustace Pedler.

—No se preocupe, caballero —explicó el camarero—. Le estamos preparando ahora mismo el número trece en su lugar.

—No; era el número diecisiete el que se me había asignado.

—El número trece es un camarote mejor, caballero, y más grande.

—Escogí yo mismo el diecisiete y el sobrecargo dijo que para mí era.

—Lo siento —intervine con frialdad—, pero el diecisiete me ha sido asignado a mí.

—No estoy de acuerdo con eso.

El camarero metió baza.

—El otro camarote es igual, sólo que mejor.

—Quiero el número diecisiete.

—¿Qué significa todo esto? —exigió una voz nueva—. ¡Camarero! ¡Ponga mi equipaje ahí! Éste es mi camarote.

Era mi compañero de mesa, el reverendo Eduardo Chichester.

—Usted perdone —le dije—; este camarote es mío.

—Le ha sido asignado a sir Eustace Pedler —dijo el señor Pagett.

Todos nos estábamos acalorando.

—Lamento tener que discutir este asunto —anunció Chichester, con sonrisa de humildad que no logró disimular su intención de salir con la suya.

He observado que los hombres que parecen sumisos y humildes son siempre muy testarudos.

Se metió de lado por la puerta.

—Usted ha de ocupar el número veintiocho, por el lado de babor —dijo el camarero—. Es un camarote muy bueno.

—Me temo que he de insistir. El camarote que se me prometió fue el diecisiete.

Habíamos llegado a un punto muerto. Cada uno de nosotros estaba decidido a no ceder. En rigor, yo hubiera podido retirarme de la lucha y aliviar la tensión ofreciendo ocupar el número veintiocho. Mientras no me dieran el trece, lo mismo me daba qué camarote me tocase. Pero me había picado. No tenía la menor intención de ser la primera en ceder. Y Chichester me era antipático. Usaba dentadura postiza y ésta emitía una serie de chasquidos cuando comía con ella. Más de un hombre se ha hecho odioso por menos motivo.

Todos dijimos las mismas cosas otra vez. El camarero nos aseguró, con más énfasis aún, que los otros dos camarotes eran mejores. Ninguno de nosotros le hizo, sin embargo, el menor caso.

Pagett empezó a enfadarse. Chichester conservó la calma. Yo hice lo propio mediante un esfuerzo. Pero seguía

mos todos sin querer ceder el paso en nuestro derecho.

Un guiño del camarero y una palabra en voz baja bastaron para indicarme lo que debía hacer. Me retiré sin llamar la atención. Tuve la suerte de tropezar con el sobrecargo casi inmediatamente.

—Por favor —dije—, ¿verdad que dijo que el camarote número diecisiete era para mí? Los otros no quieren ceder. El señor Chichester y el señor Pagett. Sí que me dejará a *mí* ocuparlo, ¿verdad?

Siempre digo que no hay como un marino cuando se trata de ser galante. El sobrecargo confirmó mi opinión. Se presentó en escena, informó a los otros dos que el número diecisiete era el mío, y les dijo que podían ocupar el trece y el veintiocho, respectivamente, o quedarse en el que ya ocupaban, como quisieran.

Permití que mis ojos le dijeran cuán heroico le consideraba y me instalé en mi nuevo domicilio. El encuentro me había hecho mucho bien. El mar estaba como una balsa; el tiempo se hacía más coluroso a medida que transcurrían las horas. ¡El mareo había pasado a la historia!

Subí a cubierta y me enseñaron a jugar al herrón. Me inscribí para tomar parte en varios deportes. Se sirvió el té sobre cubierta y comí con apetito. Después del té, jugué al tejo de mesa, con unos jóvenes muy agradables. Se mostraron muy amables conmigo. La vida me pareció satisfactoria y deliciosa.

El toque de corneta que anunciaba la hora de irse a vestir me pilló por sorpresa y corrí a mi camarote. La camarera me aguardaba con cierta agitación reflejada en el semblante.

—Hay un olor horrible en su camarote, señorita. No sé lo que puede ser, pero dudo que pueda usted dormir aquí. Creo que hay un camarote vacante en la cubierta C. Podría trasladarse a él... a pasar esta noche por lo menos.

El olor era, en efecto, bastante malo; nauseabundo. Le dije a la camarera que reflexionaría acerca de la conveniencia de mudarme de camarote mientras me vestía. Me hice el tocado apresuradamente, olfateando con disgusto entretanto.

¿Qué era aquel olor? ¿Una rata muerta? No; algo peor

que eso y completamente distinto. Sin embargo, no me era desconocido. Era algo que había olido antes. Algo... ¡Ah! ¡Ya lo sabía! ¡Asafétida! Había trabajado en el dispensario de un hospital algún tiempo durante la guerra y conocía varias drogas nauseabundas.

Asafétida, eso era. Pero, ¿cómo...?

Me senté en el sofá, dándome cuenta, de pronto, de lo que aquello significaba. Alguien había puesto un poco de asefétida en mi camarote. ¿Por qué? ¿Para conseguir que lo abandonara? ¿Por qué tenía tanto interés en echarme? Pensé en la escena de aquella tarde, viéndola ahora desde un punto de vista distinto. ¿Qué tenía el camarote diecisiete para que tantas personas tuvieran interés en ocuparlo? Los otros dos camarotes eran mejor que aquél, ¿por qué habían insistido los dos hombres en que querían el diecisiete?

Diecisiete. Cómo persistía el número. El diecisiete era el día en que había salido de Southampton. Era un diecisiete... Me interrumpí, con una exclamación de sorpresa. Abrí rápidamente mi maleta y saqué el precioso papel de entre las medias en que lo había escondido.

17 I 22. Yo lo había tomado como una fecha, la fecha de partida del *Castillo de Kilmorden*. ¿Y si me hubiese equivocado?

Ahora que lo pensaba, ¿creería necesario quien apuntara una fecha anotar el año además del mes? ¿Y si el 17 significaba camarote 17? ¿Y el 1? La hora, la una en punto. En tal caso, el 22 debía de ser la fecha. Consulté mi calendario de bolsillo.

¡El día siguiente sería 22!

Capítulo X

Se apoderó de mí una violenta excitación. Estaba segura de que había dado con la pista por fin. Una cosa era bien clara: no debía moverme del camarote. Habría que soportar la asafétida. Volví a repasar los hechos.

Mañana era día 22, y a la una de la tarde, o a la una de la madrugada, sucedería algo. Lo segundo me pareció lo más probable. Eran las siete de la tarde. Dentro de seis horas sabría a qué atenerme.

No sé cómo pude soportar la espera. Me retiré a mi camarote bastante temprano. Le había dicho a la camarera que tenía un catarro y que, por consiguiente, los olores no me molestaban. La pobre parecía seguir sufriendo por mí; pero yo me mostré firme.

La noche se hizo interminable. Acabé retirándome a la cama; pero, por lo que pudiera suceder, me envolví en una bata de franela y me puse las zapatillas. Así preparada, podría levantarme de un brinco y tomar parte en cualquier cosa que ocurriera.

¿Qué esperaba yo que ocurriese? Apenas lo sé. Cruzaron mi mente vagas fantasías, la mayor parte de ellas de una improbabilidad fantástica. Pero de una cosa estaba completamente convencida: de que a la una en punto pasaría *algo*.

Oí a intervalos las pisadas de mis compañeros de viaje que se retiraban a sus respectivos camarotes. Por el abierto tragaluz llegaban hasta mí fragmentos de conversación y saludos de despedida. Luego, silencio. La mayoría de las luces se apagaron. Seguía luciendo una en el pasillo exterior y, por lo tanto, había cierta cantidad de luz en el camarote. Oí tocar ocho campanadas. La hora que siguió

fue la más larga que había conocido. Consulté sigilosamente mi reloj para asegurarme de que no había pasado la hora ya.

Si mis deducciones eran falsas, si nada sucedía a la una en punto, habría hecho el ridículo y gastado todo mi capital inútilmente. El corazón me latió dolorosamente.

Sonaron dos campanadas. ¡La una! Y nada. Un momento, ¿qué era aquello? Oí ruido de pisadas presurosas. ¡Alguien corría pasillo abajo!

Luego, con inesperada brusquedad, la puerta de mi camarote se abrió violentamente y un hombre interrumpió en el cuarto, casi cayéndose al entrar.

—¡Sálveme! —dijo roncamente—. ¡Me persiguen!

No era momento para pararse a discutir o pedir explicaciones. Oía pisadas. Me había puesto en pie de un salto y estaba en el centro de la estancia, cara a cara con el desconocido.

En un camarote no abundan los escondites para un hombre que mida un metro ochenta. Con una mano saqué el baúl. El desconocido se dejó caer detrás de él, metiéndose por debajo de la litera. Alcé la tapa. Simultáneamente bajé el lavabo plegable con la otra mano. Me sujeté el cabello en minúsculo nudo sobre la coronilla. Desde el punto de vista estético, mi aspecto no podía ser menos artístico. Desde otro punto de vista, resultaba artístico en grado sumo. Mal puede sospecharse que esté dando asilo a un fugitivo una dama que tiene el cabello recogido en feo moño y se halla a punto de sacar una pastilla de jabón del baúl para lavarse el cuello.

Llamaron a la puerta y, sin aguardar a que dijera «¡Adelante!», la abrieron.

No sé qué esperaba ver yo. Creo que me rodaba por la cabeza la imagen del señor Pagett, revólver en mano. O la de mi amigo el misionero, con una porra en la mano o alguna otra arma ofensiva. Lo que desde luego no esperaba ver a una camarera con rostro interrogador y aspecto respetable.

—Usted, perdone, señorita. Creí oírla gritar.

—No —le respondí—; no he gritado.

—Siento mucho haberla interrumpido.

—No se preocupe. No podía dormir. Pensé que tal vez me iría bien lavarme.

Aquello sonaba como si el lavarme no fuera costumbre mía.

—Lo siento mucho —repitió la camarera—. Pero anda por ahí un caballero que está bastante borracho y tememos que se meta en el camarote de alguna señora y la asuste.

—¡Qué horror! —exclamé con cara de alarma—. No entrará aquí, ¿verdad?

—Oh, no lo creo, señorita. Toque el timbre si se acerca. Buenas noches.

—Buenas noches.

Abrí la puerta y eché una mirada al pasillo. No se veía a nadie más que aquella camarera que se alejaba.

¡Borracho! ¡Con que ésa era la explicación! Había hecho derroche de habilidad histriónica en balde. Saqué un poco más el baúl y dije con acidez:

—Salga inmediatamente, haga el favor.

No obtuve respuesta. Atisbé por debajo de la litera. Mi visitante yacía inmóvil. Parecía dormido. Le tiré del hombro. No se movió.

—Borracho perdido —pensé disgustada—. ¿Qué haré?

De pronto vi algo que me hizo contener el aliento: una mancha escarlata en el suelo.

Empleando toda mi fuerza logré arrastrarle al centro del camarote. La palidez en su semblante indicaba que se había desmayado. Hallé la causa del desmayo sin dificultad. Le había dado una puñalada por debajo del omoplato izquierdo, una herida fea, profunda. Le quité la chaqueta y me puse a atenderlo.

Al tocarle el agua fría se volvió y se incorporó.

—No se mueva, haga el favor —dije.

Era la clase de joven que recobraba sus facultades con rapidez. Se puso en pie, tambaleándose un poco.

—Gracias, no necesito ningún cuidado.

Hablaba con desafío, casi agresivo. Ni una palabra de agradecimiento.

—Es una herida muy fea. Tiene que dejarme curársela

—No permitiré que haga tal cosa.

Me escupió las palabras, como si hubiera estado suplicándole yo un favor. Mi genio, nunca muy apacible, se despertó.

—No puedo felicitarle por sus modales —dije con frialdad.

—Puedo librarla de mi presencia, por lo menos.

Echó a andar hacia la puerta y volvió a tambalearse. Le empujé hacia el sofá con brusquedad.

—No sea imbécil —le dije, sin andarme con contemplaciones—. Supongo que no querrá ir dejando un reguero de sangre por el barco.

Pareció comprender cuánta razón me asistía en eso, porque no se movió de su asiento mientras yo le vendaba la herida lo mejor que me era posible.

—Vaya —dije, dando una palmadita a mi obra—, con esto podrá tirar de momento. ¿Está de mejor humor ahora y se siente dispuesto a explicarme que significa todo esto?

—Lamento no poder satisfacer su natural curiosidad.

—¿Por qué no? —inquirí, chasqueada.

Sonrió desagradablemente.

—Si se quiere propalar una cosa a los cuatro vientos, no hay como contársela a una mujer. Para evitarlo, lo mejor es callar.

—¿No me cree capaz de guardar un secreto?

—Estoy completamente seguro de que no.

Se puso en pie.

—Por lo menos —le dije con rencor—, podré propalar los sucesos de esta noche.

—No tengo la menor duda de que lo hará —aseguró él con indiferencia.

—¿Cómo se atreve a decir semejante cosa? —exclamé con ira.

Nos mirábamos de hito en hito, con la misma ferocidad que si fuéramos enemigos irreconciliables. Por primera vez le observé detenidamente, fijándome en el cabello negro cortado al rape, en la delgada mandíbula, en la cicatriz que surcaba la bronceada mejilla, en los singulares ojos grises claros que me miraban con una especie de burla y temeridad difíciles de describir. Tenía aspecto de hombre peligroso.

—¡Aún no me ha dado usted las gracias por salvarle la vida! —le dije con falsa dulzura.

Le di en la llaga. Le vi sobrecogerse como si hubiera recibido una bofetada. Instintivamente comprendí que lo que más rabia le daba era que le recordaba que me debía la vida. A mí no me importó eso. Deseaba hacerle daño. Jamás había sentido tantos deseos de hacer daño a una persona.

—¡Siento con toda el alma que lo haya hecho! —exclamó, explosivamente—. ¡Más me valiera haber muerto y hallarme libre de este asunto!

—Celebro que reconozca su deuda. No puede librarse de ella. Le salvé la vida y estoy esperando a que me diga «gracias».

Si las miradas matasen, creo que hubiera querido él matarme en aquellos instantes. Me echó bruscamente a un lado para pasar. Se detuvo junto a la puerta y habló por encima del hombro.

—No le daré las gracias ni ahora, ni nunca. Pero reconozco la deuda. Le pagaré algún día.

Marchó, dejándome con las manos crispadas y palpitándome el corazón con velocidad de saetín.

Capítulo XI

No hubo más emociones aquella noche. Me desayuné en la cama y me levanté tarde a la mañana siguiente. La señora Blair me saludó muy jovial cuando salí a cubierta.

—Buenos días, gitanilla, siéntese a mi lado. Por su semblante deduzco que no ha dormido bien.

—¿Por qué me llama usted eso? —pregunté, sentándome, obediente.

—¿Le molesta? Le cae a usted bien. La he llamado así para mis adentros desde el primer momento. Es ese elemento gitano el que la hace tan distinta a todas las demás. Me dije que usted y el coronel Race eran las dos únicas personas a bordo con las que podría hablar sin morirme de tedio.

—Es curioso —repliqué—; eso mismo pensé yo de usted... sólo que es más comprensible en su caso. Es..., es usted un producto tan exquisitamente acabado.

—No está mal expresado eso —dijo la señora Blair, moviendo afirmativamente la cabeza—. Háblame de sí misma, gitanilla. ¿Por qué marcha a África del Sur?

Le conté algo de la obra de papá.

—¿Conque es usted la hija de Carlos Beddingfeld? ¡Ya decía yo que no era una simple señorita provinciana! ¿Va usted a Broken en busca de más cráneos?

—Quizá —respondí con cautela—. Tengo otros planes además.

—¡Qué muchacha más misteriosa es usted! Pero sí que parece cansada esta mañana. ¿No durmió bien? Yo no consigo mantenerme despierta a bordo de un barco. Dicen

que un imbécil necesita diez horas de sueño. ¡A mí no irían mal veinte!

Bostezó poniendo cara de gatito soñoliento.

—Un idiota de camarero me despertó a medianoche para devolverme el rollo de película que se me cayó ayer. Lo hizo de la forma más melodramática del mundo. Metió la mano y el brazo por el ventilador y me dejó caer el carrete sobre la boca del estómago. ¡Creí que era una bomba al principio!

—Aquí está su coronel —dije, al aparecer sobre cubierta el coronel Race.

—No es mi coronel exclusivamente. Es más, la admira a usted, mucho, gitanilla. Conque no se escape.

—Quiero atarme algo a la cabeza. Resulta más cómodo que un sombrero.

Me marché precipitadamente. Sin saber por qué, me sentía cohibida en presencia del coronel. Era una de las pocas personas capaces de hacerme experimentar timidez.

Bajé a mi camarote y empecé a buscar una cinta ancha o un velo de automovilismo con que sujetar mis rebeldes guedejas. Soy una persona ordenada. Me gusta tener todas mis cosas de una manera determinada y las conservo siempre así. Y, no bien abrí mi cajón, me di cuenta de que alguien había andado allí. Todo su contenido estaba revuelto. Miré en los demás cajones y en el armario colgante. Todos me contaron la misma historia. Era como si alguien hubiese hecho un registro precipitado e infructuoso.

Me senté en el borde de la litera con rostro solemne. ¿Quién me había registrado el camarote y qué era lo que buscaba? ¿La media hoja de papel que contenía números y palabras? Sacudí la cabeza nada convencida. Aquello debía de haber pasado a la historia ya. Pero, ¿qué otra cosa podía haber?

Quería pensar. Los acontecimientos de la noche anterior, aunque emocionantes, en nada habían aclarado las cosas. ¿Quién era el joven que irrumpiera en mi camarote tan bruscamente? No le había visto a bordo con anterioridad, ni sobre cubierta ni en el comedor. ¿Era tripulante o pasajero? ¿Quién le había apuñalado? ¿Por qué lo habían hecho? Y, ¿por qué figuraría tan prominentemente en el

asunto del camarote número 17? Todo era un misterio pero no cabía duda de que estaban ocurriendo cosas muy raras a bordo del *Castillo de Kilmorden.*

Conté con los dedos las personas a las que en lo sucesivo debía vigilar.

Dejando a un lado mi visitante de la noche anterior, pero prometiéndome a mí misma descubrirle a bordo antes de que hubiese transcurrido un día más, escogí a las siguientes personas como dignas de ser observadas.

Primera: Sir Eustace Pedler. Era el propietario de la Casa del Molino y su presencia a bordo del *Castillo de Kilmorden* me parecía mucha coincidencia.

Segunda: El señor Pagett, secretario, de aspecto siniestro, cuyo deseo de ocupar el camarote diecisiete había sido tan ostensible. Nota: Averigüese si acompañó a sir Eustace a Cannes.

Tercera: El reverendo Eduardo Chichester. Lo único que tenía contra él era su empeño en ocupar el camarote 17. Y ello pudiera deberse exclusivamente a lo singular de su temperamento. La testarudez impulsa a veces a hacer cosas asombrosas.

Pero no estaría de más charlar un rato con el señor Chichester, resolví. Atándome apresuradamente un pañuelo a la cabeza, subí a cubierta otra vez, llena de determinación. Estuve de suerte. El hombre a quien buscaba se había apoyado en la borda tomando una taza de extracto de carne. Me acerqué a él tranquilamente.

—Espero que me habrá perdonado usted por lo del camarote diciesiete —le dije, con una sonrisa.

—Considero poco cristiano el guardar rencor —contestó el señor Chichester con frialdad—. Pero el sobrecargo me había prometido ese camarote.

—Los sobrecargos son gente tan ocupada, ¿sabe? —murmuré vagamente—. Supongo que es natural que se olviden a veces.

El señor Chichester no contestó.

—¿Es ésta la primera visita que hace usted a África? —le pregunté como si me guiara tan sólo el deseo de matar el tiempo hablando.

—A África del Sur, sí. Pero he trabajado durante los úl-

timos dos años en las tribus caníbales del centro de África Oriental.

—¡Qué emocionante! ¿Se ha librado usted muchas veces?

—¿Librarme?

—De qué le comieran, quiero decir.

—No debiera usted tratar los asuntos sagrados con ligereza, señorita Beddingfeld.

—No sabía yo que el canibalismo fuera un asunto sagrado —respondí, picada.

No bien hube pronunciado estas palabras, se me ocurrió otra idea. Si el señor Chichester se había pasado los últimos dos años en el corazón de África, ¿cómo era que no estaba más bronceado? Tenía la piel tan sonrosada como la de un recién nacido. ¿No habría gato encerrado allí? Sin embargo, sus modales y su voz eran perfectos. Demasiado perfectos quizás. ¿Era o no era un poco parecido a un cura *de teatro*?

Traté de recordar los pastores que había conocido en Little Hampsley. Algunos de ellos me habían sido simpáticos; otros, no; pero desde luego, ninguno de ellos había sido exactamente como el señor Chichester. Ellos habían sido humanos. Chichester era el mismo tipo elevado al cubo, por exagerado.

Estaba pensando todo esto cuando sir Eustace pasó cubierta abajo. En el momento de llegar a la altura del señor Chichester, se agachó y recogió un pedazo de papel que le entregó diciendo:

—Ha dejado usted caer esto.

Siguió adelante sin detenerse; conque, probablemente, no se dio cuenta de la agitación del reverendo. Yo sí. Fuera lo que fuese lo que había dejado caer, el recobrarlo le agitó considerablemente. Se puso de color verdoso y arrugó el papel hasta hacer una bola. Mis sospechas se centuplicaron.

La mirada del pastor se cruzó con la mía, y se puso a dar explicaciones precipitadamente.

—Un... un... fragmento de un sermón que estaba componiendo —dijo, con acuosa sonrisa.

—¿De veras? —murmuré cortésmente.

¡El fragmento de un sermon! ¡Narices, señor Chichester! ¡Ya se le podía haber ocurrido una explicación mejor!

No tardó en separarse de mí, masculando una excusa. Lástima, ¡ah, qué lástima!, que no hubiera encontrado yo el papel en lugar de sir Eustace Pedler. Una cosa estaba clara: no podía eliminar al señor Chichester de mi lista de sospechosos. Me inclinaba incluso a ponerle a la cabeza de ella.

Después de comer, cuando salí al saloncillo a tomar café, vi a sir Eustace y a Pagett sentados con la señora Blair y el coronel Race. La señora Blair me recibió con una sonrisa; conque me reuní con ellos. Hablaban de Italia.

—Sí que engaña a cualquiera —insistió la señora Blair—. *Aqua calda* debiera de querer decir «agua fría» y no «agua caliente» (1).

—Bien se ve —sonrió sir Eustace— que no está usted fuerte en latín.

—¡Suelen darse tantos aires de superioridad los hombres, cuando de latín se trata...! —exclamó la señora Blair—. Lo que no impide que, cuando les ruego que me traduzcan alguna inscripción de las que se encuentran en las iglesias antiguas, se vean incapaces de complacerme. Carraspean, vacilan y procuran salirse del compromiso como pueden.

—En efecto —asintió el coronel Race—, eso es lo que hago yo siempre.

—Pero adoro a los italianos —continuó la señora Blair—. ¡Son tan amables...! Aunque eso no deja de tener sus inconvenientes. Les pregunta usted el camino a alguna parte y, en lugar de decir «la primera a la derecha y la segunda a la izquierda» o algo así que comprenda una bien, le sueltan un chorro de explicaciones muy bien intencionadas. Y, cuando una pone cara de aturdida, la cogen bon-

(1) El comentario de la señora Blair obedece a que «fría», en inglés, es «cold». Por consiguiente, para ella resulta más lógico que *calda* signifique *cold*, que no signifique *hot* (caliente). (*N. del T.*)

dadosamente del brazo y la acompañan hasta el punto donde una se quiere dirigir.

—¿Es eso lo que le ha ocurrido a usted en Florencia, Pagett? —inquirió sir Eustace volviéndose, con una sonrisa, hacia su secretario.

Por Dios sabe qué misteriosa razón la pregunta pareció desconcertar al señor Pagett. Tartamudeó; se puso colorado.

—¡Oh..., en efecto, sí... ah..., en efecto!

Luego, murmurando una excusa, se puso en pie y abandonó la mesa.

—Empiezo a sospechar que Pagett ha cometido algún delito en Florencia —observó sir Eustace mirando al secretario que se alejaba—. Siempre que se habla de Florencia o de Italia, cambia de conversación o se retira precipitadamente.

—Tal vez asesinara a alguien allí —murmuró la señora Blair—. Tiene cara... espero que mis palabras no le molesten, sir Eustace... pero sí que tiene cara de ser capaz de asesinar a cualquiera.

—¡Sí! ¡Cara de siglo dieciséis puro! Me hace gracia a veces... sobre todo sabiendo, como yo sé, cuán decente es el pobre y cuán escrupuloso acatador de la ley.

—Lleva algún tiempo a su servicio, ¿verdad?, sir Eustace —dijo el coronel Race.

—Seis años —anunció el otro, con un profundo suspiro.

—Debe de encontrarle usted de incalculable valor —observó la señora Blair.

—Oh, ya lo creo... Sí, ¡de un valor incalculable!

Hablaba el pobre hombre con voz tan deprimida como si el incalculable valor del señor Pagett fuera para él motivo de secreto sentimiento. Luego agregó, más animado:

—Pero su rostro debía inspirarle confianza en realidad, mi querida amiga. Ningún asesino que se preciara en algo consentiría en parecerse a un asesino. Crippen (1), según

(1) Famoso asesino inglés a quien cupo el dudoso honor de ser el primer criminal que fue cogido gracias a la telegrafía inalámbrica, entonces en sus comienzos. (*N. del T.*)

tengo entendido, era el hombre más agradable que pueda uno imaginarse.

—Le detuvieron a bordo de un transatlántico, ¿no? —murmuró la señora Blair.

El ruido de vajilla que entrechocaba con violencia sonó de súbito a nuestras espaldas. Me volví rápidamente. El señor Chichester había dejado caer su taza de café.

Nuestro grupo no tardó en dispersarse. La señora Blair se retiró a su camarote para echar un sueño. Yo salí a cubierta. El coronel Race me siguió.

—Es usted muy esquiva, señorita Beddingfeld. La busqué por todas partes anoche, en el baile.

—Me acosté temprano —le expliqué.

—¿Va usted a escaparse esta noche también? —¿O bailará conmigo?

—Bailaré con usted gustosa —murmuré con timidez—. Pero la señora Blair...

—A nuestra amiga la señora Blair no le gusta bailar.

—Y, ¿a usted?

—Me gusta bailar con usted.

—¡Oh! —exclamé nerviosa.

Le tenía un poco de miedo al coronel Race. No obstante, me estaba divirtiendo. Aquello resultaba mejor que discutir de cráneos fósiles con aburridos científicos. El coronel Race era el rhodesiano severo y silencioso de mis ensueños. ¡Tal vez me casara con él! No había pedido mi mano, cierto, pero, como reza el lema de los exploradores: «¡Estad prevenidos!» Y toda mujer, sin tener la menor intención de ello, considera a todo hombre con quien se encuentra como posible marido para sí o para su mejor amiga.

Bailé varias veces con él aquella noche. Lo hacía muy bien. Cuando terminó el baile y pensaba yo en acostarme, propuso que diéramos una vueltecita por cubierta. Dimos tres vueltas y acabamos sentándonos en dos gandulas. No se veía a nadie más por allí. Charlamos de cosas sin conexión durante unos momentos.

—¿Sabe, usted, señorita Beddingfeld, que creo haber tenido ocasión de hablar con su padre una vez? Un hombre interesantísimo... hablando de su especialidad... y es una especialidad que a mí me fascina. También he tocado yo

ese asunto en pequeña escala. Cuando estuve en la región de Dordogne...

Nuestra conversación se hizo técnica. El coronel Race no había exagerado. Conocía a fondo el tema. No obstante, cometió dos o tres errores curiosos, casi los hubiera creído yo simples deslices. Pero, al apuntarlos yo, cubrió sus errores con rapidez. Una vez habló del período musteriense como si hubiera seguido al auriñaciense, error absurdo para quien sepa una palabra del asunto.

Eran las doce cuando me retiré a mi camarote. Aún estaba interesada por aquellas extrañas discrepancias. ¿Sería posible que se hubiera estudiado todo el tema con el exclusivo propósito de hablar conmigo y que no supiera una palabra de arqueología? Sacudí la cabeza, nada satisfecha de semejante explicación.

En el preciso instante en que empezaba a dormirme, me incorporé con sobresalto al ocurrírseme otra idea. ¿Me habría estado sonsacando? ¿Serían aquellos pequeños errores simples, pruebas para averiguar si yo sabía, en efecto de qué estaba hablando? En otras palabras: sospechaba que yo no era, en realidad, Anita Beddingfeld.

¿Por qué?

Capítulo XII

Extracto del libro de sir Eustace Pedler

La vida a bordo de un barco tiene sus compensaciones. Es una vida apacible. Mis canas me eximen, por fortuna, de indignidades tales como coger manzanas con los dientes, correr por cubierta con un huevo o una patata en una cuchara, y de otros deportes aún más violentos. Jamás he logrado comprender que diversión halla la gente jugando de una manera tan absurda. Pero hay muchos imbéciles en el mundo. Uno alaba a Dios por su existencia y procura no cruzarse en su camino.

Por suerte, soy un navegante excelente. Pagett, pobre hombre, no lo es. Empezó a cambiar de color en cuanto nos apartamos de la costa. Supongo que mi otro mal llamado secretario se encuentra mareado también. No ha asomado la cabeza aún, por lo menos. Pero quizá no se trate de mareo, sino de alta diplomacia. Lo interesante es que a mí no me ha molestado.

En conjunto, el pasaje es una verdadera calamidad. No hay más que dos que sepan jugar decentemente al bridge, y una mujer a la que valga la pena mirar dos veces: la señora de Clarence Blair. La he conocido en Londres, claro está. Es una de las pocas mujeres que conozco que pueden jactarse de poseer sentido humorístico. Me gusta hablar con ella. Y me gustaría mucho más, de no ser por el patilargo y taciturno imbécil que se ha pegado a ella como una lapa. No puedo creer que ese coronel Race le resulte entretenido de verdad. Es bien parecido, hasta cierto punto... pero más aburrido que una ostra. Uno de esos hombres fuertes y silenciosos por los que deliran los novelistas y las jovencitas.

Guy Pagett salió con pena a cubierta cuando dejamos Madeira atrás, y empezó a rezongar en voz hueca sobre la necesidad de trabajar. ¿Para qué diablos querrá nadie trabajar a bordo de un barco? Es cierto que prometí a mis editores entregarles mis «Reminiscencias» a principios de verano. Pero, ¿qué importa? ¿Quiénes son, después de todo, los que leen libros de reminiscencias? Las viejas de los suburbios. Y, ¿qué son mis reminiscencias después de todo? He tropezado con cierto número de personas supuestamente famosas durante mi existencia. Con la ayuda de Pagett, invento anécdotas insípidas de cada una de ellas. Y la verdad es que Pagett resulta demasiado honrado para hacer ese trabajo. No me permite que invente anécdotas de la gente a quien hubiera podido conocer pero a la que no conozco ni de oída.

Probé convencerle haciendo alarde de sentimientos bondadosos.

—Está usted hecho un perfecto guiñapo aún, amigo mío —le dije—; lo que necesita es una gandula puesta al sol. No... ni una palabra más. El trabajo tendrá que esperar. Cuando quise darme cuenta, estaba preocupado ya por la necesidad de un camarote de repuesto.

—No hay sitio en el suyo para trabajar, sir Eustace. Está lleno de baúles.

Por su tono, cualquiera hubiera creído que los baúles son cucarachas... cosas que están de más en un camarote.

Me tomé la molestia de explicarle que, aunque él tal vez lo ignorase, existe la costumbre de llevarse consigo una muda de ropa cuando uno se va de viaje. Se dibujó en sus labios la pálida sonrisa con que suele recibir mis bromas, y luego volvió a la carga.

—Y mal podríamos trabajar en el cuchitril que me ha tocado.

—Conozco ya los cuchitriles de Pagett; suele escoger para sí el mejor camarote de un barco.

—Siento que el capitán no le cediera su camarote esta vez —le respondí con sarcasmo—. Pero si quiere, puede depositar parte de su equipaje en mi camarote...

Es peligroso ser sarcástico con un hombre como Pagett. Se animó inmediatamente.

—Si pudiera quitarme de encima la máquina de escribir y el baúl de los papeles y sobres...

El baúl de los papeles y sobres pesa varias toneladas. Es causa de continuos y desagradables incidentes con mozos de cuerda y de estación. La ambición preponderante de Pagett es cargarme a todas horas con semejante armatoste. El objeto de luchas perpetuas entre ambos. Él parece considerarlo equipaje personal mío. Yo, por mi parte, considero que encargarse del baúl es la única cosa verdaderamente útil que pueda hacer un secretario.

—Tomaremos otro camarote —le contesté, precipitadamente.

La cosa parecía bastante sencilla; pero Pagett es un hombre a quien los misterios encantan. Vino a mí al día siguiente con cara de conspirador de la época del Renacimiento.

—¿Recuerda que me dijo que alquilara el camarote número diecisiete para despacho?

—Bueno, ¿y qué? ¿Se ha encallado el baúl de papel èn la puerta?

—Las puertas son del mismo tamaño en todos los camarotes —me contestó Pagett, muy serio—. Pero le digo a usted, sir Eustace, que hay algo raro en ese camarote.

Recuerdos de la lectura de novelas terroríficas acudieron a mi mente.

—Si quiere usted decir que hay duendes —le repuse—, no veo yo por qué hemos de preocuparnos puesto que no pensamos dormir en él. A una máquina de escribir no le afectan los fantasmas.

Pagett dijo que no se trataba de fantasmas y que, después de todo, no había podido conseguir el camarote 17. Me contó una larga y complicada historia. Al parecer, él, un tal señor Chichester, y una muchacha que se llamaba Beddingfeld, casi habían llegado a las manos en su disputa para ocupar el 17. Ni que decir tiene que la muchacha había ganado y Pagett aún trinaba al recordarlo.

—El trece y el veintiocho son mucho mejores camarotes —reiteró—; pero ninguno de los dos quiso saber una palabra de ellos.

—Si a eso viene —le dije ahogando un bostezo—, a

usted parece haberle ocurrido otro tanto que a ellos, querido Pagett.

Me dirigió una mirada de reproche.

—Me *dijo* usted que alquilase el diecisiete.

Pagett es a veces de una testarudez que atonta.

—Mi querido Pagett —le dije, irritado—, mencioné el número diecisiete, porque dio la casualidad que lo vi desocupado. Pero no era mi intención que luchase usted a muerte por conseguirlo. Igual nos hubiera servido el trece o el veintiocho.

Puso cara de fastidiado.

—Es que hay algo más —insistió—. La señorita Beddingfeld se quedó con el camarote, pero esta mañana vi salir de él furtivamente al señor Chichester.

Le miré con severidad.

—Si lo que usted quiere es dar un escándalo usando como protagonistas a Chichester, que es misionero (aunque como persona resulte veneno puro), y a esa linda niña Ana Beddingfeld, me niego a creer una palabra de cuanto usted me diga —le contesté, con frialdad—. Anita Beddingfeld es una muchacha agradable en sumo grado... y tiene unas pantorrillas extraordinariamente bonitas; y hasta creo que no hay piernas tan lindas como las suyas en todo el barco. Puedo asegurarlo.

A Pagett no le gustó que hiciese referencia a las pantorrillas de Ana Beddingfeld. Es uno de esos hombres que nunca se fijan en una pantorrilla o que, si lo hacen, antes morirían que confesarlo. La admiración que tales cosas me producen se le antoja frívola. Me gusta molestar a Pagett. Conque continué, con mala intención:

—Puesto que ya ha entablado conversación con ella, podría invitarla a que comiera en nuestra mesa mañana por la noche. Habrá baile de máscaras. Y, a propósito, más vale que vaya a ver al barbero y escoja un disfraz para mí.

—Pero, ¿es posible que piense ir con disfraz? —exclamó Pagett, horrorizado.

Me di cuenta que consideraba aquello incompatible con mi dignidad. Su rostro reflejaba horror y dolor. En realidad, yo no había tenido la menor intención de disfrazarme; pero la perspectiva de desconcertar por completo a

Pagett era demasiado tentadora para que la pudiera yo resistir.

—¿Qué quiere usted decir con eso? —exclamé—. ¡Claro que me disfrazaré! Y usted también.

Pagett se estremeció.

—Conque vaya al barbero y encárguese de eso —terminé diciendo.

—No creo que tenga disfraces más que para gente de tamaño corriente —murmuró Pagett, midiéndome con la vista.

Sin tener intención de ello, Pagett sabe ser extremadamente ofensivo de vez en cuando.

—Y pida que le reserven una mesa para seis en el comedor —añadí—. Invitaremos al capitán, a la muchacha de las piernas bonitas, a la señora Blair...

—No conseguirá que acepte la señora Blair si no invita también al coronel Race —interrumpió Pagett—. Sé que el coronel le rogó que comiese con él.

Pagett siempre lo sabe todo. Me molesté, y con razón.

—¿Quién es Race? —exigí, exasperado.

Como dije antes, Pagett siempre lo sabe todo, o cree saberlo todo. Volvió a poner cara de misterio.

—Se dice que pertenece al *Intelligence Service* (1), sir Eustace. Y que es un gran personaje dentro de él. Pero, claro está, no lo sé a ciencia cierta.

—¡Qué cosas tiene el Gobierno! —exclamé—. Va a bordo un hombre cuya profesión es llevar documentos secretos, y se los entrega a un extraño, a un individuo pacífico cuya única ambición es que le dejen en paz.

La expresión de Pagett se tornó más misteriosa aún. Se acercó un poco más y bajó la voz.

—Si quiere que le dé mi opinión, sir Eustace, todo este asunto es la mar de raro. Fíjese, si no, en la enfermedad que tuve antes de salir.

—Mi querido amigo —le interrumpí brutalmente—: Lo que usted tuvo fue un ataque de bilis. Siempre le andan dando arrechuchos.

(1) *Secret Service* o *Intelligence Service*, Servicio de espionaje. (*N. del T.*)

Pagett se sobrecogió levemente, como si le hubiera cruzado la cara.

—No fue un ataque de bilis corriente. Esta vez...

—¡Por el amor de Dios, no entre en detalles acerca de su estado, Pagett! ¡No tengo el menor deseo de escucharlos!

—Como usted quiera, sir Eustace. Pero tengo el convencimiento de que se me *envenenó* deliberadamente.

—¡Ah! —dije yo—. Ha estado usted hablando con Enrique Rayburn.

No lo negó.

—Sea como fuere, sir Eustace, él lo cree así..., y debiera de hallarse en situación de saberlo.

—A propósito —pregunté—, ¿dónde está ese hombre? No he podido echarle la vista encima desde que subimos a bordo.

—Hace circular la noticia de que se encuentra enfermo y no se mueve de su camarote, sir Eustace. —Pagett volvió a bajar la voz—. Pero estoy seguro de que no es más que para *despistar*. Para poder vigilar mejor.

—¿Vigilar?

—Para custodiarle a usted mejor, sir Eustace. Por si acaso fuera objeto de un ataque.

—¡Qué manera tiene usted de animar a la gente, Pagett! —dije—. Se deja usted llevar de la imaginación o así lo espero. Yo, en su lugar, asistiría al baile disfrazado de calavera o de verdugo. Son los disfraces más en consonancia con su tétrica belleza.

Eso bastó para cerrarle la boca de momento. Subí a cubierta. La niña Beddingfeld estaba absorta en su conversación con el misionero Chichester. Las mujeres siempre revolotean alrededor de los pastores.

Al hombre que tiene una figura como la mía le hace muy poca gracia agacharse; pero tuve la cortesía de recoger el papel caído a los pies del pastor.

Mi acción no me valió una sola palabra de agradecimiento. De todas formas, me hubiera sido imposible no ver lo que había escrito en el papel. Era una sola frase.

«No intente trabajar a solas por su cuenta o saldrá perdiendo.»

¡Linda cosa que encontrar en poder de un misionero! ¿Quién será ese Chichester? Parece más inocuo que la leche. Pero las apariencias engañan. Le preguntaré a Pagett. Pagett siempre lo sabe todo.

Me dejé caer garbosamente en la gandula vecina a la de la señora Blair, interrumpiendo así su charla a solas con Race. Observé:

—¡No sé dónde irá a parar el clero en estos tiempos!

Luego le pedí que cenara conmigo la noche del baile de máscaras. No sé cómo se las arregló Race; pero el caso es que consiguió que se le incluyera en la invitación.

Después de comer a mediodía, la Beddingfeld vino a sentarse con nosotros a tomar el café. No me había equivocado en cuanto a sus piernas se refiere. Son, sin duda alguna, las más bonitas de a bordo. ¡Vaya si la invitaré a comer a ella también!

Me gustaría saber qué diablos ha hecho Pagett en Florencia. Cada vez que se habla de Italia, se descompone. Si no supiera cuán intensamente honrado es, empezaría a creerlo reo de algún amor vergonzoso.

Pero..., ¡quién sabe...! Hasta los hombres más decentes... Me animaría una enormidad si fuese así la cosa.

Pagett..., ¡con algo que ocultar! ¡Magnífico!

Capítulo XIII

Ha *sido* una noche singular, excepcional. El único disfraz que me iba bien era uno de oso. No me importaba hacer el oso con unas cuantas muchachas bonitas, un atardecer de invierno en Inglaterra..., pero no es el disfraz más a propósito que digamos para el Ecuador. No obstante, hice reír una barbaridad y gané el primer premio de «traído a bordo»... absurdo nombre que dan al disfraz alquilado por una noche. Sin embargo, como nadie parecía tener la menor idea de si los disfraces se hacían allí o se traían a bordo, la cosa importaba bien poco.

La señora Blair se negó a disfrazarse. Aparentemente, está en todo caso de acuerdo con Pagett sobre el particular. El coronel Race siguió su ejemplo. Ana Beddingfeld se había hecho un vestido de gitana y estaba extraordinariamente bien. Pagett dijo que tenía dolor de cabeza y no se presentó. Para ocupar su lugar, invité a un hombrecillo del Partido Obrero Sudafricano. Un hombrecillo horrible. Pero quiero conservar su amistad porque me da la información que necesito. Quiero comprender la cuestión del Rand desde los dos puntos de vista.

Daba un calor enorme el bailar. Bailé dos veces con Ana Beddingfeld y ella fingió que le había gustado. Bailé una vez con la señora Blair, que no se molestó en fingir, y fueron víctimas mías varias otras damiselas que me causaron favorable impresión.

Luego bajamos a comer. Yo había pedido champaña. El mayordomo propuso Clicquot 1911 como el mejor que llevaba a bordo y me dejé convencer. Parecía haber dado con la única cosa capaz de aflojarle al coronel Race la lengua. Lejos de mostrarse taciturno, dicho individuo llegó a volverse ocurrente charlatán. Durante un rato, esto me divirtió. Luego caí en la cuenta de que el coronel Race, y no

yo, se estaba convirtiendo en el alma y vida de la reunión. Se burló de mí al saber que escribía mi diario.

—El día menos pensado revelará todas sus indiscreciones, Pedler.

—Amigo Race —le dije—, permítame que le diga que no soy un imbécil como usted me cree. Es posible que cometa indiscreciones; pero no tengo la costumbre de hacerlas constar por escrito. Cuando muera, mis albaceas testamentarios conocerán mi opinión de muchísimas personas; pero dudo que encuentren nada para mejorar o empeorar el concepto que tengan de *mí*. Un diario es una cosa útil para hacer constar las idiosincrasias de los demás, pero no las propias.

—Existe algo que llaman autorrevelación inconsciente.

—Para los ojos del psicoanalizador, todas las cosas son viles —repliqué sentenciosamente.

—Debe de haber sido muy interesante su vida, coronel Race —dijo la señorita Beddingfeld con ojos como dos estrellas.

¡Así hacen las cosas esas muchachas! Otelo fascinó a Desdémona con sus relatos; pero, ¿no fascinó Desdémona a Otelo acaso por su manera de escucharle?

Sea como fuere, aquello le soltó la lengua en serio a Race. Empezó a contar historias de leones. El hombre que ha cazado leones en grandes cantidades le lleva una ventaja enorme e injusta a todos los demás. Se me antojó que ya era hora de que yo contara una historia de leones también. Una que fuera más alegre.

—A propósito —dije—, eso me recuerda un suceso muy emocionante que me contaron. Un amigo mío había marchado de caza a no sé qué lugar de África Oriental. Una noche salió de su tienda de campaña por no sé qué razón y oyó con sobresalto un gruñido sordo. Se volvió rápidamente y vio a un león agazapado para saltar. Se había dejado la escopeta en la tienda de campaña. Rápido como el pensamiento, agachó la cabeza y el león saltó por encima de él. Irritado, el animal soltó un rugido y se dispuso a saltar otra vez. Para entonces, se hallaba cerca de la entrada de la tienda de campaña. Entró y tomó la escopeta. Cuando salió de nuevo, escopeta en mano, el león

había desaparecido. Aquello le interesó una barbaridad. Se deslizó hacia la parte de atrás de la tienda de campaña, donde había un pequeño claro. Y... ¡allí estaba el león, ensayando saltos cortos!

Mi relato fue recibido con una ronda de aplausos. Tomé unos sorbos de champaña.

—En otra ocasión —observé—, a ese amigo mío le ocurrió otra cosa muy curiosa. Viajaba a campo traviesa y, como deseaba llegar a su punto de destino antes de que empezara a apretar el calor, ordenó a sus negros que engancharan las mulas a la carreta antes del amanecer. Les costó bastante trabajo hacerlo, porque los animales estaban agitados; pero lo consiguieron por fin y la partida se puso en marcha. Las mulas corrieron como el mismísimo viento y, cuando amaneció, se dieron cuenta del por qué. En la oscuridad los negros habían aparejado una mula con un león.

Esta historia fue bien recibida, también. Sonó una carcajada general. No estoy seguro, sin embargo, de que el tributo mayor no lo rindiera mi amigo, el miembro del Partido Laborista, que permaneció pálido y muy serio.

—¡Dios! —exclamó, con ansiedad—. ¿Quién los desenganchó?

—He de ir a Rhodesia —dijo la señora Blair—. Después de lo que nos ha contado usted, coronel Race, no tengo más remedio que ir. No obstante, el viaje es horrible. Cinco días en tren.

—Tiene usted que acompañarme en mi coche particular —dijo con galantería.

—¡Oh, sir Eustace! ¡Qué amable es usted! ¿Lo dice en serio?

—¡Que si lo digo en serio! —exclamé en son de reproche.

Y me bebí otra copa de champaña.

—Una semana más, aproximadamente, y nos encontraríamos en África del Sur —suspiró la señora Blair.

—¡Ah! ¡África del Sur! —murmuré, sentimental.

Y empecé a citar extractos de mi reciente discurso en el Instituto Colonial.

—¿Qué tiene África del Sur que enseñar al mundo? ¿Qué,

en verdad? Su fruta y sus granjas; su lana y sus zarzos; sus manadas y sus pieles; su oro y sus diamantes...

Hablaba con precipitación, porque sabía que en cuanto hiciese una pausa, Race metería baza y me informaría que las pieles carecían de valor, porque los animales se enganchaban en las cercas de púas o algo por el estilo; estropearía todo lo demás que había dicho y acabaría hablando de las penalidades de los mineros en el Rand. Y no estaba yo de humor para dejarme insultar por ser capitalista. La interrupción, sin embargo, surgió de otro lado ante la mágica palabra «diamantes».

—¡Diamantes! —exclamó la señora Blair.

—¡Diamantes! —murmuró la señorita Beddingfeld.

Ambas se dirigieron al coronel Race.

—¿Supongo que ha estado usted en Kimberley?

Yo también había estado en Kimberley, pero no conseguí decirlo a tiempo. A Race le llovían las preguntas. ¿Cómo eran las minas? ¿Era cierto que a los indígenas se les mantenía encerrados tras una empalizada? Y así sucesivamente.

Race contestó a sus preguntas y dio muestras de conocer muy bien el asunto. Describió el método empleado para alojar a los indígenas; los registros que se hacían; y las diversas precauciones tomadas por De Beers.

—Así, pues, ¿es poco menos que imposible robar un diamante? —preguntó la señora Blair con la misma cara de chasco que si hubiera estado haciendo el viaje a Africa exclusivamente con el propósito de intentarlo.

—No hay nada imposible, señora Blair. Ocurren robos de vez en cuando... como el caso que le conté del cafre aquel que se escondió una piedra en una herida.

—Sí, pero, ¿en gran escala?

—Una vez en estos últimos años. Un poco antes de la guerra, para ser exactos. Usted debe de recordar el caso, Pedler. Estaba en Africa del Sur por entonces, ¿no?

Asentí con un movimiento de cabeza.

—Cuéntenoslo —suplicó la señorita Beddingfeld.

—¡Oh, cuéntenoslo!

Race sonrió.

—Bien; se lo contaré. Supongo que la mayoría de us-

tedes habrán oído hablar de sir Lorenzo Eardsley, el gran magnate africano. Sus minas eran de oro; pero entra en este relato gracias a su hijo. Quizá recuerden que poco antes de la guerra corrieron rumores de que habían descubierto un nuevo Kimberley en potencia allá por las selvas de la Guayana Británica. Se decía que dos jóvenes exploradores habían regresado de dicha parte de América del Sur con una notable colección de diamantes en bruto, algunos de ellos de un tamaño considerable. Se habían encontrado ya anteriormente diamantes pequeños en la vecindad de los ríos Esequibo y Mazaruni; pero los dos jóvenes en cuestión, Juan Eardsley y su amigo Lucas, aseguraban haber descubierto yacimientos de grandes capas carboníferas cerca de la fuente común de los ríos.

»Los diamantes eran de todos los colores. Los había de color de rosa, azules, amarillos, verdes, negros y de una blancura inmaculada. Eardsley y Lucas se presentaron en Kimberley, donde habían de someter las piedras para su examen. Al propio tiempo se descubrió que se había cometido un robo sensacional en De Beers. Cuando se han de mandar diamantes a Inglaterra se hace un paquete con ellos. El paquete se coloca en la gran caja de caudales, cuyas dos llaves obran en poder de dos hombres distintos, mientras que el único que conoce la combinación es un tercero. El paquete se le entrega al Banco y éste lo envía a Inglaterra. Cada paquete vale unas cien mil libras esterlinas.

»En esta ocasión al Banco le pareció ver algo anormal en la forma en que estaba sellado el paquete. Lo abrieron. ¡Contenía terrones de azúcar!

»No sé exactamente cómo llegó a sospecharse de Juan Eardsley. Se recordó que había sido muy alocado cuando estudiaba en la Universidad de Cambridge, y que su padre había tenido que pagar sus deudas más de una vez. Sea como fuere, no tardó en correr la voz que la historia del hallazgo de yacimientos de diamantes en Sudamérica era pura fantasía. Detuvieron a Juan Eardsley. Y encontraron en su poder algunos de los diamantes de De Beers.

»Pero el asunto no llegó a llevarse a los tribunales. Sir Lorenzo Eardsley pagó una cantidad equivalente al valor

de los diamantes que faltaban y De Beers retiró la acusación. Jamás se ha sabido cómo se llevó a cabo el robo. Pero el saber que su hijo era un ladrón fue un golpe demasiado rudo para el viejo. Sufrió un ataque de apoplejía poco después. En cuanto a Juan, su suerte fue, hasta cierto punto, piadosa. Se incorporó a filas, marchó a la guerra, luchó valientemente y murió, limpiando así la mancha que empañaba su nombre. Sir Lorenzo sufrió un tercer ataque y murió hace cosa de un mes. Murió sin testar, y su cuantiosa fortuna pasó a manos de su pariente más próximo, un hombre al que apenas conocía.

El coronel hizo una pausa. Se oyó una babel de exclamaciones y preguntas. Algo pareció llamar la atención de la señorita Beddingfeld y se volvió en su asiento. Al oír su exclamación ahogada, me volví yo también.

Mi nuevo secretario Rayburn se hallaba en pie junto a la puerta. Por debajo del atezado, su rostro tenía la palidez de quien ha visto un fantasma. Evidentemente, el relato de Race le había conmovido profundamente.

Dándose cuenta de pronto de que le observábamos, dio media vuelta y desapareció.

—¿Sabe usted quién es ese hombre? —inquirió Ana Beddingfeld bruscamente.

—Es mi otro secretario —le expliqué—. El señor Rayburn. Ha estado mareado hasta ahora.

—¿Hace mucho que es secretario suyo?

—No mucho —respondí con cautela y cierta precaución.

Pero la cautela de nada sirve para una mujer. Cuanto más se retiene uno, mayor es la fuerza con que ataca. Ana Beddingfeld no se anduvo en contemplaciones.

—¿Cuánto hace? —preguntó sin rodeos.

—Pues... ah... lo tomé a mi servicio unos días antes de embarcar. Me lo recomendó un viejo amigo.

La muchacha se sumió en pensativo silencio y no dijo una palabra más. Me volví hacia Race. Se me antojaba que ahora me tocaba a mí dar muestras de interés en su relato.

—¿Quién es el heredero de sir Lorenzo, Race? ¿Lo sabe usted?

—Debiera de saberlo —respondió, sonriente—. ¡Soy yo!

Capítulo XIV

Se reanuda el relato de Ana

Fue la noche del baile de máscaras cuando decidí que había llegado el momento de que confiara en alguien. Hasta entonces había trabajado sola y hallado gran placer en ello. Ahora, de pronto, todo había cambiado. Desconfiaba de mi propio criterio, y por primera vez se apoderó de mí una sensación de soledad y desolación.

Me senté en el borde de mi litera, disfrazada de gitana aún, y pasé revista a la situación. Pensé primero en el coronel Race. Parecía haberle sido simpática. Se mostraba bondadoso; estaba segura de ello. Y no tenía un pelo de tonto. Me relevaría de toda preocupación. Se hacía cargo, por completo, del asunto. Y... ¡el misterio era mío! Había otras razones también, que apenas quería confesarme a mí misma, pero que hacían poco aconsejable que escogiera al coronel Race por confidente.

Luego pensé en la señora Blair. Ella también se había mostrado bondadosa conmigo. No fui tan tonta como para creerme que aquello significara gran cosa en realidad. Probablemente se trataba de un simple capricho pasajero. No obstante, en mi poder estaba el despertar su interés. Era mujer que había experimentado la mayoría de las sensaciones corrientes de la vida. ¡Me proponía proporcionarle una sensación extraordinaria! Y me era simpática. Me gustaba su aplomo, su falta de sentimentalismo, el hecho de que careciera de toda afectación.

Me decidí. Iría a verla inmediatamente. No era fácil que se hubiese acostado ya.

Entonces me acordé de que no conocía el número de su camarote. Mi amiga la camarera de noche lo sabría con toda seguridad. Toqué el timbre. Al cabo de un buen rato acudió a mi llamada un hombre. Me dio la información que necesitaba. El camarote de la señora Blair era el nú-

mero 71. Se excusó por haber tardado en contestar al timbre, pero explicó que tenía que atender él sólo a todos los camarotes.

—¿Dónde está la camarera, pues? —le pregunté.

—Se retiran todas a las diez.

—No. Me refiero a la camarera de noche.

—No hay camareras por la noche, señorita.

—Pero..., ¡pero si vino una camarera la otra noche...! a eso de la una.

—Lo soñaría usted, señorita. No hay camareras después de las diez.

Se retiró y yo quedé asimilando lo que me acababa de decir. ¿Quién era la mujer que había acudido a mi camarote la noche del 22? Mi rostro se tornó más serio al darme yo cuenta de la astucia y la audacia de mis desconocidos adversarios.

Me puse en pie, salí de mi camarote y me dirigí al de la señora Blair. Llamé a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó una voz.

—Soy yo... Ana Beddingfeld.

—¡Oh...!, adelante, gitanilla.

Entré. Había mucha ropa tirada por el cuarto. La señora Blair llevaba uno de los kimonos más preciosos que en mi vida había visto. Era todo de color naranja, oro y negro y se me hizo la boca agua al mirarlo.

—Señora Blair —dije bruscamente—, quiero contarle la historia de mi vida..., es decir, si no es demasiado tarde y no le aburre a usted escucharme.

—¡Qué ha de ser! Nunca me gusta meterme en la cama —dijo la señora Blair, sonriendo deliciosamente—. Y me encantaría conocer la historia de su vida. Es usted una muchacha extraordinaria, gitanilla. A ninguna otra persona se le hubiera ocurrido irrumpir en mi camarote a la una de la madrugada para contarme la historia de su vida. ¡Sobre todo después de desairarme negándose a satisfacer mi curiosidad natural durante semanas enteras como ha hecho usted! No estoy acostumbrada a que me desairen. Ha resultado una novedad agradable. Siéntese en el sofá y descargue su alma.

Le conté toda mi historia. Tardé bastante porque no

olvidé detalle. Ella exhaló un profundo suspiro cuando hube terminado; pero no dijo lo que yo había esperado que dijese. En lugar de eso, me miró, rió un poco y observó:

—¿Sabe usted, Anita, que es una muchacha que se sale de lo corriente? ¿No ha sentido alguna vez arrepentimiento?

—¿Arrepentimiento? —inquirí, curiosa.

—Sí. ¡Arrepentimiento, arrepentimiento, arrepentimiento! ¡Emprender un viaje sin un penique como quien dice! ¿Qué hará cuando se encuentre en un país extranjero y sin dinero?

—Es inútil preocuparse por eso hasta que el caso se presente. Aún me queda dinero abundante. Las veinticinco libras que me dio la señora Flemming están casi intactas, y además gané el plato ayer (1). Representa quince libras esterlinas. ¡Pero si tengo la mar de dinero! ¡Cuarenta libras!

—¡La mar de dinero! ¡Dios Santo! —murmuró la señora Blair, extrañada—. Sería incapaz de embarcarme alegremente con unas cuantas libras en el bolsillo sin saber qué hacía ni adónde iba.

—Ahí está lo divertido, precisamente —exclamé—. ¡Eso da una sensación tan espléndida de aventura!

Me miró, movió la cabeza afirmativamente dos o tres veces y luego sonrió.

—¡Afortunada Anita! No hay mucha gente en el mundo que sienta lo que usted.

—Bueno —pregunté, con impaciencia—, ¿qué opina usted de todo eso, señora Blair?

—Me parece la cosa más emocionante que he oído en mi vida. Y ahora, para empezar, dejará usted de llamarme señora Blair. Susana sonará mucho mejor. ¿De acuerdo?

(1) Es costumbre en los trasatlánticos, como medio de distracción, que uno de los pasajeros dé una pequeña cantidad con la cual se hace lo que los jugadores llaman «plato» o «polla». Cada uno de los que participan en el juego recibe un número, y, al cabo del día, aquel cuyo número corresponde con la cantidad de nudos o millas recorridas por el barco, se lleva el «plato». (*N. del T.*)

—Me encantará hacerlo, Susana.

—Magnífico. Vamos al grano, pues. Dice que en el secretario de sir Eustace..., no ese Pagett carilargo, sino el otro... reconoció al hombre que fue apuñalado y se metió en su camarote en busca de refugio.

Moví afirmativamente la cabeza.

—Así tenemos dos eslabones entre sir Eustace y el enredo. La mujer murió asesinada en su casa y es su secretario quien recibe la puñalada a la mística hora de la una de la madrugada. Yo no sospecho del propio sir Eustace; pero todo puede ser casualidad. Existe alguna relación, aun cuando él mismo la ignore.

»Luego —agregó—, hay ese extraño asunto de la camarera. ¿Qué aspecto tenía?

—Apenas me fijé en ella. ¡Estaba tan excitada y en tensión...! Y lo que menos esperaba ver en aquel momento era a una camarera. Pero... sí... sí que me pareció conocida su cara. Y lo sería, naturalmente, si la había visto a bordo.

—Su cara le parecía conocida —dijo Susana—. ¿Está segura de que no se trataba de un hombre?

—Era muy alta —reconocí.

—¡Hum! No sería sir Eustace, creo yo, ni el señor Pagett... ¡Aguarde!

Tomó un trozo de papel y se puso a dibujar febrilmente. Inspeccionó el resultado, ladeando la cabeza.

—Es un buen retrato del reverendo Eduardo Chichester —anunció—. Ahora faltan los adornos. Ello completará el retrato.

Me entregó el papel.

—¿Es está la camarera que acudió?

—Pues..., ¡sí! ¡Oh, Susana, qué lista es usted! —exclamé.

Rechazó la alabanza con un gesto.

—Siempre he desconfiado del Chichester ese. ¿Recuerda cómo dejó caer la taza de café y se puso de un color verdoso cuando discutíamos el caso Crippen el otro día?

—¡E intentó ocupar el camarote diecisiete!

—Sí; todo concuerda hasta ese punto. Pero, ¿qué significa? ¿Qué era lo que debía ocurrir a la una en punto en el camarote 17? No puede haber sido el apuñalamiento del

secretario. No habría por qué fijar eso para una hora especial, un día determinado y lugar fijado de antemano. No. Seguramente se trataría de una cita y al secretario le darían la puñalada cuando acudía a ella. Pero, ¿con quién tenía la cita? No con usted, desde luego. Hubiera podido ser con Chichester. O con Pagett.

—Eso parece poco probable —objeté—; esos dos pueden verse en cualquier momento.

Ambas callaron unos instantes. Luego Susana dijo:

—¿Puede haber sido algo oculto en el camarote?

—Eso ya parece más probable —asentí—. Explicaría el hecho de que me hubieran registrado el camarote a la mañana siguiente. Pero no había nada escondido. Estoy segura de ello.

—¿No pudo haber metido el joven algo en el cajón la noche anterior?

Negué con la cabeza.

—Lo hubiese visto.

—¿Cree que pueden haber andado buscando el papelito que usted guarda?

—Es posible; pero se me antoja un trabajo inútil. Sólo contiene una hora y una fecha... y ambas habían pasado ya para entonces.

Susana asintió con la cabeza.

—Sí, es verdad. No era el papel. A propósito, ¿lo lleva encima? Me gustaría verlo.

Yo había cogido el papel antes de salir para enseñárselo precisamente. Se lo di. Ella lo escudriñó, frunciendo el entrecejo.

—Hay un punto después del diecisiete. ¿Por qué no hay un punto detrás del uno también?

—Hay un espacio —dije yo.

—Hay un espacio, pero...

De pronto se puso en pie y examinó minuciosamente el papel, notándose en ella cierta excitación reprimida.

—¡Anita! ¡Eso no es un punto! ¡Es una impureza del papel! Un fallo, ¿lo ve? Conque hay que hacer caso omiso de él y guiarse sólo por los espacios; ¡los espacios!

Me había puesto en pie y estaba a su lado. Leí las cifras como las veía ahora.

—1 71 22.

—¿Se da cuenta? —dijo Susana—. Es lo mismo; pero no del todo. Sigue siendo la una, y el día veintidós. Pero... ¡es el camarote setenta y uno! ¡El mío, Anita!

Nos quedamos mirándonos la una a la otra, tan encantadas con nuestro descubrimiento y tan llenas de emoción, que cualquiera hubiese dicho que habíamos aclarado todo el misterio. Luego bajé yo de las nubes de golpe y porrazo.

—Pero, Susana, nada ocurrió aquí a la una del veintidós, ¿verdad?

—No..., nada.

Se me ocurrió otra idea.

—Este no es su camarote en realidad, ¿verdad, Susana? Quiero decir que no es el que sacó usted al embarcar.

—No; el sobrecargo me habló de eso. El camarote estaba reservado a nombre de la señora Grey. Pero parece ser que Grey sólo era el seudónimo de la famosa madame Nadina. Es una célebre bailarina rusa, como debe usted saber. Jamás ha trabajado en Londres; pero en París ha hecho furor. Tuvo un éxito delirante allí durante la guerra. El sobrecargo expresó con gran vehemencia su sentimiento de que esa mujer no fuera a bordo cuando me dio el camarote. El coronel Race me dijo muchas cosas de ella.

»Parece ser que corrían extraños rumores por París. Se sospechaba que era una espía, pero no se pudo demostrar. Me imagino que el coronel iría a París nada más que por eso. Me ha contado algunas cosas muy interesantes. Existía una cuadrilla organizada..., una cuadrilla que no era de origen alemán. Es más, al jefe de ella, el hombre al que siempre llamaban «el Coronel», se le creía inglés; pero nunca lograron hallar el menor indicio que les permitiera descubrir su identidad. No cabe la menor duda, sin embargo, de que dirigía una considerable organización de delincuentes internacionales. Robos, espionaje, atracos... a todo se atrevían. Y por regla general, «el Coronel» lograba hallar una persona inocente que cargara con la culpa. ¡Tiene que haber sido de una inteligencia diabólica! A la bailarina se la creía uno de sus agentes; pero no encontraron prueba alguna. Sí, Anita, estamos sobre la pista. Nadina es la clase de mujer que andaría complicada en este asun-

to. La cita del veintidós se hizo con ella en este camarote. Pero, ¿dónde está? ¿Por qué no embarcó?

Vi la luz de pronto.

—Tenía la intención de embarcar —dije lentamente.

—Entonces, ¿por qué no lo hizo?

—*Porque estaba muerta, Susana...* ¡Nadina es la mujer que murió asesinada en Marlow!

Recordé el cuarto sin muebles de la casa desocupada y volví a experimentar aquella indefinible sensación de amenaza y de mal. Y al propio tiempo acudió a mi memoria el incidente del lápiz caído y el descubrimiento del rollo de película, la idea evocaba otra más reciente. ¿Dónde había oído yo hablar de un rollo de película? ¿Y por qué relacionaba el pensamiento con la señora Blair?

De pronto la así de los brazos y poco me faltó para zarandearla en mi excitación.

—¡La película! ¡La que tiraron por el ventilador! ¿No ocurrió eso el día veintidós?

—¿El rollo que perdí?

—¿Cómo sabe usted que se trata del mismo? ¿Por qué había de devolvérselo nadie de semejante manera... a medianoche? Es absurda la idea. No... el rollo era un mensaje. Habían sacado la película del envase amarillo de hojalata y colocado otra cosa en su lugar. ¿Lo tiene aún?

—Tal vez lo haya usado. No... aquí está. Recuerdo que lo puse en el estante al lado de la litera.

Me lo ofreció.

Era un cilindro corriente de hojalata, de los que se emplean para proteger la película en los trópicos. Lo tomé con mano temblorosa, y al hacerlo, me dio un vuelco el corazón. Era mucho más pesado de lo que debiera haber sido a juzgar por su tamaño.

Con dedos que en vano intentaba dominar, arranqué la tira de cinta adhesiva que servía para asirlo herméticamente. Arranqué la tapa y se cayó sobre la cama un chorro de guijarros vidriosos sin brillo.

—Guijarros —dije, chasqueada.

—¿Guijarros? —exclamó Susana.

El deje de su voz me excitó.

—¿Guijarros? No, Ana, guijarros no. *¡Diamantes!*

Capítulo XV

¡Diamantes!

Contemplé, fascinada, la vidriosa pila que yacía sobre la litera. Recogí una piedra que, de no haber sido por su peso, hubiera podido tomarse por el fragmento de una botella rota.

—¿Está segura, Susana?

—Oh, sí, querida. He visto diamantes en bruto con demasiada frecuencia para que pueda caberme duda alguna. Y son hermosos, por añadidura, Ana... Algunos de ellos son únicos en su especie, es mi opinión. Tienen historia.

—¡La que escuchamos esa noche! —exclamé.

—¿Se refiere a la...?

—¡A la que contó el coronel Race! No puede tratarse de una coincidencia. La contó con un fin determinado.

—¿Para comprobar el efecto que surtía, quiere decir?

Asentí con un movimiento de cabeza.

—¿El que surtía en sir Eustace?

—Sí.

Pero en el mismo instante en que lo dije, me asaltó una duda. ¿Era sir Eustace quien había sido sometido a una prueba, o se había contado la historia nada más que para mí? Recordé la impresión recibida la noche anterior de que se me estaba sonsacando deliberadamente. Por Dios sabe qué razones, el coronel Race desconfiaba. Sin embargo..., ¿qué pintaba él en el asunto? ¿Qué posible relación podía tener con el caso?

—¿Quién es el coronel Race? —pregunté.

—Esa pregunta es un poco difícil de contestar. Es muy conocido como aficionado a la caza mayor y, como le ha oído usted decir esta noche, era primo de sir Lorenzo Eardsley. Nunca me había encontrado con él hasta este

viaje. Hace muchos viajes a África. Existe la creencia de que pertenece al Servicio Secreto. No sé si será verdad o no. No cabe duda, desde luego, que es un hombre muy misterioso.

—¿Supongo que habrá heredado mucho dinero de sir Lorenzo Eardsley?

—Mi querida Ana, debe de ser riquísimo. Sería un buen partido para usted.

—No puedo hacer un verdadero esfuerzo por conquistarle mientras se halle usted a bordo —le respondí, riendo—. ¡Oh, esas casadas!

—Sí que ejercemos cierto atractivo —asintió Susana, sin inmutarse—. Y todo el mundo sabe que estoy enamoradísima de Clarence..., mi esposo. Es tan poco peligroso y tan agradable hacerle el amor a una esposa modelo...

—Debe de ser muy agradable para Clarence estar casado con una persona como usted. ¿Dónde encontraría una mejor?

—Vivir conmigo resulta agotador para cualquiera. No obstante, siempre le queda el recurso de huir al Ministerio de Estado, donde se encaja el monóculo en un ojo y se queda dormido en un butacón. Podríamos cablegrafiarle pidiéndole que nos dijera todo lo que sabe de Race. Me encanta expedir cables. ¡Y le molesta tanto a Clarence recibirlos...! Siempre dice que una carta hubiese bastado. No creo que nos dijera nada, sin embargo. ¡Es tan exageradamente discreto! Por eso resulta tan difícil vivir con él mucho tiempo seguido. Pero sigamos nuestros planes casamenteros. Estoy segura de que usted atrae una barbaridad al coronel Race, Anita. Échele un par de miradas con esos ojos tan asesinos que tiene y es suyo. Todo el mundo acaba prometiéndose a bordo de un barco. No hay ninguna otra cosa que hacer.

—Yo no quiero casarme.

—¿No? —murmuró Susana—. ¿Por qué no? ¡Me encanta estar casada... hasta con Clarence!

Hice caso omiso de su petulancia.

—Lo que yo quiero saber es —dije con determinación— qué tiene que ver el coronel Race con esto. Está metido en el asunto por alguna parte.

—¿No cree usted que el hecho de que contara la historia fuese pura casualidad?

—No; no lo creo. Nos estaba observando a todos con mucha atención. Recordará usted que fueron recobrados *algunos* de sus diamantes, no todos. Tal vez sean éstos los que faltaban... o quizá...

—Quizá, ¿qué?

No contestó directamente.

—Me gustaría saber —dijo— qué fue del otro joven. No Eardsley, sino..., ¿cómo se llamaba...? ¡Lucas!

—Empezamos a ver claro en el asunto, por lo menos. Lo que toda esta gente anda buscando son los diamantes. «El hombre del traje de color castaño» debió de matar a Nadina para apoderarse de ellos.

—Él no la mató —dije vivamente.

—Claro que la mató. ¿Qué otra persona puede haberlo hecho?

—No lo sé. Pero estoy segura de que no fue él.

—Entró en la casa tres minutos después que ella y salió pálido como un sudario.

—Porque la encontró muerta.

—Pero ¡si no entró nadie más!

—Entonces el asesino se hallaba en la casa ya o entró por algún otro lado. No tenía necesidad de pasar por delante del pabellón. Podía haber escalado el muro.

Susana me miró vivamente.

—«El hombre del traje color castaño» —musitó—. ¿Quién sería? Sea como fuere, era el mismo que desempeñó el papel de médico en el «Metro»? Tuvo tiempo de quitarse el disfraz y seguir a la mujer a Marlow. Ella y Carlton habían de encontrarse allí. Ambos tenían autorización para visitar la misma casa. Y si tomaron tantas precauciones para que su encuentro pareciera casual, debían de sospechar que se les seguía. No obstante, Carton no sabía que quien le seguía era el «hombre del traje color castaño». Cuando lo reconoció, su sobresalto y su sorpresa fueron tan grandes, que perdió por completo la serenidad y retrocedió hasta caer a la vía. Todo eso parece muy claro, ¿no le parece, Anita?

No contesté.

—Sí; así fue como ocurrió. Le quitó el papel al muerto y, en sus prisas por huir, lo dejó caer. Luego siguió a la mujer a Marlow. ¿Qué hizo al salir de allí, después de matarla... o, según usted, de encontrarla muerta? ¿Dónde fue?

Seguí sin decir nada.

—Lo que yo me pregunto —prosiguió Susana, musitando— es si será posible que indujera a sir Eustace Pedler a traerle a bordo como secretario. Resultaría una oportunidad magnífica para salir sin peligro de Inglaterra cuando se le andaba buscando por todas partes. Pero, ¿cómo consiguió convencer a sir Eustace Parece como si tuviera algún poder sobre él.

—O sobre Pagett —sugerí a pesar mío.

—No parece usted tenerle mucha simpatía a Pagett, Anita. Sir Eustace dice que es un joven muy trabajador y de talento. Y en verdad que bien puede serlo, porque nada sabemos contra él. Bueno, continuemos nuestras deducciones. Rayburn es el «hombre del traje color castaño». Había leído el papel que perdió. Por consiguiente, engañado por el punto, como le ocurrió á usted, intenta llegar al camarote número diecisiete a la una en punto del día veintidós, después de haber intentado hacerse dueño del camarote por mediación de Pagett. Camino del mismo, alguien le da una puñalada...

—¿Quién? —intercalé.

—Chichester. Sí; todo encaja. ¡Cablegrafíe a lord Nasby que ha encontrado usted al «Hombre del traje color castaño», y ha hecho usted fortuna, Anita!

—Se ha pasado usted por alto varias cosas.

—¿Qué cosas? Rayburn tiene una cicatriz, ya lo sé..., pero es muy fácil maquillarse y hacerse una cicatriz postiza. Tiene la estatura y la corpulencia necesarias. ¿Cuál es la descripción de la cabeza con que usted les pulverizó en Scotland Yard?

Temblé. Susana era mujer muy culta y muy leída; pero pedí al cielo que no estuviera familiarizada con los términos de la antropología.

—Dolicocéfala —le contesté serenamente.

Susana se quedó dudosa.

—¿Fue eso lo que dijo?

—Sí. De cabeza larga, ¿comprende? Una cabeza cuya anchura es inferior al setenta y cinco por ciento de su longitud —expliqué sin vacilar.

Hubo una pausa. Empezaba a respirar otra vez, cuando Susana dijo de repente:

—¿Cómo se llama lo contrario?

—¿Cómo lo contrario?

—Tiene que haber lo contrario. ¿Cómo se llama la cabeza cuya anchura es más del setenta y cinco por ciento de su longitud

—Braquicéfala —dije a regañadientes.

—Eso es. Ya me parecía a mí que era algo así lo que usted había dicho.

—¿Sí? Pues fue un desliz. Quise decir dolicocéfala —contesté con todo el aplomo que pude.

Susana me dirigió una mirada escudriñadora. Luego se echó a reír.

—Miente usted muy bien, gitanilla. Pero ahorrará tiempo y trabajo si me cuenta toda la verdad.

—No hay nada que contar —repuse de mala gana.

—¿No? —murmuró Susana con dulzura.

—Supongo que no tendré más remedio que decírselo —acabé diciendo muy despacio—. No me avergüenzo de ello. No puede una avergonzarse de algo que... que le ocurre simplemente. Eso es lo que pasó con él. Se mostró detestable... grosero y desagradecido... por eso creo comprenderlo. Es como el perro que ha estado atado o al que han tratado mal... Morderá a cualquiera. Así estaba él..., amargado..., rabiando. No sé por qué me importaba..., pero sí que me importa. Me importa enormemente. Le amo. Le quiero. Cruzaré África entera descalza hasta encontrarle. Y le haré quererme. Moriría por él. Trabajaría por él, sería una esclava por él, robaría por él... ¡hasta pediría limosna o me empeñaría por él! ¡Vaya...! ¡Ahora ya lo sabe usted!

Susana me contempló un buen rato.

—Es usted muy poco inglesa, gitanilla —dijo por fin—. No tiene ni pizca de sentimental. Jamás he conocido a persona alguna que fuera, al mismo tiempo, tan positiva y tan apasionada. Jamás querré yo a nadie así... afortunadamente para mí. Y, sin embargo, sin embargo..., la en-

vidio, gitanilla. Es algo el poder querer. La mayoría de la gente no es capaz. Pero, ¡qué suerte tuvo su médico de que no se casara con él! Por su descripción, no me ha parecido la clase de individuo que hallara agradable tener un alto explosivo en casa. Conque..., ¿no se ha de mandar cable alguno a lord Nasby?

Negué con la cabeza.

—Y, sin embargo, ¿le cree usted inocente?

—También creo que a la gente inocente se la puede también ahorcar.

—¡Hum! Sí. Pero, Ana querida, usted sabe hacer frente a las cosas... mirarlas cara a cara. Hágalo ahora. A pesar de todo lo que usted dice, puede haber asesinado a esa mujer.

—No —contesté—; no la mató.

—Eso es sentimentalismo puro.

—No lo es. Hubiera podido matarla. Hasta admito la posibilidad de que la siguiera hasta allí con ese propósito. Pero no hubiera sido capaz de coger un trozo de cordón negro y estrangularla con él. De haberlo hecho, la hubiese estrangulado con las manos desnudas.

Susana se estremeció. Contrajo las pupilas.

—¡Hum! Anita..., ¡empiezo a comprender por qué encuentra usted tan atrayente a ese joven!

Capítulo XVI

Se me presentó una oportunidad de abordar al coronel Race a la mañana siguiente. Se había terminado de subastar el *plato* y nos paseamos juntos por cubierta.

—¿Cómo anda la gitanilla esta mañana? ¿Suspira por su tierra y su caravana?

Negué con la cabeza.

—Ahora que el mar se porta tan bien, me parece que me gustaría permanecer a flote eternamente.

—¡Qué entusiasmo!

—¿Verdad que hace un tiempo muy hermoso esta mañana?

Nos apoyamos juntos en la borda. Hacía una calma chicha. El mar parecía una balsa de aceite y tenía la policromía de algo engrasado. Salpicábanlo grandes manchas de colorido: azules, verde y pálido, esmeralda, purpúreas y anaranjado intenso, como un cuadro cubista. De vez en cuando aparecía un destello plateado que señalaba la presencia de peces voladores. El aire estaba húmedo y cálido, casi pegajoso. Su aliento, dijérase era, una caricia perfumada.

—Fue muy interesante esa historia que nos contó usted anoche —dije yo, rompiendo el silencio.

—¿Cuál?

—La de los diamantes.

—Creo que a las mujeres siempre les interesan los diamantes.

—Claro que sí. Y a propósito, ¿qué fue del otro joven? Dijo usted que eran dos.

—¿Lucas? No podían juzgar al uno sin el otro, naturalmente. Conque quedó en libertad.

—Y..., ¿qué fue de él...? Andando el tiempo, quiero decir. ¿Lo sabe alguien?

El coronel Race tenía la mirada clavada en el mar y el rostro tan desprovisto de expresión como una máscara; pero se me antojó que no le gustaban mis preguntas. No obstante, contestó sin vacilar:

—Marchó a la guerra y se portó como un héroe. Se le dio por herido y desaparecido..., probablemente muerto.

Aquello era lo que yo deseaba saber. No proseguí mi interrogatorio. Pero me pregunté, más que nunca, cuánto sabría el coronel Race. Seguía interesándome el papel que desempeñaba él en todo aquello.

Hice una cosa más; entrevistarme con el mayordomo de noche. Untando un poco las ruedas, conseguí que hablase.

—La señora no se asustaría, ¿verdad, señorita? Me pareció una broma inofensiva. Una apuesta, según entendí yo.

Se lo saqué todo, poco a poco. En el viaje desde El Cabo a Inglaterra, uno de los pasajeros le había entregado un rollo de película, pidiéndole que lo dejara caer sobre la litera del camarote número 71, a la una de la madrugada, el día 22 de enero, en el viaje de regreso. Una dama ocuparía el camarote y le dijeron que se trataba de una apuesta. Deduje que al mayordomo le habían pagado muy bien para que cumpliera lo que le pedían. No se había mencionado el nombre de la señora. Como la señora Blair se fue derecha al camarote 71 después de entrevistarse con el sobrecargo al llegar a bordo, no se le ocurrió pensar al mayordomo ni un instante que pudiera no ser ella la dama de quien le habían hablado. El nombre del pasajero que hiciera el encargo era Carton y la descripción concordaba exactamente con la del hombre que murió en el «Metro».

Conque un misterio por lo menos quedaba aclarado y era evidente que los diamantes constituían la clave de toda la situación.

Los últimos días a bordo del *Kilmorden* parecieron transcurrir muy aprisa. A medida que nos fuimos acercando a la Ciudad de El Cabo me vi obligada a dar cui-

dadosa consideración a mis planes futuros. ¡Había tanta gente a là que deseaba vigilar! El señor Chichester, sir Eustace y su secretario y... sí, ¡el coronel Race! ¿Cómo iba a componérmelas...? Naturalmente, era Chichester quien merecía ser el primer objeto de mi atención. Es más, estaba a punto de eliminar a sir Eustace y a Pagett, muy a pesar mío, de la lista de sospechosos, cuando una conversación despertó nuevas dudas en mi mente.

No había olvidado la incomprensible emoción del señor Pagett cada vez que se mencionaba a Florencia. La última noche pasada a bordo estábamos todos sentados sobre cubierta y sir Eustace le dirigió una pregunta completamente inocente a su secretario. No recuerdo exactamente qué pregunta fue, algo relacionado con el retraso de los ferrocarriles en Italia, pero observé inmediatamente que Pagett daba muestras de la misma inquietud que había llamado anteriormente mi atención. Cuando sir Eustace sacó a la señora Blair a bailar, me pasé apresuradamente al asiento vecino del secretario. Estaba decidida a aclarar de una vez la cuestión.

—Siempre he soñado con ir a Italia —dije—; y especialmente a Florencia. ¿No encontró muy agradable su estancia allí?

—Ya lo creo que sí, señorita Beddingfeld. Pero tendrá que perdonarme. Tengo unas cartas de sir Eustace...

Le así de la manga.

—¡Oh! ¡No huya usted, por favor! —exclamé con acento tan retozón como el de una viuda—. Estoy segura de que a sir Eustace no le gustaría que me dejase usted sola, sin nadie con quien hablar. Nunca parece querer hablar de Florencia. ¡Oh, señor Pagett! ¡Empiezo a creer que tiene usted algo que ocultar!

Aún tenía la mano posada en su brazo, y noté el brusco sobresalto que experimentó.

—De ninguna manera, señorita Beddingfeld, de ninguna manera —me contestó—. Me encantaría contarle a usted con detalle mis impresiones; pero tengo unos cablegramas que...

—¡Oh, señor Pagett, qué excusa más pobre! Le diré a sir Eustace...

No pude terminar. Dio otro salto. Parecía tener el sistema nervioso deshecho.

—¿Qué es lo que desea usted saber?

La expresión de mártir y el tono de resignación con que hizo la pregunta me hicieron sonreír para mis adentros.

—¡Oh, todo! Los cuadros, los olivos...

Hice una pausa, sin saber cómo continuar.

—¿Supongo que sabe usted italiano? —inquirí.

—Por desgracia, no sé una palabra de ese idioma. Pero, claro está, con conserjes y... ah... guías...

—Justo —me apresuré a responder—. Y, ¿cuál fue su cuadro favorito?

—¡Oh... ah... la Madona... ah... de Rafael!

—¡Qué linda es Florencia! —murmuré, volviéndome sentimental—. ¡Tan pintoresca a orillas del Arno! Hermoso río. Y el Duomo..., ¿recuerda el Duomo?

—Claro, claro.

—Es un río muy hermoso también, ¿no es cierto? —aventuré—. Casi más bonito que el Arno.

—Muchísimo más, en mi opinión.

Envalentonada por el éxito de mi pequeña estratagema, seguí por el mismo camino. Pero no había lugar a duda. El señor Pagett se entregaba en mis manos a cada palabra que pronunciaba. Aquel hombre no había estado en Florencia jamás.

Pero si no en Florencia, ¿dónde había estado? ¿En Inglaterra? ¿En la propia Inglaterra por la época del Misterio de la Casa del Molino? Decidí dar un paso atrevido.

—Lo curioso del caso —dije— es que tenía el convencimiento de que le había visto a usted en alguna otra ocasión. Pero estaré equivocada..., puesto que se hallaba usted en Florencia por entonces. Y, sin embargo...

Le observé con disimulo. La mirada de sus ojos era la de una fiera acorralada. Se humedeció los resecos labios.

—¿Dónde... ah... dónde...?

—¿Dónde creí haberle visto? En Marlow. ¿Conoce usted Marlow ¡Ah, claro! ¡Qué estúpida soy! ¡Si, sir Eustace tiene una casa allí! Una hermosa casa, según tengo entendido.

Mascullando incoherentemente una excusa, mi víctima se puso en pie y huyó.

Aquella noche irrumpí en el camarote de Susana, excitada a más no poder.

—Como ve usted, Susana —dije después de haber terminado mi relato—, estaba en Inglaterra, en Marlow, por la época del asesinato. ¿Está usted aún tan segura de que el «Hombre del traje color castaño» es culpable?

—Estoy segura de una cosa —anunció Susana, bailándole inesperadamente la risa en sus ojos.

—¿De qué?

—De que «el hombre del traje color castaño» es más guapo que el pobre señor Pagett. No, Anita; no se enfade. Sólo la quería hacer rabiar. Siéntese aquí. Bromas aparte, estoy convencida de que ha hecho usted un descubrimiento importante. Hasta ahora hemos creído que Pagett podía probar la coartada. Ahora sabemos que no.

—Justo —repliqué—; tendremos que vigilarle.

—Como a todos los demás —contestó ella—. Bueno; ésa es una de las cosas que quiero discutir con usted. Ésa... y la cuestión económica. No; no alce la barbilla de esa manera. Ya sé que es usted absurdamente orgullosa y poco amiga de aceptar favores. Pero tiene que hacer uso de su sentido común en este caso. Somos socias, o colaboradoras. No le ofrecería a usted ni un penique porque me fuera simpática o porque fuese usted una muchacha desvalida. Lo que quiero es una emoción, y estoy dispuesta a pagar por experimentarla. Vamos a emprender esta aventura juntas sin preocuparnos de los gastos. Para empezar, se alojará usted conmigo en el Hotel Nelson, corriendo los gastos de mi cuenta. Y preparemos nuestro plan de campaña.

Discutimos el asunto. Y al fin de cuentas, cedí yo. Pero no me gustó. Quería hacer las cosas por mí misma.

—Ese punto queda resuelto —dijo Susana por fin, poniéndose en pie, desperezándose y bostezando—. Mi propia elocuencia me ha dejado agotada. Ahora discutamos de nuestras víctimas. El señor Chichester continuará el viaje hasta Durban. Sir Eustace se alojará en el Hotel Mount Nelson de la Ciudad de El Cabo y luego se trasladará a

Rhodesia. Le van a reservar un coche del tren; y, en un momento de expansión, después de beberse la cuarta copa de champaña, la otra noche me ofreció asiento en él. Seguramente lo dijo nada más que por cumplido. No obstante, mal puede volverse atrás si yo le cojo la palabra.

—¡Magnífico! —aprobé—. Usted vigile a sir Eustace y a Pagett y yo me encargaré de Chichester. Pero, ¿y el coronel Race?

Susana me dirigió una mirada singular.

—Anita, no es posible que usted sospeche...

—Sospecho. Sospecho de todo el mundo. Me encuentro de ese humor en que se desconfía de la persona más improbable.

—El coronel Race marcha a Rhodesia también —dijo Susana, pensativa—. Si pudiéramos arreglárnoslas de forma que sir Eustace le invitara también...

—Usted puede conseguirlo. Es capaz de conseguirlo todo.

—Me encanta la adulación —runruneó Susana.

Cuando nos despedimos, había quedado entendido que Susana sacaría el mayor provecho posible a sus habilidades.

Yo estaba demasiado excitada para irme a la cama en seguida. Era la última noche que pasaba a bordo. A primera hora de la mañana estaríamos en la Bahía de Table.

Subí a cubierta. Soplaba una brisa fresca. El buque se balanceaba un poco en el mar picado. Las cubiertas estaban a oscuras y desiertas. Era más de medianoche.

Me incliné sobre la borda contemplando la fosforescente estela de espuma. Delante de nosotros se hallaba África. Corríamos hacia el continente cortando las oscuras aguas. Me sentí sola en un mundo maravilloso. Envuelta en extraña paz, permanecí allí, sin percatarme del tiempo que transcurrió, absorta en mi sueño.

Y de pronto, tuve un singular presentimiento: un peligro me amenazaba. No había oído nada, pero me volví instintivamente. Una sombra se había deslizado detrás de mí. Al volverme yo, saltó. Una mano me asió de la garganta, ahogando el grito que pudiera haber lanzado. Luché desesperadamente, aunque sin la menor probabilidad de salvación. Estaba medio estrangulada; pero mordí, me col-

gué y arañé como buena mujer. Al hombre le estorbaba el tener que impedir que gritase. De haber logrado acercarse a mí sin ser descubierto, le hubiese costado muy poco trabajo tirarme por la borda de un brusco achuchón. Los tiburones se hubieran encargado de lo demás.

Por mucho que luché, sentí que perdía las fuerzas. Mi adversario se dio cuenta también. Concentró todas sus energías. Y súbitamente, otra figura que corría sin hacer ruido tomó parte en la brega. Con un puñetazo bien plantado tiró a mi contrincante de cabeza a la cubierta. Al estar libre caí sobre la borda, mareada y temblorosa.

Mi salvador se volvió hacia mí con un rápido movimiento.

—¿Le ha hecho daño?

Había algo salvaje en su tono, una amenaza contra la persona que se había atrevido a hacerme daño. Aun antes de que hubiese hablado yo le había reconocido. Era mi hombre, el de la cicatriz.

El único instante en que se volvió hacia mí le bastó al enemigo caído. Rápido como el pensamiento se puso en pie y echó a correr cubierta abajo. Rayburn masculló una maldición y salió corriendo tras él.

Nunca me ha gustado quedarme al margen de los acontecimientos. Emprendí a mi vez la persecución, aunque sin poder alcanzar a los otros. Dimos la vuelta a la cubierta hacia el lado de estribor. Allí junto a la puerta del comedor, yacía el hombre en disforme montón, Rayburn estaba inclinado sobre él.

—¿Le pegó usted otra vez? —pregunté, casi sin aliento.

—No hubo necesidad. Le encontré caído junto a la puerta. O no la podía abrir, o está haciéndose el muerto. Pronto lo veremos. Y averiguaremos también quién es.

Me acerqué palpitándome con violencia el corazón. Me había percatado, desde el primer momento, de que mi adversario era de mayor corpulencia que Chichester. Además, Chichester era un hombre fofo que emplearía un cuchillo en caso de apuro; pero que no debía tener mucha fuerza en las manos.

Rayburn encendió una cerilla. Ambos soltamos una exclamación. El hombre era Guy Pagett.

A Rayburn pareció dejarle completamente estupefacto el descubrimiento.

—Pagett —murmuró—. ¡Dios Santo, Pagett!

Experimenté cierta sensación de superioridad.

—Parece usted sorprendido —dije.

—Lo estoy —respondió él—. Jamás sospeché...

—¿Y usted? ¿No lo está? ¿Le reconocería, supongo, cuando le atacó?

—No; no le reconocí. No obstante, no estoy muy sorprendida.

Me miró con desconfianza.

—¿Qué papel pinta usted en este asunto? Y... ¿cuánto sabe usted?

Sonreí.

—Muchísimo, señor... a Lucas...

Me asió del brazo. La fuerza que empleó inconscientemente me hizo sobrecogerme.

—¿De dónde sacó ese nombre? —preguntó roncamente.

—¿No es el suyo? —inquirí con dulzura—. O... ¿prefiere usted que le llamen el «Hombre del traje color castaño»?

Aquello si que le llenó de estupor. Me soltó el brazo y retrocedió dos pasos.

—¿Es usted muchacha o bruja? —susurró.

—Soy una amiga. —Di un paso hacia él—. Le ofrecí mi ayuda una vez... Se la vuelvo a ofrecer. ¿La acepta?

La ferocidad de su respuesta me desconcertó.

—¡No! No quiero tratos con usted ni con mujer alguna. ¡Hágame, pues, todo el daño que quiera!

Como la vez anterior su contestación me sublevó.

—Tal vez —dije— no se da usted cuenta hasta qué punto se halla en mi poder. Con decirle yo una palabra al capitán...

—Dígasela —me contestó burlón.

Luego, dando un rápido paso hacia mí:

—Y ya que de darse cuenta de las cosas se trata, muchacha, ¿se da *usted* cuenta de que se halla en mi poder en este instante? Podría asirla del cuello así... —Con rápido gesto unió la acción a la palabra. Sentí que sus manos me cogían por la garganta y apretaban levemente— así... ¡y

dejarla sin vida! Y luego, como nuestro amigo caído, pero con más éxito, echar su cadáver a los tiburones. ¿Qué dice a eso?

Yo nada dije. Me reí. Y sin embargo, sabía que el peligro era real. En aquel instante me odiaba. Pero sabía también que amaba el peligro, que me gustaba sentirse rodeado el cuello por sus manos. ¡Qué no hubiera cambiado aquel momento por ningún otro de mi vida!

Con una risita seca, me soltó.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó con exagerada brusquedad.

—Ana Beddingfeld.

—¿No le asusta a usted nada, Ana Beddingfeld?

—¡Oh, sí! repliqué, fingiendo una serenidad que andaba muy lejos de sentir—. Me asustan las avispas, las mujeras sarcásticas, los hombres muy jóvenes, las cucarachas y los dependientes de comercio demasiado pagados de sí.

Soltó una risita como la primera. Luego removió el cuerpo inerte de Pagett con el pie.

—¿Qué hacemos con esta carroña? ¿La tiramos por la borda? —preguntó, como sin darle importancia a la cosa.

—Si usted quiere... —le respondí con igual tranquilidad.

—Admiro sus sanguinarios instintos, señorita Beddingfeld. Pero le dejaremos aquí para que recobre el conocimiento a su conveniencia. No ha sufrido grave daño.

—Veo que retrocede usted ante un segundo asesinato —le dije con dulzura.

—¿Un segundo asesinato?

Parecía alarmado de verdad.

—La mujer de Marlow —le repliqué, observando estrechamente el efecto de mis palabras.

Una expresión muy fea apareció en su semblante. Pareció haber olvidado mi presencia.

—Hubiera podido matarla —replicó—. A veces creo que tenía la intención de matarla...

Despertó en mí, de pronto, un odio profundo hacia la muerta. Yo hubiese sido capaz de matarla en aquel instante, de haberse hallado ante mí... porque él la debía haber querido alguna vez... por fuerza... por fuerza. Sólo así se explicaba que hablara de semejante manera.

Recobré el dominio de mis nervios y hablé con voz casi normal:

—Parecemos haber dicho ya todo cuanto hay que decir... salvo buenas noches.

—Buenas noches y adiós, señorita Beddingfeld.

—Hasta la vista, señor Lucas.

Volvió a sobrecogerse al oír el nombre. Se acercó más.

—¿Por qué dice usted eso... «hasta la vista», quiero decir?

—Porque me da el corazón que volveremos a encontrarnos.

—¡No, si yo lo puedo remediar!

A pesar del énfasis con que habló, no me sentí ofendida. Por el contrario, experimenté cierta satisfacción interior. No soy tonta del todo.

—Pese a ello —dije—, creo que nos volveremos a ver.

—¿Por qué? —preguntó, sorprendido.

Sacudí la cabeza, incapaz de explicar el sentimiento que me había impulsado a decir semejantes palabras.

—No deseo volverla a ver jamás —dijo él, de pronto, y con violencia.

En realidad, sus palabras eran una grosería; pero me limité a reír dulcemente y perderme en la oscuridad.

Le oí empezar a seguirme y detenerse después. Y en alas de la brisa, una palabra llegó hasta mí, «¡brujas!», creo que fue.

Capítulo XVII

HOTEL MOUNT NELSON
CIUDAD DEL CABO

Extracto del Diario de sir Eustace Pedler

Es un gran alivio para mí, en verdad, hallarme fuera del *Kilmorden*. Durante todo el tiempo que permanecí a bordo, tuve la sensación de que me rodeaba una red de intrigas. Por si eso fuera poco, Guy Pagett tuvo la ocurrencia, la última noche, de meterse en una riña de borrachos. Está muy bien todo eso de querer justificar las cosas; pero a mí no hay quien me quite de la cabeza que se trató, pura y simplemente, de una riña de borrachos como he dicho. Porque, ¿qué otra cosa puede pensar uno cuando se le presenta un hombre con un bulto del tamaño de un huevo en la cabeza y un ojo con todos los colores del arco iris?

Verdad es que Pagett se empeñó en convertir el suceso en un misterio. De hacerle caso a él, cualquiera hubiese creído que le habían hinchado un ojo como consecuencia de su deseo de defender mis intereses. Hizo un relato extraordinariamente largo y confuso y tardé la mar de tiempo en entender una palabra.

Para empezar, parece ser que vio a un hombre que obraba de una manera sospechosa. Eso dice él, por lo menos. Estoy seguro de que estas palabras las ha sacado de una novela de espionaje. Ni él mismo sabe lo que significa eso de que un hombre obre de una manera sospechosa. Así se lo dije yo mismo.

—Se deslizaba por la oscuridad de una manera furtiva. Y era medianoche, sir Eustace.

—Bueno, y ¿qué hacía *usted* por ahí a esas horas? ¿Por qué no estaba metido en cama y durmiendo como un buen cristiano? —le exigí, irritado después de cuanto me contó.

—Había estado poniendo en clave sus cablegramas, sir Eustace, y escribiendo a máquina las últimas anotaciones de su Diario.

A Pagett nunca le faltaban palabras para demostrar que tiene razón, que es un esclavo de su deber y un verdadero mártir.

—¿Bien?

—Se me ocurrió echar una mirada a todo antes de acostarme, sir Eustace. El hombre bajaba por el corredor, como si viniera del camarote de usted. Se me antojó en seguida que ocurría algo anormal; por la manera como miraba a su alrededor. Se deslizó escalera arriba, por un lado del comedor. Y le seguí.

—Mi querido Pagett: ¿por qué no había de subir el pobre hombre a cubierta sin que le siguieran los pasos? Hay gente que incluso duerme sobre cubierta... cosa la mar de incómoda, en mi opinión. Los marineros no se fijan en uno y le baldean a las cinco de la mañana, lo mismo que a la cubierta.

Me estremecí con sólo pensarlo.

—Sea como fuere —proseguí—, si molestó usted a un pobre diablo que padecía de insomnio, no me extraña que le pusiera un ojo a la funerala.

Pagett puso cara de estar haciendo alarde de impaciencia.

—Si tuviera usted la amabilidad de escucharme hasta el final, sir Eustace... Quedé convencido de que el hombre aquel había estado merodeando por los alrededores de su camarote, donde no se le había perdido nada. Los únicos dos camarotes que hay en ese corredor son el de usted y el del coronel Race.

—Race —dije, encendiendo cuidadosamente un cigarro—, no necesita su ayuda para protegerse, Pagett.

Y agregué:

—Ni yo tampoco.

Pagett se acercó aún más y respiró fuertemente, preámbulo obligado en él antes de dar a conocer un secreto.

—Es que me parece, sir Eustace... que era Rayburn. Y ahora estoy completamente seguro de ello.

—¿Rayburn?

—Sí, sir Eustace.

Moví negativamente la cabeza.

—Rayburn tiene demasiado sentido común para intentar despertarme a medianoche.

—En efecto, sir Eustace. Yo creo que a quien fue a ver fue al coronel Race. Una reunión secreta... ¡para recibir órdenes!

—No me escupa, Pagett —corté retrocediendo un poco—. Y no respire con tanta fuerza. Lo que usted dice es absurdo. ¿Por qué habían de celebrar reunión secreta a medianoche? De tener algo que decirse podrían hacerlo mientras se desayunaban juntos sin llamar la atención de nadie.

Comprendí que Pagett andaba muy lejos de estar convencido.

—*Algo* sucedía anoche, sir Eustace —insistió—. De lo contrario, ¿por qué había de atacarme Rayburn tan brutalmente?

—¿Está usted completamente seguro de que era Rayburn?

Pagett parecía estar completamente convencido de ello. Era la única parte de su relato en la que no se mostraba confuso.

—Hay algo muy raro en todo esto —dijo—. Para empezar, *¿dónde está* Rayburn?

Es cierto, en efecto, que no hemos visto a ese hombre desde que desembarcamos. No nos acompañó al hotel. Me niego a creer que le tenga miedo a Pagett, sin embargo.

La verdad es que, tomada en conjunto, la cosa es como para irritar a cualquiera. Uno de mis secretarios ha desaparecido como si se le hubiera tragado la tierra, y el otro parece un púgil profesional. No puedo llevarle conmigo con la cara que tiene actualmente. Sería el hazmereír de toda la Ciudad de El Cabo. Estoy citado para entregar hoy el *billet-doux* de Milray; pero iré sin Pagett. Al diablo con el imbécil y con su manía de merodear.

Estoy bastante malhumorado. Hice un desayuno calamitoso en compañía de gente más calamitosa aún. Camareras holandesas de tobillos como troncos que tardaron media hora en servirme un poco de pescado pasado. Y esa farsa de levantarse a las cinco de la mañana al llegar al

puerto para ver al médico y alzar los brazos por encima de la cabeza me deja completamente hastiado.

Más tarde

Ha ocurrido una cosa muy seria. Acudí a la cita con el Primer Ministro llevando la carta sellada de Milray. No parecía haber sido tocada; pero ¡no había más que una hoja de papel blanco dentro!

Supongo que ahora me he metido en un lío. No sé cómo demonios consentí que ese asno de Milray me metiera en semejante jaleo.

Pagett se distingue como consolador. Da muestras de cierta satisfacción sombría que me enfurece. Además, se ha aprovechado de mi turbación para cargarme con el baúl de papel. Como no ande con cuidado, el próximo entierro a que asista será el suyo propio.

No obstante, a última hora tuve que escucharle.

—Supóngase usted, sir Eustace, que Rayburn hubiese sorprendido parte de su conversación con el señor Milray... No olvide que no vio usted autorización alguna extendida por el señor Milray. Aceptó usted a Rayburn fiándose de su palabra.

—Así pues, ¿usted cree que Rayburn es un criminal? —inquirió, lentamente.

Pagett sí que lo creía. Hasta qué punto influiría en su creencia el resentimiento que sentía como consecuencia del ojo hinchado, no lo sé. Logró presentar el caso de una manera bastante comprometedora para Rayburn. Y el aspecto de este último, le perjudicaba. Mi intención era no hacer nada en el asunto. El hombre que se ha dejado engañar de tal manera no tiene muchos deseos de dar publicidad a su idiotez.

Pero Pagett, nada afectada su energía por sus recientes desdichas se mostró partidario de medidas extremas. Salió con la suya, naturalmente. Marchó a la comisaría, despachó numerosos cablegramas y regresó con una manada de funcionarios ingleses y holandeses que se tomaron no sé cuántos whiskyes con soda a costa mía.

Recibimos la contestación de Milray aquella tarde. ¡No sabía una palabra de mi ex secretario! Sólo había un detalle consolador en todo el asunto.

—Sea como fuere —le dije a Pagett—, a usted no le envenenaron. Sufrió uno de sus ataques biliosos de costumbre.

Le vi hacer una nueva mueca. Fue el único tanto que pude apuntarme.

Más tarde aún

Pagett se encuentra en su elemento. Las ideas geniales se le ocurren a borbotones. Se empeña en que Rayburn es nada menos que el «Hombre del traje castaño». Seguramente tiene razón. Suele tenerla siempre. Pero todo esto se está haciendo desagradable. Cuando antes me marche a Rhodesia, mejor. Le he explicado a Pagett que no debe acompañarme.

—Es preciso, amigo mío —le dije—, que se quede usted aquí. Pudieran necesitarle de un momento a otro para identificar a Rayburn. Además he de pensar en mi dignidad como miembro del Parlamento Británico. No puede andar por ahí con un secretario que parece haber estado recientemente en una vulgar riña callejera.

Pagett hizo una mueca. Es un hombre tan respetable, que su aspecto es un continuo dolor y una tribulación sempiterna para él.

—Pero, ¿cómo se arreglará usted para la correspondencia y las notas de sus discursos, sir Eustace?

—Ya me las arreglaré —le respondí.

—Su vagón particular estará enganchado mañana, miércoles, al tren de las once —continuó Pagett—. Ya he dado todos los pasos necesarios. ¡La señora Blair lleva una doncella consigo!

—¿La señora Blair? —exclamé.

—Me ha dicho que le ofreció usted sitio.

—Es cierto, ahora que me acuerdo. La noche del baile de máscaras. Hasta insistí en que me acompañase. Pero ¡jamás creí que iba a cogerme la palabra! A pesar de lo de-

liciosa que es, no estoy muy seguro de que me guste gozar de su compañía desde Ciudad de El Cabo a Rhodesia y luego durante el viaje de regreso. ¡Hay que guardarles tantas atenciones a las mujeres! Y son un verdadero estorbo, a veces.

—¿He invitado a alguna persona más? —pregunté, con ansiedad.

Uno suele hacer esas cosas en momentos de expansión.

—La señora Blair parecía creer que había usted invitado al coronel Race, también.

—Muy borracho estaría yo, si invité a Race. Muy borracho en verdad. Siga un consejo, Pagett, y que el ojo hinchado le sirva de escarmiento. No vuelva a irse de parranda. Créame, Pagett.

—Como usted sabe, sir Eustace, soy abstemio.

—Es preferible que deje de beber, en efecto, si no tiene usted suficiente fuerza de voluntad para hacerlo con moderación. No he invitado a nadie más, ¿verdad, Pagett?

—Que yo sepa no, sir Eustace.

Exhalé un suspiro de alivio.

—Hay la señorita Beddingfeld —dije pensativo—. Creo que quiere ir a Rhodesia a buscar huesos. Ganas me dan de ofrecerle la plaza de secretaria interina. Sabe escribir a máquina. Lo sé, porque ella me lo dijo.

Con gran sorpresa mía, Pagett se opuso vehemente a la idea. No le es simpática Ana Beddingfeld. Desde la noche del ojo hinchado ha dado muestra de profunda e incontenible emoción cada vez que se mencionaba su nombre. Pagett está lleno de misterios en estos tiempos. Invitaré a la muchacha nada más que para molestarle.

Como dije en otra ocasión, tiene unas piernas exquisitas.

Capítulo XVIII

Se reanuda el relato de Ana Beddingfeld

No creo que, mientras viva, pueda olvidar la impresión de *Table Mountain*. Me levanté la mar de temprano y salí a cubierta. Me fui derecha a la cubierta de los botes, cosa que creo constituye un crimen, pero había decidido osar para gozar de la soledad. Entrábamos en aquellos instantes en *Table Bay*. Nubes aborregadas flotaban por encima de *Table Mountain*, y la ciudad dormida, dorada y embrujada por la luz del sol matutino, parecía prendida de las laderas, llegando hasta la orilla del mar.

Me hizo contener la respiración y experimentar ese doloroso anhelo que se apodera de una a veces cuando ve algo más hermoso de lo corriente. No tengo habilidad para expresar tales cosas; pero comprendí que había encontrado, aunque sólo fuera durante un fugaz instante, lo que había estado buscando desde mi salida de Little Hampsley. Algo nuevo; algo en lo que no había soñado hasta entonces; algo que satisfacía mi sed de lo romántico.

En completo silencio, o así me lo pareció a mí, el *Kilmorden* se deslizó más y más cerca. Aún parecía un sueño. Al igual que todos los soñadores, sin embargo, no fui capaz de dejar mi sueño en paz. ¡Es tan grande la ansiedad de los pobres humanos de no perder un solo detalle!

—Esto es África del Sur —me dije y me repetí—. África del Sur... África del Sur... Estás viendo el mundo. Éste es el mundo. Lo estás viendo. Imagínate, Anita Beddingfeld, so estúpida... ¡Estás viendo el mundo!

Creí hallarme a solas sobre la cubierta de botes; pero ahora observé que otra persona estaba inclinada sobre la borda, absorta como yo lo había estado en la ciudad que tan rápidamente se acercaba. Sabía yo ya quién era aún antes

de que volviera la cabeza. La escena de la noche anterior parecía irreal y melodramática a la luz del apacible sol matutino. ¿Qué habría pensado él de mí? Me entró calentura de sólo pensar en las cosas que había dicho. Y no las había dicho en serio... ¿o sí?

Aparté la mirada resueltamente y la fije con intensidad en la montaña. Si Rayburn había subido allí para estar solo, no era necesario que yo, por lo menos, le turbara, dándole a conocer mi presencia.

Pero con gran sorpresa mía, oí una pisada a mis espaldas y luego su voz, agradable y normal.

—Señorita Beddingfeld...

—¿Diga?

Me volví.

—Quiero pedirle perdón. Me porté como un perfecto grosero anoche.

—Fue... una noche singular —repuse, precipitadamente.

No resultaba un comentario muy brillante; pero era el único que se me ocurría.

—¿Me perdona?

Le tendí la mano sin decir una palabra. Él la tomó.

—Hay otra cosa que quisiera decirle —agregó con mayor solemnidad—. Señorita Beddingfeld, podrá usted no saberlo, pero anda mezclada en un asunto bastante peligroso.

—Eso deduzco yo —contesté.

—No. No es posible que usted lo sepa. Quiero hacerle una advertencia. Deje el asunto en paz. No puede tener nada que ver usted en realidad. No permita que la curiosidad la induzca a entremeterse en asuntos ajenos. No; no se vuelva usted a enfadar, por favor, no hablo de mí. No tiene usted la menor idea de las cosas con que puede llegar a tener que enfrentarse. Esos hombres son capaces de todo. Son completamente implacables. Se encuentran en peligro ya... No tiene más que recordar lo de anoche. Creen que sabe usted algo. Su única esperanza de salvación es convencerles de que no sabe una palabra. Pero ande con cuidado, vigile siempre... Y escuche; si alguna vez cayera usted en sus manos, no intente ser lista... cuente toda la verdad; sólo así habrá una probabilidad de que se salve.

—Me pone usted carne de gallina, señor Rayburn —dije,

y no le engañaba del todo—. ¿Por qué se toma la molestia de ponerme en guardia?

No contestó durante unos minutos. Luego dijo, en voz baja:

—Tal vez sea la última cosa que pueda hacer por usted. Una vez en tierra, estaré seguro... pero, tal vez no llegue a desembarcar.

—¿Cómo? —exclamé.

—Temo que no es usted la única persona a bordo que sabe que soy el «Hombre del traje color castaño».

—Si usted cree que yo he hablado... —empecé con calor.

Él me tranquilizó con una sonrisa.

—No dudo de usted, señorita Beddingfeld. Si alguna vez dije lo contrario, mentí. No, pero hay una persona a bordo que lo ha sabido desde el primer momento. Sólo tiene que hablar... y estoy perdido. No obstante, voy a arriesgarme en la esperanza de que no hablará.

—¿Por qué?

—Porque es un hombre a quien le gusta trabajar solo. Y si la policía me cogiera, dejaría de serle útil a él. Libre... pudiera serlo. Bueno; dentro de una hora saldremos de dudas.

Rió burlonamente, pero noté que su expresión se hacía más dura. Si lo estaba arriesgando todo a una carta, era un buen jugador. Sabía perder y sonreír.

—Sea como fuere —agregó en tono más normal—, no supongo que volvamos a encontrarnos.

—No —dije lentamente—; supongo que no.

—Conque... *adiós.*

—Adiós.

Me estrechó la mano con fuerza. Durante un minuto los singulares ojos grises claros parecieron quemar los míos. Luego dio media vuelta bruscamente y se alejó. Oí el ruido de sus pisadas sobre cubierta. Repercutieron y volvieron a repercutir. Me pareció que las oiría siempre. Pisadas que salían de mi vida.

Puedo confesar con franqueza que las dos horas siguientes no fueron muy agradables para mí. No volví a respirar con libertad hasta que me hallé sobre el muelle después

de haber cumplido la mayor parte de las formalidades que la burocracia exige. No se había efectuado detención alguna y me di cuenta que era un día glorioso y que tenía un apetito voraz. Me reuní con Susana. De todas formas, iba a pasar la noche con ella en el hotel. El barco no seguía hasta Port Elizabeth y Durban hasta la mañana siguiente. Nos metimos en un taxi y nos hicimos conducir al Hotel Mount Nelson.

Todo me pareció paradisíaco. El sol, el aire, las flores... Cada vez que recordaba Little Hampsley en enero, con el barro hasta las rodillas y la lluvia seguida, me estremecía de encanto. Susana no se mostraba, ni con mucho, tan entusiasmada. Había viajado mucho, naturalmente. Además, no era de las que se excitan en ayunas. Me dio un rapapolvo cuando solté un gritito de entusiasmo al ver un convólvulo azul gigante.

Y a propósito, me gustaría dejar bien sentado aquí que este relato no va a ser un relato de África del Sur. No garantizo colorido local alguno, ya saben ustedes lo que quiero decir; media docena de palabras en bastardilla en cada página. Soy una gran admiradora de eso, pero no puedo hacerlo. Cuando se trata de islas del Pacífico, claro está, se habla inmediatamente de *bêche-de-mer*. No sé lo que es *bêche-de-mer*. No lo he sabido nunca. Probablemente no lo sabré jamás. He intentado adivinarlo dos o tres veces. Y me he equivocado invariablemente. Ya sé que en Sudáfrica se empieza a hablar inmeditamente de un *stoep*. Sí sé lo que es un *stoep*. Es lo que da la vuelta a una casa, y una se sienta allí. En otras partes del mundo se le llama una galería, una *veranda*, una *plaza* y un *ha-da*. También hay *pawpaws* con frecuencia. Descubrí inmediatamente lo que eran porque la camarera holandesa me sirvió una para desayunar. Creí al principio que era un melón podrido. La camarera me sacó de mi error y me persuadió de que usara jugo de limón y azúcar y probara otra vez. Quedé muy satisfecha de probar el *pawpaw*. Siempre lo había asociado vagamente con la *hula-hula*, que según creo (aunque tal vez me equivoque), es la clase de faldita de hierba que llevan las bailarinas hawaianas. No; creo que me equivoco. La faldita esa se llama *lava-lava*.

Sea como fuere, todas estas cosas resultan muy animadoras cuando una llega a Inglaterra. No puedo menos de pensar que resultaría más agradable nuestra existencia insular si una pudiera desayunarse *tocino-tocino* y salir luego enfundada en un *jersey-jersey* a pagar los libros.

Susana se mostró un poco más dócil después de desayunarse. Me habían dado la habitación contigua a la suya, desde la que se veía *Table Bay*. Contemplé el paisaje mientras Susana buscaba una crema facial especial. Cuando la hubo encontrado y empezó a ponérsela, adquirió la facultad de poderme escuchar.

—¿Vio usted a sir Eustace? —le pregunté—. Salía de desayunarme cuando entramos nosotras. Le habían servido pescado no muy fresco y no sé qué y le estaba dando al camarero mayor su opinión. También botó un melocotón en el suelo para demostrar lo duro que era... sólo que resultó ser menos duro de lo que él se suponía y se espachurró.

Susana sonrió.

—A sir Eustace le gusta tan poco madrugar como a mí. Pero, Ana, ¿vio usted al señor Pagett? Me tropecé en el pasillo con él. Tiene un ojo a la funerala. ¿Qué habrá estado haciendo?

—Sólo intentando tirarme por la borda al mar —repliqué flemáticamente.

Me apunté un tanto: Susana se dejó la cara a medio embadurnar e insistió en que le diera detalles. Se los di.

—¡La cosa se hace más misteriosa que nunca! —exclamó—. Creí que me iba a tocar a mí un bombón cuando quedamos en que me cuidara de sir Eustace, y que usted iba a acaparar las emociones al encargarse del reverendo Eduardo Chichester. Pero ahora no estoy tan segura. Dios quiera que Pagett no me tire del tren en una noche oscura.

—Creo que aún está usted por encima de toda sospecha, Susana. Pero si la cosa llegara a estos extremos, cablegrafiaré a Clarence. Supongo tomaría sus medidas.

—Eso me recuerda. Déme un impreso de cablegrama. Déjeme pensar..., ¿cómo diré? «Estoy complicada en un misterio emocionante. Haz el favor de mandarme mil libras esterlinas. *Susana.*»

Tomé un cablegrama y le hice ver que podía eliminar

«estoy», «en» y «un». Y además, si lo mismo le daba no ser cortés, el «haz el favor de mandarme», poniendo en su lugar: «mándame». Susana, sin embargo, parece ser muy despreocupada en cuestiones de dinero, y una verdadera derrochadora. En lugar de hacer caso de mis advertencias, agregó seis palabras más: «Me estoy divirtiendo de lo lindo.»

Susana tenía el compromiso de ir a comer con unas amistades suyas que pasaron por el hotel a buscarla a las once y me quedé sola. Recorrí los jardines del hotel, crucé las vías del tranvía y seguí por la umbrosa avenida hasta llegar a la calle Mayor. Me estuve paseando, viendo lo que había que ver, gozando del sol y del aspecto de los negros vendedores de flores y frutas. También descubrí un sitio en que servían unos refrescos deliciosos. Por último, compré un cestillo de melocotones por seis peniques y regresé al hotel.

Con gran sorpresa y satisfacción mía, encontré allí una carta. Era del Conservador del Museo. Había leído la noticia de mi llegada a bordo del *Kilmorden*, noticia en la que se me mencionaba como hija del difunto profesor Beddingfeld. Había conocido a mi padre y sentía una gran admiración por él. Aseguraba, a continuación, que su esposa quedaría encantada si aceptaba su invitación de ir a tomar el té con ellos aquella tarde a su hotelito de Muizenberg. Me explicaba cómo podía llegar hasta allí.

Resultaba agradable saber que aún se recordaba al pobre papá y que se tenía un elevado concepto de él. Preví que iba a tener que someterme a que me enseñaran minuciosamente el museo antes de salir de la Ciudad de El Cabo; pero decidí correr ese riesgo. Mucha gente hubiera quedado encantada con semejante posibilidad; pero lo dulce empalaga cuando una ha tenido que soportarlo toda la vida, mañana, tarde y noche.

Me puse el mejor sombrero que tenía (uno que Susana ya no quería llevar), y el vestido blanco menos arrugado y salí del hotel inmediatamente después de comer. Tomé un tren ligero en Muizenberg y llegué allí media hora más tarde. Fue una excursión agradable. El tren avanzó ceñido a la base de Table Mountain y eran muy hermosas al-

gunas de las flores que vimos. Como la geografía no es mi fuerte, nunca me había dado cuenta, por completo, de que la Ciudad de El Cabo se alza sobre una península, y por consiguiente, quedé algo sorprendida cuando, al apearme del tren, me encontré de cara al mar otra vez. Me encantó ver la manera como la gente se bañaba. Usaban una especie de tabla corta, curvada, y llegaban hasta la playa de pie en ella, flotando sobre las olas.

Era demasiado temprano para ir a tomar el té. Me dirigí al pabellón de baños y, cuando me preguntaron si quería yo una de aquellas tablas también, contesté: «Sí, gracias.» El flotar sobre estas tablas parece sencillísimo. *No lo es.* No digo más. No obstante, decidí volver a la primera oportunidad que se me presentara y probar suerte otra vez. No estaba dispuesta a dejarme vencer. Y entonces, por pura casualidad, pude flotar un buen rato sin caerme y llegué a la playa delirante de felicidad. Surfriding (Cabalgar rompientes), como lo llaman, es así. O está una masculllando maldiciones o se siente encantada de haber nacido.

Experimenté cierta dificultad en dar con «Villa Medgee». Se encontraba en la ladera de la montaña, completamente aislada y lejos de los demás hotelitos. Toqué el timbre y me abrieron.

—¿La señora Raffini? —pregunté.

Me hizo pasar. Echó a andar delante de mí por un pasillo y abrió una puerta de par en par. En el instante de ir a entrar, vacilé. Tuve un presentimiento. Crucé el umbral y la puerta se cerró bruscamente detrás de mí.

Un hombre, sentado a una mesa, se puso en pie y me salió al encuentro con la mano tendida.

—¡Cuánto me alegro de que hayamos conseguido persuadirla de que viniera a visitarnos, señorita Beddingfeld! —dijo.

Era un hombre alto, holandés, evidentemente, con una barba anaranjada que parecía una llama. Su aspecto andaba muy lejos de ser el del conservador de un museo. Me di cuenta de pronto que había hecho una estupidez.

Me encontraba en manos del enemigo.

Capítulo XIX

La situación me recordó la Jornada Tercera de los «Peligros de Pamela». ¡Cuántas veces había estado yo sentada en las butacas de seis peniques, comiendo una barra de chocolate y anhelando que me ocurrieran a mí cosas como aquélla! Bueno, pues, ya me estaban ocurriendo. Y sin saber por qué, no resultaban tan divertidas como yo me las había imaginado. Está muy bien verlo en la pantalla, y una tiene el consuelo de saber que habrá una Jornada Cuarta. Pero en la vida real nadie podía garantizarme que Anita Aventurera, no dejara de existir bruscamente al final de cualquiera de los episodios.

Sí; me encontraba en una situación difícil. Recordé con desagradable claridad, todas las cosas que Rayburn me había dicho aquella mañana. Diga usted la verdad, me había aconsejado. Bueno, pues eso siempre podría hacerlo; pero, ¿me serviría de algo? En primer lugar, ¿se dará crédito a mi relato? ¿Creerían probable o posible que hubiese emprendido aquella loca aventura sin más bases que un pedazo de papel que olía a naftalina? A mí me parecía una cosa completamente increíble. En aquel instante de cordura y serenidad me maldije a mí misma por melodramática e idiota y anhelé el apacible aburrimiento de Little Hampsley.

Todo eso me pasó por la imaginación en mucho menos tiempo del necesario para contarlo. Mi primer movimiento instintivo fue dar un paso atrás y buscar el tirador de la puerta. El hombre se limitó a sonreír.

—Aquí está y aquí se queda —observó.

Hice lo posible por hacer al mal tiempo buena cara.

—Me invitó a venir aquí el Conservador del Museo de la Ciudad de El Cabo. Si he cometido un error...

—¿Un error? ¡Oh, sí! ¡Un error muy grande!

Rió gravemente.

—¿Con qué derecho me detiene? Daré cuenta a la policía...

—Yap, yap, yap... como un perrito faldero —rió.

—Me veo obligada a llegar a la conclusión de que es usted un loco peligroso —anuncié, con frialdad.

—¿De veras?

—Quisiera advertirle que mis amistades están perfectamente enteradas de que he venido aquí. Si no he regresado antes del anochecer, vendrán a buscarme, ¿comprende?

—Conque sus amistades saben que está usted aquí, ¿eh? ¿Qué amistades?

Retada así, calculé rápidamente las probabilidades. ¿Debiera mencionar a sir Eustace? Era un hombre muy conocido y su nombre pudiera influir. Pero si se hallaba en contacto con Pagett pudiera saber que mentía. Más valía no correr el riesgo de mencionar ahora a sir Eustace.

—La señora Blair, por ejemplo. Una amiga mía con quien me alojo.

—No lo creo —anunció el hombre, sacudiendo la anaranjada cabeza—. No la ha visto usted desde esta mañana a las once. Y recibió nuestra nota, pidiéndole que viniese aquí, a la hora de comer.

Por sus palabras comprendí cuán de cerca se habían seguido mis pasos; pero no pensaba rendirme sin luchar.

—Es usted muy listo —dije—. ¿Ha oído hablar alguna vez de cierto invento muy útil que se llama teléfono? La señora Blair me telefoneó cuando descansaba en mi cuarto después de comer. Le dije dónde iba a estar esta tarde.

Con gran satisfacción mía, observé que su rostro reflejaba, durante un instante, cierta preocupación. Era evidente que no había pensado en la posibilidad de que Susana me telefoneara. Lástima que no lo hubiese hecho de verdad.

—Basta de eso —dijo con aspereza, poniéndose en pie.

—¿Qué va usted a hacer de mí? —inquirí, procurando parecer serena aún.

—Meterla donde no pueda hacer daño alguno, si a sus amistades se les ocurre venir a buscarla.

Durante unos segundos, la sangre se me heló en las venas. Pero las palabras que a continuación dijo, me tranquilizaron.

—Mañana tendrá que responder a algunas preguntas, y cuando lo haya hecho, sabremos qué hacer con usted. Y pue-

do asegurarle, jovencita, que conocemos muchas maneras de hacer hablar a los imbéciles que sean testarudos.

No era muy animador aquello; pero por lo menos me daba tiempo a respirar. Tenía hasta el día siguiente. Aquel hombre no era más que un subordinado, que obedecía órdenes superiores. ¿Era posible que su superior fuese Pagett?

Llamó y se presentaron dos cafres. Me condujeron escalera arriba. A pesar de cuanto forcejeé, me ataron de pies y manos y me amordazaron. La habitación en que me habían metido era una especie de buhardilla, debajo del tejado. Estaba llena de polvo y no parecía haber estado ocupada. El holandés me hizo una reverencia burlona y se retiró cerrando la puerta tras él.

Me hallaba completamente impotente. Por mucho que me retorcí no pude aflojar las ligaduras y la mordaza no me permitía gritar. Si por una casualidad se presentara alguien en la casa, nada podría hacer para llamar la atención. Oí bajo el ruido de una puerta que se cerraba. El holandés había salido, al parecer.

Me enloquecía no poder hacer cosa alguna. Volví a probar mis ligaduras, pero los nudos no cedieron. Me di por vencida al fin y me desmayé o me dormí. Cuando volví a despertar, me dolía todo el cuerpo. La oscuridad era completa ya, y juzgué que estaría muy avanzada la noche, porque la Luna se hallaba muy alta en el firmamente y limaba con sus rayos la polvorienta claraboya. La mordaza casi me ahogaba y el entumecimiento y el dolor resultaban casi insoportables.

Fue entonces cuando mi mirada se posó sobre el trozo de vidrio que había en un rincón. Un rayo de Luna le daba de lleno y su brillo había llamado mi atención. Al mirarlo, se me ocurrió una idea de esas que se le ocurren a una en momentos difíciles.

No podía mover manos ni piernas; pero suponía que me sería posible *rodar*. Me puse en movimiento lenta y torpemente. No era fácil. Además de ser extremadamente doloroso, puesto que no podía protegerme el rostro con los brazos, resultaba también muy difícil rodar en una dirección determinada.

La tendencía era rodar en cualquier direccion menos en la que me interesaba. Después de mucho trabajo, sin embargo, llegué al punto que deseaba. El vidrio casi me tocaba las manos.

Aun así, la cosa no resultó fácil. Precisé una eternidad para empujar el vidrio hasta encajarle de tal suerte contra la pared que pudiera rozar con él las ligaduras. Esta última operación fue tan larga, tan exasperante, que casi perdí toda esperanza. No obstante, acabé cortando las cuerdas que me ataban las manos. Lo demás fue cuestión de tiempo. Una vez hube restablecido la circulación en mis manos dándome masajes en las muñecas, pude quitarme la mordaza. Y cuando hube respirado profundamente un par de veces, me sentí mucho mejor.

No tardé ya en deshacer hasta el último nudo; pero hube de esperar un buen rato antes de poder ponerme en pie. Por fin me erguí, agitando los brazos para restablecer la circulación. Ansiaba, sobre todas las cosas, encontrar algo de comer.

Aguardé cosa de un cuarto de hora para estar segura de que no me abandonarían las fuerzas. Luego, me acerqué a la puerta de puntillas. Como había esperado, no estaba cerrada con llave. La abrí y atisbé con cautela.

Todo estaba silencioso. La luz de la Luna, que se filtraba por una ventana, me permitió ver la escalera cubierta de polvo y sin alfombra. Bajé con sigilo. No se oía ningún ruido. Pero cuando llegué al descansillo de abajo, llegó a mis oídos un débil murmullo de voces. Paré en seco y permanecí inmóvil algún tiempo. Un reloj colgado de la pared señalaba más de medianoche.

Me daba perfecta cuenta de los riesgos que podría correr si bajaba más; pero, al fin venció en mí la curiosidad. Tomando infinitas precauciones me dispuse a explorar. Me deslicé silenciosamente por el último tramo de escalera hasta el cuadrado vestíbulo. Miré a mi alrededor, y contuve el aliento. Un cafre estaba sentado junto a la puerta. No me había visto. No tardé en darme cuenta, por el ritmo de su respiración, que se había dormido.

¿Debía retroceder o seguir adelante? Las voces emanaban del cuarto al que se me condujera a mi llegada. Una

de ellas era la del holandés. No pude reconocer la otra, aunque se me antojaba vagamente conocida.

Al fin decidí que era mi deber enterarme de todo lo que fuese posible. Tendría que correr el riesgo de que se despertase el cafre. Crucé silenciosamente el pasillo y me arrodillé junto a la puerta del cuarto. Durante unos instantes no pude oír mejor por ello. Las voces sonaban más altas, pero no lograba distinguir lo que decían.

Apliqué el ojo a la cerradura en lugar del oído. Como había supuesto, uno de los que hablaban era el holandés. El otro hombre se hallaba fuera de mi campo visual.

De pronto se puso en pie para servirse algo de beber. Aun antes de que diera la vuelta comprendí quién era.

¡El señor Chichester!

Ahora empecé a entender las palabras.

—No obstante, es peligroso. ¿Y si sus amistades vinieran a buscarla?

Era el holandés quien hablaba. Chichester le respondió. Ya no usaba su voz de clérigo. Nada de particular tenía, pues, que no la hubiese reconocido.

—Eso es puro *bluf*. Nadie tiene la menor idea de dónde se encuentra.

Habló con convencimiento.

—Es posible. He investigado el asunto y no tenemos nada que temer. Sea como fuere, las órdenes emanan del «Coronel». Supongo que no querrá usted desobedecerlas...

El holandés soltó una exclamación en su idioma nativo. Juzgué que ella era una rotunda negativa.

—Pero, ¿por qué no darle un golpe en la cabeza? —gruñó—. Sería más sencillo. El barco está preparado. Se la podría llevar a alta mar.

—Sí —contestó Chichester, pensativo—. Eso es lo que yo haría. Sabe demasiado; de eso no cabe la menor duda. Pero al «Coronel» le gusta trabajar solo, aunque no le consiente a ningún otro que lo haga. (Sus propias palabras parecieron despertar en él algún recuerdo que le molestaba.) Deseaba obtener de esta muchacha informes de alguna clase.

Había hecho una pausa antes de decir «informes», y el holandés se agarró a la palabra.

—¿Informes?

—O algo así.

—«Diamantes» —dije yo para mis adentros.

—Y ahora —continuó Chichester— deme las listas.

Durante un buen rato su conversación me resultó completamente ininteligible. Parecían versar sobre grandes cantidades de legumbres y verduras. Se mencionaron fechas, precios y nombres de varios lugares que yo no conocía. Transcurrió su buena media hora antes de que terminaran de contar y de hacer comprobaciones.

—Muy bien —dijo Chichester. Y se oyó un ruido como el de una silla al arrastrarse por el suelo—. Me las llevaré para que las vea el «Coronel».

—¿Cuándo se marcha usted?

—Mañana por la mañana a las diez bastará.

—¿Quiere ver a la muchacha antes de irse?

—No. Hay órdenes severas de que nadie debe ver a la chica hasta que llegue el «Coronel». ¿Se encuentra bien?

—Me asomé a verla cuando vine a comer. Creo que estaba dormida. ¿Y alimentos?

—Un poco de ayuno no le hará ningún daño. El «Coronel» vendrá aquí mañana por la mañana a una hora u otra. Responderá mejor a las preguntas si tiene hambre. Más vale que no se acerque nadie hasta entonces. ¿Está bien atada?

El holandés se echó a reír.

—¿Qué cree usted?

Los dos rieron. Y yo también, aunque para mis adentros. Luego, como quiera que los ruidos que se oyeran parecían anunciar que estaba a punto de salir del cuarto, me batí precipitadamente en retirada. Lo hice justamente a tiempo. Al llegar a la escalera, oí abrirse la puerta del vestíbulo. Me retiré prudentemente a la buhardilla, me rodeé el cuerpo con las cuerdas y volví a tirarme en el suelo por si se les ocurría subir a echarme una mirada.

No lo hicieron, sin embargo. Al cabo de una hora, aproximadamente, descendí con cautela la escalera. El cafre de guardia junto a la puerta estaba despierto y tarareaba una canción. Tenía vivos deseos de salir de la casa, pero no veía la forma de conseguirlo.

Acabé teniendo que retirarme a la buhardilla otra vez. Era evidente que el cafre se pasaría la noche allí, vigilando. Permanecí en mi encierro, armándome de paciencia, durante las primeras horas de la mañana, escuchando todos los preparativos. Los hombres se desayunaron en el vestíbulo. Empezaba a sentirme enervada. ¿Cómo demonios iba a salir de la casa? ¿Podría?

Me aconsejé a mí misma paciencia. Un paso temerario pudiera echarlo a perder todo. Después del desayuno oí marcharse a Chichester. Con gran alivio mío, el holandés le acompañó.

Aguardé, conteniendo el aliento. Estaban quitando la mesa y haciendo el trabajo de la casa. Por fin, todas las actividades parecieron cesar. Volví a salir de mi guarida. Me deslicé silenciosamente escalera abajo. El vestíbulo estaba desierto. Lo crucé con velocidad de relámpago, abrí la puerta y salí al sol. Bajé corriendo el camino del jardín como si me persiguiera el mismísimo demonio.

Una vez fuera, me puse a caminar de forma normal. La gente me miraba con curiosidad, y no era de extrañar. Debía de llevar los vestidos y la cara cubiertos de polvo de la buhardilla. Por fin llegué a un garaje. Entré.

—He sufrido un accidente —expliqué—. Necesito un coche que me conduzca inmediatamente a Ciudad de El Cabo. He de pillar el vapor para Durban.

No tuve que esperar mucho. Diez minutos más tarde me hallaba camino de Ciudad de El Cabo. Era preciso que me enterara de si Chichester iba a bordo. No me era posible decidir aún si embarcar en él yo también o no; pero a última hora decidí hacerlo. Chichester no sabría que le había visto en el hotelito de Muizenberg. Seguramente prepararía nuevas trampas para cazarme. Pero yo estaría sobre aviso. Y él era el hombre a quien me interesaba seguir, el hombre que andaba buscando los diamantes por cuenta del misterioso «Coronel».

¡Pobres planes míos! Cuando llegué yo al muelle, el *Castillo de Kilmorden* enfilaba ya con su proa la salida del puerto. Y no tenía yo medio alguno de averiguar si Chichester viajaba a bordo o no.

Capítulo XX

Me dirigí al hotel. En el saloncillo no había ninguna persona conocida. Subí corriendo la escalera y llamé a la puerta de Susana. Me dijo que entrara. Cuando vio quién era, se me colgó del cuello, así, como suena.

—¡Anita, querida! ¿Dónde ha estado? ¡Me ha tenido la mar de alarmada! ¿Qué ha estado haciendo?

—Corriendo aventuras —repliqué—. Jornada tercera de «Los Peligros de Pamela».

Le conté toda la historia. Exhaló ella un profundo suspiro cuando terminé.

—¿Por qué han de ocurrirle a usted siempre esas cosas? —exclamó quejumbrosa—. ¿Por qué no me amordaza a mí nadie ni me ata de pies y manos?

—No le gustaría si se lo hiciesen —le aseguré—; y a decir verdad, no tengo tantas ganas ya de correr aventuras como antes. Una pequeña dosis de eso le harta a una para una temporada.

Susana no pareció muy convencida. De haberse pasado una hora o dos atada y amordazada, seguramente hubiera cambiado de opinión. A Susana le gustan las emociones, pero odia las incomodidades.

—¿Y qué vamos a hacer ahora? —preguntó.

—No estoy muy segura —le respondí dubitativa—. Usted sigue encargada de ir a Rhodesia, naturalmente, para vigilar a Pagett...

—¿Y usted?

Ahí estaba la dificultad... ¿Habría embarcado Chichester a bordo del *Kilmorden* o no? ¿Pensaba seguir su plan original de marcha a Durban? La hora en que abandonara Muizenberg parecía insinuar que la contestación a ambas preguntas debía de ser afirmativa. En cuyo caso podría marchar yo a Durban por tren. Estaba segura de que llegaría yo allí antes que el barco. Sin embargo, si le cablegrafiaban a Chichester la noticia de mi huida, y le decían que había salido de Ciudad de El Cabo en dirección a Durban, nada más fácil para él que abandonar el barco en

Port Elizabeth o East London y escapárseme así por completo.

El problema era algo complicado.

—Sea como fuere —dije—, nos enteraremos de la hora de salida de los trenes para Durban.

—Y no es demasiado tarde para una taza de té matutina —anunció Susana—. La tomaremos en el saloncillo.

El tren de Durban salía a la ocho y cuarto de la noche, me dijo el conserje. De momento aplacé mi decisión y me reuní con Susana para tomar el té.

—¿Cree usted que podrá reconocer a Chichester otra vez... si lleva un disfraz distinto, quiero decir? —inquirió Susana.

Sacudí la cabeza.

—Desde luego no le conocí cuando le vi disfrazado de camarera ni le hubiese reconocido de no haber sido por el dibujo que usted me hizo.

—Ese hombre es actor de profesión —dijo Susana, pensativa—. Estoy segura de ello. Puede abandonar el barco vestido de obrero o de cualquier cosa, y no conseguirá usted descubrirle.

—Es usted muy consoladora —le repuse.

En aquel momento el coronel Race miró por la puerta ventana y se reunió con nosotras.

—¿Qué hace sir Eustace? —inquirió Susana—. No le he visto por aquí hoy.

Una expresión extraña cruzó el rostro del coronel.

—Tiene preocupaciones que no le dejan tiempo libre.

—Cuéntenos de qué se trata.

—Hablar de eso sería una indiscreción.

—Cuéntenos algo... aunque tenga que inventarlo nada más que para distraernos.

—Bueno, pues, ¿qué diría si le dijese que el famoso «Hombre del traje color castaño» ha viajado en nuestra compañía?

—¿Cómo?

Sentí que la sangre se retiraba de mi rostro y volvía a invadirlo otra vez. Por fortuna, el coronel Race no me estaba mirando.

—Creo que es un hecho. Mientras las autoridades vigi-

laban todos los puertos para que no pudiese escapar de Inglaterra, consiguió engañar a Pedler para que le trajera aquí como secretario.

—¿El señor Pagett?

—No; Pagett no. El otro. Decía llamarse Rayburn.

—¿Le han detenido? —preguntó Susana.

Por debajo de la mesa me tranquilizó con un apretoncito de manos. Aguardé sin aliento la contestación.

—Parece haber desaparecido como si se lo hubiera tragado la tierra.

—¿Cómo lo ha tomado sir Eustace?

—Lo considera como un insulto personal que le ha inferido el Destino.

Más tarde, aquel mismo día, se presentó una oportunidad de escuchar lo que sir Eustace opinaba del asunto. Un «botones» portador de una nota nos despertó cuando dormíamos la siesta. Sir Eustace nos suplicaba, con emocionantes palabras, que le concediéramos el honor de tomar el té con él en su gabinete.

El pobre hombre se hallaba en un estado lastimoso. Nos contó sus cuitas animado por los murmullos de simpatía de Susana. (Que sabe hacer esta clase de cosas muy bien.)

—Primero, una mujer completamente desconocida tiene la impertinencia de hacerse asesinar en mi casa... nada más que por molestarme, estoy seguro. ¿Por qué en mi casa? ¿Por qué, entre todas las casas de la Gran Bretaña, escoger la Casa del Molino? ¿Qué mal le había hecho yo jamás a esa mujer para que fuera a dejarse matar allí?

Susana emitió uno de sus murmullos comprensivos otra vez, y sir Eustace prosiguió, con voz más dolida aún:

—Y, por si eso fuera poco, el hombre que la había asesinado tuvo la impertinencia..., la colosal impertinencia... de agregarse a mí como secretario. ¡Mi secretario, fíjense bien! Estoy ya harto de secretarios. Me niego a soportar más secretarios. O son asesinos ocultos o borrachos y pendencieros. ¿Han visto el ojo que lleva Pagett? Pues claro que lo habrán visto. ¿Cómo puedo andar por ahí con un secretario así? Y tiene la cara de un amarillo feo, por añadidura..., precisamente del color que menos pega con un

ojo a la funerala. Para mí se han acabado los secretarios... a menos que encuentre una muchacha. Una muchacha bonita, de ojos líquidos, que me coja de la mano siempre que me vea enfadado. ¿Qué me dice usted, señorita Ana? ¿Quiere aceptar el empleo?

—¿Cuánto tiempo he de tenerle cogida la mano? —pregunté, riendo.

—Todo el santo día —respondió sir Eustace, muy galante.

—No me quedará mucho tiempo para escribir a máquina entonces —le recordé.

—Eso no importa. Todo ese trabajo es idea de Pagett. Me mata a trabajar. Mi único consuelo es que voy a dejarle atrás cuando salga de Ciudad de El Cabo.

—¿Se va a quedar aquí?

—Sí. Se divertirá de lo lindo buscando a Rayburn. Esa clase de trabajo le va a Pagett que ni pintado. Adora las intrigas. Pero le hago la oferta en serio. ¿Quiere acompañarme? La señora Blair es una dueña competente. Y puede usted disponer de medio día de fiesta de vez en cuando para cavar en busca de huesos.

—Muchísimas gracias, sir Eustace —dije, con cautela—. Pero creo que voy a salir para Durban esta noche.

—No sea usted una joven testaruda. No olvide que hay la mar de leones en Rhodesia. Le gustarán los leones. A todas las jóvenes les gustan.

—¿Estarán ensayando saltitos cortos? —le pregunté, riendo—. No, muchas gracias. He de marchar a Durban sin perder tiempo.

Sir Eustace me miró, suspiró profundamente y luego abrió la puerta de la habitación contigua y llamó a Pagett.

—Si ha dormido usted ya la siesta, amigo mío, quizás esté dispuesto a trabajar un poco como variación.

Guy Pagett apareció en el umbral. Nos hizo una reverencia a las dos, dando muestras de un leve sobresalto al verme, y replicó con su melancólica voz:

—He estado escribiendo a máquina esa memoria toda la tarde, sir Eustace.

—Pues deje de escribir a máquina entonces. Vaya a las oficinas del Delegado de Comercio... o a la Delegación de

Agricultura... o a la Cámara de Minas... o a uno de esos sitios. Y pídales que me presten una mujer que me acompañe a Rhodesia. Ha de tener ojos de mirada líquida y no tener inconveniente en que le coja yo la mano.

—Bien, sir Eustace. Pediré una taquimecanógrafa competente.

—Pagett es un hombre mal intencionado —dijo sir Eustace después de haberse ido el secretario—. Estoy dispuesto a apostar que escogerá una mujer que tenga cara de torta, nada más que por molestarme. Ha de tener los pies bonitos también... Me había olvidado decir eso.

Así a Susana de la mano, excitada, y casi la arrastré hasta su cuarto.

—Ahora, Susana —exclamé—, hemos de hacer planes... y muy aprisa. Pagett se queda en Ciudad de El Cabo. ¿Oye usted eso?

—Sí. Supongo que eso significa que no podré ir a Rhodesia... lo que es una verdadera lata, porque quiero ir a Rhodesia. ¡Qué contratiempo!

—Anímese —le dije—. Irá usted. No veo yo cómo iba a volverse atrás en el último instante sin que la cosa pareciese sospechosa. Además, cabe la posibilidad de que sir Eustace llamara de pronto a Pagett y le costaría a usted mucho más trabajo colgarse a él.

—Resultaría muy poco decente —aseguró Susana, con una sonrisa—. Me vería obligada a fingirme locamente enamorada de él para justificarlo.

—Sin embargo, si se encontrara usted allí ya a su llegada, la cosa no podría parecer más natural. Además, no creo que debamos perder de vista a los otros dos por completo.

—Pero, Ana, ¿es posible que desconfíe usted del coronel Race y de sir Eustace?

—Desconfío de todo el mundo —respondí con aire de misterio—. Y si ha leído usted alguna novela detectivesca. Susana, debe saber que el criminal es siempre el hombre que menos parece serlo. Ha habido la mar de criminales gordos y joviales como sir Eustace.

—No puede decirse que el coronel Race sea gordo en realidad ni muy jovial tampoco.

—A veces son delgados y silenciosos —repuse—. No digo que desconfíe seriamente de ninguno de los dos. Pero, después de todo, a la mujer la asesinaron en la casa de sir Eustace.

—Sí, sí... No es preciso que discutamos todo eso otra vez. Le vigilaré, Anita, y si engorda más o se vuelve más alegre, le mandaré a usted un telegrama inmediatamente. «Sir E. se hincha. Altamente sospechoso. Venga sin demora.»

—¡Por Dios, Susana! —exclamé—. ¡Parece usted creer que todo esto es un juego!

—Ya lo sé —respondió ella sin inmutarse—. Sí, me lo parece. La culpa es suya, Anita. Me ha imbuido de su espíritu de «Corramos una aventura». No se me antoja ni pizca real. Si Clarence supiera que andaba por África siguiendo la pista a criminales peligrosos, le daría un patatús.

—¿Por qué no se lo dice por cable? —pregunté, con sarcasmo.

Pero Susana es incapaz de verle la gracia a nada relacionado con la expedición de un cablegrama. Reflexionó sobre mi proposición con toda la buena fe del mundo.

—Podría hacerlo. Tendría que ser un cable muy largo —se animó enormemente ante semejante posibilidad—. Pero creo que será preferible abstenerse. Los maridos siempre quieren inmiscuirse en las diversiones más inofensivas.

—Bueno —dije, haciendo un resumen de la situación—, usted vigilará a sir Eustace y al coronel Race...

—Sé por qué ha de vigilar a sir Eustace —me interrumpió Susana—. Es por su tipo y su humorística conversación. Pero desconfiar del coronel Race se me antoja llevar la cosa a extremos... Le aseguro que sí. Pero ¡si tiene algo que ver con el Servicio Secreto! ¿Sabe usted una cosa, Ana? Creo que lo mejor que podríamos hacer sería confiar en él y contarle toda la historia.

Me opuse vigorosamente a semejante proceder. Reconocí en ello los desastrosos efectos del matrimonio. Cuántas veces no habré oído decir a una mujer inteligente a más no poder: «*Edgardo dice...*», como quien cita una autoridad incontrovertible. Y eso cuando todo el mundo

sabe que Edgardo es un perfecto idiota. Susana, como consecuencia de ser casada, ansiaba buscar el apoyo de un hombre u otro.

No obstante, me prometió fielmente no decirle una palabra al coronel Race y seguimos confeccionando planes.

—Es evidente que he de quedarme yo aquí y vigilar a Pagett y he aquí la mejor manera de hacerlo; he de fingir salir para Durban esta noche, llevándome el equipaje a la estación y todo eso. Pero, en realidad, me iré a cualquier hotelito pequeño de la ciudad. Puedo cambiar un poco de aspecto... llevar un tupé rubio y uno de esos tupidos velos de encaje blanco. Tendré mucha más ocasión de ver lo que hace si me cree lejos de aquí.

Susana se mostró completamente de acuerdo con mi plan. Hicimos todos los preparativos con ostentación. Preguntamos de nuevo la hora a que salía el tren e hicimos el equipaje.

Comimos juntas en el restaurante. El coronel Race no se presentó; pero sir Eustace y Pagett ocupaban su mesa junto a la ventana. Pagett abandonó la mesa a mediados de la comida, cosa que me molestó, porque mi intención era despedirme de él. No obstante, seguramente serviría igual sir Eustace para el caso. Me acerqué a él cuando terminé la cena.

—Adiós, sir Eustace —le dije—. Salgo esta noche para Durban.

—Así había oído decir. No le gustaría a usted que le acompañase, ¿verdad?

—Me encantaría.

—Buena chica. ¿Está usted segura de que no cambiará lo más mínimo de opinión e irá conmigo a buscar leones a Rhodesia?

—Completamente segura.

—Debe de ser la mar de guapo —murmuró sir Eustace, quejumbroso—. Algún jovencito de Durban seguramente que eclipsará por completo los encantos de mi madurez. A propósito, Pagett marcha en el coche dentro de unos minutos. Podría llevarla a usted a la estación.

—Oh, no, gracias —me apresuré a decir—. La señora Blair y yo hemos pedido un taxi ya.

Lo que menos podía desear yo era ir a la estación con Pagett. Sir Eustace me miró con atención.

—Estoy por asegurar que Pagett no es santo de su devoción. No me extraña. ¡Es tan entrometido...! Y va por ahí con cara de mártir mientras, en realidad, está haciendo todo lo posible por molestarme y darme disgustos.

—¿Qué ha hecho ahora? —pregunté, con ansiedad.

—Me ha conseguido una secretaria. ¡Jamás se ha visto mujer igual! Tiene cuarenta años por lo menos; unas gafas y botas; y tiene aire de una eficiencia que acabará matándome. ¡Una completa cara de torta!

—¿No le quiere coger la mano?

—¡Dios quiera que no! —exclamó sir Eustace—. Eso sería ya el colmo. Bueno, adiós, ojos líquidos. Si mato un león no le regalaré a usted la piel... por haber cometido la bajeza de abandonarme.

Me estrechó cordialmente la mano y nos separamos. Susana me estaba aguardando en el vestíbulo. Iba a despedirnos a la estación.

—Pongámonos en marcha en seguida —dijo precipitadamente.

E hizo una señal al conserje para que parara un taxi.

Una voz que sonó a mis espaldas me hizo dar un brinco.

—Perdone, señorita Beddingfeld, pero bajo ahora con un coche. Puedo dejarlas a la señora Blair y a usted en la estación.

—Oh, gracias —me apresuré a decir—; pero no hay necesidad de molestarle. Yo...

—No es molestia, se lo aseguro. Cargue el equipaje, mozo.

No pude hacer nada. Hubiese podido protestar de nuevo; pero el codazo que me dio Susana disimuladamente me advirtió que debía andar con cautela.

—Gracias, señor Pagett —dije con frialdad.

Subimos todos al coche. Cuando bajamos la carretera a gran velocidad hacia la población, me devané los sesos buscando algo que decir. Fue el propio Pagett quien rompió el silencio por fin.

—Le he conseguido una secretaria muy eficiente a sir Eustace —observó—. La señorita Pettigrew.

—No parecía estar muy entusiasmado con ella hace unos instantes —dije yo.

Pagett me miró con frialdad.

—Es una taquimecanógrafa muy hábil —me dijo en tono reprensivo.

Nos paramos delante de la estación. Allí pensé yo que nos dejaría. Me volví hacia él con la mano tendida. Pero no.

—Entraré a despedirme. Son las ocho en punto. Su tren sale dentro de un cuarto de hora.

Dio instrucciones a los mozos. Yo me quedé inmóvil, impotente, sin atreverme a mirar a Susana. El hombre aquel desconfiaba. Estaba decidido a asegurarse de que me marchaba, en efecto, con aquel tren. ¿Y qué podía hacer yo? Nada. Me vio salir de la estación un cuarto de hora más tarde mientras Pagett me despedía agitando la mano desde el andén. Había sabido cambiar las tortas con mucha habilidad. Además, su trato había cambiado por completo. Me hablaba con una jovialidad que le cuadraba muy mal y que a mí me daba náuseas. El hombre aquel era un hipócrita acabado. Había intentado asesinarme y ahora me colmaba de cumplidos. ¿Se imaginaría ni un solo instante que no le había reconocido aquella noche sobre cubierta? No; era una simple postura, un simulacro que me obligaba a aceptar.

Tan impotente como un cordero, me moví guiada por sus hábiles instrucciones. Me amontonaron el equipaje en el coche-cama. Tenía una cabina doble para mí sola. Eran las 8,12 minutos. El tren salía dentro de tres minutos.

Pero Pagett no había contado con Susana.

—Va a ser un viaje muy caluroso, Anita —dijo ésta de pronto—. Sobre todo cuando pase por Karpo mañana. Lleva usted agua de colonia de lavanda, ¿verdad?

No podía haberme dado una indicación más clara.

—¡Oh! —exclamé, fingiendo consternación—. ¡Me he dejado el agua de colonia sobre el tocador de mi cuarto!

La costumbre que tenía Susana de mandar le sirvió muy bien. Se volvió, imperiosa, hacia Pagett.

—¡Señor Pagett! ¡Pronto! Tiene el tiempo justo. Hay una perfumería casi enfrente de la estación. Es preciso que Ana se lleve el agua de colonia.

El hombre vaciló; pero los autoritarios modales de Susana resultaron irresistibles. Susana es autócrata innata. Pagett obedeció. La señora Blair le siguió con la mirada hasta que desapareció de su vista.

—¡Pronto, Anita! ¡Apéese por el otro lado... por si acaso no ha ido y nos observa desde el extremo del andén! No se acuerde del equipaje. Puede telegrafiar pidiendo que se lo reexpidan mañana. ¡Oh! ¡Si el tren saliera a la hora en punto...!

Abrí la puerta del otro lado del tren y me apeé. Nadie me observó. Me era posible ver a Susana de pie, donde la había dejado, con la cabeza alzada mirando hacia el tren y hablando, al parecer, conmigo por la ventanilla. Sonó un silbido. El tren arrancó. Entonces oí que alguien corría desesperadamente por el andén. Me oculté en la sombra de un quiosco de libros y atisbé desde allí.

Susana, que había estado agitando un pañuelo en señal de despedida, se volvió.

—Llega usted demasiado tarde, señor Pagett —dijo alegremente—. Se ha ido. ¿Es ésta la colonia? ¡Qué lástima que no pensáramos en ella más pronto!

Pasaron cerca de mí al dirigirse a la salida de la estación. Guy Pagett estaba acaloradísimo. Era evidente que había ido a la perfumería y vuelto corriendo desesperadamente.

—¿Quiere que le busque un taxi, señora Blair?

Susana supo desempeñar su papel.

—Si me hace el favor... ¿Quiere usted que le lleve al hotel? ¿Tiene mucho que hacer para sir Eustace? ¡Ojalá hubiese marchado Ana Beddingfeld con nosotros mañana! No me gusta ni pizca que una muchacha joven como ella marche a Durban completamente sola. Pero estaba empeñada en hacerlo. Supongo que habría allí algo que le atraía...

No pude oír más porque habíanse alejado ya demasiado. ¡Hábil Susana! Me había salvado.

Dejé que transcurrieran unos minutos más y luego salí yo de la estación también, casi tropezando, al hacerlo, con un hombre de aspecto desagradable, de nariz muy grande, completamente desproporcionada.

Capítulo XXI

No tropecé ya con más dificultades para llevar a cabo mis planes. Encontré un hotel pequeño en una bocacalle, alquilé una habitación, pagué un depósito, ya que no llevaba equipaje, y me acosté tranquilamente.

A la mañana siguiente me levanté temprano y salí a comprar un modesto vestuario. Mi intención era no hacer nada hasta la partida del tren de las once para Rhodesia, tren en el que marcharía la mayoría del grupo. No era fácil que Pagett se dedicara a ninguna actividad nefanda hasta que se hubiese deshecho de ellos. Por consiguiente, tomé un tranvía hasta las afueras de la población y me dispuse a gozar de un paseo por el campo. No hacía mucho calor y acogía gustosa la oportunidad de estirar las piernas tras mi largo viaje y las horas que había tenido que pasar encerrada en Muizenberg.

A veces, dependen cosas muy grandes de cosas muy pequeñas. Se me desató la cinta del zapato y me agaché para atarla. Acababa de doblar un recodo del camino y, mientras me hallaba agachada, un hombre lo dobló a su vez y casi chocó conmigo. Se quitó el sombrero, masculló una excusa y prosiguió su camino. Se me antojó por entonces que su rostro no me era del todo desconocido; pero no pensé más en el asunto, de momento. Consulté mi reloj de pulsera. El tiempo volaba. Volví sobre mis pasos en dirección a la Ciudad de El Cabo.

Un tranvía estaba a punto de arrancar y tuve que correr para alcanzarlo. Oí los pasos de otra persona que corría detrás de mí. Logré subir, y el que me seguía, también. Le reconocí inmediatamente. Era el hombre que me había pasado cuando se me desató el zapato. Y, de pronto, me di cuenta de por qué me era conocido su semblante. Era el hombrecillo de descomunal nariz con quien tropezara la noche anterior al salir de la estación.

La coincidencia resultaba demasiado sorprendente. ¿Sería posible que el hombre aquel me estuviese siguiendo? Resolví ponerlo a prueba tan pronto como me fuera posible. Toqué el timbre y me apeé en la parada siguiente. El hombre no se apeó. Me oculté en las sombras de la puerta de un establecimiento y vigilé. Le vi saltar del tranvía en la parada siguiente y retroceder hacia donde yo me encontraba.

La cosa estaba bastante clara. Sí, me seguía. Había cantado victoria demasiado pronto. La ventaja obtenida sobre Pagett adquirió un aspecto distinto. Paré el tranvía siguiente y, como había esperado, el hombre subió a él también. Me puse a reflexionar en serio.

No cabía la menor duda de que había tropezado con algo mucho más serio de lo que había supuesto. El asesinato cometido en la casa de Marlow no era un incidente aislado cometido por un individuo solitario. Tenía que habérmelas con una cuadrilla. Y, gracias a las revelaciones que el coronel Race le hiciera a Susana y la conversación que yo misma había sorprendido en la casa de Muizenberg, empezaba a comprender algunas de sus múltiples actividades. ¡Crimen sistemático, organizado por un hombre a quien sus secuaces llaman «El Coronel»!

Recordé algunas de las cosas que había oído decir a bordo relacionadas con la huelga en el Rand y sus causas, y la creencia de que una organización secreta trabajaba fomentando la agitación. Aquello era obra del «Coronel». Sus emisarios trabajaban de acuerdo con un plan trazado. Siempre había oído decir que él nunca tomaba parte en tales planes, limitándose a organizar y dirigir. Él era el cerebro. Jamás hacía el trabajo peligroso. No obstante, podía muy bien ser que se hallara en escena, dirigiéndolo todo desde una posición aparentemente impecable.

Tal, pues, era el significado de la presencia del coronel Race a bordo del *Castillo de Kilmorden*. Seguía las huellas al archicriminal. Todo parecía confirmar semejante posición. Seguramente era un alto personaje dentro del Servicio Secreto, y de su incumbencia sería echar el guante al «Coronel».

Moví la cabeza afirmativamente. Las cosas empezaban

a parecerme claras. ¿Y qué de mi parte en el asunto? ¿Qué pintaba yo en él? ¿Buscaban tan sólo los diamantes? Sacudí la cabeza negativamente. Por muy grande que fuera el valor de los diamantes, éste no justificaba los desesperados esfuerzos que se habían hecho por quitarme del paso. No; yo representaba algo más que eso. De alguna manera por mí desconocida, yo resultaba un peligro... una amenaza. Algo que yo sabía o que ellos creían que sabía, los impulsaba a quitarme del paso a todo trance. Y mis supuestos conocimientos estaban relacionados de alguna manera con los diamantes. Una persona había capaz de revelarme la verdad si se le antojaba hacerlo. Estaba segura de ello. El «Hombre del traje color castaño», Enrique Rayburn. Él conocía la otra mitad de la historia. Pero había desaparecido en las sombras. Era un fugitivo de la justicia. Con toda seguridad, él y yo no volveríamos ya a encontrarnos jamás...

Me obligué a volver bruscamente a la realidad inmediata. Era inútil pensar sentimentalmente en Enrique Rayburn. Había dado muestras de tenerme una gran antipatía desde el primer momento. O, por lo menos... ¡Vaya! ¡Ya volvía a ponerme a soñar! El verdadero problema era saber qué hacer *ahora.*

Yo, que me vanagloriaba de vigilar, me había convertido en vigilada. ¡Y tenía miedo! Por primera vez empecé a perder la serenidad. Yo era el grano de arena que impedía que funcionara bien la enorme máquina. Y me imaginaba que la enorme máquina sabría deshacerse sin dificultad de todos los granos de arena. Enrique Rayburn me había salvado una vez. Yo misma me había salvado otra. Pero tuve el presentimiento, de pronto, de que todas las probabilidades estaban en contra mía. Mis enemigos se hallaban todos a mi alrededor en todas direcciones. Y estaban estrechando el cerco. Si continuaba trabajando sola, estaba perdida.

Me rehíce mediante un esfuerzo. Después de todo, ¿qué podían hacer? Me hallaba en una ciudad civilizada, con guardias estacionados a cada pocos metros. Iría con ojo avizor en adelante. No volvería a dejarme pillar en una trampa como en Muizenberg.

Cuando llegué a este punto de mis meditaciones, el tranvía llegó a Adderley Street. Me apeé. No habiendo llegado aún a una decisión, eché a andar lentamente por la acera izquierda de la calle. Entré en el establecimiento de Cartwright y pedí dos refrescos de café para templarme los nervios. Supongo que un hombre hubiese pedido una copa de whisky o coñac. Pero nosotras las muchachas encontramos mayor aliciente y consuelo en refrescos. Sorbí el refresco con una paja y con avidez. El líquido fresco se deslizó por mi garganta agradablemente. Aparté el primer vaso después de vaciarlo.

Me hallaba sentada en uno de los altos taburetes del mostrador. Por el rabillo del ojo vi al que me seguía entrar y tomar asiento a una mesita junto a la puerta. Terminé el segundo refresco de café y pedí uno de plátano. Soy capaz de beberme una cantidad ilimitada de refrescos helados.

De pronto, el hombre sentado junto a la puerta se puso en pie y salió. Aquello me sorprendió. Si su intención era aguardar fuera, ¿por qué no hacerlo desde un principio? Bajé del taburete y me acerqué cautelosamente a la puerta. Retrocedí con precipitación para no ser vista. El hombre estaba hablando con Guy Pagett.

Si alguna vez hubiese tenido dudas, aquello las hubiera disipado todas. Pagett había sacado el reloj y lo estaba consultando. Hablaron unas palabras y luego el secretario echó a andar calle abajo en dirección a la estación. Era evidente que había dado órdenes, pero, ¿qué órdenes?

De pronto me dio un vuelco el corazón. El hombre que me había seguido, salió al centro de la calle y habló con un guardia durante un buen rato, gesticulando y agitando el brazo en dirección al establecimiento en que me hallaba. Comprendí su plan inmediatamente. Si tenía la intención de hacerme detener, acusándome de algo, de carterista, quizá. Poco trabajo le costaba a la cuadrilla hacer una cosa así. ¿De qué me serviría protestar de mi inocencia? Se habrían encargado todos los detalles. Años antes habían acusado a Enrique Rayburn de haber robado a De Beers y él no había podido demostrar que la acusación fuera falsa, aunque yo tenía la convicción de que Rayburn

no había robado nada. ¿Cómo iba yo a defenderme de la trampa que era capaz de idear el «Coronel»?

Alcé la mirada y contemplé el reloj casi maquinalmente y comprendí en seguida el otro aspecto del caso. Comprendí por qué había estado Pagett consultando el reloj. Eran casi las once y a las once en punto el tren correo salía de Rhodesia llevándose a las personas de influencia que hubieran podido acudir en mi auxilio. Estaba bien claro el motivo de mi inmunidad hasta ahora. Desde anoche hasta las once de esta mañana nada tenía que temer. Pero ahora el cerco se estrechaba a mi alrededor.

Abrí apresuradamente mi bolso y pagué los refrescos y, al hacerlo, pareció parárseme el corazón *¡porque encontré una cartera de hombre abarrotada de billetes!* Me la debían de haber metido hábilmente en el bolso cuando me apeaba del tranvía.

Perdí la serenidad por completo. Salí apresuradamente de casa Cartwright. El hombrecillo de la descomunal nariz y el guardia, cruzaban la calle en aquel instante. Me vieron, y el hombrecillo me señaló, excitado. Di media vuelta y eché a correr. Juzgué que aquel guardia sería lento. Podría pillarle una buena delantera. Pero no tenía plan alguno aun entonces. Me limité a bajar Adderley Street corriendo, como si en ello me fuera la vida. La gente se me quedó mirando. Temí que de un momento a otro alguien me parara.

Se me ocurrió una idea.

—¿La estación? —pregunté casi sin aliento.

—Allá abajo, a la derecha.

Seguí corriendo. Está justificado que se corra para pillar el tren. Entré en la estación; pero al hacerlo oí pasos detrás de mí. El hombrecillo de la gran nariz era un gran corredor. Previ que me detendría antes de que llegase al andén que me interesaba. Alcé la mirada hacia el reloj: las once menos un minuto. Quizá llegara a tiempo si me salía bien el plan que acababa de ocurrírseme.

Había entrado en la estación por la puerta principal de Adderley Street. Volví a salir por la puerta lateral. Inmediatamente delante de mí se hallaba la entrada lateral de Correos, cuya puerta principal da a Adderley Street.

Como había esperado, mi seguidor no intentó seguirme, sino que corrió calle abajo para contarme la retirada cuando saliese por la puerta principal o para decirle al guardia que lo hiciese.

Fue obra de un instante retroceder sobre mis pasos y entrar de nuevo en la estación. Corrí como una loca. Eran las once en punto. El largo tren se puso en movimiento en el preciso momento en que aparecí yo en el andén. Un mozo intentó detenerme, pero me desasí y salté al estribo. Subí los dos escalones y abrí la puerta. ¡Estaba a salvo! El tren cogía velocidad.

Pasamos junto a un hombre parado solo en el andén. Le agité la mano en señal de despedida.

—¡Adiós, señor Pagett! —grité.

En mi vida he visto un hombre más sorprendido. Parecía haber visto un fantasma. No comprendía, seguramente, que yo me hallase allí.

Unos segundos más tarde me vi en dificultades con el interventor. Pero reflexioné rápidamente y asumí un tono altanero.

—Soy la secretaria de sir Eustace Pedler —corté—. Tenga la bondad de conducirme inmediatamente a su coche particular.

—Susana y el coronel Race se hallaban en la plataforma posterior. Ambos exhalaron una exclamación de sorpresa al verme.

—¡Hola, señorita Ana! —dijo el coronel—, ¿de dónde ha salido? Creí que había marchado a Durban. ¡Qué cosas más inesperadas hace!

Susana nada dijo; pero su mirada me hizo un centenar de preguntas.

—He de presentarme a mi jefe —anuncié—. ¿Dónde está?

—En el despacho... el compartimento central... dictándole a una velocidad increíble a la desgraciada señorita Pettigrew.

—Semejante entusiasmo por el trabajo es cosa nueva en él —comenté.

—¡Hum! —dijo el coronel Race—. Creo que su intención es darle suficiente trabajo para encadenarla a la má-

quina de escribir en su propio compartimiento durante el resto del día.

Reí. Luego, seguida de los otros dos, fui en busca de sir Eustace. Estaba paseándose de un lado para otro del pequeño espacio disponible, soltándole un torrente de palabras a la desdichada secretaria, a la que veía yo ahora por primera vez. Una mujer alta, cuadrada, con vestido pardusco, lentes y aire de capacidad. Deduje que le estaba costando trabajo seguir a sir Eustace, porque su lápiz parecía volar sobre el papel y tenía el entrecejo fruncido.

Entré en el compartimiento.

—Llegué a bordo, jefe —anuncié tranquila.

Sir Eustace paró en seco en medio de una complicada frase sobre la situación obrera y me miró, boquiabierto. La señorita Pettigrew debe de ser muy nerviosa a pesar de su aire de capacidad y eficiencia, porque dio un brinco en su asiento.

—¡Santo Dios! —exclamó sir Eustace—. ¿Y el joven de Durban?

—Le prefiero a usted —contesté con dulzura.

—¡Encanto! —exclamó sir Eustace—. Puede empezar a cogerme la mano inmediatamente.

La señorita Pettigrew tosió y sir Eustace retiró la mano.

—Ah, sí —dijo—. Vamos a ver..., ¿dónde estábamos? Sí. Tylman Roos, en su discurso de... ¿Qué ocurre? ¿Por qué no lo anota?

—Creo —anunció dulcemente el coronel Race— que a la señorita Pettigrew se le ha roto la punta del lápiz.

Se lo quitó y lo afiló. Sir Eustace le miró boquiabierto y yo también. Había algo en el tono del coronel que yo no acababa de comprender del todo.

Capítulo XXII

Extracto del diario de sir Eustace Pedler

Ganas me dan de abandonar mis «Reminiscencias». En su lugar escribiré un artículo corto titulado: «Secretarios que he tenido». En cuanto a secretarios se refiere, parece pesar sobre mí una maldición. Tan pronto no tengo secretario alguno como me sobran secretarios. En el momento actual me hallo en camino de Rhodesia acompañado de una cuadrilla de mujeres. Race se larga con las dos más bonitas, claro está y me deja un saldo. Eso es lo que siempre me ocurre a mí, y después de todo, éste es *mí* coche particular, no el de Race.

Además, Anita Beddingfeld me acompaña a Rhodesia bajo pretexto de ser mi secretaria interina. Pero durante toda esta tarde ha estado en la plataforma del coche con Race, alabando la belleza del Desfiladero del río Hex. Cierto es que le dije que su principal obligación sería tenerme cogida la mano. Ni siquiera está haciendo eso, sin embargo. Quizá le tenga miedo a la señorita Pettigrew. No me extrañaría que así fuese. La señorita Pettigrew no tiene nada de atractiva, es una mujer repulsiva, de pies enormes, más parecida a un hombre que a una mujer.

Hay algo muy misterioso en Ana Beddingfeld. Subió al tren en el último instante, jadeando a más no poder, como si hubiera estado tomando parte en una carrera. Y, sin embargo, ¡Pagett me dijo anoche que la había visto marchar en el tren de Durban! O Pagett ha estado bebiendo otra vez, o la muchacha tiene un cuerpo astral. ¡No lo comprendo!

Y nunca da explicaciones. Nadie da explicaciones nun-

ca. Sí. «Secretarios que he tenido»: Número 1, un asesino fugitivo. Número 2, un borracho vergonzante que se dedica a intrigas poco recomendables en Italia. Número 3, una niña muy hermosa que posee la útil facultad de hallarse en dos lugares distintos al mismo tiempo. Número 4, la señorita Pettigrew, que, con toda seguridad, es un criminal peligroso disfrazado. Probablemente se trata de uno de los amigos italianos de Pagett que éste ha logrado colgarme al cuello. Nada me extrañaría que el mundo descubriera, el día menos pensado, que me había dejado engañar como un chino por Pagett. Bien mirado, creo que Rayburn fue el mejor de todos. Nunca me molestó ni se cruzó en mi camino. Guy Pagett ha tenido la impertinencia de hacer meter aquí el baúl de los papeles. Ninguno de nosotros puede andar sin tropezar con él y darse un batacazo.

Salí hace un momento a la plataforma, esperando que mi aparición fuese saludada con gritos de júbilo y alegría. Las dos mujeres escuchaban, fascinadas, uno de los relatos de viaje de Race. Tendré que colgarle un letrero a este coche, no el de «Sir Eustace Pedler y amigos», sino el de «Coronel Race y su harén».

A la señora Blair se le ocurrió de pronto sacar fotografías estúpidas. Cada vez que tomábamos una curva muy pronunciada a medida que el tren ascendía la montaña, ella sacaba un retrato de la locomotora.

—¿Comprenden ustedes mi objeto? —exclamó, encantada—. Tiene que ser una curva fantástica para que se pueda fotografiar la parte delantera del tren desde la parte de atrás. Y con la montaña de fondo tendrá un aspecto verdaderamente imponente y peligroso.

Le hice ver que no habría nada en la fotografía que indicase que se había tomado desde la parte posterior de un tren. Ella me miró compasiva.

—Escribiré debajo: «Obtenida desde el tren. Momento en que la locomotora toma una curva.»

—Eso podría usted escribirlo al pie de cualquier fotografía de un tren —dije.

A las mujeres nunca se les ocurren estas cosas tan sencillas.

—Me alegro de que hayamos llegado aquí en pleno día

—exclamó Ana Beddingfeld—. No hubiera visto nada de esto de haberme ido a Durban anoche, ¿verdad?

—No —dijo el coronel Race, sonriendo—. Al despertarse mañana por la mañana se hubiese encontrado en el Karoo, caluroso y polvoriento desierto de piedra y roca.

—Me alegro que cambiara de opinión —murmuró Ana, suspirando de satisfacción y mirando a su alrededor.

El paisaje era maravilloso. Nos rodeaban grandes montañas, por entre las cuales serpenteábamos, subiendo cada vez más alto.

—¿Es éste el mejor tren del día para Rhodesia? —preguntó Ana Beddingfeld.

—¿Del día? —rió Race—. Pero mi querida señorita Ana, ¡si no hay más que tres trenes a la semana! El lunes, el miércoles y el sábado. ¿Se da usted cuenta de que no llegará a las Cataratas hasta el sábado próximo?

—¡Lo bien que nos conoceremos unos a otros para entonces! —dijo la señora Blair con malicia—. ¿Cuánto tiempo va a estar usted en las Cataratas, sir Eustace?

—Eso depende... —contesté con cautela.

—¿De qué?

—De cómo vayan las cosas en Johannesburgo. Mi intención original era pasarme dos o tres días en las Cataratas... que nunca he visto, aunque ésta es la tercera visita que hago a África... y continuar luego el viaje a Jo'burg (1) y estudiar la situación en el Rand. En Inglaterra, ¿saben?, paso por ser una autoridad en política sudafricana. Pero, a juzgar por lo que oigo decir, Jo'burg resultará un sitio bastante desagradable de visitar dentro de una semana o así. No quiero estudiar el estado de cosas en plena revolución.

Race sonrió con cierta superioridad.

—Creo que sus temores son exagerados, sir Eustace. No existirá gran peligro en Jo'burg.

Las mujeres le miraron inmediatamente como diciendo: «¡Qué hombre más heroico es usted!» Me molestó enormemente. Soy tan valeroso como pueda serlo Race,

(1) Contracción de Johannesburgo, empleado con preferencia al nombre completo. (*N. del T.*)

sólo que no tengo su tipo. Los hombre altos, delgados y bronceados suelen llevarse a las mujeres de calle.

—Supongo que estará usted allí —dije con frialdad.

—Es muy posible. Podríamos hacer el viaje juntos.

—Aún no le aseguro que no me quede una temporada en las Cataratas —le respondí, sin comprometerme—. ¿Por qué Race tiene tantas ganas de que vaya a Jo'bourg? Creo que le tiene echado el ojo a Anita. ¿Cuáles son sus planes, señorita Ana?

—Eso depende... —respondió ella, copiándome.

—Creí que era usted mi secretaria —objeté.

—Sí; pero se me ha hecho el vacío. Ha estado usted teniéndole la mano a la señorita Pettigrew toda la tarde.

—Haya estado haciendo lo que haya estado haciendo —le contesté—, puedo asegurarle que no ha sido eso...

Jueves noche

Acabamos de salir de Kimberley. A Race le obligaron a contar de nuevo la historia del robo de los diamantes. ¿Por qué les excita tanto a las mujeres todo lo relacionado con diamantes?

Anita Beddingfeld ha dejado caer, por fin, su velo de misterio. Parece ser que es corresponsal de un periódico. Mandó un larguísimo cablegrama desde El Aar esta mañana. A juzgar por el cotorreo que hubo casi toda la noche en el compartimiento de la señora Blair, debe de haber estado leyéndole en alta voz todos los artículos especiales que pensaba publicar este año y muchos de los venideros.

Deduzco que ha estado siguiendo la pista del «Hombre del traje color castaño» desde el primer momento. Al parecer no lo descubrió a bordo del *Kilmorden* —en realidad apenas tuvo lugar de hacerlo—, pero ahora está la mar de ocupada cablegrafiando a Inglaterra: «Cómo navegué en compañía del asesino», e inventando historias fantásticas de «Lo que me dijo a mí», etc. Yo ya sé cómo se escriben esas cosas. Las hago yo también en mis «Reminiscencias» siempre que me lo consiente Pagett. Y, claro está

uno de los eficientes redactores de Nasby dará aún mayor colorido a los detalles, de suerte que, cuando aparezcan en el *Daily Budget*, Rayburn no se reconocerá a sí mismo por la descripción.

La muchacha es inteligente, sin embargo. Al parecer, ha descubierto, sin ayuda alguna, la identidad de la mujer que murió en mi casa. Era una bailarina rusa llamada Nadina. Le pregunté a Anita Beddingfeld si estaba segura de ello. Me replicó que era una simple deducción, ¡como el propio Sherlock Holmes, caramba! No obstante, tengo entendido que en un cable a Nasby lo dio como hecho comprobado. Las mujeres tienen intuiciones así. No me cabe la menor duda de que Anita Beddingfeld tiene razón, que su suposición es cierta. Pero es absurdo decir que se trata de una deducción.

Lo que no concibo es cómo ha podido arreglárselas para entrar a formar parte de la Redacción del *Daily Budget*. Sin embargo, es mujer de las que saben hacer esas cosas. Es imposible resistirse a ella. Está llena de zalamerías que sirven de pantalla a una determinación invencible. Y si no, ¡fíjense en cómo consiguió introducirse en mi coche!

Empiezo a sospechar por qué. Race dio a entender que la policía sospechaba que Rayburn se dirigía a Rhodesia. Quizá lograra marchar por el tren del lunes. Supongo que telegrafiarían a lo largo de toda la línea sin que fuese hallada persona alguna cuya descripción correspondiera con la del fugitivo; pero eso significa muy poco. Es un joven astuto y conoce África. Probablemente irá exquisitamente disfrazado de mujer cafre, y la ingenua policía sigue buscando a un joven bien parecido con el rostro cruzado por una cicatriz y vestido a la última moda europea. Nunca me tragué del todo aquella cicatriz.

Sea como fuere, Ana Beddingfeld se halla sobre su pista. Aspira a la gloria de descubrirle por su propia cuenta y para el *Daily Budget*. Las jóvenes de hoy en día tienen una sangre fría espantosa. Le insinué que lo que estaba haciendo era muy poco femenino. Se me rió en las barbas. Me aseguró que si lograba dar con su paradero haría fortuna. A Race tampoco le gusta, según he observado. Quizá vaya Rayburn a bordo de este tren. Si es así, tal

vez nos asesine a todos mientras dormimos. Se lo dije a la señora Blair, pero lejos de asustarse, pareció recibir la idea con agrado. Observó que, si me asesinaban a mí, ello resultaría un magnífico triunfo periodístico para Ana. ¡Un triunfo para Ana nada menos!

Mañana atravesaremos Bechuanaland. El polvo será horrible. Además, en cada estación se acercan niños cafres al tren para ofrecer unos animalitos de madera muy curiosos que tallan ellos mismos. Y cuencos y cestos. Mucho me temo que la señora Blair se desmande. Tienen tales juguetes un encanto, que creo que le resultará irresistible.

Viernes noche

Lo que yo me temía. ¡La señora Blair y Anita han comprado cuarenta y nueve animalitos de madera!

Capítulo XXIII

Se reanuda el relato de Ana Beddingfeld

Disfruté enormemente durante todo mi viaje a Rhodesia. Cada día había algo nuevo y emocionante. Primero, los maravillosos paisajes del valle del río Hex. Luego, la grandeza y la desolación del Karoo. Y, por último, la maravillosa extensión de la vía férrea recta en Bechuanaland y los adorables juguetes que los indígenas vendían. A Susana y a mí casi nos dejaban atrás en cada estación, si es que estaciones podían llamarse. Me parecía a mí como si el tren se parara siempre que le daba la gana, y no bien lo hacía, cuando surgían de la nada una horda de indígenas con cuencos, caña de azúcar, pieles y animales tallados en madera. Susana se puso inmediatamente a hacer colección de estos últimos. Yo la imité. La mayoría de las figuras se vendían a un «kiki» (tres peniques) cada una y todas ellas eran distintas. Había jirafas, tigres, serpientes, una especie de ciervo melancólico y una serie de guerreros negros absurdos. Nos divertimos la mar.

Sir Eustace intentó contenernos, pero en vano. Sigo creyendo que fue un verdadero milagro que no nos dejara en tierra en algún oasis del camino. Los trenes sudafricanos no silban ni se excitan cuando van a ponerse en marcha otra vez. Empiezan a deslizarse silenciosamente sin previo aviso, y cuando levanta una la vista, después de regatear con los negros, tiene que echar a correr para alcanzarlos.

Fácil de imaginar cuál no sería el asombro de Susana al verme subir al tren en Ciudad de El Cabo. Pasamos revista completa a la situación la primera noche de viaje. Estuvimos hablando casi hasta el amanecer.

Yo estaba convencida ya de que habría que adoptar

una táctica defensiva no menos que una agresiva. Mientras viajara con sir Eustace y su grupo me hallaba bastante segura. Tanto él como el coronel resultaban poderosos protectores y calculé que mis enemigos no querrían exponerse a que ambos tomaran cartas en el asunto. Además, mientras me encontrase cerca de sir Eustace estaría más o menos directamente en contacto con Guy Pagett, que era el alma del misterio. Le pregunté a Susana si, en su opinión, era posible que Pagett fuese el misterioso «Coronel». La posición subordinada que ocupaba parecía excluir semejante posibilidad, como es natural; pero me había dado cuenta en más de una ocasión de que, a pesar de sus modales autoritarios, a sir Eustace le dominaba, en realidad, su secretario. Era un hombre muy complaciente, y un secretario hábil hubiese podido, sin dificultad, hacer lo que se le hubiese antojado. Lo subordinado de su posición podría serle, en realidad, muy útil, puesto que no le debía interesar que se fijara absolutamente nadie mucho en él.

Susana, sin embargo, no estuvo de acuerdo conmigo. Se negó a creer que Pagett fuera el jefe. El verdadero cabecilla —el «Coronel»— se mantenía en las sombras. Probablemente se hallaría ya en África por la fecha de nuestra llegada.

Reconocí que su teoría era plausible hasta cierto punto; pero no me satisfacía del todo. Porque, en cada ocasión sospechosa, Pagett se había mostrado genio director. Verdad era que su personalidad parecía carecer del aplomo y la decisión que se esperaba hallar en un gran criminal. Pero, después de todo el misterioso jefe, según el coronel Race, sólo aportaba la inteligencia y es frecuente hallar el genio creador en personas de constitución más bien débil y timorata.

—Ahora habla la hija del profesor —me interrumpió Susana cuando llegué a este punto de mi argumento.

—No obstante, es cierto. Por otra parte, Pagett puede muy bien ser, en lugar del jefe, el Gran Visir, como quien dice, del Poderoso Sultán.

Guardé silencio unos instantes y proseguí musitando:

—¡Ojalá supiese cómo ganó su fortuna sir Eustace!

—¿Vuelve a sospechar de él?

—Susana, ¡he llegado a un punto en que no tengo más remedio que sospechar de alguien! No desconfío de él en realidad..., pero, después de todo, él *es* el jefe de Pagett... y era *suya* la Casa del Molino.

—Siempre he oído decir que hizo fortuna de una manera que prefiere no mencionar —dijo Susana, pensativa—. Pero eso no implica necesariamente que recurriera a medios ilegales para enriquecerse. ¡Puede que lo ganara vendiendo tachuelas o un regenerador del cabello!

Asentí con un movimiento de cabeza, a pesar mío. Hay gente, en efecto, que se avergüenza de su origen plebeyo o de haber hecho fortuna fabricando o vendiendo cosas que se le antojan vulgares.

—Supongo —murmuró Susana, dubitativa— que no nos estaremos tirando una plancha... ¿Y si nos estuviéramos despistando nosotras mismas al dar por sentada la complicidad de Pagett? ¿Y si Pagett fuera, después de todo, un hombre honrado?

Reflexioné un momento. Luego sacudí negativamente la cabeza.

—No puedo creer eso.

—No olvide que tiene explicaciones para todo.

—Síííí; pero no son muy convincentes. Por ejemplo, la noche que intentó tirarme al mar a bordo del *Kilmorden*, dice que siguió á Rayburn a cubierta y que Rayburn se volvió contra él y le derribó de un puñetazo. Nosotras sabemos que eso no es verdad.

—No —reconoció Susana a regañadientes—; pero sólo oímos esa explicación de segunda mano. No conocemos más que la versión de sir Eustace. Si se lo hubiéramos oído contar así al propio Pagett, hubiese sido distinto. Ya sabe usted que cada persona cambia un poco el relato cada vez que lo repite.

Le di vueltas al asunto mentalmente.

—No —dije por fin—; no le veo salida alguna. Pagett es culpable. No hay manera de excusar el hecho de que intentara tirarme al mar. Y todo lo demás encaja. ¿Por qué se encuentra usted tan insistente con esa nueva teoría suya?

—Por su rostro.

—¿Su rostro? Pero...

—Sí; ya sé lo que va usted a decir. Es su rostro siniestro. Ahí está la cosa, precisamente. Ningún hombre que tenga una cara así puede ser, en realidad, siniestro. Debe de tratarse de una broma colosal por parte de la Naturaleza.

No me convenció el argumento de Susana. Sé mucho de la Naturaleza de edades pretéritas. Si la Naturaleza tiene un sentido humorístico, no da muchas pruebas de ello. Susana es una de esas personas que se empeñan en revestir a la Naturaleza con los atributos que ellas poseen.

Pasamos a discutir nuestros planes inmediatos. Era evidente que yo necesitaba tener cierta personalidad. No podía pasarme la vida rehuyendo las explicaciones. La solución de todas mis dificultades se hallaba al alcance de mi mano, aunque tardé bastante en darme cuenta de ello. ¡El *Daily Budget*! Mi silencio, o mis ganas de hablar, ya no podían afectarle a Rayburn. Le habían señalado como el «Hombre del traje color castaño» sin culpa ni intervención mía. La mejor manera de ayudarle sería parecer estar en contra suya. El «Coronel» y su cuadrilla no debían sospechar que existía sentimiento alguno de amistad entre el hombre a quien había escogido para que cargase con la responsabilidad del crimen de Marlow y yo. Que yo supiera, la víctima del asesinato seguía sin identificar. Le cablegrafiaría a lord Nasby sugiriendo que se trataba de la famosa bailarina rusa «Nadina» que durante tanto tiempo había hecho la delicia de los parisienses. Me parecía increíble que no hubiese sido identificada ya. Pero cuando supe más del asunto mucho tiempo después, comprendí cuán natural era que fuese así.

Nadina nunca había estado en Inglaterra durante la época de sus brillantes éxitos en París. Era desconocida de los públicos londinenses. Las fotografías publicadas por los periódicos de la mujer asesinada eran tan borrosas que nada de particular tenía que nadie las hubiese identificado. Por otra parte, Nadina había guardado secreta su intención de visitar Inglateerra. El día siguiente de su asesinato, su apoderado había recibido una carta supuestamente firmada por ella, en la que le notificaba que regre-

saba a Rusia por asuntos particulares urgentes y que debía él arreglarle la cuestión del contrato incumplido como mejor supiese.

Esto, claro está, no lo supe hasta más adelante. Con la completa aprobación de Susana expedí un largo cable desde De Aar. Llegó en un momento psicológico (esto tampoco lo supe hasta más tarde, claro está). El *Daily Budget* andaba falto de noticias sensacionales. Se comprobó mi insinuación, resultando ésta exacta, y el *Daily Budget* obtuvo un éxito sonado, dejando tamañitos a todos los demás periódicos «Víctima del asesinato de la Casa del Molino identificada por nuestra enviada especial», etc. «Nuestra enviada hace un viaje con el asesino. El hombre del traje color castaño. Su verdadero aspecto.»

Los detalles principales fueron cablegrafiados a los periódicos sudafricanos; pero yo no leí mis propios artículos hasta muchísimo más adelante. Recibí un cablegrama de aprobación e instrucciones completas en Bulawayo. Quedaba admitida como parte integrante de la Redacción del *Daily Budget*, y el propio lord Nasby me telegrafió unas cuantas palabras de felicitación. Se me encargaba definitivamente de seguir la pista del asesino. Y yo, y sólo yo, sabía que el asesino *no* era Enrique Rayburn.

Que el mundo siguiese creyéndolo culpable, sin embargo. Era preferible de momento.

Capítulo XXIV

Llegamos a Bulawayo a primera hora de la mañana del sábado. El lugar me desilusionó. Hacía mucho calor y el hotel me resultó odioso. Además, sir Eustace estaba con morros; esto es la única manera de que pueda expresar su humor. Yo creo que eran nuestros animalitos de madera los que le molestaban, sobre todo la jirafa. Era una jirafa colosal, de cuello imposible, ojo apacible y rabo abatido. Tenía personalidad. Tenía encanto. Empezaba a iniciarse ya entre Susana y yo una controversia acerca de cuál de las dos sería su dueña. Cada una de nosotras había contribuido con un *tiki* para comprarla. Susana alegaba a su favor tener más edad que yo y ser casada. Yo insistía en que había sido la primera en descubrir su belleza.

Entretanto, he de confesar que ocupaba demasiado espacio del que disponíamos. El transportar cuarenta y nueve animales de madera, todos ellos de forma complicada y de madera extremadamente frágil, resultaba un verdadero problema. Cargamos a dos mozos con una manada de animales. Uno de ellos dejó caer inmediatamente un grupo de preciosos avestruces y les rompió la cabeza. Escarmentadas por aquello, Susana y yo cargamos con todos los que pudimos. El coronel Race nos ayudó y yo le puse a sir Eustace la jirafa en los brazos. Ni siquiera la correcta señorita Pettigrew pudo librarse: le tocó transportar un hipopótamo muy grande y dos guerreros negros. Tuve la impresión de que no le era muy simpática la carga a la nueva secretaria. Quizá le pareciera yo una descarada. Sea como fuere, el caso era que su rostro no me resultaba del todo desconocido, aunque no lograba recordar dónde lo había visto antes.

Descansamos la mayor parte de la mañana, y por la tar-

de fuimos a los Matoppos a ver la tumba de Rhodes. Es decir, habíamos de hacerlo; pero a última hora, sir Eustace se echó atrás. Estaba casi de tan mal humor como en la mañana que llegamos a la Ciudad de El Cabo, cuando se le ocurrió botar melocotones contra el suelo y se le despachurraron. Evidentemente, el llegar temprano a los sitios no es bueno para su temperamento. Maldijo a los mozos; maldijo a los camareros a la hora del desayuno; maldijo a toda la dirección del hotel y, sin duda alguna, hubiese querido maldecir a la señorita Pettigrew. Es la viva imagen de la secretaria eficaz de las novelas. Salvé a nuestra querida jirafa justamente a tiempo. Estoy convencido de que a sir Eustace le hubiese encantado estrellarla contra el suelo.

Pero volvamos al asunto de la expedición. Después de echarse atrás sir Eustace, la señorita Pettigrew dijo que también se quedaría ella, por si acaso su jefe la necesitaba. Y, en el último instante, Susana mandó decir que tenía un fuerte dolor de cabeza. Conque el coronel Race y yo nos marchamos solos.

El coronel era un hombre extraño. Uno no se da tanta cuenta de ello cuando hay más gente. Pero cuando se halla a solas con él, su personalidad casi resulta abrumadora. Se torna más taciturno, no obstante lo cual su silencio parece decir mucho más que su conversación.

Así fue aquel día cuando nos dirigimos a los Matoppos en automóvil cruzando por entre los chaparrales. Todo parecía guardar silencio, menos nuestro coche, que seguramente era el primer «Ford» construido en el mundo. La tapicería estaba hecha unos zorros y, aunque no entiendo una palabra de motores, hasta yo me daba cuenta de que aquél no funcionaba como debía funcionar.

Poco a poco fue cambiando el aspecto del campo. Aparecieron grandes piedras amontonadas hasta formar fantásticas figuras. Experimenté, de pronto la sensación de que me encontraba en una edad prehistórica. Durante unos momentos los hombres de Neanderthal me parecieron seres tan reales como lé habían parecido a papá. Me volví hacia el coronel Race.

—Debieron de existir gigantes en otros tiempos —dije

con soñadora voz—; y sus hijos serían igual que los niños de hoy. Jugarían con puñados de guijarros, amontonándolos y volviéndolos a hundir. Y cuanto más mañosamente lograran equilibrarlos más satisfechos quedarían. Si hubiera yo de bautizar este lugar, le daría el nombre de El País de los Niños Gigantes.

—Quizás ande más cerca de la realidad de lo que usted se figura —respondió el coronel Race solemnemente—. Sencilla, primitiva, grande... eso es lo que es África.

Asentí con un movimiento de cabeza comprensivo.

—Usted la ama, ¿verdad? —pregunté.

—Sí. Pero el vivir en África mucho tiempo... bueno, le hace a uno lo que usted llamaría cruel. Uno llega a dar muy poco valor a la vida y a la muerte.

—Sí —murmuré yo pensando en Enrique Rayburn. Él había sido así también—. Pero no cruel para con los seres débiles, ¿verdad?

—Depende de lo que uno entienda por «seres débiles», señorita Ana.

Había en su voz un dejo tan serio que casi me sobresaltó. Me di cuenta de que, en realidad, sabía muy poco de aquel hombre que se hallaba sentado junto a mí.

—Creo que quise decir niños y perros.

—Puedo decir sin mentir que jamás he sido cruel para con niños o perros. Conque... ¿usted no clasifica a las mujeres entre los seres débiles?

Reflexioné.

—No; me parece que no... aunque supongo que lo son. Es decir, lo son hoy día. Pero papá decía siempre que, en tiempos primitivos, hombres y mujeres erraban por el mundo, iguales en fuerza... como leones y tigres...

—¿Y jirafas? —inquirió el coronel con malicia.

Reí. Todo el mundo se burlaba de aquella jirafa.

—Y jirafas. Porque eran nómadas ¿comprende? Las mujeres sólo se hicieron débiles cuando se formaron comunidades e hicieron ellas una cosa mientras los hombres se dedicaban a otra. Y, claro está, en el fondo uno sigue siendo igual... uno *siente* lo mismo, quiero decir. Por eso adora la mujer la fuerza física del hombre. Es algo que tuvo en otros tiempos y que ahora ha perdido.

—En otras palabras, es una especie de culto a los antepasados, ¿no?

—Algo así.

—¿Y cree usted de verdad que eso es cierto? ¿Que las mujeres adoran la fuerza bruta quiero decir?

—Creo que es completamente cierto... si una es sincera. Una cree admirar cualidades morales, pero cuando una se enamora se convierte de nuevo en un ser primitivo y lo físico es lo único que tiene valor para ella. Pero no creo que sea eso el fin. No vivimos en tales condiciones, sin embargo. Conque, a fin de cuentas, vence lo otro después de todo. Son las cosas aparentemente vencidas las que siempre ganan, no le parece? Ganan de la única manera que importa. Algo así como lo que dice la Biblia de perder el alma y encontrarla.

—A fin de cuentas —dijo el coronel Race pensativo—, uno se enamora... y se desenamora. ¿Es eso lo que quiere decir?

—No es eso exactamente, pero puede expresarlo así si quiere.

—Pero no creo que se haya desenamorado usted nunca, ¿verdad, señorita Ana?

—No, desde luego —reconocí con franqueza.

—Ni que se haya enamorado tampoco.

No respondí.

El coche se detuvo y puso fin a nuestra conversación. Nos apeamos y empezamos el lento ascenso hacia el Mirador del Mundo. Sentí, y no por primera vez, un leve desasosiego en la compañía del coronel. ¡Velaba tan bien sus pensamientos tras los impenetrables ojos negros! Me asustaba un poco. Nunca sabía a qué atenerme con él. Seguimos ascendiendo en silencio hasta llegar al punto en que yace sepultado Rhodes, custodiado por gigantescas peñas. Lugar extraño, imponente, lejos de todo trasiego humano, que entona un eterno canto triunfal con su indómita belleza.

Permanecimos sentados allí un buen rato en silencio. Luego descendimos de nuevo, desviándonos un poco del camino. A veces el descenso era difícil y una vez llegamos a una pendiente o peña casi vertical.

El coronel se adelantó. Luego se volvió para ayudarme.

—Más vale que la alce —dijo de pronto.

Y me levantó en vilo con un rápido movimiento.

Me di cuenta de su fuerza cuando me puso en pie de nuevo y me soltó. Hombre de hierro, con músculos tirantes como el acero. Y volví a sentir miedo, sobre todo al no apartarse él a un lado, sino quedarse de pie ante mí, mirándome de hito en hito durante unos momentos.

—¿Qué es lo que hace usted aquí en realidad, Ana Beddingfeld? —me preguntó bruscamente.

—Soy una gitana que quiere ver mundo.

—Sí; eso es cierto. La correspondencia del periódico no es más que un pretexto. No tiene usted alma de periodista. Está campando por sus respetos, intentando disfrutar de la vida. Pero eso no es todo.

¿Qué era lo que iba a obligarme a decirle? Tuve miedo, ¡miedo! Le miré cara a cara. Mis ojos no saben guardar secretos como los suyos; pero tienen el poder de llevar la guerra a territorio enemigo.

—¿Qué es lo que hace *usted* realmente aquí, coronel Race? —le pregunté.

Durante un instante creí que no iba a contestarme. Era evidente que le había dejado un poco parado sin embargo. Por fin habló, y sus palabras parecieron proporcionarle cierta sombría diversión.

—Persigo la ambición —repuso—. Tal como suena. Persigo la ambición. Recordará usted, señorita Beddingfeld, que «por tal pecado cayeron los ángeles», etc.

—Dicen —observé yo lentamente— que está usted relacionado, en realidad, con el gobierno... que pertenece al Servicio Secreto. ¿Es cierto eso?

¿Fue ilusión mía, o vaciló una fracción de segundo antes de responder?

—Puedo asegurarle, señorita Beddingfeld, que me hallo aquí como simple particular y que viajo con el exclusivo fin de distraerme.

Al recordar su respuesta más adelante, se me antojó ligeramente ambigua. Quizá tuviera él la intención de que lo fuese.

Volvimos al coche en silencio. A mitad de camino de

Bulawayo nos detuvimos a tomar el té ante una construcción bastante primitiva que se alzaba al lado del camino. El propietario estaba cavando en el jardín y pareció molestarle que le turbasen. Pero prometió hacer lo que pudiera. Tras una espera interminable, nos trajo unas pastas rancias y té templado. Luego volvió a desaparecer en el jardín.

No bien hubo marchado él, nos vimos rodeados de gatos. Seis de ellos, que maullaban lastimeramente a coro. El ruido era ensordecedor. Les ofrecí unos pedazos de pasta. Los devoraron con voracidad. Derramé toda la leche que había en un platillo y lucharon unos contra otros por bebérsela.

—¡Oh! —exclamé indignada—, ¡están muertos de hambre! Es un crimen. Por favor, pida más leche y otro plato de pastas.

El coronel Race marchó en silencio a cumplir mi mandato. Los gatos se habían puesto a mayar otra vez. Regresó con una gran jarra de leche y los gatos se la bebieron.

Me puse en pie, con gesto de determinación.

—Voy a llevarme a estos gatos... No los dejaré aquí.

—Mi querida criatura, no sea absurda. No puede cargar con seis gatos y cincuenta animalitos de madera.

—No se acuerde de los animales de madera. Esos gatos están vivos. Me los llevaré.

—No hará usted tal cosa.

Lo miré con resentimiento; pero él prosiguió:

—Me cree usted cruel. Pero la vida es demasiado dura para que pasemos por ella tornádonos sentimentales ante cosas como ésta. Es inútil que insista. No le permitiré que se los lleve. Nos encontramos en un país primitivo y yo soy más fuerte que usted.

Siempre he sabido reconocer mi derrota. Volví al coche con lágrimas en los ojos.

—Es probable que sólo anden faltos de comida hoy —explicó consolador—. La mujer de ese hombre ha marchado a Bulawayo en busca de provisiones. Conque no se moleste. Además, ya debe usted saber que el mundo está lleno de gatos famélicos.

—Calle... *calle*... —le dijo con ferocidad.

—Le estoy enseñando a que vea la vida tal como es. Le estoy enseñando a ser dura e implacable... como lo soy yo. Ese es el secreto de la fuerza... y el secreto del éxito.

—¡Antes muerta que ser dura! —le respondí con fuego.

Nos metimos en el coche y emprendimos el viaje de regreso. Me fui dominando poco a poco. De pronto, con enorme asombro mío, el coronel me cogió la mano.

—Ana —dijo con dulzura—, te quiero. ¿Te casarías conmigo?

Me quedé estupefacta.

—¡Oh, no! —balbucí—. No puedo.

—¿Por qué no?

—No lo quiero a usted así. Nunca he pensado en usted como posible esposo.

—Ya... ¿Es la única razón?

Tuve que ser sincera. Le debía eso, por lo menos.

—No —repuse—; no lo es. Es que... yo quiero a otro.

—Ya... —volvió a decir—. ¿Y ocurría lo propio al principio... cuando la vi por primera vez... a bordo del *Kilmorden*?

—No —susurré—. Ocurrió... después.

—Ya —dijo por tercera vez.

Sólo que en ésta había un dejo de determinación en su voz que me hizo volverme y mirarle. El rostro tenía la expresión más severa que había visto yo en él jamás.

—¿Qué... qué quiere usted decir? —balbucí.

Me miró inescrutable, dominador.

—Sólo que... que ahora sé lo que he de hacer.

Sus palabras me hicieron estremecer. Tras ellas advertía una determinación que no lograba comprender. Y me asustaba.

Ninguno de los dos dijimos una palabra ya hasta que volvimos al hotel. Me fui derecha a Susana. Estaba echada en su cama, leyendo y andando muy lejos de parecer que le aquejase dolor de cabeza alguno.

—Aquí reposa la perfecta carabina —anunció—, alias la perfecta encarnación del tacto en cuerpo de rodrigón. Pero... ¡Anita!, ¿qué sucede?

Porque yo había estallado en sollozos.

Le hablé de los gatos, no me pareció justo hablarle del

coronel Race. Pero Susana es muy astuta. Creo que se dio cuenta de que había algo más que aquello.

—No se habrá usted resfriado, ¿verdad, Anita? Parece ridículo pensar en tal cosa con semejante calor, pero no hace usted más que tiritar.

—No es nada —contesté—. Los nervios o un simple escalofrío, tal vez. Tengo el presentimiento de que algo terrible va a ocurrir.

—No seas tonta —dijo Susana con decisión—; hablemos de algo interesante. Anita, esos diamantes...

—¿Qué pasa con ellos?

—No estoy segura de que no peligren en mi poder. No había por qué preocuparse antes. A nadie podría ocurrírsele que se hallaran en mi equipaje. Pero ahora que todo el mundo sabe que somos tan amigas usted y yo, también se desconfiará de mí.

—Nadie sabe que se hallan ocultos en un rollo de película, sin embargo —argüí—. Es un escondite magnífico y no creo que pudiéramos mejorarlo.

Asintió, no muy convencida; pero dijo que volveríamos a discutir el asunto cuando llegáramos a las Cataratas.

Nuestro tren salió a las nueve. Sir Eustace seguía de mal humor y la señorita Pettigrew parecía un poco cansada. El coronel Race se mostraba el mismo de siempre. Llegué a preguntarme si no habría soñado toda la conversación que había tenido lugar durante el camino de regreso de Matoppos.

Dormí profundamente aquella noche en mi dura litera, luchando con sueños amenazadores muy confusos. Me desperté con dolor de cabeza y salí a la plataforma del coche. Hacía un tiempo fresco y hermoso y en todo alrededor, hasta donde alcanzaba la vista, veíanse ondulantes cerros cubiertos de bosques. Me enamoré del país, me enamoré como jamás me había enamorado de sitio alguno que hubiese visto. Hubiera querido entonces tener una cabaña en el corazón de los chaparrales y vivir allí siempre...

Un poco antes de las dos y media, estando yo en el «despacho», el coronel Race me llamó desde la plataforma y señaló una bruma blanca, en forma de ramillete, que se cernía sobre cierta parte de la maleza.

—El agua pulverizada de las Cataratas —anunció—. Casi hemos llegado ya.

Yo seguía envuelta en aquel extraño sentimiento de excitación que experimentaba tras la desasosegada noche. Sentía fuertemente arraigada en mí la sensación de que había regresado al hogar... ¡Hogar! ¡Y, sin embargo, jamás había estado allí antes! O..., ¿habría estado en sueños?

Caminamos desde el tren al hotel, un gran edificio blanco con las ventanas cubiertas de alambre fino para impedir que entraran los mosquitos. No había calles. Ni casas. Salimos al *stoep* y exhalé una exclamación. Allá, a media milla de distancia y frente a nosotros, estaban las Cataratas. Jamás he visto cosa tan hermosa ni de tanta grandiosidad. Ni la veré nunca.

—Anita, estás hechizada —dijo Susana, cuando nos sentamos a comer—. Nunca te he visto así antes.

Me miró con curiosidad.

—¿De veras? —reí. Pero mi risa me pareció forzada—. Es que estoy enamorada de todo esto.

—Es algo más que eso.

Frunció levemente el entrecejo, con aprensión.

Sí; me sentía feliz. Pero aparte de eso, experimentaba la extraña sensación de que estaba aguardando algo, algo que sucedería pronto. Estaba excitada, llena de desasosiego.

Después de tomar el té salimos a dar una vuelta, nos subimos a una especie de volquete, y unos negros sonrientes nos empujaron por la minúscula vía hasta el puente.

Era una visión maravillosa. El gran abismo; el torrente de agua abajo; el velo de bruma y agua pulverizada ante nuestros ojos, velo que se rasgaba de vez en cuando, permitiendo ver durante un fugaz instante la catarata antes de soldarse de nuevo y envolver las aguas en impenetrable misterio. Eso, en mi opinión, ha sido siempre lo fascinador de las Cataratas, su esquiva cualidad. Una cree siempre que va a ver y no llega a ver nunca.

Cruzamos el puente y seguimos andando muy despacio por el camino señalado con piedra blanca a cada lado, camino que bordeaba el desfiladero. Por fin llegamos a un gran claro donde, a la izquierda, hay una senda descendente que conduce al abismo.

—La garganta de palmeras —anunció el coronel Race—. ¿Bajamos? O..., ¿le dejamos para mañana? El descenso es largo y el ascenso es más pesado.

—Lo dejaremos para mañana —dijo sir Eustace, con decisión.

He observado que no es muy amigo de hacer demasido ejercicio.

Emprendió el camino de regreso, caminando delante de todos. Nos cruzamos con un indígena magnífico, seguido de una mujer que parecía llevar todo el ajuar sobre la cabeza. Y entre las demás cosas asomaba una sartén.

—Nunca llevo máquina fotográfica cuando más la necesito —gimió Susana.

—La oportunidad de sacar una instantánea así se le presentará con harta frecuencia, señora Blair —dijo el coronel—. Con que no se lamente.

Llegamos de nuevo al puente.

—¿Entramos en el bosque de los arcos iris? —continuó—. O..., ¿tienen ustedes miedo de mojarse?

Susana y yo le acompañamos. Sir Eustace regresó al hotel. Me desilusionó bastante el bosque en cuestión. No había, ni con mucho, arcos iris suficientes y nos calamos hasta los huesos. Pero de vez en cuando pudimos ver las Cataratas, que se hallaban enfrente, y nos dimos cuenta de cuán enormemente anchas son. ¡Oh, queridas, queridísimas Cataratas! ¡Cuánto os amo y adoro y cuánto os amaré y adoraré durante toda la vida!

Regresamos al hotel justamente a tiempo para cambiarnos para cenar. Sir Eustace parece haberle cobrado una antipatía intensa al coronel. Susana y yo intentamos animarle con dulzura, pero no conseguimos gran cosa.

Después de comer se retiró a su salita, llevándose consigo a la señorita Pettigrew. Susana y yo charlamos un rato con el coronel Race, y luego mi amiga declaró, con un prodigioso bostezo, que se iba a acostar. No quería quedarme sola con él. Conque me levanté a mi vez y me retiré a mi cuarto.

Pero estaba demasiado excitada para dormirme. Ni siquiera me desnudé. Me retrepé en un sillón y me entregué de lleno al sueño. Y durante todo el tiempo, el instinto

me advertía que algo extraño se acercaba más y más...

Llamaron a la puerta y me sobresalté. Me puse en pie y me acerqué a ella. Un negrito me tendió un papel. Me iba dirigido, escrito en letra que me era desconocida. Lo tomé y volví a entrar en el cuarto. Permanecí unos instantes inmóvil, con el papel en la mano. Por fin lo abrí. Era muy corto el mensaje:

«Preciso verla. No me atrevo a acercarme al hotel. ¿Quiere acercarse al claro próximo a la garganta de palmeras? Aunque no sea más que en recuerdo del camarote 17, tenga la bondad de venir. El hombre a quien conoció usted bajo el nombre de Enrique Rayburn.»

El corazón me latió con angustiosa violencia. Conque estaba allí. ¡Oh, ya lo sabía!, ¡lo había sabido desde el primer instante! Lo había sentido cerca de mí. Inconscientemente había ido a parar al lugar en que tenía su retiro.

¿Sir Eustace? Me detuve a la puerta de su salita. Sí; le estaba dictando a la señorita Pettigrew. Oía la voz monótona de la mujer repetir: «Por lo tanto, me atrevo a insinuar que al abordar el problema de la mano de obra indígena...» Hizo una pausa para que sir Eustace continuara y le oí gruñir algo, con ira.

Seguí el camino. El cuarto del coronel Race estaba vacío. No le vi en la sala. Y ¡él era el hombre a quien más temía yo! No obstante, no podía perder tiempo. Salí precipitadamente del hotel y eché a andar por el camino del puente.

Lo crucé y permanecí allí, aguardando en las sombras. Si alguien me había seguido, le vería cruzar el puente. Pero transcurrieron los minutos y no cruzó nadie. No me habían seguido. Me volví y seguí el camino hacia el claro. Di unos seis pasos y me detuve. Algo se había movido detrás de mí. No podía ser persona alguna que me hubiese seguido desde el hotel. Era alguien que estaba allí aguardando.

E inmediatamente, sin cuenta ni razón, pero con la certidumbre que da el instinto, comprendí que era yo la persona amenazada. Era la misma sensación que sentí a bordo del *Kilmorden* aquella noche, un instinto infalible advertía del peligro.

Miré bruscamente por encima del hombro. Silencio. Di

un paso o dos. Oí de nuevo movimiento. Sin dejar de andar, miré por encima del hombro otra vez. La figura de un hombre salió de las sombras en mi dirección.

La oscuridad era demasiado grande para que pudiese reconocer a nadie. Lo único que pude ver fue que se trataba de un hombre alto y que era europeo y no indígena. Eché a correr como un galgo. Le oí correr detrás de mí. Corrí más aprisa, con la mirada fija en las piedras blancas que señalaban el camino, porque no había Luna llena aquella noche.

Y de pronto, no hallé tierra bajo mis pies. Oí reír al hombre que me seguía, una risa malévola, siniestra. Repercutió en mis oídos cuando caía de cabeza, precipitándome vertiginosamente hacia el fondo del abismo donde me aguardaba la destrucción total.

Capítulo XXV

Recobré el conocimiento lenta y dolorosamente. Me dolía la cabeza y sentí una punzada en el brazo izquierdo cuando intenté moverme y todo me parecía irreal, un sueño. Flotaron ante mí visiones de pesadilla. Me sentí caer, volver a caer. Una vez, el rostro de Enrique Rayburn pareció surgir de una bruma. Casi lo imaginé real. Luego se volvió a alejar flotando como burlándose de mí. Recuerdo que una vez alguien me acercó una taza a los labios y bebí. Un rostro negro se acercó al mío, sonriente, y solté un chillido. Después, sueños otra vez, sueños largos y agitadores en los que buscaba en vano a Enrique Rayburn para ponerle en guardia, en guardia... ¿contra qué? Ni yo misma lo sabía. Pero existía un peligro, corría un gran peligro, y sólo yo podía salvarle. Luego la oscuridad otra vez, piadosas tinieblas y sueño verdadero reparador.

Me desperté, por fin, dueña de mí otra vez. La larga pesadilla había terminado. Recordaba perfectamente todo lo ocurrido: mi precipitada huida del hotel para acudir a la cita con Enrique, el hombre en las sombras, el último y terrible momento de mi caída...

Milagrosamente no me había matado. Estaba magullada, dolorida y muy débil; pero seguía con vida. Sin embargo, ¿dónde me encontraba? Moviendo la cabeza con dificultad, miré a mi alrededor. Me hallaba en un cuarto pequeño, de paredes de tosca madera. Colgaban de ellas enormes pieles de animales y varios colmillos de marfil. Yacía sobre un lecho tosco, cubierto también de pieles, y tenía el brazo izquierdo vendado y me sentía entumecida e incómoda. Al principio creí que estaba sola. A continuación, vi la figura de un hombre sentado entre mí y la luz, con la cabeza vuelta hacia la ventana. Estaba tan quieto, que parecía tallado en madera. La negra cabeza de pelo cortado al rape me pareció conocida; pero no me atreví a dar rienda suelta a mi imaginación. De pronto se volvió y contuve el aliento. Era Enrique Rayburn. Enrique Rayburn en persona.

Se puso en pie y se acercó a mí.

—¿Se encuentra mejor? —preguntó con cierto embarazo.

No pude responder. Las lágrimas resbalaban por mis mejillas. Estaba débil aún, pero así su mano con las dos mías. Si pudiera morir así, mientras me estuviera mirando él con aquella expresión en los ojos...

—No llores, Ana. Por favor, no llores. No corres peligro ahora. Nadie te hará daño.

Fue en busca de una taza y me la trajo.

—Bebe esta leche.

Bebí sumisa. Él siguió hablando en voz baja, pensativa, como si estuviese hablando con una criatura.

—No me hagas más preguntas ahora. Vuelve a dormirte. Te pondrás más fuerte con el tiempo. Me marcharé si quieres.

—¡No! —exclamé—. ¡No, no!

—Entonces, me quedaré.

Acercó un escabel a mi lado y se sentó. Posó su mano sobre la mía y me apaciguó y consoló. Me quedé dormida otra vez.

Debía de ser de noche entonces; pero cuando volví a despertarme, el sol tocaba a su cénit. Me encontraba sola en la cabaña; pero al moverme, una indígena vieja entró corriendo. Era fea como un pecado; pero me sonrió animadora. Me trajo agua en un cuenco y me ayudó a lavarme la cara y las manos. Luego me dio un tazón muy grande de sopa, y me tomé hasta la última gota. Le hice varias preguntas; pero ella se limitó a sonreír y a mover afirmativamente la cabeza, y a hablar en un idioma gutural. Conque deduje que no sabía una palabra de inglés.

De pronto se irguió y se retiró respetuosamente al entrar Enrique Rayburn. Él la despidió con un gesto y la mujer se fue, dejándonos solos. Enrique me sonrió.

—Hoy sí que está mejor, ¿verdad?

—Sí; en efecto; pero aturdida aún. ¿Dónde estoy?

—En una islita de Zambeze, a unas cuatro millas de las Cataratas.

—¿Saben... saben mis amigos que estoy aquí?

Él negó con la cabeza.

—Es preciso que les mande un aviso.

—Como usted quiera, claro está; pero en su lugar, yo aguardaría a encontrame un poco más fuerte.

—¿Por qué?

Él no contestó inmediatamente; conque proseguí:

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

Su contestación me dejó estupefacta.

—Cerca de un mes.

—¡Oh! —exclamé—. Tendré que mandarle aviso a Susana. Debe de estar consumida de ansiedad.

—¿Quién es Susana?

—La señora Blair. Estaba con ella, y sir Eustace, y el coronel Race, en el hotel..., pero, ¿eso ya lo sabía usted?

Él movió negativamente la cabeza.

—Yo no sé nada, salvo que la encontré a usted en la bifurcación de la rama de un árbol, sin conocimiento y con el brazo dislocado.

—¿Dónde estaba ese árbol?

—Por encima del desfiladero. De no habérsele enganchado la ropa en las ramas, se hubiera hecho usted pedazos.

Me estremecí. Luego me asaltó un pensamiento.

—Dice usted que no sabía que me hallaba allí. ¿Y su mensaje, entonces?

—¿Qué mensaje?

—La nota que me mandó pidiéndome que fuera a verle al claro.

Me miró boquiabierto.

—Yo no le he enviado mensaje alguno.

Me puse colorada como un tomate. Afortunadamente, él no pareció darse cuenta de ello.

—¿Cómo llegó a encontrarse usted tan milagrosamente a mano? —inquirí, con toda la serenidad que pude—. Y, ¿qué hace usted en esta parte del mundo?

—Vivo aquí simplemente.

—¿En esta isla?

—Sí. Vine aquí después de la guerra. A veces llevo clientes del hotel a dar un paseo en mi embarcación; pero necesito muy poco para vivir, y por regla general, hago lo que se me antoja.

—¿Vive completamente solo aquí?

—Puedo asegurarle que no siento nostalgia de compañía —replicó, con frialdad.

—Lamento haberle impuesto la mía —repuse—; pero no parezco haber tenido yo mucho que ver con el asunto.

Con gran sorpresa mía, le bailó la risa en los ojos durante unos segundos.

—Nada en absoluto —aseguró—. Me la eché al hombro como si fuera un saco de patatas y me la llevé al bote. Como un hombre de la Edad de Piedra.

—Pero con distinta intención —observé.

Fue *él* quien se puso colorado esta vez. El bronceado de su tez pareció fundirse.

—Pero no me ha dicho usted cómo es que andaba vagando por ahí tan oportunamente —me apresuré a decir para ocultar su confusión.

—No podía dormir. Estaba inquieto..., turbado... Tenía el presentimiento de que iba a suceder algo. Acabé por meterme en el bote, cruzar a tierra y echar a andar hacia las Cataratas. Me encontraba a la entrada de la garganta de palmeras cuando oí su grito.

—¿Por qué no fue a buscar ayuda al hotel en lugar de cargar conmigo hasta aquí? —pregunté.

Volvió a ponerse colorado.

—Supongo que a usted le parecerá una libertad imperdonable..., pero ¡no creo que se dé usted cuenta de su peligro aún! ¿Opina que debiera de haber informado a sus amistades? ¡Valientes amigos que consintieron que se tendiera un lazo para matarla! No; me dije que yo podría cuidarla mucho mejor que ninguna otra persona. No viene ni un alma a esta isla. Busqué a la vieja Batani, a la que curé unas fiebres en cierta ocasión, para que la asistiera. Es leal. Jamás dirá una palabra. Podría tenerla a usted aquí meses y meses y nadie lo sabría.

¡Podría tenerla a usted aquí meses y meses y nadie lo sabría! ¡Cómo le encantan a una ciertas palabras!

—Hizo usted muy bien —dije—. Y no mandaré aviso a nadie. Un día o dos más de ansiedad no importa gran cosa. No es como si se tratara de familia mía. No son más que conocidos en realidad... ni de la propia Susana puedo decir que sea más; y la persona que escribió la nota

tiene que haber sabido... mucho. No fue obra de un extraño.

Logré mencionar la nota, esta vez sin ruborizarme.

—Si se dejara guiar por mí... —dijo, vacilando.

—No supongo que me deje —le rspondí, con franqueza—. Pero no perderé nada en escucharle.

—¿Hace usted siempre lo que le da la gana, señorita Beddingfeld?

—Por regla general —respondí, con cautela.

De haberme hecho semejante pregunta, cualquier otra persona hubiera contestado: «Siempre.»

—Compadezco a su esposo —dijo inesperadamente.

—No tiene usted por qué compadecerle —le repliqué—. No soñaría siquiera con casarme con un hombre a menos que estuviese locamente enamorada de él. Y, claro está, no hay cosa que más entusiasme a una mujer que el hacer las cosas que no le gusta hacer, nada más que por amor al hombre a quien quiere. Y cuando más voluntariosa es, más le gusta.

—Me temo que no estoy de acuerdo con usted. Se invierten los papeles por regla general.

Hablaba con cierto deje de desdén.

—Precisamente —exclamé con avidez—. Y por eso hay tantos matrimonios desdichados. La culpa es toda del hombre. O cede a la mujer (en cuyo caso ella le desprecia), o se muestra completamente egoísta, se empeña en salir siempre con la suya y ni siquiera dice «gracias» una sola vez. Los maridos que hacen un éxito del matrimonio obligan a sus mujeres a hacer lo que ellos quieren, y luego las colman de atenciones y de muestras de agradecimiento por haberlo hecho. A las mujeres les gusta que las dominen; pero detestan que no sean apreciados sus sacrificios. Por otra parte, los hombres no quieren a la mujer que se muestra agradable con ellos continuamente. Cuando yo me case, seré un verdadero demonio la mayor parte del tiempo. Pero alguna vez, cuando mi esposo menos lo espere, ¡le demostraré cuán angélica puedo ser!

Enrique soltó una carcajada.

—¡Qué vida de perros llevarán!

—Los que se quieren, se pelean siempre —le aseguré—

porque no se comprenden. Y para cuando llegan a comprenderse, han dejado de quererse ya.

—¿Es lo contrario cierto también? ¿Se quieren siempre las personas que andan siempre a la greña?

—No..., no lo sé —respondí, confusa momentáneamente.

Se volvió hacia el hogar.

—¿Quiere un poco más de sopa? —inquirió.

—Sí, por favor. Tengo tanto apetito, que sería capaz de comerme un hipopótamo.

—Buena señal.

—Cuando pueda levantarme de aquí, guisaré yo —le prometí.

—No creo que sepa usted una palabra de cocina.

—Soy capaz de calentar el contenido de una lata tan bien como pueda hacerlo usted —le contesté, señalando la hilera de latas de conserva que había sobre la repisa de la chimenea.

—*Touché!* —dijo él.

Y se echó a reír.

Todo su semblante cambiaba cuando reía. Se hacía infantil, feliz... una personalidad distinta.

Me tomé la sopa con verdadera fruición. Mientras lo hacía, le recordé que, después de todo, no me había dado el consejo prometido.

—Ah, sí... Lo que iba a decir era lo siguiente: Yo, en su lugar, permanecería aquí, perdida, hasta encontrarme completamente restablecida. Sus enemigos la creerán muerta. No les sorprenderá no hallar su cadáver. Se hubiera deshecho contra las rocas y se lo hubiese llevado la corriente.

Me estremecí.

—Una vez haya recobrado la salud, puede dirigirse a Beira y embarcarse con rumbo a Inglaterra.

—Eso resultaría demasiado manso —objeté, desdeñosa.

—Esas son palabras de colegiala alocada.

—¡Yo no soy una colegiala alocada! —exclamé, indignada—. ¡Soy una mujer!

Me miró con una expresión que no pudo sondear, cuando me incorporé excitada.

—¡Válgame Dios! —murmuró—. ¡Es verdad!

Y giró bruscamente sobre sus talones y se fue.

Me restablecí con rapidez. Sólo había recibido un fuerte golpe en la cabeza y me había dislocado el brazo. Esto último era lo más serio. Al principio, Enrique había creído que lo tenía fracturado. Un cuidadoso examen, sin embargo, le había convencido de que no era así, y aunque me dolía bastante, empezaba a poder usarlo otra vez ya.

Fue una temporada singular. Estábamos aislados del mundo, tan solos como pueden haberlo estado Adán y Eva, pero... ¡con una diferencia! La vieja Batani revoloteaba a nuestro alrededor, aunque le hacíamos tanto caso como si no hubiese existido. Me empeñé en hacer yo los guisos, o todos los que me era posible hacer con una sola mano por lo menos. Enrique se hallaba fuera gran parte del tiempo; pero nos pasábamos largas horas juntos, tendidos a la sombra de las palmeras, hablando y regañando, discutiendo toda clase de temas, peleándonos y volviendo a hacer las paces. A pesar de nuestras numerosas discusiones, nació entre nosotros una camaradería real y duradera que jamás hubiese creído yo posible. Eso y otra cosa.

Se acercaba el momento para marcharme. Y al pensar en ello sentía como un peso en el corazón. ¿Me iba a dejar marchar? ¿Sin una palabra? ¿Sin una señal? Sufría accesos de taciturnidad, largos intervalos de cavilación, momentos en que se ponía en pie de un salto y se marchaba solo. Cierto atardecer llegó la crisis. Habíamos dado fin a nuestra sencilla comida y nos hallábamos sentados a la puerta de la cabaña. El sol tocaba a su ocaso.

Enrique no había podido suministrarme uno de los artículos de primera necesidad para una mujer: las horquillas. El cabello, liso y negro, me colgaba hasta las rodillas. Estaba sentada, barbilla en mano, absorta en mis pensamientos. Sentí, más que vi, que Enrique me estaba contemplando.

—Pareces una hechicera, Anita —dijo por fin.

Y había en su voz algo que nunca había habido en ella antes.

Alargó una mano y me tocó el cabello. Me estremecí. De pronto se puso en pie mascullando una maldición.

—¡Tienes que marcharte de aquí mañana! ¿Lo has oído?

—exclamó—. No... no puedo soportar más. Después de todo, soy humano. Es preciso que te vayas, Ana. Es preciso. No eres tonta. Tú sabes que esto no puede continuar.

—Supongo que no —repuse yo lentamente—. Pero... ha sido una temporada feliz, ¿verdad?

—¿Feliz? ¡Ha sido un verdadero infierno!

—¿Tan malo como todo eso?

—¿Por qué me atormentas? ¿Por qué te burlas de mí? ¿Por qué dices eso... riéndote por entre el cabello?

—No me reía. Y no me burlo. Si tú quieres que me vaya, me iré. Pero si quieres que me quede..., me quedaré.

—¡Eso no! —exclamó con vehemencia—. ¡Eso no! No me tientes, Ana. ¿Te das cuenta de lo que soy? Un hombre dos veces criminal. Un hombre perseguido. Aquí me conocen bajo el nombre de Enrique Parker... Creen que he estado haciendo una excursión por el interior. Pero el día menos pensado comprenderán la verdad... y caerá el golpe. Eres tan joven, Ana... y tan hermosa... Con esa hermosura que enloquece a los hombres. Todo el mundo se abre ante ti... amor, vida, todo. Yo dejé mi vida atrás..., arrasada, quemada, con un sabor amargo a cenizas.

—Si no me quieres...

—Tú sabes que te quiero. Tú sabes que daría el alma por cogerte entre mis brazos y conservarte entre ellos oculta a los ojos del mundo, para toda la eternidad. Y me estás tentando, Anita. Tú, con tu largo cabello de hechicera, con tus ojos que son dorados y pardos, y verdosos, y que nunca dejan de reír ni aun cuando tus labios tienen una expresión solemne. Pero te salvaré de ti misma y de mí. Te irás esta noche. Marcharás a Beira...

—Yo no iré a Beira —le interrumpí.

—Irás. Irás a Beira aunque tenga que llevarte allí yo mismo y tirarte al barco. ¿De qué crees tú que estoy hecho? ¿Crees tú que estoy dispuesto a despertarme noche tras noche temiendo que te hayan cogido? Uno no puede esperar que los milagros se sigan produciendo. Tienes que volver a Inglaterra, Anita... y... y casarte y ser feliz.

—¡Con un hombre que tenga bien sentada la cabeza y me dé un buen hogar!

—Más vale eso que... una catástrofe.

—Y tú..., ¿qué?

Tornóse duro de semblante.

—Tengo mi trabajo a mano. No me preguntes cuál es. Es posible que lo adivines. Pero una cosa te diré: demostraré mi inocencia o moriré intentándolo. Y estrangularé con mis propias manos al canalla que hizo lo posible por asesinarte la otra noche.

—Hay que ser justos —dije—. No me empujó al abismo él.

—No tenía necesidad de hacerlo. Era más ingenioso su plan. Subí por el camino después. Todo parecía en orden; pero por las señales que encontré en el suelo, vi que las piedras que sirven para señalar el camino habían sido arrancadas y colocadas de nuevo en otro sitio. En la misma orilla y creciendo hacia fuera hay unos matorrales altos. Las piedras exteriores habían sido colocadas sobre los matorrales, de forma que, cuando creyeras estar siguiendo el camino, estuvieses, en realidad, poniendo los pies en el vacío. ¡Que Dios le ampare si llego yo a echarle la mano encima, no habrá remisión para él!

Hízo una pausa, y luego dijo en tono distinto:

—Nunca hemos hablado de estas cosas, Anita, ¿verdad? Pero ha llegado el momento. Quiero que conozcas toda la historia..., desde el principio.

—Si te resulta doloroso resucitar lo pasado, no me lo cuentes —dije yo, en voz baja, impaciente por saberla.

—Es que quiero que la conozcas. Nunca creí que hablara jamás con nadie de esa parte de mi vida. Es curioso, ¿verdad?, las tretas que nos gasta el Destino.

Guardó silencio unos minutos. Se había puesto el sol y la aterciopelada oscuridad de la noche africana nos envolvía como un manto.

—Parte de esa historia la conozco ya —le advertí con dulzura—. Sé que tu verdadero nombre es Enrique Lucas. Aun entonces vaciló, sin mirarme, con la vista fija delante de él. No tenía la menor idea de lo que estaba pasando por la imaginación. Por fin movió la cabeza espasmódicamente, como si asintiera con alguna decisión que acababa de tomar. Y dio principio a su relato.

Capítulo XXVI

Tienes razón. Me llamo Enrique Lucas, en realidad. Mi padre era militar retirado que vino a Rhodesia a montar un rancho. Murió cuando cursaba yo mi segundo año de estudios en Cambridge.

—¿Lo querías? —pregunté, de pronto.

—No..., no lo sé.

Luego se puso colorado y prosiguió, con súbita vehemencia:

—¿Por qué digo eso? Sí, quería a mi padre. Nos dijimos cosas muy amargas la última vez que nos vimos, y regañamos muchas veces por mis locuras y mis deudas; pero sí que le quería, y mucho. Ahora es cuando me doy cuenta exacta de cuánto le he querido..., ahora que es demasiado tarde.

Y continuó más tranquilo:

—Fue en Cambridge donde conocí al otro muchacho...

—¿Al joven Eardsley?

—Sí; al joven Eardsley. Su padre, como sabes, era uno de los hombres más destacados de África del Sur. Nos hicimos amigos en seguida. Eardsley y yo. El amor que profesábamos al África del Sur, nos unía, y a ambos nos atraían los sitios vírgenes del mundo. Después de abandonar Cambridge, Eardsley regañó definitivamente con su padre. El viejo le había pagado las deudas dos veces y se negó a volverlo a hacer. Hubo una escena violenta entre ellos. Sir Lorenzo anunció que se le había agotado la paciencia; no volvería a hacer cosa alguna por su hijo. Tendría que arreglárselas solo. El resultado fue, como ya sabes, que los dos jóvenes se marcharon juntos a Sudamérica en busca de diamantes.

»No voy a entrar en detalles de eso ahora; pero lo pasamos maravillosamente allí. No faltaron las penalidades, claro está. La vida, sin embargo, era buena... la lucha por la existencia lejos de todo lugar habitado... Y ¡Dios! ¡Allí, es donde se conoce a los amigos! Se forjó un lazo entre los dos que sólo la muerte hubiera sido capaz de quebrantar. Bueno, pues como dijo el coronel Race, nuestros esfuerzos se vieron coronados por el éxito. Encontramos un segundo Kimberley en el corazón de las selvas de la Guayana Británica. No puedo descubrirte la sensación de triunfo que experimentamos. No era tanto el valor monetario de nuestro descubrimiento. Eardsley estaba acostumbrado al dinero y sabía que, cuando muriese su padre, sería millonario. Y yo siempre había sido pobre y estaba acostumbrado a serlo. No... fue la simple alegría de haber hecho un descubrimiento.

Hizo una pausa y luego agregó, casi en son de excusa:

—No te importa que te lo cuente así, ¿verdad? Como si yo no figurara en el asunto siquiera... Es así como lo veo ahora al mirar hacia atrás y recordar a esos dos muchachos. Casi me olvido de que uno de ellos era... Enrique Rayburn.

—Cuéntalo como mejor te parezca —le contesté.

Y él prosiguió:

—Fuimos a Kimberley... la mar de orgullosos con nuestro hallazgo. Llevábamos una magnífica colección de diamantes para someter a los expertos. Y entonces, en el hotel de Kimberley, la conocimos... —Se detuvo como si reflexionara.

Sentí que mis músculos se tornaban rígidos, y la mano que apoyaba en la jamba de la puerta, se me crispó involuntariamente.

—Anita Grünberg..., ése era su nombre. Y era actriz. Muy joven y muy hermosa. Nacida en África del Sur, de madre húngara, si no me equivoco. La rodeaba cierta aureola de misterio y eso, naturalmente, aumentó sus atractivos para dos muchachos que acababan de regresar de la selva. Debió de encontrar muy fácil su tarea. Los dos nos enamoramos de ella en seguida. Y a los dos nos dio la cosa muy fuerte. Era la primera sombra que jamás se

había interpuesto entre nosotros, no obstante lo cual, nuestra amistad no se debilitó. Estoy convencido de que cada uno de nosotros estaba dispuesto a echarse a un lado y dejar que triunfara el otro. Pero no era eso lo que ella quería. Algún tiempo después me pregunté por qué había sido, ya que el hijo único de sir Lorenzo Eardsley resultaba un magnífico partido. La verdad era, sin embargo, que ella estaba casada ya, con una especie de clasificador de piedras, empleado en De Beers..., aunque nadie tenía el menor conocimiento de ello. Fingió interesarse enormemente por nuestro descubrimiento y nosotros se lo contamos todo, y hasta le enseñamos los diamantes. Dalila..., ¡ése debía de haber sido su nombre! Y supo desempeñar muy bien su papel.

»Fue descubierto el robo cometido en De Beers, y la policía cayó sobre nosotros como un alud. Se apoderaron de nuestros diamantes. Al principio nos reímos... ¡era tan absurdo aquello! Luego los diamantes fueron presentados ante el tribunal. Y no cabía la menor duda de que se trataba de las piedras robadas en De Beers... Anita Grünberg había desaparecido. Había logrado hacer la sustitución con mucha habilidad, y cuando dijimos que aquéllas no eran las piedras que nosotros habíamos tenido, se burlaron.

»Sir Lorenzo Eardsley tenía una influencia enorme. Consiguió que se retirara la acusación. Pero no consiguió con ello que se borrara la mancha que había caído sobre el nombre de los dos jóvenes y por poco se le partió el corazón. Tuvo una entrevista con su hijo, en la que le colmó de increíbles reproches. Había hecho todo lo posible por salvar el nombre de la familia; pero desde aquel día, su hijo había dejado de serlo. Renegaba de él por completo. Y el joven, orgulloso, de un amor propio exagerado, guardó silencio, negándose a protestar de su inocencia en vista de la incredulidad del padre. Salió furioso de la entrevista. Su amigo le estaba aguardando. Una semana más tarde se declaró la guerra. Los dos amigos se alistaron juntos. Ya sabes lo que sucedió. El mejor amigo que haya tenido jamás hombre alguno halló la muerte, en parte, por su temeraria locura. Se empeñó en correr riesgos innecesarios. Murió con el nombre deshonrado...

»Te juro, Anita, que si le guardé rencor a la mujer fue principalmente por mi amigo. A él le había afectado mucho más profundamente que a mí. Yo había estado locamente enamorado de ella durante un momento..., hasta creo que yo la asustaba a veces. En el caso de él, sin embargo, el sentimiento era menos vehemente aunque más profundo. Había sido para él el mismo centro del Universo... el eje alrededor del cual giraban todos sus anhelos. Su traición le arrancó las mismísimas raíces de la existencia. El golpe le aturdió, le dejó paralizado.

Enrique hizo una pausa. Después de un par de minutos, prosiguió:

—Como sabes, se me dio por «desaparecido; presuntamente muerto». Jamás me molesté en corregir el error. Tomé el nombre de Parker y me vine a esta isla, que conocía de antiguo. Al principiar la guerra había tenido la esperanza y la ambición de demostrar mi inocencia; pero luego, mi espíritu pareció haber muerto. Me decía: «¿De qué sirve?» Mi amigo había muerto. Ni él ni yo teníamos pariente alguno vivo a quien pudiera importarle. A mí se me creía muerto también. Que siguieran creyéndolo. Llevé una existencia apacible aquí, ni feliz ni desgraciada. Tenía entumecida la facultad de sentir. Ahora comprendo, aunque no me di cuenta de ello por entonces, que tal sensación era, en parte, el resultado lamentable, producido por la guerra.

»Un día, sin embargo, sucedió algo que me despertó de nuevo. Había accedido a llevar a un grupo de gente en mi canoa automóvil río arriba y estaba de pie en el embarcadero ayudándolos a subir a bordo, cuando uno de los hombres soltó una exclamación de sobresalto. Me fijé en él. Era un hombrecillo pequeño, delgado, con barba, y que me estaba mirando con la misma expresión que si viera a un fantasma. Tan profunda era su emoción, que despertó mi curiosidad, hice averiguaciones en el hotel y descubrí que se llamaba Carton, que era oriundo de Kimberley y que trabajaba de clasificador de diamantes en las minas de De Beers. Entonces renació en mí la antigua sensación de agravio. Abandoné inmediatamente la isla y me marché a Kimberley.

»Pude descubrir muy poco más de él, no obstante. Acabé por decidir entrevistarme con él aunque fuera a la fuerza. Me llevé el revólver. Lo poco que había visto de él me había bastado para darme cuenta de que era un cobarde. En cuanto nos encontramos cara a cara, vi que me tenía miedo. No me costó trabajo obligarle a decirme cuanto sabía. Él había tenido parte en el robo y Anita Grünberg era su esposa. Nos había visto una vez a los dos cuando comíamos con ella en el hotel y como leyera más tarde la noticia de mi muerte, le había causado sobresalto verme, de pronto, en las Cataratas. Anita y él se habían casado muy jóvenes; pero la mujer no había tardado en separarse de su esposo. Había caído en mala compañía, según él. Fue entonces cuando oí hablar del «Coronel» por primera vez. Carton no había tomado parte en ningún asunto más que aquél. Me lo juró con toda solemnidad. Y me incliné a creerle. Era demasiado cobarde para poder triunfar como criminal.

»Se me antojaba a mí que aún me estaba ocultando algo. Para comprobarlo, amenacé con meterle un tiro allí mismo; diciéndole que me importaba muy poco lo que fuera de mi vida. Loco de terror, me contó otra historia. Parece ser que Anita Grünberg no se fiaba del todo del «Coronel». Al fingir entregarle todas las piedras que había hallado en el hotel, retuvo algunas en realidad. Carton, gracias a sus conocimientos técnicos, supo aconsejarle cuáles quedarse. Si fueran presentadas aquellas piedras alguna vez, eran tales su color y calidad, que sería muy fácil identificarlas y los expertos de De Beers reconocerían inmediatamente que aquellos diamantes jamás habían pasado por sus manos. De esa manera, habrían pruebas de que la sustitución que habíamos alegado era un hecho, mi nombre quedaría rehabilitado y las sospechas recaerían sobre quien correspondiese. Entendí que, contrario a su costumbre, el propio «Coronel» había tomado parte activa en el asunto. Por consiguiente, Anita estaba segura de que poseía un arma con él si algún día la necesitaba. Carton me propuso entonces que llegara a un acuerdo con Anita Grünberg, o Nadina, como se hacía llamar ahora. Él opinaba que estaría dispuesta, a cambio de una buena can-

tidad de dinero, a entregar las piedras y traicionar a su jefe, le cablegrafiaría inmediatamente.

»Yo seguía desconfiando de Carton. Era hombre fácil de asustar, pero de los que en su terror, diría tantas mentiras que costaría un trabajo enorme saber qué detalle creer. Volví al hotel y aguardé. A la tarde siguiente, calculé que ya habría tenido tiempo de recibir respuesta a su cablegrama. A mí me olió mal la cosa. Descubrí, justamente a tiempo, que en realidad iba a salir para Inglaterra a bordo del *Castillo de Kilmorden* que zarpara de Ciudad de El Cabo un par de días más tarde. Aún me quedaba tiempo de hacer el viaje a Ciudad de El Cabo y embarcar en el mismo vapor y seguir mis averiguaciones.

»No tenía la menor intención de alarmar a Carton dejándome ver a bordo. Había tomado parte en muchas representaciones teatrales durante mis días universitarios y no me costó gran trabajo transformarme en un caballero barbudo de edad madura. Esquivé cuidadosamente a Carton en el barco, permaneciendo en mi camarote todo el tiempo posible, so pretexto de indisposición.

»Le seguí sin dificultad cuando llegamos a Londres. Se fue derecho a un hotel y no salió hasta el día siguiente. Yo iba detrás de él. Marchó a las oficinas de un corredor de fincas de Knightsbridge. Allí pidió pormenores de las casas que hubiera por alquilar a orillas del río.

»Yo me acerqué a otra mesa a preguntar por una casa también. De pronto entró Anita Grünberg, Nadina... o lo que quieras llamarla. Soberbia, insolente y casi tan bella como siempre. ¡Dios! ¡Cómo la odiaba! Hela aquí, la mujer que había obrado mi ruina y que había sido también la ruina de un hombre mejor que yo. En aquel momento hubiese sido capaz de asirla por el cuello y estrangularla milímetro a milímetro. Durante unos instantes me cegué. Fue la voz de ella la que oí a continuación... alta y clara, y con un acento extranjero exagerado: La Casa del Molino, Marlow, propiedad de sir Eustace Pedler. Suena como si pudiera ser lo que busco. Sea como fuere, voy a visitarla.

—»El agente le extendió la orden y ella volvió a salir, con sus aires insolentes y de reina. No había dado la menor muestra de reconocer a Carton. No obstante, estaba con-

vencido de que aquel encuentro allí obedecía a un plan preconcebido. Entonces fui un poco precipitado en mis conclusiones. Como no sabía que sir Eustace estaba en Cannes, creí que aquella busca de casa era simple pretexto para entrevistarse con él en la Casa del Molino. Yo sabía que él había estado en Africa del Sur por la época del robo y, no habiéndole visto jamás, llegué a la conclusión que él debía de ser el misterioso «Coronel» del que tanto había oído hablar.

»Seguí a mis dos sospechosos por Knightsbridge. Nadina entró en el Hotel de Hyde Park. Apreté el paso y entré tras ella. Se metió en el restaurante y decidí no correr el riesgo de que me reconociera en aquellos instantes, sino continuar siguiendo a Carton. Tenía grandes esperanzas de que iba a buscar los diamantes y de que, si me presentaba yo de pronto y me daba a conocer cuando menos lo esperase, tal vez consiguiera hacerle decir la verdad completa. Le seguí a la estación del «Metro» de Hyde Park Corner. Lo vi solo a un extremo del andén. Había una muchacha cerca de él; pero nadie más. Decidí abordarle allí mismo. Ya sabes lo que ocurrió. La sorpresa de ver allí a un hombre a quien creía en Africa del Sur le hizo perder la cabeza y retroceder. Siempre había sido un cobarde. So pretexto de ser médico, conseguí registrarle los bolsillos. Llevaba una cartera con billetes y un par de cartas sin importancia, un rollo de película que debí dejar caer en alguna parte más tarde, y un papel en que se daba una cita para el veintidós a bordo del *Castillo de Kilmorden*. En mis prisas por alejarme antes de que me parase nadie, dejé caer el papel en cuestión también, pero por fortuna recordé las cifras.

»Entré en el guardarropa más cercano y me quité apresuradamente la caracterización. No tenía el menor deseo de que se me echara el guante por haberle registrado y confiscado algunas cosas a un cadáver. Luego volví al Hotel Hyde Park. Nadie estaba comiendo aún. No es preciso que describa detalladamente cómo la seguí hasta Marlow. Entró en la casa y yo hablé con la mujer del pabellón, fingiendo que acompañaba a Nadina. A continuación entré yo también.

Calló. Hubo un silencio cargado de electricidad.

—Me creerás, Anita, ¿verdad? Te juro ante Dios que lo que voy a decirte es verdad. Entré en la casa tras ella con pensamientos homicidas. Y... ¡la encontré muerta! Estaba en el cuarto del primer piso... ¡Dios! Fue horrible. Muerta... Y no había ni rastro de ninguna otra persona en la casa. Me di cuenta en seguida, claro está, de la terrible situación en que me hallaba. Mediante un golpe maestro, la presunta víctima del chantaje había logrado deshacerse de la chantajista y suministrar, al propio tiempo, otra víctima a quien pudiera achacársele el crimen. Se veía bien clara la mano del «Coronel» en todo aquello. Por segunda vez era yo víctima suya. ¡Imbécil de mí, que tan fácilmente me había metido en una trampa!

»Apenas sé lo que hice a continuación. Logré salir de la finca con aspecto relativamente normal; pero comprendí que no tardaría en descubrirse el crimen y ser telegrafiada mi descripción a todas partes.

»Permanecí escondido unos días sin atreverme a moverme. Por último, la casualidad vino en mi ayuda. Sorprendí una conversación entre dos hombres de edad madura en plena calle. Uno de ellos resultó ser sir Eustace Pedler. Se me ocurrió inmediatamente la idea de irme con él como secretario. El fragmento de conversación que había oído me proporcionó el medio de conseguirlo. Ya no estaba yo tan seguro de que sir Eustace Pedler fuera el «Coronel». Quizá se habría escogido su casa como punto de cita por azar... o por algún motivo que yo no lograba desentrañar pese a mi mucho reflexionar.

—¿Sabías tú —le interrumpí— que Guy Pagett se hallaba en Marlow el día del asesinato?

—Así queda aclarado entonces. Yo le hacía en Cannes con sir Eustace.

—Se le suponía en Florencia..., pero, desde luego, *allí* no estuvo jamás. Estoy casi segura de que se hallaba en Marlow. Sólo que, claro está, no puedo demostrarlo.

—¡Y pensar que nunca sospeché de Pagett ni un instante hasta la noche en que intentó tirarte al mar! Ese hombre es un actor maravilloso.

—¿Verdad que sí?

—Así se explicaba que se escogiera la Casa del Molino. Seguramente Pagett podría entrar en ella y salir, sin ser observado. Es natural, además, que no se opusiera a que yo acompañase a sir Eustace a bordo. En efecto, Nadina no se presentó en el lugar de la cita con los diamantes, como habían esperado que hiciese. Me figuro que, en realidad, sería Carton quien los tuviera y que los habría escondido a bordo del *Kilmorden*, así se explica su parte en el asunto. Esperaban que pudiera tener yo algún indicio del lugar en que se hallaban escondidos. Mientras el «Coronel» no consiguiera apoderarse de los diamantes, seguiría corriendo peligro... Por eso tenía tantos deseos de apoderarse de ellos costara lo que costase. Lo que no sé es dónde demonios los escondería Carton, si es que de veras los escondió.

—Eso es una historia aparte —anuncié yo—. La *mía*. Y te la voy a contar ahora mismo. Escúchame con atención.

Capítulo XXVII

Enrique escuchó atentamente mientras narré todos los acontecimientos que he relatado ya en estas páginas. Lo que más le aturdió y sorprendió fue el saber que, durante todo aquel tiempo, los diamantes habían estado en mis manos o, mejor dicho, en las de Susana. Era una cosa que jamás se le había ocurrido sospechar siquiera. Claro está, después de conocer su historia, comprendí el porqué de la combinación de Carton, o la de Nadina más bien, puesto que estaba segura que ella habría sido la que concibiera el plan. Jamás conseguiría nadie apoderarse de las piedras atacándola a ella o a su esposo. El secreto había muerto con ella y no era fácil que el «Coronel» adivinase que se hallaban bajo la custodia del mayordomo de un barco.

Parecía seguro ya que Enrique podría demostrar su inocencia en el asunto del robo de los diamantes. Era la otra y más grave acusación la que paralizaba todas nuestras actividades. Porque según estaban las cosas, no podía salir al descubierto a defenderse.

Vez tras vez volvimos al mismo punto: la identidad del «Coronel». ¿Era Guy Pagett o no lo era?

—Yo diría que lo es, de no ser por una cosa —dijo Enrique—. Parece bastante seguro que fue Pagett quien asesinó a Anita Grünberg en Marlow..., cosa que indudablemente da color a la suposición de que el «Coronel» es él, puesto que lo que pretendía Anita no era cosa que pudiera discutirse con un subordinado. No; la única cosa que pugna contra esa teoría es el intento de quitarte a ti del paso la noche de tu llegada aquí. Viste a Pagett quedarse atrás en Ciudad de El Cabo. Hubiera sido completamente imposible que llgara aquí, por medio alguno, antes del miércoles siguiente. Es muy improbable qu tenga emisarios por esta parte del mundo y todos sus planes tendían a encargarse de ti en Ciudad de El Cabo. Hubiese podido, claro

está, cablegrafiar instrucciones a algún lugarteniente suyo de Johannesburgo, que hubiera podido coger el tren de Rhodesia en Mafeking. Pero tendrían que haber sido muy claras y concretas las instrucciones que recibiera para que pudiese escribir la nota que recibiste.

Guardamos silencio unos instantes. Luego dijo Enrique, muy despacio:

—¿Dices que la señora Blair estaba dormida cuando abandonaste el hotel, y que oíste a sir Eustace dictarle a la señorita Pettigrew? ¿Dónde estaba el coronel Race?

—No pude encontrarle en ninguna parte.

—¿Tenía algún motivo para creer que... tú y yo pudiésemos tener amistad?

—Puede haberlo tenido —respondí, pensativa, recordando nuestra conversación en los Matoppos.

»Es un hombre de personalidad muy fuerte —proseguí—; pero no se ajusta a la idea que yo me he formado del "Coronel". Y de todas formas, semejante idea resultaría ridícula. Pertenece al Servicio Secreto.

—¿Cómo lo sabes tú? Es la cosa más fácil del mundo insinuar una cosa así. Nadie lo contradice y el rumor se propaga hasta que todo el mundo lo toma por el Evangelio. Proporciona una excusa para toda suerte de actos dudosos. Ana, ¿te es simpático Race?

—Me lo es... y no me lo es. Me repele y al mismo tiempo me fascina. Pero una cosa sé: siempre le tengo algo de miedo.

—No sé si lo sabes —anunció Enrique, despacio—, pero estaba en Africa del Sur por el tiempo en que se cometió el robo.

—¡Si fue él quien le contó a Susana la historia del «Coronel» y le dijo que había estado en París intentando ponerse sobre la pista!

—Enmascaramiento y muy ingenioso, por cierto.

—¿Qué papel desempeña Pagett en el asunto entonces? ¿Trabajaba a sueldo de Race?

—Quizá —anunció Enrique deliberadamente— no desempeñe ningún papel.

—¿Cómo?

—Haz memoria, Anita. ¿Viste alguna vez la versión que

dio Pagett de lo sucedido aquella noche a bordo del *Kilmorden*?

—Sí; por boca de sir Eustace.

Repetí la historia. Enrique me escuchó atentamente.

—Vio a un hombre que venía, al parecer, del camarote de sir Eustace y le siguió a cubierta. ¿Es lo que dice él? Y, ¿quién tenía el camarote de enfrente al de sir Eustace? El coronel Race. Supongo que el coronel Race subió a cubierta, y al fallarle su ataque contra ti, dio la vuelta y se encontró con Pagett que salía en aquel momento por la puerta del salón. Le derriba de un puñetazo y se mete dentro, cerrando la puerta. Llegamos nosotros y encontramos a Pagett caído. ¿Qué te parece?

—Olvidas que declaró positivamente que fuiste tú quien le derribó.

—Bueno, pues suponte que en el preciso instante en que recobra el conocimiento me ve a mí desaparecer a lo lejos. ¿No daría por sentado que era yo su atacante? ¿Sobre todo teniendo en cuenta que había creído, desde el primer momento, que era yo la persona a quien había estado siguiendo con afán?

—Es posible, sí —contesté—. Pero eso cambia todas nuestras ideas. Y hay otras cosas.

—La mayoría de ellas son fáciles de explicar. El hombre que te siguió en Ciudad de El Cabo le habló a Pagett. Y éste consultó su reloj. Cabe la posibilidad de que aquel hombre sólo le estuviera preguntando la hora.

—¿Que fue nada más que una simple coincidencia, quieres decir?

—No, precisamente. Hay método en todo esto. Parece existir un plan para relacionar a Pagett con el asunto. ¿Porqué se escogió la Casa del Molino para el asesinato? ¿Sería porque Pagett había estado en Kimberley cuando se robaron los diamantes? ¿Le hubiesen cargado a él con la responsabilidad del crimen de no haberme presentado yo tan providencialmente en escena?

—Así, pues, ¿tú crees que puede ser completamente inocente?

—Así parece. Pero si eso es cierto, tenemos que averiguar lo que estaba haciendo en Marlow. Si puede dar una

explicación razonable de eso, estamos sobre la pista verdadera.

Se puso en pie.

—Es más de medianoche. Acuéstate, Ana, y duerme un poco. Un poco antes del amanecer, te cruzaré en la canoa. Es preciso que tomes el tren de Livingstone. Tengo allí un amigo que te ocultará hasta que salga el tren. Ve a Bulawayo y coge el tren para Beira. Puedo averiguar por medio de mi amigo de Livingstone qué está sucediendo en el hotel y dónde están tus amigos ahora.

—Beira —dije, pensativa.

—Sí, Ana. Has de ir a Beira. Éste es trabajo de hombres. Déjalo de mi cuenta.

La emoción nos había dejado momentáneamente mientras discutíamos la situación; pero ahora volvió a apoderarse de nosotros. Ni siquiera nos miramos.

—Está bien —dije.

Y entré en la cabaña.

Me eché sobre las pieles del lecho; pero no me dormí. Oí a Enrique Rayburn pasearse de un lado para otro, hora tras hora. Por fin me llamó.

—Vamos, Ana. Es hora de marchar.

Me levanté y salí, obediente. Todavía era de noche, pero sabía que no tardaría en amanecer.

—Usaremos el bote, no la canoa automóvil —empezó a decir Enrique.

Y calló de pronto, alzando la mano.

—¡Chitón! ¿Qué es eso?

Escuché. No pude oír nada. Tenía él más agudo el oído que yo, sin embargo; el oído del hombre que ha vivido mucho tiempo en las grandes soledades. No tardé en oír yo también el leve rumor de canaletes al introducirse en el agua. Procedía de la ribera derecha del río y se aproximaba a nuestro embarcadero.

Escudriñamos la oscuridad y distinguimos un bulto sobre la superficie del agua. Era una embarcación. Luego surgió una llamarada. Alguien había encendido una cerilla. A su resplandor reconocí a un hombre: al holandés barbirrojo del chalet de Muizenberg. Los demás eran indígenas.

—¡Aprisa! ¡A la cabaña!

Me empujó hacia dentro. Descolgó de la pared un par de escopetas y un revólver.

—¿Sabes cargar un rifle?

—Nunca lo he hecho. Enséñame cómo se hace.

Aprendí en seguida. Cerramos la puerta y Enrique se colocó junto a la ventana que daba hacia el embarcadero.

El bote estaba a punto de atracar.

—¿Quién va? —preguntó Enrique con su sonora voz.

Cualquiera duda que hubiéramos podido tener acerca de las intenciones de nuestros visitantes se disiparon en seguida. Una lluvia de balas cayó a nuestro alrededor. Afortunadamente ninguna de ellas nos dio. Enrique alzó la escopeta. Sonó una detonación. Y otra. Y otra. Oí dos gemidos y un chapuzón.

—Eso les ha dado algo en qué pensar —murmuró sombrío, alargando la mano hacia la otra escopeta—. Procura permanecer bien al fondo por lo que más quieras, Ana. Y carga aprisa.

Más proyectiles. Uno le rozó la mejilla a Enrique. Los disparos con que él contestó fueron más certeros que los del enemigo. Yo tenía ya cargada la escopeta cuando se volvió a cogerla. Me rodeó con el brazo izquierdo, me estrechó contra su pecho y me besó con ferocidad antes de volverse hacia la ventana otra vez. De pronto lanzó un grito.

—Se van... Ya han recibido bastante. Resultan un blanco magnífico allá en el agua, y no pueden ver cuántos somos. Están derrotados de momento. Pero volverán. Tendremos que prepararnos para recibirlos.

Dejó caer la escopeta y se volvió hacia mí.

—¡Ana! ¡Hermosa! ¡Maravillosa! ¡Reina! Valiente como una leona. ¡Pelinegra hechicera!

Me tomó entre sus brazos; me besó el cabello, los ojos, la boca.

—Y ahora al navío —dijo, soltándome de pronto—. Saca esas latas de petróleo.

Hice lo que me mandaba. Él estaba ocupado dentro de la cabaña. A los pocos momentos le vi en el tejado, arrastrándose con algo en brazos. Se reunió conmigo un par de minutos más tarde.

—Baja a la embarcación. Tendremos que transportarla al otro lado de la isla.

Recogió el petróleo al desaparecer yo.

—Vuelven —dije en voz baja.

Había visto destacarse una mancha en la ribera opuesta. Bajó corriendo a mi lado.

—Justamente a tiempo. Pero..., ¿dónde diablos está el bote?

Habían cortado las amarras de los dos. Enrique emitió un leve silbido.

—Nos encontramos en un trance apurado, querida. ¿Te asusta?

—No; a tu lado, no.

—Ah. Pero el morir juntos no es muy divertido. Haremos algo mejor que eso. Fíjate..., son dos botes llenos esta vez. Van a desembarcar en dos puntos distintos. Ahora vamos a ver el resultado de mi pantomima.

No había hecho más que decirlo, cuando surgió una llamarada de la cabaña. Su luz iluminó a dos figuras agazapadas sobre el tejado.

—Mi ropa vieja..., llena de trapos..., pero tardarán en darse cuenta de ello. Vamos, Ana, tenemos que recurrir a medios desesperados.

Cruzamos la isla a todo correr, asidos de la mano. Sólo un estrecho canal de agua la separaba de la ribera por aquel lado.

—Tenemos que cruzar a nado. ¿Sabes nadar, Ana? Aunque no importa. Puedo llevarte yo. Es mal sitio para una embarcación..., hay demasiadas rocas. Pero es el mejor sitio para atravesar a nado... y el lado que hemos de alcanzar para ir a Livingstone.

—Sé nadar un poco..., más distancia que ésa. ¿En qué consiste el peligro, Enrique? (Porque había notado su expresión.) ¿Tiburones?

—No, boba. Los tiburones viven en el mar, pero eres perspicaz, Ana. Cocodrilos..., ése es el peligro.

—¿Cocodrilos?

—Sí; no pienses en ellos... o reza, según te dé, cuando nades.

Nos echamos al agua. Mis oraciones debieron de ser

eficaces, porque llegamos a la otra orilla sin incidentes y salimos del río chorreando.

—Ahora a Livingstone. Es duro el camino, me temo. Y el llevar la ropa mojada no nos ayudará. Pero hay que hacerlo.

Aquella caminata fue una verdadera pesadilla. La falda mojada me azotaba las piernas y se adhería al pie. Ls espinas no tardaron en hacerme trizas las medias. Por fin me detuve, completamente agotada. Enrique volvió a mi lado.

—Animo, querida. Te llevaré un poco.

Así entré en Livingstone... echada a su hombro como un saco de patatas. No sé cómo pudo conmigo tanto rato y por semejante camino. Empezaba a rayar la aurora. El amigo de Enrique era un joven de veinte años, propietario de una tienda de curiosidades indígenas. Se llamaba Ned (1). Quizá tuviera otro nombre, pero yo jamás lo oí. No pareció sorprenderse lo más mínimo al ver entrar a Enrique chorreando y con una mujer, no menos calada, de la mano. Los hombres son maravillosos.

Nos dio de comer y café caliente, y nos puso a secar la ropa mientras nos envolvíamos en mantas de Manchester, de colores chillones. En la minúscula trastienda no corríamos el menor peligro de ser vistos, mientras iba él a investigar qué había sido de sir Eustace y sus amigos, y averiguar si había quedado alguno de ellos en el hotel.

Fue entoces cuando le informé a Enrique que nada del mundo me induciría a ir a Beira. Jamás había tenido la menor intención de ir de todas formas. Ahora, por añadidura, toda razón de marchar allí había desaparecido. El objeto del plan había sido conseguir que mis amigos siguieran creyéndome muerta. Ahora que sabían que no lo estaba, de nada serviría que marchase a Beira. Ningún trabajo les costaría seguirme hasta allí y asesinarme tranquilamente. No tendría a nadie que me protegiera. Se acordó, por fin, que me reuniera con Susana, donde quiera que se encontrase, y que dedicara todas mis energías a cui-

(1) Uno de los diminutivos de Eduardo. *(N. del T.)*

darme. No debía, con pretexto alguno, buscar aventuras ni intentar dar jaque al «Coronel».

Mi obligación era permanecer tranquilamente al lado de Susana y aguardar instrucciones de Enrique. Los diamantes habían de depositarse en el Banco de Kimberley a nombre de Parker.

—Hay otra cosa —dije pensativa—; debiéramos tener una clave o algo así. No conviene correr el riesgo de que se nos vuelva a engañar con mensajes falsos.

—Eso es muy fácil. Todo mensaje que proceda *genuinamente* de mí, contendrá la conjunción «y» tachada.

—Todo lo que no lleve la marca registrada es una burda imitación —murmuré—. ¿Y los telegramas?

—Cualquier telegrama mío irá firmado por «Andy».

—El tren llegará pronto ya, Enrique —dijo Ned, asomando la cabeza y volviéndola a retirar inmediatamente.

Me puse en pie.

—Y, ¿he de casarme con un hombre formal, bueno y trabajador si lo encuentro? —pregunté, humildemente.

—¡Dios! —exclamó—: Como llegues a casarte alguna vez con uno que no sea yo, Añita, le retuerzo el pescuezo. En cuanto a ti...

—¿Qué? —pregunté, agradablemente excitada en espera de su respuesta.

—¡Te llevaré conmigo y no dejaré un hueso sano en tu cuerpo!

—¡Qué marido más delicioso he escogido! —murmuré satíricamente—. Y, ¡cómo cambia de opinión de la noche a la mañana!

Capítulo XXVIII

Extracto del diario de sir Eustace Pedler

Como ya observé en otra ocasión, soy esencialmente un hombre de paz. Añoro una vida tranquila; y eso es precisamente lo que no parece haber manera de que obtenga. Siempre me encuentro en el centro de tempestades y alarmas. El alivio que experimenté al separarme de Pagett y sus aficiones a meterse en todo fue enorme y la señorita Pettigrew es indudablemente una mujer muy útil. Aunque no tiene nada de hurí, posee aptitudes y facultades de incalculable valor. Es cierto que me molestó un poco el hígado en Bulawayo y que me porté como un oso; pero sírvame de adicional excusa que pasé una noche agitada en el tren. A las tres de la madrugada un joven exquisitamente vestido, que parecía el protagonista de una opereta del Oeste, penetró en mi compartimiento y me preguntó que dónde iba. Sin hacer caso de mi primer murmullo de «Té... y por lo que más quiera, démelo sin azúcar», repitió su pregunta, haciendo resaltar el hecho de que no era un camarero, sino un funcionario del Departamento de Inmigración.

Logré convencerle por fin de que no padecía enfermedad contagiosa alguna; de que visitaba Rhodesia con las intenciones más puras del mundo e incluso satisfice su curiosidad hasta el punto de darle mi nombre y apellido y decirle cuál era mi lugar de nacimiento. A continuación intenté dormir un poco; pero un idiota bien intencionado me despertó a las cinco y media para darme una taza de azúcar líquido a la que él llamaba té. No creo que se la tirara a la cabeza; pero sé que eso era lo que tenía ganas de hacer. Me trajo té sin azúcar, frío por completo, a las seis, y entonces me quedé dormido, completamente exhausto para despertarme de nuevo en las afueras de Bulawayo y verme cargado con una jirafa de madera, de mil demonios, que era todo patas y cuello.

Si exceptuamos estos contratiempos, todo había marchado la mar de bien. De pronto, ocurrió una nueva calamidad.

Fue la noche de nuestra llegada a las Cataratas. Estaba dictándole a la señorita Pettigrew en mi salita, cuando la señorita Blair irrumpió súbitamente en el cuarto sin una palabra de excusa y vestida de una manera bastante comprometedora.

—¿Dónde está Anita? —exclamó.

Bonita pregunta que hacer. Como si yo fuera responsable de la muchacha. ¿Qué esperaba ella que creyese la señorita Pettigrew? ¿Qué tenía la costumbre de sacarme a Anita Beddingfeld del bolsillo a eso de medianoche? Muy comprometedor para un hombre de mi posición social.

—Supongo —le respondí con frialdad— que se encuentra en su lecho.

Carraspeé y miré a la señorita Pettigrew, para darle a entender que estaba dispuesto a continuar dictando. Confiaba que la señora Blair sabría comprender la indirecta. No hizo tal cosa. En lugar de irse, se dejó caer en una silla y movió un pie enzapatillado con agitación.

—No está en su cuarto. He estado allí. Tuve un sueño... un sueño horrible... Soñé que corría un horrendo peligro. Me levanté y me dirigí a su cuarto, nada más por tranquilizarme. No estaba allí y la cama estaba sin deshacer.

Me miró suplicante.

—¿Qué hago, sir Eustace?

Reprimí el deseo de contestar: «Váyase a la cama y no se preocupe. Una joven como Anita Beddingfeld sabe cuidarse divinamente sin ayuda de nadie.» Fruncí el entrecejo.

—¿Qué dice Race a todo esto?

¿Por qué había de librarse a Race de que le importunasen? ¡Que sufriera algunos de los inconvenientes, así como de las ventajas de la sociedad femenina!

—No le encuentro por parte alguna.

Era evidente que pensaba pasarse la noche en vela. Suspiré y me senté a mi vez.

—No veo yo qué motivos tiene usted para agitarse de esa manera —dije, haciendo alarde de paciencia.

—Mi sueño...

—¡Las especias que nos pusieron en la cena!

—¡Oh, sir Eustace!

La mujer se indigno de verdad. Y, sin embargo, todo el mundo sabe que las pesadillas son consecuencia de la falta de moderación en las comidas.

—Después de todo —continué persuasivo—, ¿por qué no han de salir Ana Beddingfeld y el coronel Race a dar un paseíto sin que se alborote el hotel por ello?

—¿Usted cree que han salido a dar un paseo juntos? ¡Si son más de las doce!

—Cuando uno es joven —murmuré— hace esas tonterías... Aun cuando Race es indudablemente lo bastante viejo para tener un poco más de sentido común.

—¿De veras cree usted eso?

—Nada me extrañaría que hubiesen huido juntos con el propósito de hacer una boda romántica —proseguí, consolador, aunque me daba perfecta cuenta de que estaba diciendo una estupidez.

Porque después de todo, en un lugar como éste, ¿adónde puede uno huir?

No sé cuánto tiempo más me hubiese pasado diciendo sandeces de no haber entrado en aquel momento Race. Yo había tenido razón en parte por lo menos; él había salido a dar un paseo; pero no se había llevado a Anita consigo. No obstante, yo no había sabido hacer frente como era debido a la situación. No tardaron en demostrármelo. Race volvió el hotel del revés en tres minutos. Jamás he visto hombre más disgustado.

El suceso es extraordinario. ¿A dónde marchó la muchacha? ¿Salió del hotel completamente vestida, a eso de las once menos diez, y ya no se la volvió a ver? La idea de que haya podido suicidarse parece imposible. Era una de esas jóvenes enérgicas que están enamoradas de la vida y que no tienen la menor intención de abandonarla. No había tren alguno, en ninguna dirección, hasta el mediodía de mañana. Conque no puede haber abandonado el lugar. ¿Dónde diablos puede haberse metido entonces?

Race estaba completamente fuera de sí, ¡pobre hombre! No ha perdonado medida alguna. Todos los comisarios del distrito o como quiera que se llamen, en centenares

de millas a la redonda, han sido movilizados. Los indígenas especializados en seguir huellas han corrido por todas partes a cuatro patas. Todo lo que puede hacerse se está haciendo. Pero sin hallarse rastro de Ana Beddingfeld. La teoría que más partidarios halla es la de que era sonámbula. Hay señales en el camino, cerca del puente, que parecen indicar que la muchacha se despeñó con toda deliberación. Si eso es cierto, tiene que haberse hecho pedazos contra las rocas del fondo. Por desgracia, un grupo de turistas al que se le ocurrió ir por allá a primera hora del lunes, borró la mayor parte de las huellas.

No me parece a mí teoría muy satisfactoria. De joven siempre me decían que los sonámbulos no podían hacerse daño, que el instinto les protegía. No creo que la teoría le satisficiera a la señora Blair tampoco.

No entiendo a esa mujer, a cambiado por completo su actitud hacia Race. Le vigila ahora como el gato al ratón y le cuesta verdaderos y evidentes esfuerzos el mostrarse cortés con él. ¡Con lo amigos que eran! En conjunto, no parece la misma mujer. Se muestra nerviosa e histérica y se sobresalta y da brincos al menor sonido. Empiezo a creer que ya va siendo hora de que marche a Jo'burg.

Ayer corrió el rumor de que existía una isla misteriosa en la parte alta del río y que en ella se hallaban un hombre y una mujer. Race se excitó mucho. Resultó ser una falsa alarma, sin embargo. El hombre vive en la isla desde hace muchos años y es muy conocido del director del hotel. Conduce a grupos de turistas y les enseña cocodrilos e hipopótamos. Creo que tiene un cocodrilo domesticado al que le ha enseñado a morder trozos de la embarcación de vez en cuando. Luego lo aparta con un bichero y los turistas adquieren el convencimiento de que han llegado a un punto completamente salvaje por fin. No se sabe a ciencia cierta cuánto tiempo lleva la muchacha allí, pero parece bastante claro que no puede tratarse de Ana, y por delicadeza, a nadie le gusta meterse en los asuntos de los demás. De hallarme yo en el lugar de esa joven, echaría a Race de la isla a puntapiés, sin duda alguna, si se acercaba a hacerme preguntas acerca de mis asuntos.

Más tarde.

Ha quedado acordado definitivamente que saldré para Johannesburgo mañana. Race me insta a que lo haga. Las cosas se están poniendo muy feas allí, según oigo decir, pero más vale que vaya antes de que se pongan peor. Seguramente me pegará un tiro algún huelguista después de todo. La señora Blair había de acompañarme; pero cambió de opinión en el último instante y decidió quedarse en las Cataratas. Parece como si no pudiera resignarse a perder de vista a Race. Vino a verme esta noche y dijo, con cierto titubeo, que tenía que pdirme un favor. ¿Querría hacerme cargo de las cosas que había comprado para recuerdo?

—¿Los animales? —pregunté, alarmado.

Siempre he tenido el presentimiento de que acabarían cargándome con ellos tarde o temprano.

A última hora, llegamos a un acuerdo. Me hice cargo de dos cajas de madera pequeñas, que contenían artículos frágiles. Un almacén de aquí se cuidará de empaquetar los animales en grandes cajas de embalaje y de enviarlos a Ciudad de El Cabo por tren, donde Pagett mirará de hacerlas almacenar.

La gente encargada de empaquetarlos dice que son de una forma un poco complicada y que habrá que hacer cajones especiales para ellos. Le hice ver a la señora Blair que, para cuando regrese a su casa, los animalitos en cuestión le habrán costado más de una libra esterlina cada uno.

Pagett se consume de impaciencia por reunirse conmigo en Jo'burg. Usaré las cajas de la señora Blair como excusa para obligarle a permanecr en Ciudad de El Cabo. Le he escrito diciéndole que ha de recibir las cajas en cuestión y cuidarse de que sean colocadas en lugar seguro, porque contienen curiosidades de inmenso valor.

Conque todo está arreglado y la señorita Pettigrew y yo nos vamos solitos. Y todo el que haya visto a la señorita Pettigrew reconocerá que dicha dama no corre el menor peligro en mi compañía.

Capítulo XXIX

Johannesburgo, 6 marzo

Hay algo en la situación de aquí, que dista mucho de ser saludable. Si me es lícito emplear una frase que he leído con frecuencia, diré que vivimos al borde de un volcán. Grupos de huelguistas (o de los hombres que dicen serlo) patrullan por las calles y le dirigen a uno miradas asesinas. Están escogiendo a los capitalistas para cuando llegue la hora de la matanza, supongo. No puede uno ir en taxi. Si uno monta, los huelguistas le vuelven a sacar. Y los hoteles nos anuncian, agradablemente, que cuando se acabe la comida, nos echarán a todos a la calle.

Me encontré con Reeves, mi amigo el laborista del *Kilmorden*, anoche. Está más acobardado que hombre alguno que haya conocido yo jamás. Se parece a toda esta gente. Todos ellos sueltan discursos inflamatorios inacabables, con fines políticos exclusivamente. Y luego se arrepienten de haberlos soltado. Anda la mar de ocupado ahora corriendo de un lado para otro y diciendo que no es suya la culpa de lo ocurrido en realidad. Cuando me encontré con él, estaba a punto de marcharse a Ciudad de El Cabo, donde tiene la intención de soltar un discurso en holandés, que durará tres días, justificándose y haciendo resaltar que las cosas que él dijo querían decir algo completamente distinto. Así, me alegro de no tener que sentarme en los estrados de la Asamblea Legislativa de África del Sur. Bastante mala es ya la Cámara de los Comunes; pero por lo menos, sólo usamos un idioma y hay ciertas restricciones a lo que se refiere a la longitud de los discursos. Cuando visité la Asamblea antes de salir de Ciudad de El Cabo, escuché a un caballero entrecano, de bigote lacio, que se parecía una barbaridad a la Tortuga de *Alicia en el País de las Maravillas*. Desgranaba sus palabras, una por una, de una manera la mar de melancólica. De vez en cuando lograba imbuirse de nuevas energías para continuar hablando mediante una exclamación que sonaba algo así como: *Plat Skit!*, y que

pronunciaba con una vehemencia que contrastaba con el resto de su discurso. Cuando lo hacía, la mitad de su auditorio gritaba: «¡Guau! ¡Guau!», qué, posiblemente, será el equivalente a «¡Bien!, bien!», en holandés. Y la otra mitad se despertaba con sobresalto del agradable sueño que había estado echando. Se me dio a entender que el caballero aquel llevaba hablando tres días, por lo menos. Deben de tener la mar de paciencia en Africa del Sur.

He inventado tareas sin fin para que Pagett no se mueva de Ciudad de El Cabo; pero la fertilidad de mi imaginación ha acabado agotándose y viene a reunirse conmigo mañana con el mismo ánimo que el perro que acude a morir al lado de su amo. ¡Con lo bien que marchaban mis «Reminiscencias»! ¡Había inventado unas cosas extraordinariamente graciosas e ingeniosas que los cabecillas de la huelga me habían dicho a mí, y que yo había dicho a los cabecillas de la huelga!

Esta mañana se entrevistó conmigo un funcionario del Gobierno. Se mostró cortés, persuasivo, y misterioso. Empezó haciendo alusión a mi exaltada posición y a mi importancia. Y sugirió que me trasladara, o me dejara trasladar por él a Pretoria.

—Así, pues, ¿espera usted jaleo? —pregunté.

La contestación que me dio estaba concebida en términos tales, que nada en absoluto significaban. Conque deduje que esperaba que hubiese jaleo muy serio. Le insinué que su Gobierno estaba dejando que las cosas fuesen demasiado lejos.

—A un hombre —dijo sentenciosamente el otro— se le puede dejar obrar libremente para que él mismo se eche la zancadilla.

—En efecto... en efecto...

—No son los huelguistas los que arman el jaleo. Existe una organización que los azuza y apoya. Están entrando armas y explosivos en grandes cantidades y hemos logrado apoderarnos de ciertos documentos que derraman mucha luz sobre los métodos empleados para importarlos. Tienen una clave especial «Patatas» significa «detonadores»; «coliflor», «escopetas», otras legumbres representan distintos explosivos.

—Es muy interesante todo esto —comenté.

—Aún hay más, sir Eustace: tenemos toda suerte de razones para creer que el hombre que lo dirige todo, el genio organizador, se halla actualmente en Johannesburgo.

Me miró con tal fijeza al decirlo, que empecé a temer que me creyera a mí el genio en cuestión. Empecé a sudar al pensarlo y me arrepentí de haber concebido la idea de inspeccionar una revolución miniatura.

—No funcionan trenes entre Jo'burg y Pretoria —continuó—; pero puedo arreglar las cosas para que marche usted en automóvil particular. Pero si le detuvieran por el camino, puedo suministrarle dos pases distintos: un salvoconducto del Gobierno de la Unión y otro en el que se diga que es usted un turista inglés que no tiene nada que ver con la Unión.

—Uno para su gente y otro para los huelguistas, ¿verdad?

—Justo.

La idea no me hacía ni pizca de gracia. Ya sé lo que ocurre en casos así. Se azora uno y se hace un lío. Entregaría el salvoconducto equivocado y acabaría fusilado por un rebelde sanguinario, o por uno de los partidarios de la Ley y el Orden a quienes veo de patrulla por las calles, con sombrero hongo, fumando en pipa y con la escopeta metida descuidadamente bajo el brazo. Además, ¿qué haría yo en Pretoria? ¿Admirar la arquitectura de los edificios de la Unión Sudafricana y escuchar el eco de los disparos, hechos en los alrededores de Johannesburgo? ¿Quedaría encerrado allá, Dios sabe cuánto tiempo? Tengo entendido que han volado la vía férrea ya. Y no es como si pudiera uno echar un trago tranquilamente allí, por añadidura. Hace dos días que proclamaron la ley marcial.

—Mi querido amigo —le contesté—; no parece usted darse cuenta de que he venido a estudiar la situación en el Rand. ¿Cómo diablos quiere que la estudie desde Pretoria? Agradezco su interés por mi seguridad; pero no se moleste por mí. Nada me sucederá.

—Le advierto, sir Eustace, que la situación es seria.

—Si ayuno un poco, conservaré mejor la línea —respondí, con un suspiro.

Fuímos interrumpidos por la llegada de un telegrama con mi nombre. Lo leí con asombro:

«Anita sana y salva. Aquí conmigo en Kimberley. Susana Blair.»

No creo haber creído nunca en la aniquilación de Anita. Esa jovencita parece singularmente indestructible. Se parece a esas pelotas patentadas que da uno a los perros para que jueguen. Posee la extraordinaria facultad de reaparecer siempre con la sonrisa en los labios. Sigo sin comprender por qué tuvo necesidad de salir del hotel a medianoche para ir a Kimberley. De todas formas, tampoco había tren. Tendrá que haberse puesto un par de alas de ángel y haber volado hasta allí. Y no supongo que llegue a explicármelo nunca. Nadie da explicaciones por lo menos a mí. Siempre tengo que adivinar las cosas. Y resulta monótono cuando tiene uno que estar haciendo siempre lo mismo. Con toda seguridad, ello obedecerá a las exigencias del periodismo. «Cómo salté en bote las cataratas», por Nuestra Enviada Especial.

Doblé el telegrama y me deshice de mi amigo gubernamental. No me gusta la perspectiva de quedarme con hambre; pero no me alarma el peligro que pueda correr. Smuts se basta y se sobra para acabar con la revolución. Pero, daría una buena cantidad por algo que beber. ¿Tendrá Pagett suficiente sentido común para traer consigo una botella de whisky cuando llegue mañana?

Me puse el sombrero y salí, con la intención de comparar unos cuantos recuerdos. Las tiendas de curiosidades de Johannesburgo son bastante agradables. Estaba contemplando un escaparate lleno de objetos de arte, cuando un hombre que salía de la tienda tropezó conmigo. Con gran sorpresa mía, resultó ser Race.

Confieso que no pareció muy encantado de verme. Mejor dicho, su rostro reflejaba disgusto más que otra cosa; pero insistí en que me acompañara al hotel. Me canso de no tener a nadie más que a la señorita Peettigrew con quien poder hablar.

—No tenía la menor idea de que se hallara usted en Jo'burg —le dije en tono de quien tiene muchas ganas de hablar—. ¿Cuándo llegó?

—Anoche.

—¿Dónde se aloja?

—Con amigos.

Mostró tendencia a ser extraordinariamente taciturno y pareció hallar embarazosa mi pregunta.

—Espero que tendrán aves de corral —observé—. Resultará agradable dentro de muy poco una dieta de huevos frescos y algún que otro pollo viejo si es cierto todo lo que se dice.

—A propósito —dije, cuando nos hallamos de nuevo en el hotel—, ¿se ha enterado de que la señorita Beddingfeld está viva y coleando?

Él movió afirmativamente la cabeza.

—Nos dio un verdadero susto —proseguí—. Me gustaría saber a dónde diablos fue aquella noche.

—Estuvo en la isla cuando la andábamos buscando.

—¿Qué isla? No será aquélla en que se encontraba el joven.

—Sí que lo es.

—¡Cuán bochornoso! —murmuré—. Pagett quedará escandalizado. Jamás fue Anita Beddingfeld santo de su devoción. ¿Supongo que se trataría del mismo joven con quien había tenido la intención de reunirse en Durban primeramente?

—No lo creo.

—No me diga nada que no quiera decirme —le dije para animarle.

—Se me antoja que se trata de un joven al que todos quisiéramos echar el guante.

—¿No será...? —exclamé con creciente excitación.

Él movió afirmativamente la cabeza.

—Enrique Rayburn, alias Enrique Lucas... Este último es su verdadero nombre en realidad. Se nos ha escapado a todos otra vez; pero acabaremos atrapándole... y sin tardar mucho, por añadidura.

—¡Caramba, caramba! —murmuré.

—Sea como fuere, no creemos que la muchacha sea cómplice suya. Por su parte sólo se trata de... una cuestión de amor.

Siempre me había parecido que Race estaba enamorado

de Anita. La forma en que dijo las últimas palabras confirmaron mis sospechas.

—Se ha marchado a Beira —prosiguió, con cierta precipitación.

—¿Sí? —respondí mirándole con fijeza—. ¿Cómo lo sabe usted?

—Me escribió desde Bulawayo anunciándome que regresaba a Inglaterra por ese camino. Es lo mejor que puede hacer, pobre chica.

—No sé por qué me parece que no está en Beira —dije, pensativo.

—Estaba a punto de salir para allá cuando escribió.

Quedé un poco extrañado. Alguien mentía. Sin pararme a pensar que Anita pudiera tener excelentes motivos para intentar despistar, me permití el gusto de darle en las narices a Race. ¡Se muestra siempre tan seguro! Parece como si diera a sus palabras valor de sentencia. Saqué el telegrama del bolsillo y se lo entregué.

—Entonces, ¿cómo se explica esto? —inquirí, tranquilamente.

Pareció quedar estupefacto.

—Dijo que estaba a punto de salir para Beira —contestó como aturdido.

Ya sé que a Race se le tiene por inteligente. En mi opinión, sin embargo, es un hombre bastante estúpido. No parecía habérsele ocurrido que las muchachas no siempre dicen la verdad.

—Kimberley, por añadidura... ¿Qué está haciendo allí? —murmuró.

—Sí; eso me sorprendió. Yo hubiese creído que la señorita Beddingfeld acudiría aquí con el fin de recoger noticias para su periódico.

—Kimberley —volvió a decir. Dijérase que el nombre le producía un disgusto—. No hay nada que ver allí... las minas no funcionan.

—Ya sabe usted lo que son las mujeres —dije yo.

Sacudió la cabeza y se fue. Es evidente que le he dado algo en qué pensar.

No bien se hubo marchado, apareció de nuevo el funcionario gubernamental.

—Espero que me perdonará usted por molestarle otra vez, sir Eustace —se excusó—; pero quisiera hacerle una pregunta o dos. ¿Querrá usted contestarme sinceramente?

—No hay inconveniente, amigo mío —le repuse alegremente—. Ya puede usted preguntar.

—Se relacionan con su secretario...

—No sé una palabra de él —me apresuré a decir—. Se me colgó en Londres, me robó documentos de valor que me van a costar a mí un disgusto... y desapareció como por arte de magia en Ciudad de El Cabo. Es cierto que me hallaba yo en las Cataratas al mismo tiempo que él; pero yo me encontraba en el hotel y él en una isla. Le puedo asegurar que no le he puesto la vista encima en todo el tiempo que he estado allí.

Me detuve a recobrar el aliento.

—No me ha comprendido usted. De quien hablaba era de su otro secretario.

—¿Cómo? ¿De Pagett? —exclamó, asombrado—. Lleva ocho años conmigo... es un hombre de toda confianza.

Mi interlocutor sonrió.

—Seguimos sin entendernos. Me refiero a la señorita.

—¿A la señorita Pettigrew? —exclamé.

—Sí. Se la ha visto salir de la tienda de Curiosidades Indígenas de Agrasato.

—¡Dios Santo! —le interrumpí—. Tenía la intención de entrar en esa tienda yo esta tarde. ¡Hubiera podido sorprenderme a *mí* saliendo de allí!

No parece haber en Jo'burg cosa inocente alguna que pueda uno hacer sin que despierte las sospechas de alguien.

—¡Ah! Es que ha estado allí más de una vez... y en circunstancias sospechosas. Más vale que le diga, en confianza, sir Eustace... que se cree que la tienda en cuestión es el punto de cita empleado por la organización culpable de esta huelga. Por eso me gustaría saber todo lo que usted pudiese decirme de esa señorita. ¿Dónde y cómo llegó usted a aceptar sus servicios?

—Me fue prestada —le repliqué fríamente— por el propio gobierno de la Unión Sudafricana.

Se quedó completamente aplastado.

Capítulo XXX

Se continúa el relato de Anita

En cuanto llegué a Kimberley, le telegrafié a Susana. Se reunió conmigo allí a toda prisa, anunciando su llegada por anticipado con telegramas expedidos por el camino. Quedé la mar de sorprendida al comprobar que me apreciaba mucho en realidad. Creí que yo no había sido para ella más que una novedad; pero me echó los brazos al cuello y lloró de verdad cuando volvió a verme.

Cuando nos hubimos rehecho un poco de nuestra emoción, me senté en la cama y le conté toda la historia, del principio al fin.

—Siempre sospechaste del coronel Race —dijo, pensativa, una vez terminé—. Yo no... hasta la noche en que desapareciste. ¡Le encontraba tan simpático desde el primer momento y creía ver en él tan buen esposo para ti...! Oh, Ana, querida, no te enfades, pero, ¿cómo sabes que ese joven tuyo dice la verdad? ¿Crees a pies juntillas todo lo que él dice?

—¡Claro que sí! —exclamé, indignada.

—Pero, ¿qué encuentras en él que tanto te atrae? Yo no le veo nada, como no sea que es alocado y bien parecido, y que hace el amor con una mezcla de caíd y de hombre de las cavernas.

Descargué mi ira sobre Susana durante unos minutos.

—Como tú, estás bien casada y te estás poniendo gorda, has olvidado la existencia del romanticismo.

—¡Oh! ¡No me estoy poniendo gorda, Anita! Con lo preocupada que me has tenido últimamente, debo de haberme quedado en los huesos.

—Pareces singularmente bien alimentada —le contesté con frialdad—. Debes de haber engordado tres o cuatro kilos por lo menos.

—Y habría que discutir eso de que estoy bien casada.

—continuó Susana, con melancólica voz—. He estado recibiendo cablegramas terribles de Clarence, en los que me ordena que vuelva inmediatamente a casa. Acabé por no contestarle y ahora hace quince días que no tengo noticias de él.

Me temo que no tomé muy en serio las preocupaciones matrimoniales de Susana. Sabrá convencer a Clarence divinamente cuando llegue el momento. Encaucé la conversación hacia el tema de los diamantes.

Susana me miró con la boca abierta.

—Te explicaré, Anita... En cuanto empecé a desconfiar del coronel Race, me quedé la mar de preocupada por los diamantes. Quería quedarme en las Cataratas, por si acaso te tenía secuestrada allí cerca, pero no sabía qué hacer con las piedras preciosas. Tenía miedo de conservarlas en mi poder...

Miró a su alrededor con inquietud, como si temiera que las paredes tuviesen oídos y luego me susurró vehemente al oído:

—Fue una idea magnífica —aprobó—. Para entonces, quiero decir. Ahora resulta un poco fastidioso eso. ¿Qué hizo sir Eustace de las cajas?

—Las grandes se expidieron a Ciudad de El Cabo. Recibí noticias de Pagett antes de irme de las Cataratas y, con ellas, adjuntó el recibo del lugar en que las había depositado. Y a propósito, sale de Ciudad de El Cabo hoy para reunirse con sir Eustace en Johannesburgo.

—Ya... —murmuré pensativa—. ¿Y dónde están las cajas pequeñas?

—Supongo que sir Eustace las tiene a su lado.

Reflexioné.

—Bueno —dije por fin—; es una complicación, pero creo que están seguros. Más vale que no hagamos nada de momento.

Susana me miró con una sonrisa.

—No te gusta estar sin hacer nada, ¿verdad, Anita?

—No mucho —repuse con sinceridad.

Lo que sí podía hacer era conseguir una guía de ferrocarriles y averiguar a qué hora pasaría por Kimberley el tren en que viajaba Pagett. Descubrí que llegaría la tarde

siguiente a las cinco cuarenta, para volver a salir a las seis. Tenía deseos de ver a Pagett lo más aprisa posible y se me antojó aquélla una buena oportunidad. La situación se estaba poniendo muy seria en el Rand y podría transcurrir mucho tiempo antes de que se me presentara otra ocasión.

La única cosa que animó un poco el día fue un cable procedente de Johannesburgo. Un cable, cuyo contenido no podía parecer más inocente:

«Llegado sano y salvo. Todo marcha bien. Eric aquí. También Eustace, pero no Guy. No te muevas de dónde estás, de momento. *Andy*.»

Eric era un seudónimo de Race. Lo había escogido yo, porque es un hombre que me es antipatiquísimo. No había nada que hacer, evidentemente, hasta que viese a Pagett. Susana se entretuvo expidiendo un cablegrama largo y apaciguador a Clarence. Se puso verdaderamente sentimental. A su manera —que, claro está, es distinta a más no poder de la mía y de Enrique— le tiene mucho cariño, demasiado, a Clarence.

—¡Ojalá estuviese aquí, Anita! —exclamó, con un nudo en la garganta—. ¡Hace tanto tiempo que no lo he visto!

—Ponte un poco de crema facial —le dije, consoladora.

Susana se frotó un poco de crema en la punta de su encantadora naricita.

—Y necesitaré más crema pronto, por añadidura —observó—. Y esta clase sólo se puede comprar en París —exhaló un suspiro—. ¡París!

—Susana —dije—, dentro de poco estarás harta a más no poder de África y de aventuras.

—Me gustaría un sombrerito que fuera elegante de verdad —contestó ella con añoranza—. ¿Quieres que te acompañe a ver a Pagett mañana?

—Prefiero ir sola. Le costará más trabajo hablar delante de las dos.

Así fue que me hallaba yo en la puerta del hotel a la tarde siguiente forcejeando con una sombrilla recalcitrante que se negaba a abrirse, mientras Susana yacía apaciblemente sobre la cama con un libro y una cesta de fruta.

Según el conserje, el tren se portaba bien aquel día y llegaría casi a su hora, aunque dudaba que lograse recorrer todo el camino hasta Johannesburgo. Me aseguró solemnemente que los huelguistas habían volado la vía. ¡Como para animar a cualquiera!

No me costó dar con Pagett.

—¡Ah, señorita Beddingfeld!, tenía entendido que había desaparecido usted.

—He vuelto a reaparecer —le dije en tono solemne—. Y, ¿cómo está usted, señor Pagett?

—Muy bien, gracias..., aguardando con ansiedad el momento de reanudar mi trabajo al lado de sir Eustace.

—Señor Pagett —dije—, quiero preguntarle una cosa. Espero que no se dará por ofendido. Depende de su contestación mucho más de lo que usted puede suponer. Deseo saber qué era lo que hacía usted en Marlow el ocho de enero pasado.

Experimentó un violento sobresalto.

—La verdad, señorita Beddingfeld... Yo... la verdad...

—Estuvo allí, ¿sí o no?

—Yo... Estuve allí por razones particulares, sí.

—¿Querría decirme qué razones eran ésas?

—¿No se las ha dicho ya sir Eustace?

—¿Sir Eustace? ¿Las conoce acaso?

—Casi estoy seguro de que sí. Había tenido la esperanza de que no me hubiese reconocido; pero, por las insinuaciones que ha hecho y sus comentarios, me temo que sí me reconoció. En cualquier caso, mi intención era confesar la verdad y presentar la dimisión. Es un hombre muy raro, señorita Beddingfeld, con un sentido humorístico anormal. Parece distraerle mantenerme como sobre ascuas. Seguramente ha conocido los hechos desde el primer instante. Es posible que los conozca desde hace mucho tiempo; varios años.

Confié en que, tarde o temprano, acabaría comprendiendo de qué hablaba Pagett. Él prosiguió:

—A un hombre de la posición de sir Eustace le es muy difícil colocarse en mi lugar. Sé que hice mal, pero me pareció un engaño inofensivo. Hubiese considerado más noble su proceder si me hubiera hablado claramente en

lugar de permitirse toda suerte de bromas maliciosas a expensas mías.

Sonó un silbido y la gente empezó a subirse de nuevo al tren.

—Sí, señor Pagett —le interrumpí—. Estoy completamente de acuerdo con todo lo que dice sir Eustace. Pero, *¿por qué fue usted a Marlow?*

—Hice mal; pero estaba justificado en las circunstancias... Sí; yo creo que en aquellas circunstancias puede perdonarse.

—¿Qué circunstancias? —le pregunté.

Pagett pareció darse cuenta por primera vez de que le estaba haciendo una pregunta. Su pensamiento se apartó de las peculiaridades de sir Eustace y de lo justificado de su caso y concentró en mí sus miras.

—Usted perdone, señorita Beddingfeld —dijo con cierta altivez—; pero no veo yo que sea cuenta de usted nada de todo eso.

Se hallaba a bordo del tren ya, y me hablaba asomado a la plataforma. Me sentí desesperada. ¿Qué podía hacer una con un hombre así?

—Claro está, es una cosa tan terrible, que se avergüenza usted de hablarme de ella... —empecé a decir, con rencor.

Había dado con su punto flaco por fin. Pagett se puso rígido y colorado.

—¿Horrible? ¿Avergonzarme? No lo comprendo.

—Pues, dígalo entonces.

Me lo dijo en tres breves frases. ¡Conocía por fin el secreto de Pagett! No era, ni mucho menos, lo que yo me había esperado.

Regresé lentamente al hotel. Allí me fue entregado un telegrama. Lo abrí. Contenía instrucciones detalladas y completas para que me dirigiera inmediatamente a Johannesburgo, donde me saldría al encuentro con un automóvil.

Y no iba firmado por Andy, sino por Enrique.

Me senté en una silla y me puse a pensar con todas mis facultades en tensión.

Capítulo XXXI

Extracto del Diario de sir Eustace

Johannesburgo, 7, marzo

Ha llegado Pagett. Tiene un miedo atroz, claro está. Propuso inmediatamente que nos marchásemos a Pretoria. Luego cuando le dije bondadosamente pero con firmeza que nos íbamos a quedar aquí, se fue de un extremo a otro. Sintió no tener su escopeta y empezó a vanagloriarse de haber defendido no sé qué puente durante la Guerra Europea. Un puente de ferrocarril en Puddecombe de Abajo o algo por el estilo.

Le corté en seco en seguida, ordenándole que desempaquetara la máquina de escribir grande. Creí que eso le daría que hacer bastante rato, porque era seguro que la máquina se había estropeado —siempre sucede algo así—, y tendría que llevarla a alguna parte para que se la arreglasen. Pero había olvidado la facultad de Pagett de tener siempre razón.

—Ya he abierto todas las cajas, sir Eustace. La máquina de escribir se halla en perfecto estado.

—¿Cómo quiere decir... todas las cajas?

—Las dos cajas pequeñas también.

—Le agradecería que no se excediese usted tanto en el cumplimiento de sus obligaciones, Pagett. Esas cajas pequeñas no tenían nada que ver con usted. Son propiedad de la señora Blair.

Pagett se quedó alicaído. Lo que más rabia le daba era cometer un error.

—Conque puede ponerse a empaquetarlas bien otra vez —le anuncié—. Cuando lo haya hecho puede salir a echar una mirada a su alrededor. Es probable que Jo'burg se haya convertido en un montón de humeantes escombros mañana; conque tal vez sea ésta la última ocasión que tenga de ver la ciudad.

Se me antojó que así me lo quitaría del paso, durante toda la mañana por lo menos.

—Deseo decirle una cosa, sir Eustace, cuando disponga de tiempo para escucharme.

—No lo tengo ahora —me apresuré a contestarle—. En este instante no tengo ni pizca de tiempo disponible.

Pagett se retiró.

—A propósito —dije, llamándole—, ¿qué contenían las cajas de la señora Blair?

—Unas alfombritas de piel y un par de... sombreros de piel, creo que son.

—Justo —asentí—. Los compró en el tren. Sí que son sombreros... de cierta clase... aunque no me extraña que dudara usted en reconocerlos como tales. Nada de particular tendría que se le ocurriera a la señora Blair estrenar uno en las carreras de caballos de Ascot. ¿Qué más había?

—Unos rollos de película y unas cestas..., muchas cestas...

—Me lo figuro. La señora Blair es una de esas mujeres que todo lo compran por docenas.

—Creo que eso es todo, sir Eustace, excepción hecha de unas cuantas chucherías, un velo de automovilismo, unos guantes... y cosas así.

—De no haber sido usted idiota de nacimiento, Pagett, hubiera comprendido usted desde el primer momento que nada de eso podría ser mío.

—Pensé que parte de ello pudiera pertenecer a la señorita Pettigrew.

—Ah, eso me recuerda... ¿Cómo se ha atrevido a escogerme una mujer de tan dudosa moralidad como secretaria?

Y le conté el interrogatorio a que se me había sometido. Me arrepentí inmediatamente porque noté en sus ojos un brillo harto conocido. Cambié de tópico a toda prisa. Pero era demasiado tarde. Pagett se había puesto en pie de guerra.

Se puso a matarme de aburrimiento con un largo relato, sin pies ni cabeza, de algo sucedido a bordo del *Kilmorden*. Se trataba de un rollo de película y una apuesta. De un rollo de película que un mayordomo —que debía haber te-

nido más sentido común—, había tirado por un portillo a medianoche. No me gustan las bromas pesadas. Así se lo dije a Pagett. Con lo que sólo conseguí que empezara a contarme la historia otra vez. Sea como fuere, es una verdadera calamidad contando cosas. No sabía hacerlo. Y tardé mucho rato en comprender aquello que deseaba contarme.

No volví a verle hasta el mediodía. Entonces entró rebosando de excitación, como un sabueso sobre la pista. Nunca me han gustado los sabuesos. Del borbotón de palabras que pronunció, saqué la consecuencia de que había visto a Enrique Rayburn.

—¿Cómo? —exhalé, con sobresalto.

Sí; había visto cruzar la calle a un hombre que estaba seguro que erá Enrique Rayburn. Pagett le había seguido.

—¿Y con quién cree que le vi pararse a hablar? ¡Con la señorita Pettigrew!

—¿Cómo?

—Sí, sir Eustace. Y eso no es todo. He estado haciendo averiguaciones acerca de esa señorita.

—Aguarde un poco. ¿Qué fue de Rayburn?

—Entró con la señorita Pettigrew en la tienda de curiosidades de la esquina...

Exhalé una exclamación involuntaria. Pagett me miró interrogador.

—Nada —dije—. Prosiga.

—Aguardé a la puerta la mar de tiempo..., pero no salieron. Por fin, entré yo, sir Eustace... ¡no había nadie en el establecimiento! Tiene que haber otra salida.

Le miré boquiabierto.

—Como decía —continuó—, regresé al hotel e hice algunas preguntas acerca de la señorita Pettigrew.

Pagett bajó la voz y respiró con fatiga, como suele hacer siempre que pretende hablar con confianza. Dijo:

—Sir Eustace... se vio salir un hombre de su cuarto anoche.

—¡Y yo que la había considerado siempre una señorita de acrisolada honradez! —murmuré.

Pagett prosiguió, sin hacer caso:

—Subí inmediatamente y registré su cuarto. ¿Qué cree que encontré?

Sacudí negativamente la cabeza.

—Esto.

Pagett me enseñó una maquinilla de afeitar y una barra de jabón.

¿Para qué había de tener semejantes cosas una mujer? Supongo que Pagett nunca lee los anuncios de las revistas femeninas de la alta sociedad. Yo, sí. Aunque no tenía la menor intención de discutir el asunto con él, me negué a aceptar la presencia de la maquinilla de afeitar como prueba concluyente del sexo de la señorita Pettigrew. ¡Pagett es un hombre tan anticuado! Nada me hubiera sorprendido que hubiera presentado una pitillera en apoyo de su teoría. No obstante, hasta el propio Pagett tiene sus límites.

—No está usted convencido, sir Eustace. Bien, ¿qué me dice usted a *eso*, entonces?

Inspeccioné lo que esgrimía, triunfante.

—Parece pelo —observé sin disminuir cierta repugnancia.

—Lo parece y lo es. Creo que se trata de lo que llaman un tupé.

—¿De veras?

—Y ahora, ¿está usted convencido de que la Pettigrew es, en realidad, un hombre disfrazado de mujer?

—La verdad, amigo Pagett, creo que sí. Debí haberlo comprendido con sólo mirarle los pies.

—Bien; eso queda resuelto, pues. Y ahora, sir Eustace, deseo hablarle de mis asuntos particulares. No puedo dudar, por sus insinuaciones y por sus continuas referencias a la época en que estuve en Florencia que ha descubierto usted la verdad.

Por fin va a quedar revelado el misterio de lo que hizo Pagett en Florencia.

—Haga una confesión completa, amigo mío —le dije bondadosamente—. Es mucho mejor.

—Gracias, sir Eustace.

—¿Se trata del marido? Son una verdadera pejiguera los maridos. Siempre se presentan cuando uno menos lo espera.

—No lo entiendo, sir Eustace. ¿El marido de quién?

—De la dama.

—¿De qué dama?

—¡Bendito sea Dios, Pagett! ¿Qué dama ha de ser? La que conoció usted en Florencia. Tiene que haber habido una dama. No me diga que lo único que ha hecho ha sido cometer un robo en una iglesia o pegarle una puñalada trapera a un italiano porque no le gustaba su cara.

—No consigo comprenderle, sir Eustace. Supongo que bromea.

—Soy un hombre muy divertido a veces, cuando me molesto en serlo. Pero puedo asegurarle que no intento ser gracioso en este instante.

—Confiaba que, como se hallaba usted muy lejos de mí, no me habría reconocido, sir Eustace.

—Que no le habría reconocido..., ¿dónde?

—En Marlow, sir Eustace.

—¿En Marlow? ¿Qué diablos hacía usted en Marlow?

—Creí que comprendería usted que...

—Empiezo a comprender menos cada vez. Vuelva al principio de la historia y comienzo de nuevo. Fue a Florencia.

—Así, pues... ¡no está enterado después de todo! ¡Y no me reconoció!

—Al parecer, se ha adelantado usted innecesariamente... acobardado por su propia conciencia. Pero podré juzgar mejor el caso cuando haya oído la historia completa. Vamos. Tome aliento y empiece otra vez. Fue a Florencia...

—Es que no fui a Florencia. Ahí está la cosa.

—Pues, ¿adónde fue usted entonces?

—Me fui a casa..., a Marlow.

—¿Qué diablos quería usted hacer en Marlow?

—Deseaba ver a mi esposa. Se hallaba muy delicada y esperaba...

—¿Su esposa? Pero, ¡si yo no sabía que estuviese usted casado!

—No, sir Eustace; eso es lo que le estoy diciendo. Le engañé sobre este particular.

—¿Cuánto tiempo lleva casado?

—Un poco más de ocho años. Llevaba casado seis meses justos cuando entré a su servicio como secretario. No

quería perder la colocación. No se suele admitir a un hombre casado como secretario interno. Conque oculté mi estado.

—Me deja usted sin aliento —observé—. ¿Dónde ha estado ella durante todos estos años?

—Tenemos alquilada una casita en Marlow, a orillas del río y no muy lejos de la Casa del Molino desde hace más de cinco años.

—¡Bendito sea Dios! —exclamé—. ¿Has descendencia?

—Cuatro hijos, sir Eustace.

Le miré con cierto estupor. Debía de haber comprendido, desde el primer instante, que un hombre como Pagett no podía tener un secreto vergonzoso. La honradez de Pagett ha sido siempre mi pesadilla. Aquélla era la única clase de secreto que un hombre así podía tener: una mujer y cuatro hijos.

—¿Le ha dicho usted esto a alguna otra persona más? —le pregunté, por fin, después de haberle contemplado como fascinado durante un buen rato.

—Sólo a la señorita Beddingfeld. Salió a verme a la estación de Kimberley.

Seguí mirándole fijamente. Se puso nervioso bajo mi mirada.

—Espero, sir Eustace, que no estará usted seriamente enfadado conmigo.

—Mi querido amigo —murmuré—, no tengo inconveniente en decirle que... ¡buena la ha hecho usted!

Salí de bastante mal humor. Al pasar junto a la tienda de curiosidades de la esquina, me asaltó una tentación irresistible y entré. El propietario me sonrió obsequioso.

—¿Puedo enseñarle algo...? ¿Pieles? ¿Curiosidades?

—Deseo algo que salga de lo corriente —le contesté—. Lo necesito para una ocasión especial. ¿Qué puede usted ofrecerme?

—Tenga la amabilidad de pasar a la trastienda. En ella hallará muchas especialidades... extraordinarias.

Allí fue donde cometí un error. ¡Y yo que creí que estaba siendo tan listo! Le seguí a la trastienda oculta tras gruesos cortinajes.

Capítulo XXXII

Se reanuda el relato de Anita

Tuve la mar de jaleo con Susana. Discutió, suplicó, hasta lloró antes de dejarme poner en práctica mi plan. Pero acabé saliéndome con la mía. Prometió seguir mis instrucciones al pie de la letra y bajó a la estación a despedirse, lacrimosa, de mí.

Llegué a mi destino a la primera hora de la mañana siguiente. Me esperaba un holandés bajito, de barba negra, a quien jamás había visto hasta entonces. Tenía aguardando un coche y en él nos fuimos. Se oían unos estampidos raros a lo lejos y le pregunté qué eran. «Disparos», me contestó lacónicamente. ¡Conque se estaba luchando en Johannesburgo!

Colegí que nuestro objetivo se hallaba en los suburbios de la población. Torcimos, volvimos a torcer y nos desviamos varias veces hasta llegar allí y los disparos sonaban cada vez más cerca. Resultaba emocionante. Nos detuvimos por fin ante un desvencijado edificio. Nos abrió la puerta un cafre. Mi guía me hizo una seña para que entrara. Me quedé indecisa en el vestíbulo. El hombre pasó delante de mí y abrió otra puerta.

—La joven que viene a ver al señor Rayburn —anunció.

Y se echó a reír.

Entré. La habitación estaba austeramente amueblada y olía a humo de tabaco barato. Un hombre se hallaba sentado en una mesa, escribiendo. Alzó la cabeza y enarcó las cejas.

—¡Caramba! —murmuró—. ¡Si es la señorita Beddingfeld!

—Debo de estar viendo doble —me excusé—. ¿Es el señor Chichester, o se trata de la señorita Pettigrew? Se parece extraordinariamente a ambos.

—Ambas personalidades se hallan en suspenso actualmente. Me he quitado las faldas y los hábitos también. ¿No quiere sentarse?

—Parece ser —observé— que me he equivocado de dirección.

—Desde su punto de vista, me temo que sí. Pero, señorita Beddingfeld, ¿cómo se ha dejado pillar en una trampa por segunda vez?

—No he dado muestras de mucho talento, en efecto —asentí, sumisa.

Mi comportamiento le intrigó.

—Parece tomarse las cosas con mucha tranquilidad —observó secamente.

—¿Adelantaría algo poniéndome hecha una fiera?

—Nada en absoluto.

—Mi tía abuela Juana solía decirme que una señora de verdad no se escandaliza ni se sorprende nunca, ocurra lo que ocurra —murmuré, reminiscente—. Procuro mantenerme a la altura de sus enseñanzas.

Leí tan claramente la opinión del señor Chichester Pettigrew en su rostro, que me apresuré a hablar de nuevo.

—Es usted verdaderamente maravilloso en sus caracterizaciones —reconocí generosamente—. Mientras desempeñó el papel de la señorita Pettigrew no le reconocí... ni siquiera cuando rompió la punta del lápiz de sorpresa al verme encaramar en el tren de Ciudad de El Cabo.

Golpeó la mesa con el lápiz que tenía en la mano en aquellos instantes.

—Todo eso está muy bien; pero es preciso que vayamos al grano... ¿Quizá, señorita Beddingfeld, adivine por qué nos es necesaria su presencia aquí?

—Me perdonará usted —dije—; pero no tengo costumbre de tratar asunto alguno con subordinados.

Había leído la frase, o algo que se le parecía, en la circular de un usurero y me había gustado. Desde luego, surtió un efecto desvastador en el señor Chichester Pettigrew. Abrió la boca y volvió a cerrarla. Le miré radiante.

—Es uno de los axiomas de mi tío abuelo Jorge —agregué—. El marido de mi tía abuela, ¿comprende? Fabricaba bolas para camas de metal.

—Creo que debería cambiar de tono, jovencita.

No le respondí, sino que bostecé, un bostezo delicado que insinuaba un aburrimiento intenso.

—¿Qué demonios...? —empezó a decir.

Le interrumpí.

—Le aseguro que nada adelantará gritándome. Estamos perdiendo el tiempo aquí. No tengo la menor intención de hablar con subordinados. Se ahorrará la mar de tiempo y molestias si me conduce usted derecha a sir Eustace Pedler.

—¿A...?

Me miró estupefacto.

—Sí —dije—. A sir Eustace Pedler.

—Yo..., yo... Perdone...

Salió corriendo del cuarto como un conejo. Aproveché la espera para abrir el bolso y empolvarme la nariz. Me ladeé el sombrero también, para que mi aspecto resultara más agradable. Luego me dispuse a esperar con paciencia el regreso de mi enemigo.

Reapareció con aire mucho más sumiso que cuando marchara.

—¿Tiene la bondad de seguirme, señorita Beddingfeld?

Le seguí escalera arriba. Llamó a la puerta de un cuarto. Dijeron «Adelante» desde dentro y él abrió y me hizo pasar.

Sir Eustace Pedler se puso en pie de un brinco y salió a mi encuentro, jovial y sonriente.

—Vaya, vaya, señorita Ana —me estrechó cordialmente la mano—. Estoy encantado de verla. Tengo la bondad de sentarse. ¿No está cansada del viaje? ¡Magnífico!

Se sentó frente a mí, radiante aún. Me dejó completamente desconcertada. ¡Obraba con tanta naturalidad!

—Ha hecho usted bien en insistir en que se la condujera a mi presencia —prosiguió—. Minks es un imbécil. Buen artista..., pero, imbécil. Era Minks el hombre con quien habló abajo.

—¿De veras? —murmuré, desconcertada aún.

—Y ahora —dijo sir Eustace, alegremente—. Vayamos al grano. ¿Desde cuándo sabe usted que yo soy el «Coronel»?

—Desde que el señor Pagett me dijo que le había visto en Marlow cuando se le creía a usted en Cannes.

Sir Eustace asintió con un movimiento de cabeza.

—Sí; le dije al muy imbécil que buena la había hecho. No me comprendió, naturalmente. Estaba demasiado preocupado por si *yo* le había reconocido a *él*. No se le ocurrió preguntarse qué estaba haciendo yo allí. Mala suerte que tuve. Con lo bien que lo había combinado yo todo, mandándole a Florencia y diciendo en el hotel que me marchaba a Niza a pasar una noche, o quizá dos... Luego, para cuando se descubrió el asesinato, yo ya estaba de regreso en Cannes, sin que sospechara nadie que me hubiese alejado de la Riviera.

Seguía hablando con naturalidad y sin afectación. Tuve que pellizcarme para darme cuenta de que todo aquello era real y no un simple sueño, de que el hombre que se hallaba frente a mí era, en efecto, el criminal conocido bajo el nombre de «el Coronel». Pasé revista mentalmente a los acontecimientos.

—Así, pues, fue usted quien intentó tirarme al mar a bordo del *Kilmorden* —dije muy despacio—. ¿Fue a usted a quien siguió Pagett aquella noche?

Se encogió de hombros.

—Le pido mil perdones, hija mía..., de veras que sí. Siempre me fue usted muy simpática..., pero ¡me resultaba entrometida! No podía consentir que una mocosa echara a perder todos mis planes.

—Yo creo que su plan, allá en las Cataratas, fue, en realidad, el más genial —dije, procurando ver las cosas con imparcialidad—. Hubiese jurado yo en cualquier parte que se hallaba usted en el hotel cuando salí yo. En adelante, seré como Santo Tomás: ver para creer.

—Sí; Minks obtuvo uno de sus mejores éxitos desempeñando el papel de señorita Pettigrew. Y sabe imitar mi voz bastante bien.

—Una cosa me gustaría saber.

—¿Cuál?

—¿Cómo consiguió que la escogiera Pagett?

—Oh, eso fue muy sencillo. Se encontró con Pagett a la puerta de las oficinas del Delegado de Comercio, o de

la Cámara de Minas, o dondequiera que fuese. La señora Pettigrew le dijo que yo había telefoneado con mucha urgencia y que el departamento en cuestión le había escogido a ella. Pagett se tragó el anzuelo.

—Es usted muy franco —le dije, escudriñándole.

—No existe razón alguna para que no lo sea.

No me gustó mucho el sonido de eso. Me apresuré a darle yo una interpretación mía a la cosa.

—¿Cree en el éxito de la revolución? Ha quemado usted sus naves.

—Para una joven que tan inteligente es en otras cosas, ese comentario resulta extraordinariamente estúpido. No, criatura, no creo en la revolución. Le doy un par de días de vida. Luego se apagará ignominiosamente.

—No puede encontrarse entre sus ruinas, ¿eh? —exclamé con mala intención.

—Como todas las mujeres, carece usted por completo de sentido comercial. No tiene la menor idea de lo que es un negocio. El encargo que acepté fue el de suministrar cierta cantidad de explosivos y de armas... a buen precio... para fomentar el descontento en general y para comprometer a ciertas personas. He cumplido mi contrato sin la menor dificultad, y ya tuve buen cuidado de qu se me pagara por adelantado. Me preocupé más de lo corriente del asunto porque tenía la intención de que fuera éste mi último contrato antes de retirarme de los negocios. En cuanto a quemar mis naves, como usted lo expresa, no tengo la menor idea de lo que quiere decir. Yo no soy el caudillo de los insurrectos ni cosa que se le parezca. Soy un distinguido viajero inglés que tuvo la desgracia de meterse a husmear en cierta tienda de curiosidades... vio algo más de lo conveniente y fue secuestrado. Mañana, o pasado, cuando las circunstancias lo permitan, me encontrarán en alguna parte, en un estado lastimoso de terror y hambre. Son necesarios ciertos preparativos.

—¡Ah! —murmuré lentamente—. Pero, ¿y yo?

—Ahí está la cosa —contestó sir Eustace con dulzura—. ¿Y usted? La tengo aquí... No quiero ensañarme con el vencido; pero hay que reconocer que supe arreglármelas muy bien para traerla aquí. Sin embargo, la cuestión es:

¿qué hago de usted? El medio más fácil de resolver la dificultad... e incidentalmente la más agradable para mí... es el matrimonio. Una esposa no puede declarar contra su marido, ¿sabe...? y me gustaría tener una esposa joven y linda que me tuviera cogido de la mano y me mirara con ojos líquidos... ¡no despida esos destellos al mirarme! Me asusta. Veo que el plan no es muy de su agrado.

—No gran cosa.

Sir Eustace exhaló un suspiro.

—¡Lástima! Pero yo no soy un traidor de película. Supongo que se trata de lo de siempre. Ama a otro, como dicen en las novelas.

—Amo a otro.

—Me lo figuraba. Al principio creí que el favorecido era el patilargo y pomposo Race; pero supongo que, en realidad, se trata del heroico joven que la pescó en las Cataratas aquella noche. Las mujeres no se distinguen por su buen gusto. Ninguno de esos dos hombres tiene la mitad de la inteligencia que yo tengo. Soy una persona cuyo valor es muy fácil de calcular por lo bajo...

Creo que tenía razón en eso. Aunque sabía perfectamente la clase de hombre que era y debía de ser, me resultaba casi imposible tenerlo en cuenta. Había intentado matarme en más de una ocasión; había llegado a matar a otra mujer y era responsable de otros numerosos crímenes de los que yo no sabía nada. No obstante, no conseguía ponerme en el estado de ánimo necesario para juzgar sus actos como merecían. No podía pensar en él más que bajo su aspecto de divertido y jovial compañero de viaje. Ni siquiera lograba ponerle miedo y, sin embargo, no ignoraba que era muy capaz de hacerme asesinar a sangre fría si lo creía necesario. La única persona con quien le hallaba semejanza era Long John Silver, personaje de la novela *La Isla del Tesoro*, de Stevenson. Debió de haber sido un hombre así.

—¡Vaya, vaya! —murmuró mi extraordinario interlocutor, retrepándose en su asiento—. Es una lástima que no le haga gracia la idea de convertirse en lady Pedler. Las demás alternativas son un poco duras.

Sentí que un escalofrío me recorría la espina dorsal.

Había comprendido, desde el primer momento, claro está, que corría un riesgo muy grande; pero la cosa había parecido valer la pena. ¿Saldrían las cosas de acuerdo con mis cálculos o no?

—La verdad es —prosiguió sir Eustace— que tengo debilidad por usted. No debo tener que recurrir a extremos. ¿Por qué no me cuenta toda la historia desde un principio, a ver lo que sacamos en limpio de ella? Pero nada de fantasía, ¿me entiende...? Quiero la verdad. En absoluto. Toda la verdad y sólo la verdad.

No pensaba yo cometer el error de contarle otra cosa. La perspicacia de sir Eustace era demasiado grande para que intentara jugar con él. Aquél era un momento para contar la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. La conté toda la historia, sin omitir nada, hasta el instante en que me había salvado Enrique. Cuando hube terminado, movió la cabeza afirmativamente como en señal de aprobación.

—Buena chica. Ha hecho una confesión completa. Y permítame que le diga que pronto la hubiese cazado si no lo hubiera hecho. Mucha gente no creería su historia, sobre todo el principio de ella; pero yo sí. Es usted la clase de muchacha que emprendería una aventura así..., sin previo aviso y con los más fútiles motivos. Ha tenido una suerte asombrosa, claro está. Tarde o temprano, no obstante, el aficionado tropieza con el profesional y puede darse por descontado el resultado. Yo soy el profesional. Me metí en esta clase de negocios siendo muy joven. Me pareció un estupendo sistema de hacerme inmensamente rico aprisa.

»Siempre tuve la habilidad de razonar las cosas bien y de inventar planes ingeniosos. Y jamás cometí el error de intentar ejecutar yo mismo mis propios planes. "Emplea siempre al experto", tal ha sido mi lema. La única vez que me aparté de mi norma, me estrellé. Pero no podía encomendar a nadie aquel trabajo. Nadina sabía demasiado. Yo soy un hombre tolerante, de buen corazón y mejor humor, siempre que no se me engañe. Nadina no sólo me engañó, sino que me amenazó... en el preciso momento en que me hallaba en la cúspide de una carrera triunfal. Una

vez hubiera muerto ella y los diamantes se hallasen en mi poder, todo peligro había desaparecido para mí.

»Ahora he llegado a la conclusión de que fui torpe en este asunto. ¡El idiota de Pagett, con su mujer e hijos! La culpa es mía. Fui lo bastante humorista para dar trabajo a ese hombre de cara de envenenador y alma ochocentista. Permítame que le dé un consejo, mi querida Anita: no se deje llevar nunca de un sentido humorístico. Hace años que el instinto me anunciaba la conveniencia de deshacerme de Pagett; pero era un hombre tan trabajador y concienzudo que no conseguía hallar excusa para despedirle. Conque dejé que las cosas continuaran así.

»Estamos divagando, sin embargo. Lo que hay que resolver es qué hacer con usted. Su relato fue admirablemente claro; pero sigo sin comprender una cosa. ¿Dónde están los diamantes ahora?

—Los tiene Enrique Rayburn —contesté, sin quitarle la mirada de la cara.

No cambió su semblante. Conservó su expresión de buen humor.

—¡Hum! Quiero esos diamantes.

—No veo que haya grandes probabilidades de que los consiga —le repliqué.

—¿No? Pues yo sí. No quiero ser desagradable; pero me gustaría que reflexionase sobre lo siguiente: una chica muerta hallada más o menos en esta parte de la ciudad, no ocasionará la menor sorpresa. Hay abajo un hombre que hace esa clase de trabajos con una limpieza increíble. Ahora bien, usted es una jovencita sensata. Lo que le propongo es lo siguiente: Se sentará y le escribirá una carta a Enrique Rayburn, diciéndole que se reúna con usted aquí y traiga los diamantes.

—No haré tal cosa.

—No interrumpa a sus mayores. Me propongo hacer un trato con usted. Los diamantes a cambio de su vida. Y no se haga usted ilusiones: se encuentra completamente en mi poder.

—¿Y Enrique?

—Tengo demasiado buen corazón para separar a dos novios jóvenes. Quedará él en libertad también..., con la

condición, claro está, de que ninguno de los dos me estorbe en el porvenir.

—¿Y qué garantía tengo yo de que cumplirá usted su parte del compromiso?

—Ninguna, amiga mía. Tendrá que fiarse de mí y confiar en que sabré cumplir mi palabra. Claro está que si se encuentra usted de un humor heroico y prefiere la aniquilación, eso es otra cosa.

Aquello era lo que yo había andado buscando. Tuve muy buen cuidado de no aceptar demasiado aprisa. Me dejé convencer gradualmente, con promesas y amenazas. Escribí al dictado de sir Eustace:

«Querido Enrique:

»Creo ver una probabilidad de dejar demostrada tu inocencia sin que subsista la menor duda. Haz el favor de seguir al pie de la letra mis instrucciones. Dirígete a la tienda de curiosidades de Agrasato. Pide ver algo "que se salga de lo corriente", "para una ocasión especial". El propietario te pedirá entonces que pases a la trastienda. Acompáñale. Encontrarás un mensajero que te conducirá a mi lado. Haz exactamente lo que él te diga. No dejes de traerte los diamantes. Ni una palabra a nadie.»

Sir Eustace calló.

—Dejo los adornos a capricho suyo —dijo—. Pero procure no cometer ningún error.

—Bastará que ponga «Tuya eternamente, Anita» —le contesté.

Escribí las palabras. Sir Eustace tomó la carta y la leyó de cabo a rabo.

—Parece bien —dijo—. Ahora las señas.

Se las di. Eran las de una tiendecita que se encargaba de recibir correspondencia para cualquiera a un precio económico.

Hizo sonar el timbre que tenía sobre la mesa. Contestó a la llamada Chichester-Pettigrew, alias Minks.

—Esta carta ha de expedirse inmediatamente... por la ruta de costumbre.

—Está bien, «Coronel».

Miró el nombre del sobre. Sir Eustace le estaba observando atentamente.

—Un amigo suyo, ¿verdad?

—¿Mío?

El hombre pareció sobresaltarse.

—Sostuvo una prolongada conversación con él en Johannesburgo ayer.

—Se me acercó un hombre y me interrogó acerca de los pasos que usted daba y los que daba el coronel Race. Le di información falsa.

—Excelente, amigo mío, excelente —dijo con jovialidad sir Eustace—. Perdone mi error.

Acerté a mirar a Chichester-Pettigrew cuando salía del cuarto. Le habían palidecido hasta los labios, como si experimentara un terror mortal. No bien estuvo fuera, sir Eustace tomó un tubo acústico que descansaba sobre la mesa y habló por él.

—¿Eres tú, Schowart? Vigila a Minks. No debe salir de esta casa sin orden mía.

Dejó nuevamente el tubo y frunció el entrecejo, tabaleando con los dedos en la mesa.

—¿Me permite que le haga unas preguntas, sir Eustace? —inquirí, tras un minuto de silencio.

—Claro que sí. ¡Qué nervios más excelentes tiene usted, Anita! Es capaz de dar muestras de un interés inteligente en las cosas cuando la mayoría de las muchachas hubieran estado lloriqueando y retorciéndose las manos.

—¿Por qué aceptó a Enrique por secretario en lugar de entregarlo a la policía?

—Quería esos diamantes. Nadina, la muy bribona, usaba a Enrique para presionarme. Si no le pagaba el precio que ella me pedía, amenazaba con vendérselos a Enrique. Ése fue otro de los errores que cometí. Creí que llevaría los diamantes consigo aquel día. Pero era demasiado lista para hacer semejante cosa. Su marido, Carton, había muerto también... No tenía la menor idea de dónde se encontraban los diamantes. Conseguí entonces copia de un radiograma enviado a Nadina por alguien que viaja a bordo del *Kilmorden*... Carton o Rayburn, no sabía a cien-

cia cierta cuál de los dos. Era una copia de papel que usted encontró «Diecisiete uno veintidós», decía. Lo interpreté como una cita con Rayburn, y cuando éste dio muestras de tener vivos deseos de embarcarse en el *Kilmorden* quedé convencido de que no me había equivocado. Conque fingí creerme lo que me decía y le dejé acompañarme. Le vigilé muy de cerca con la esperanza de averiguar algo más. Luego descubrí que Minks intentaba obrar por su cuenta y que estorbaba mis planes. Puse coto a sus actividades en seguida. Obedeció mis órdenes sin rechistar. Me molestó eso de no poder conseguir el camarote diecisiete y el no saber lo que usted representaba en el asunto, me tuvo bastante preocupado. ¿Era usted la jovencita inocente que aparentaba ser, o no lo era? Cuando Rayburn marchó a la cita aquella noche, Minks recibió la orden de interceptarle. Pero fracasó, naturalmente.

—Pero, ¿por qué decía el radiograma «diecisiete» en lugar de «setenta y uno»?

—Ya he pensado en eso y creo haber hallado la explicación. Carton debió de entregarle al telegrafista la nota suya para que copiase en el impreso, y no se le ocurrió comprobar si el otro lo había escrito bien. El telegrafista debió de cometer el mismo error que cometimos todos y leyó diecisiete uno veintidós en lugar de uno setenta y uno veintidós. Lo que no sé cómo pudo ir Minks derecho al camarote diecisiete, puesto que nada se le había dicho. Lo haría por puro instinto.

—¿Y los despachos de que era portador para el general Smuts? ¿Quién los tocó?

—Mi querida Ana, ¿cómo quiere usted que permitiese que me echara a perder mis planes sin hacer un esfuerzo por salvarlos? Llevando por secretario a un asesino fugitivo, no vacilé en hacer una sustitución, colocando papeles en blanco en lugar de los documentos. A nadie se le ocurrirá sospechar del pobre Pedler.

—¿Y el coronel Race?

—Sí; fue un golpe algo rudo para mí. Cuando Pagett me dijo que pertenecía al Servicio Secreto, confieso que sentí un escalofrío. Recordé que había estado rondando a Nadina durante la guerra... ¡y se me ocurrió la horrible

sospecha de que andaba siguiéndome a *mí*! No me gusta la manera en que ha permanecido a mi lado desde entonces. Es uno de esos hombres taciturnos que siempre llevan reservada una sorpresa.

Sonó un silbido. Sir Eustace tomó el tubo acústico, escuchó unos instantes y luego respondió:

—Está bien. Le recibiré ahora mismo.

—Negocios —anunció—. Señorita Ana, permítame que la conduzca a su cuarto.

Me llevó a una habitación pequeña y mal cuidada. Un cafre me subió el maletín y sir Eustace se retiró, encarnación del perfecto anfitrión, tras instarme cortésmente a que pidiera cualquier cosa que necesitase. Había una jarra de agua caliente en el lavabo y me puse a sacar unos cuantos artículos necesarios. Me intrigó notar que había algo duro, que no reconocía, dentro de la bolsita de la esponja. Desaté la cuerda y miré dentro.

Con gran asombro saqué un revólver pequeño, con culata de nácar. No había estado allí al salir yo de Kimberley. Lo examiné. Parecía estar cargado.

Experimenté cierta sensación de alivio al tenerlo entre mis manos. Era una cosa útil en una casa como aquélla. Pero los vestidos modernos no se prestan a llevar armas de fuego. Acabé por introducírmelo en la liga. Hacía un bulto enorme y esperaba que se disparara de un momento a otro y me diera un tiro en la pierna. No obstante, parecía el único sitio en que pudiera introducirlo.

Capítulo XXXIII

No fui llamada a presencia de sir Eustace hasta última hora de la tarde. Me habían servido el té a las once y una buena comida en mi propio cuarto y me sentía fortalecida para entrar de nuevo en la lid.

Sir Eustace estaba solo. Paseaba de un lado a otro del cuarto y me di cuenta en seguida de su agitación y del brillo de sus ojos.

—Tengo noticias para usted. Enrique está en camino. Llegará aquí dentro de unos minutos. Modere sus emociones... tengo algo más que decir. Intentó usted engañarme esta mañana. Le advertí que su mejor plan sería no apartarse de la verdad. Y me obedeció hasta cierto punto. Luego se desvió. Intentó hacerme creer que los diamantes se hallaban en posesión de Enrique Rayburn. Por entonces acepté su declaración porque faltaba mi labor... la labor de inducirla a que atrajera a Enrique Rayburn aquí. Pero mi querida Anita, los diamantes se hallan en posesión mía desde que marché de las Cataratas... aunque sólo me enteré de ello ayer.

—¡Lo sabe! —exclamé.

—Tal vez le interese saber que fue Pagett quien lo descubrió todo. Se empeñó en aburrirme contándome una larga historia acerca de una apuesta y de un cilindro de película. No tardé mucho en sacar consecuencias de todo ello... Recordé lo mucho que desconfiaba la señora Blair del coronel Race, la agitación de que había dado muestras, lo mucho que me había suplicado que cuidara yo de las chucherías que comprara. El excelente Pagett había abierto ya todas las cajas en un exceso de celo. Antes de abandonar el hotel me limité a meterme en el bolsillo todos los rollos de película. Están allí, en el rincón. Confieso que no he tenido tiempo de examinarlos aún; pero observo que uno de ellos pesa mucho más que los otros, que hace un ruido singular cuando lo agito y que la lata ha sido soldada, de suerte que será preciso emplear un abrelatas para abrirla. La cosa parece bastante clara, ¿verdad? Como verá usted, los tengo a los dos cogidos en una trampa.

Es una lástima que no le hiciera gracia la idea de convertirse en lady Pedler.

No le respondí. Me quedé mirándole.

Se oyó un rumor de pasos en la escalera. La puerta se abrió de par en par. Enrique Rayburn entró en el cuarto, empujado por dos hombres. Sir Eustace me dirigió una mirada de triunfo.

—De acuerdo con el plan trazado —dijo dulcemente—. Si no lucharan los aficionados contra los profesionales.

—¿Qué significa esto? —inquirió Enrique roncamente.

—Significa que ha entrado usted en mi tela... como le dijo la araña a la mosca —observó humorísticamente sir Eustace—. Mi querido Rayburn, tiene usted mala suerte.

—Dijiste que podía venir sin temor, Ana...

—No la culpe usted a ella, amigo mío. Le dicté yo la carta y no tuvo más remedio que escribirla. Hubiese sido mucho más prudente que no la hubiese escrito... *pero* no se lo dije por entonces. Usted siguió sus instrucciones, se dirigió a la tienda de curiosidades, le condujeron por el pasillo secreto desde la trastienda... ¡y se encontró en manos de sus enemigos!

Enrique me miró. Comprendí su mirada y procuré acercarme más a sir Eustace.

—Sí —murmuró este último—, no tiene usted suerte, decididamente. Éste es... deje que piense... nuestro tercer encuentro.

—Tiene usted razón —contestó Enrique—. Éste es nuestro tercer encuentro. Ha salido usted triunfante dos veces. ¿No ha oído decir nunca que a la tercera cambia la suerte? Ésta me toca a mí... ¡Apúntale, Ana!

Yo ya estaba preparada. Con un movimiento rápido me saqué el revólver de la media y apoyé el cañón contra su cabeza. Los dos hombres que custodiaban a Enrique dieron un salto hacia delante; pero su voz los contuvo.

—Otro paso... ¡y muere él! Si se acercan más, Anita, oprime el gatillo..., ¡no vaciles!

—No vacilaré —le respondí alegremente—. Hasta temo que llegue a disparar aunque no se muevan.

Y los hombres se inmovilizaron, obedientemente.

—Dígales que salgan del cuarto —ordenó Enrique.

Sir Eustace dio la orden. Los hombres salieron y Enrique echó el cerrojo tras ellos.

—Ahora podemos hablar —observó, sombrío.

Y cruzando el cuarto, me quitó el revólver de las manos.

Sir Eustace exhaló un suspiro de alivio y se limpió la frente con un pañuelo.

—No me encuentro en muy buenas condiciones físicas —observó—. Y creo que debo de tener insuficiencia cardíaca. Me alegro que el revólver se halle en manos competentes. No me fiaba del arma mientras la señorita Ana la tuviese en su mano. Pues bien, amigo mío, como usted dice, ahora podemos hablar. Estoy dispuesto a reconocer que me ha pillado la ventaja. No sé de dónde diablos saldría el revólver. Hice registrar el equipaje de la muchacha cuando llegó. ¿Y de dónde lo sacó ahora? ¡No lo llevaba hace un minuto!

—Sí —le repliqué—; lo tenía escondido en la media.

—No sé lo bastante de las mujeres. Debía de haberlas estudiado un poco más —dijo sir Eustace melancólicamente—. ¿Se le habría ocurrido a Pagett esa posibilidad?

Enrique dio un golpe brusco en la mesa.

—No haga el imbécil. Si no fuera por sus canas, le tiraría por la ventana. ¡Canalla! Con canas o sin ellas le...

Avanzó un par de pasos y sir Eustace se refugió ágilmente tras la mesa.

—¡Son tan violentos los jóvenes siempre...! —exclamó en son de reproche—. Como son incapaces de usar el cerebro, confían exclusivamente en su musculatura. Hablemos con sensatez. De momento usted es dueño de la situación. Pero semejante estado de cosas no puede continuar. La casa está llena de hombres míos. Se encuentra usted en manifiesta inferioridad numérica. Ha logrado momentáneamente ventaja gracias a un accidente...

—Sí, ¿eh?

—Sí, ¿eh? —repitió el joven—. Siéntese, sir Eustace, y escuche lo que tengo que decirle.

Y sin dejar de apuntarle con el revólver, continuó:

—Esta vez todo va en contra de usted. ¡Y para empezar, escuche *eso*!

Eso era una serie de golpes descargados sobre la puer-

ta de abajo. Se oyeron gritos, maldiciones y a continuación disparos. Sir Eustace palideció.

—¿Qué es eso?

—Race... y su gente. No sabía usted, ¿verdad que no, sir Eustace?, que Ana y yo habíamos acordado emplear un procedimiento especial para saber si eran genuinos los mensajes que recibiéramos el uno del otro. Los telegramas debían ser firmados con el nombre de «Andy», y en las cartas debía figurar la conjunción «y» tachada en alguna parte del texto. Anita sabía que el telegrama que le mandó usted era falso. Vino aquí voluntariamente, se metió a conciencia en la trampa con la esperanza de hacerle caer a usted en ella. Antes de salir de Kimberley telegrafió a Race y a mí. La señora Blair ha estado en continua comunicación con nosotros desde entonces. Recibí la carta escrita al dictado suyo, que no era más que lo que yo esperaba. Ya había discutido con Race yo la posibilidad de que existiera un pasadizo secreto en el establecimiento y él había descubierto dónde se hallaba la salida.

Se oyó una especie de silbido y una fuerte explosión.

—Están bombardeando esta parte de la ciudad. Tengo que sacarte de aquí, Ana.

Se vio de pronto un gran resplandor. La casa de enfrente se había incendiado. Sir Eustace se estaba paseando ahora de un lado a otro. Enrique no dejaba de apuntarle.

—Conque, como verá usted, sir Eustace, todo ha terminado. Fue usted mismo quien tuvo la bondad de suministrarme la pista de su paradero. Los hombres de Race estaban vigilando la salida del pasadizo secreto. A pesar de cuantas precauciones tomé, lograron seguirme hasta aquí.

—Muy ingenioso. Muy digno de encomio. Pero aún me queda algo que decir. Si yo he perdido la partida, también la ha perdido usted. Jamás podrá demostrar que soy el asesino de Nadina. Estuve en Marlow aquel día; eso es cuanto tiene usted contra mí. Nadie puede demostrar que conociera a la mujer siquiera. Pero usted la conocía, usted tenía razones para desear su muerte, para matarla... y sus antecedentes le condenan. Es usted un ladrón, no lo olvide..., un ladrón. Hay otra cosa que tal vez no sepa usted. *Tengo los diamantes.* Y ahí van...

Con un movimiento increíblemente rápido, se agachó, alzó el brazo y tiró. Sonó el tintineo de vidrios rotos al atravesar el objeto la ventana y desaparecer en la masa de fuego de la casa de enfrente.

—Ha desaparecido su única esperanza de demostrar su inocencia en el robo de Kimberley. Y ahora hablaremos. Estoy dispuesto a llegar a un acuerdo. Me tiene usted acorralado. Race encontrará todo lo que necesita en esta casa. Tengo una probabilidad de salvación si logro huir. Estoy perdido si me quedo; pero... ¡también está perdido usted, joven! Hay una claraboya en el cuarto vecino. Un par de minutos de ventaja y me habré salvado. Tengo algunas disposiciones tomadas ya. Usted déjeme salir por ese camino y deme dos minutos de tiempo... Y yo les dejaré una carta firmada confesándome autor de la muerte de Nadina.

—Sí, Enrique —exclamé—. ¡Sí, sí, sí!

—No, Anita. Mil veces no. No sabes lo que dices.

—Sí que lo sé. Es la solución de todo.

—No volvería a poder mirar a Race cara a cara. Correré los riesgos que sea preciso. Pero, ¡que me ahorquen si dejo a este escurridizo zorro escapárseme! Es inútil, Ana. No lo haré.

Sir Eustace rió. Aceptaba la derrota sin emoción.

—Vaya, vaya —observó—; parece usted haberse encontrado con la horma de su zapato, Ana. Pero puedo asegurarles a ambos que no siempre se sale ganando con hacer alarde de rectitud moral.

Se oyó astillar la madera y pasos que subían la escalera. Enrique descorrió el cerrojo. El coronel Race fue el primero que entró. Se le iluminó el rostro al vernos.

—¡Está usted sana y salva, Ana! Temí... —Se volvió hacia sir Eustace—. Llevo mucho tiempo tras usted, Pedler... y por fin le he cogido.

—Todo el mundo parece haberse vuelto completamente loco —declaró sir Eustace—. Estos jóvenes me han estado amenazando con revólveres, acusándome de las cosas más escandalosas. No sé qué significa todo esto.

—¿No? Pues significa que he dado con el «Coronel». Significa que el día ocho de enero no estaba usted en Cannes,

sino en Marlow. Significa que, cuando su instrumento, madame Nadina se volvió contra usted, decidió hacerla desaparecer... y podremos, por fin demostrar su culpabilidad.

—¿De veras? Y, ¿de quién obtuvo usted tan interesante información? ¿Del hombre a quien la policía anda buscando en estos mismos instantes? ¡Valiente valor tendrán sus declaraciones!

—Tenemos otras pruebas. Hay otra persona que sabía que Nadina iba a reunirse con usted en la Casa del Molino.

El semblante de sir Eustace reflejó sorpresa. El coronel Race hizo un gesto con la mano. Arturo Minks, alias el reverendo Eduardo Chichester, alias la señorita Pettigrew, dio un paso al frente. Estaba pálido y nervioso, pero habló con claridad.

—Vi a Nadina en París la noche antes de su viaje a Inglaterra. Me hacía pasar, entonces, por un conde ruso. Me habló de sus intenciones. Yo le hice una advertencia, porque sabía la clase de hombre con quien tenía que habérselas; pero no quiso hacer caso de mis consejos. Había un radiograma sobre su mesa. Lo leí. Luego se me ocurrió hacer un esfuerzo para apoderarme de los diamantes. El señor Rayburn me abordó en Johannesburgo. Me convenció y me pasé a su bando.

Sir Eustace le miró. No dijo nada, pero Minks pareció marchitarse como una flor.

—Las ratas siempre abandonan el barco que se hunde —observó sir Eustace—, no me gustan las ratas. Tarde o temprano las destruyo.

—Una cosa quisiera decirle, sir Eustace —intervine yo—. La cajita de lata que tiró por la ventana no contenía diamantes, sino vulgares guijarros. Los diamantes se encuentran en lugar seguro. Si quiere que le diga la verdad, están en la panza de la jirafa de madera. Susana la ahuecó, metió los diamantes dentro, envueltos en algodón para que no hicieran ruido, y volvió a tapar el agujero. Así los diamantes estaban seguros.

Sir Eustace me miró un buen rato. Su contestación fue característica.

—Siempre le tuve antipatía a esa maldita jirafa —dijo.

Capítulo XXXIV

No nos fue posible regresar a Johannesburgo aquella noche. Los proyectiles caían con bastante frecuencia por allí y oí decir que nos hallábamos más o menos aislados, porque los rebeldes habían logrado apoderarse de otro trozo de suburbio de la ciudad.

Nos hallábamos refugiados en una granja, a unas veinte millas de la población, en pleno *veldt*.

Me repetía sin cesar, sin poder creerlo, que todas nuestras penalidades habían terminado. Enrique y yo estábamos juntos y ya no volveríamos a separarnos. No obstante, sentía como si se alzase una barrera entre los dos, cierta reticencia por su parte, cuyo motivo no lograba yo comprender.

A sir Eustace se lo habían llevado en dirección opuesta con una fuerte escolta. Se despidió de nosotros agitando alegremente la mano.

Salí al *stoep* a primera hora de la mañana siguiente y dirigí la mirada, por encima del *veldt*, hacia Johannesburgo.

La mujer del granjero salió y me llamó a desayunarme. Era bondadosa y de instintos maternales y me había encariñado con ella ya. Enrique había salido al amanecer y no había regresado aún, me informó. Volví a sentirme invadida por cierta sensación de inquietud. ¿Qué era aquella sombra que se interponía entre los dos?

Después del desayuno me senté en el *stoep* con un libro en la mano; pero no lo leí. Estaba tan enfrascada en mis pensamientos, que no vi llegar al coronel Race ni me di cuenta de que se apeaba de su caballo. No reparé en su presencia hasta que me dijo:

—Buenos días, Ana.

—¡Oh! —murmuré, ruborizándome—. ¡Es usted!

—Sí. ¿Puedo sentarme?

Acercó una silla a la mía. Era la primera vez que nos encontrábamos solos desde aquel día en Matoppos.

—¿Qué noticias hay? —le pregunté.

—Smuts entrará en Johannesburgo mañana. Doy a esta sublevación tres días de vida. Luego cesará por completo. Entretanto, la lucha continúa.

—Ojalá —dije— pudiera tener una la seguridad de que no muriese más que la gente que lo mereciera. Quiero decir los que deseaban luchar..., no la pobre gente que vive, por casualidad, en los lugares en que se pelea.

—Comprendo lo que quiere decir, Ana. Es la injusticia de la guerra. Pero tengo otras noticias para usted.

—¿Sí?

—Sí; vengo a confesarle mi incompetencia. Pedler ha logrado fugarse.

—¿Qué dice?

—Lo que oye. Nadie sabe cómo se las arregló. Estaba encerrado con llave en un cuarto piso superior, de una de las granjas que han sido militarmente ocupadas. Esta mañana, sin embargo, se encontró el cuarto vacío. Había volado el pájaro.

A mí me alegró secretamente la noticia. Este es el día que aún no he logrado matar por completo la simpatía que sir Eustace supo inspirarme. Será reprensible, no lo discuto. Pero el hecho subsiste. Lo admiraba. Sería un canalla completo; pero era un canalla agradable.

Oculté mis sentimientos, naturalmente. El coronel Race no los compartía a buen seguro. Quería que sir Eustace compareciese ante un tribunal. Si una se paraba a pensarlo, la huida no resultaba tan sorprendente después de todo. Debía de tener numerosos espías y agentes por todos los alrededores de Johannesburgo. Y creyera el coronel Race lo que creyese, dudaba mucho que lograse cazarle ya nunca. Probablemente tendría bien estudiada la retirada. Nos lo había dicho así él mismo incluso.

Comenté el suceso adecuadamente aunque con cierta indiferencia y la conversación languideció. De pronto, el coronel Race preguntó por Enrique. Le dije que había salido al amanecer y que no le había visto en toda la mañana.

—Supongo, Ana, que sabrá usted ya que, aparte de ciertas formalidades, su inocencia ha quedado ampliamente de-

mostrada. Quedan algunos formulismos; pero ha quedado bien sentada la culpabilidad de sir Eustace. Ya no existe nada que pueda separarlos.

—Comprendo —le respondí, agradecida.

—Y no existe motivo alguno para que no vuelva a usar inmediatamente su verdadero nombre.

—No, claro que no.

—¿Conoce su verdadero nombre?

La pregunta me sorprendió.

—Claro que sí, Enrique Lucas.

Él no respondió, pero en su silencio noté algo que se me antojó singular.

—Ana, ¿recuerda que, cuando regresábamos de los Matoppos aquel día, le dije que sabía lo que tenía que hacer?

—Claro que lo recuerdo.

—Creo que puedo decir sin mentir que ya lo he hecho. Ha quedado demostrada la inocencia del hombre a quien usted ama.

—¿Fue eso lo que quiso usted decir?

—Naturalmente.

Agaché la cabeza, avergonzada de haber pensado mal. Habló de nuevo, con voz pensativa:

—De muy joven, me enamoré de una muchacha que me dejó por otro. Después de eso, ya no pensé más que en el trabajo. Mi carrera llegó a representarlo todo para mí. Luego la conocí a usted, Ana... y ya me pareció que todo lo demás no valía la pena. Pero la juventud llama a la juventud... Yo aún tengo mi trabajo.

—Creo que llegará usted muy alto —dije, soñadora—. Creo que una gran carrera se abre ante usted. Será uno de los grandes hombres del mundo.

—Pero estaré solo.

—Toda la gente que hace cosas grandes lo está.

—¿Lo cree usted así?

—Estoy segura de ello.

Me tomó de la mano y dijo en voz baja:

—Yo hubiese preferido lo otro.

En aquel instante, Enrique dobló la esquina de la casa. El coronel Race se puso en pie.

—Buenos días..., Lucas —dijo.

Por Dios sabe qué motivos Enrique se puso colorado.

—Sí —dije yo, alegremente—; es preciso que se te conozca por tu verdadero nombre ahora.

Pero Enrique seguía mirando al coronel Race.

—Conque lo sabe usted —dijo por fin.

—Jamás olvido una cara. Le vi una vez, cuando niño.

—¿Qué significa todo esto? —pregunté, intrigada, mirando de uno a otro.

Parecía estarse librando una batalla entre dos voluntades. Race ganó. Enrique desvió la mirada.

—Supongo que tiene usted razón —murmuró—. Dígale mi verdadero nombre.

—Ana, éste no es Enrique Lucas. A Lucas le mataron en la guerra. Su verdadero nombre es Juan Harold Eardsley, el que se creía murió en la guerra.

Capítulo XXXV

Al decir estas últimas palabras, el coronel Race dio media vuelta y se alejó. Yo me quedé mirándole. La voz de Enrique me hizo bajar de las nubes.

—Anita, perdóname. Di que me perdonas.

Me asió la mano y yo la retiré casi maquinalmente.

—¿Por qué me engañaste?

—No sé si podré hacértelo comprender. Le tenía miedo a todo eso... al poder y a la fascinación de la riqueza. Quería que me quisieses a mí... por lo que era... sin adornos ni oropeles.

—¿Quieres decir con eso que no te fiabas de mí?

—Puedes expresarlo así, si quieres; pero no es cierto del todo. Me había convertido en un amargado, desconfiaba..., me inclinaba a buscar siempre motivos interesados en todos los actos... y ¡era tan maravilloso verse amado como tú me amabas!

—Comprendo —respondí muy despacio.

Estaba repasando mentalmente la historia que me había contado. Por primera vez me di cuenta de ciertas discrepancias en ella, discrepancias de las que no había hecho caso; la seguridad del dinero, la posibilidad de comprarle los diamantes a Nadina, la forma en que había preferido hablar de ambos hombres desde el punto de vista de un extraño. Y cuando había dicho «mi amigo», no se había referido a Eardsley, sino a Lucas. Era Lucas, el hombre apacible, quien había amado tan intensamente a Nadina.

—¿Cómo sucedió? —le pregunté.

—Los dos fuimos temerarios... teníamos ganas de hallar la muerte. Una noche cambiamos los discos de identidadd... ¡para tener suerte! A Lucas le mataron al día siguiente... Una granada le hizo pedazos.

Me estremecí.

—Pero, ¿por qué no me lo dijiste antes? ¿Esta mañana? No podías tener duda a estas alturas que yo te quería.

Ana, no quería echarlo a perder todo. Deseaba llevarte de nuevo a la isla. ¿De qué sirve el dinero? No se puede comprar la felicidad con él. Hubiéramos sido felices en la isla. Te digo que no me da miedo esa otra vida... casi me pudrió por completo una vez.

—¿Sabía sir Eustace quién eras en realidad?

—Sí.

—¿Y Carton?

—No. Nos vio a los dos con Nadina en Kimberley una noche; pero no sabía cuál era cuál. Me creyó cuando le dije que yo era Lucas y Nadina se dejó engañar por su cablegrama. Ella jamás le tuvo miedo a Lucas. Era un chico apacible..., pero muy profundo. Pero yo siempre tuve un genio endemoniado. Casi se hubiese muerto del susto de haber sabido que yo había resucitado.

—Enrique, si el coronel Race no me lo hubiera dicho, ¿qué pensabas hacer?

—No decir una palabra. Seguir con el nombre de Lucas.

—¿Y los millones de tu padre?

—Por mí que se los quedara Race. De todas formas, hubiese sabido darles mejor empleo del que yo les daré jamás. Ana, ¿en qué piensas?

—Estoy pensando —continuó lentamente— que casi siento que el coronel Race te obligara a decírmelo.

—No. Tenía él razón. Te debía la verdad.

Hizo una pausa. Luego dijo de pronto:

—¿Sabes, Ana? Tengo celos de Race. Él también te quiere, y es un hombre más grande de lo que soy yo y de lo que seré jamás.

Me volví hacia él, riendo.

—Enrique, so tonto... Es a ti a quien quiero... y eso es todo lo que importa.

Emprendimos el viaje a Ciudad de El Cabo tan pronto como nos fue posible. Susana me aguardaba allí y juntas le abrimos la tripa a la jirafa. Cuando quedó dominada por completo la revolución, el coronel Race se presentó en Ciudad de El Cabo, y a propuesta suya, el enorme hotelito de Miuzenberg, que había sido propiedad de sir Lorenzo Eardsley fue abierto de nuevo y todos fijamos nuestra residencia en él.

Allí hicimos nuestros planes. Yo había de regresar a Inglaterra con Susana e instalarme en su casa de Londres hasta que me casara. Y... ¡compraríamos la canastilla en París! Susana disfrutaba enormemente preparando todos los detalles. Y yo también. No obstante, el porvenir me parecía singularmente irreal. Y a veces, sin saber por qué, me sentía completamente ahogada, como si me fuera imposible respirar.

Llegó la víspera del día en que debíamos embarcar. No pude conciliar el sueño. Me consumía la tristeza, sin saber por qué. Detestaba la idea, ¿sería lo mismo? ¿Volvería a ser lo mismo jamás?

Y entonces me sobresaltó un golpe autoritario dado en la persiana. Me puse de pie de un brinco. Enrique se encontraba fuera en el *stoep*.

—Vístete, Anita, y sal. Quiero hablar contigo.

Me eché algo de ropa encima y salí. El fresco aire de la noche, quieto y perfumado, rozábame el rostro con aterciopelada caricia. Enrique me condujo a un punto donde no pudiera oírsenos desde la casa. Tenía el rostro muy pálido y decidido y le centelleaban los ojos.

—Anita, ¿recuerdas que me dijiste una vez que a las mujeres les gustaba hacer las cosas que les disgustaban por amor al hombre a quien querían?

—Sí —contesté, preguntándome qué iba a ocurrir.

Me estrechó entre sus brazos.

—Ana vente conmigo... ahora... esta noche, volvamos a Rhodesia... a la isla. No puedo soportar todas estas estupideces. No puedo soportar la espera.

Me desasí un instante.

—¿Y mis vestidos de París? —me lamenté burlona.

—¡Al diablo con tus vestidos de París! No pienso dejarte marchar, ¿me has oído? Eres mía. Si te dejo marchar, pudiera perderte. Nunca estoy seguro de ti. Vas a venir conmigo ahora... esta noche... y al demonio los demás.

Me apretujó contra su pecho, besándome hasta dejarme casi sin aliento.

—No puedo pasarme por más tiempo sin ti, Ana. De veras que no. Odio el dinero. Que se lo lleve Race. Vamos.

—¿Mi cepillo de dientes? —murmuré.

—Te puedes comprar otro. Ya sé que soy un lōco; pero por el amor de Dios, ¡vamos!

Echó a andar a grandes zancadas. Yo le seguí tan sumisa como la mujer *barotsi* a quien viera en la vecindad de las Cataratas. Sólo que yo no llevaba una sartén encima de la cabeza. Andaba él tan aprisa que me costaba la mar de trabajo seguirle.

—Enrique —dije, por fin, con voz humilde—, ¿vamos a recorrer a pie todo el camino hasta Rhodesia?

Se volvió él de pronto, y soltando una carcajada, me cogió en sus brazos.

—Estoy loco, nena mía, ya lo sé. Pero, ¡te quiero tanto!

—Somos un par de locos. Y, oh, Enrique no me lo has preguntado; pero ¡esto no es un sacrificio para mí! ¡*Quería* venir!

Capítulo XXXVI

Eso fue hace dos años. Seguimos viviendo en la isla. Ante mí, sobre la tosca mesa de madera, se encuentra la carta que Susana me escribió:

«Queridas Criaturas Perdidas en el Bosque. Queridos lunáticos Enamorados:

»No me ha causado sorpresa, en absoluto. Mientras hablábamos de París y de vestidos, experimentaba la sensación de que nada de aquello era real, de que desaparecerías el día menos pensado como por ensalmo. Pero ¡sí que sois una pareja de lunáticos! La idea de renunciar a una fortuna enorme es un absurdo. El coronel Race quería discutir el asunto, pero le he convencido de que debe dejar que el tiempo discuta por y para Enrique. Nadie mejor que él para eso. Porque después de todo, las lunas de miel no duran eternamente. No estás aquí, Anita; conque puedo decir eso sin peligro de que te abalances sobre mí como un gato montés. El amor en la selva durará mucho tiempo; pero el día menos pensado empezarás a pensar de pronto en Park Lane (1), en pieles suntuosas, en vestidos de París, en los últimos modelos de automóvil y de cochecitos de niño y en doncellas francesas, y en amas de cría y ayas.

»Pero pasad vuestra luna de miel, queridos lunáticos, y que sea una luna de miel muy larga. Y pensad de vez en cuando en mí, que engordo entre tanta abundancia.

»Vuestra querida amiga,

Susan Blair.»

(1) Avenida londinense donde se alzan los palacios aristocráticos. (*N. del T.*)

«P.D. Os envío un buen surtido de sartenes como regalo de boda y una enorme *terrine de pâté de foie gras*, para que os acordéis de mí.»

Hay otra carta que también leo a veces. Llegó mucho tiempo después que la anterior e iba acompañada de un abultado paquete. Parecía haber sido escrita desde algún lugar de Bolivia.

«Mi querida Anita Beddingfeld:

»No puedo resistir la tentación de escribirle, no tanto por el placer que me proporciona el escribir, como por la gran alegría que sé experimentará al recibir noticias mías. Nuestro amigo Race no fue tan listo como creía, ¿verdad?

»Creo que la nombraré a usted mi albacea literaria. Le envío mi Diario. No hay en él nada que pudiera interesar a Race ni a ninguno de su cuadrilla; pero o mucho me equivoco, o encontrará usted en él algunas cosas que le resultarán divertidas. Haga el uso de él que crea más conveniente. Sugiero que lo emplee como base de un artículo para el *Daily Budget* titulado: «Criminales que he conocido». La única condición que pongo es que figure yo como personaje principal.

»A estas horas no dudo que habrá dejado usted de ser Ana Beddingfeld para convertirse en lady Eardsley, reina de Park Lane. Me gustaría hacer constar que no le guardo a usted el menor rencor. Es muy duro, claro está, tener que empezar de nuevo la existencia cuando se tiene mi edad. Pero (se lo digo en confianza) tenía fondos de reserva cuidadosamente colocados, para hacer frente a semejante contingencia. Me han resultado muy útiles y estoy logrando establecer una serie de relaciones que han de servirme para mucho. Y a propósito, si alguna vez se cruza con ese amigo suyo tan gracioso que se llama Arturo Minks, tenga la bondad de decirle que no le he olvidado, ¿quiere? Eso le dará un buen susto.

»En conjunto, creo haber dado pruebas de un espí-

ritu muy cristiano y perdonador. Hasta para Pagett. Acerté a enterarme que había traído (mejor dicho, la señora Pagett y no él) una sexta criatura al mundo el otro día. Envié al recién nacido un tazón de plata y me declaré dispuesto en un postal a hacer de padrino suyo. ¡Me imagino la cara que Pagett habrá puesto al recibirlo! Estoy seguro de que se ha ido derecho a Scotland Yard con tazón y postal y una cara más seria que mandada hacer de encargo.

»Bendita sea, ojos líquidos. Día llegará en que se dé cuenta del error que ha cometido al no casarse conmigo.

»Siempre suyo,

Eustace Pedler.»

Enrique se puso furioso. Es el único punto en que él y yo no estamos de acuerdo. Para él, sir Eustace era el hombre que había intentado asesinarme y a quien consideraba culpable de la muerte de su amigo. Los atentados que sir Eustace cometió contra mi vida me han extrañado siempre. Se salen del cuadro, como quien dice. Porque estoy segura de que siempre le inspiré un afecto sincero.

Pero siendo así, ¿por qué intentó matarme dos veces? Enrique dice que «porque es un canalla completo» y cree haber resuelto todo con afirmación semejante.

Susana se mostró muy perspicaz y más comprensiva. Discutí el asunto con ella y lo achacó a un «complejo de temor». Susana es muy aficionada al psicoanálisis. Me hizo ver que toda la ambición de sir Eustace en esta vida era gozar de la seguridad y de la mayor comodidad posible. Tenía un instinto de conservación muy acusado. Y el asesinato de Nadina eliminó en él ciertas inhibiciones. Sus actos no representaban los sentimientos que yo le inspiraba, sino que eran el resultado de lo mucho que temía por su seguridad personal. Creo que Susana tiene razón. En cuanto a Nadina, ésta era una de esas mujeres que merecen morir. Los hombres hacen toda suerte de cosas poco honrosas para poder enriquecerse, pero ninguna mujer debe de fingirse enamorada con fines interesados.

Me es muy fácil perdonarle a sir Eustace. Pro a Nadina no la perdonaré jamás. ¡Jamás, jamás, jamás!

El otro día me puse a desenvolver unas latas que iban envueltas en pedazos de un *Daily Budget* atrasado y me encontré, de pronto, con las palabras: «El hombre del traje color castaño». ¡Cuánto tiempo parecía haber transcurrido desde entonces! Había roto toda relación con el *Daily Budget* mucho tiempo antes, naturalmente. Me había divorciado de él mucho más pronto de lo que él se había divorciado de mí. Mi «Boda Romántica» fue objeto de mucha publicidad.

Mi hijo está tendido al sol, agitando las piernas. ¡Ese sí que es «un hombre de traje color castaño»! Lleva puesto lo menos posible, lo que constituye el mejor traje para África, y está más tostado que el café. Siempre está escarbando en el suelo. Yo creo que ha salido a papá. Tendrá la misma manía que él y la misma afición a la arcilla pleiocénica.

Susana me mandó un telegrama cuando nació:

«Felicitaciones y cariñosos saludos al recién llegado a la Isla de los Lunáticos. ¿Tiene la cabeza doliocéfala o braquicéfala?»

«¡Platicéfala!»

FIN

junto - together aún - still

junto a - beside

acercarse a - to approach

apearse - dismount, get off

bajarse -

en cuanto a - as soon as; immediately; directly

MARTHA GRIMES

Si a usted le gustan las obras de Agatha Christie, disfrutará con las novelas de Martha Grimes y su protagonista: el inspector Jury, y los pintorescos personajes británicos, de sus «tranquilos» pueblos rurales, maravillosamente retratados por la autora que ha alcanzado los primeros lugares de la lista de *bestsellers* en EE.UU.

TÍTULOS PUBLICADOS

1. El viejo zorro
2. El pato mareado
3. El collar de esmeraldas
4. Posada Jerusalén
5. Ayude al luchador
6. El salto del ciervo
7. El último lacayo
8. Las cinco campanas

ISBN 84-272-0147-8

CODIGO 7112 DMSA
3 1 460
IVA P.V.P. Incl. IVA

EDITORIAL MOLINO - BARCELONA

9 788427 201477